USA TODAY BESTSELLER

A NOVEL

The Nanny





Cuando el que se escapó
está más cerca de lo que crees...

LANA FERGUSON

"Este libro es como si Ali Hazelwood y Tessa Bailey tuvieron un bebé picante. Devoré cada página y me entristeció que terminara."

-Autora de Superventas Internacional RUBY DIXON

La presente traducción ha sido llevada a cabo sin ánimos de lucro, con el único fin de propiciar la lectura de aquellas obras cuya lengua madre es el inglés, y no son traducidos de manera oficial al español.

El staff de LG apoya a los escritores en su trabajo, incentivando la compra de libros originales si estos llegan a tu país. Todos los personajes y situaciones recreados pertenecen al autor.

Queda totalmente prohibida la comercialización del presente documento.

¡Disfruta de la lectura!

Staff

Moderadora de Traducción

Sra.Swag♡

Traductoras

An Tangerine
Anavelam
Aree.rd
Flor
Kiki
Ninixes

Moderadora de Corrección

Lelu

Corrección

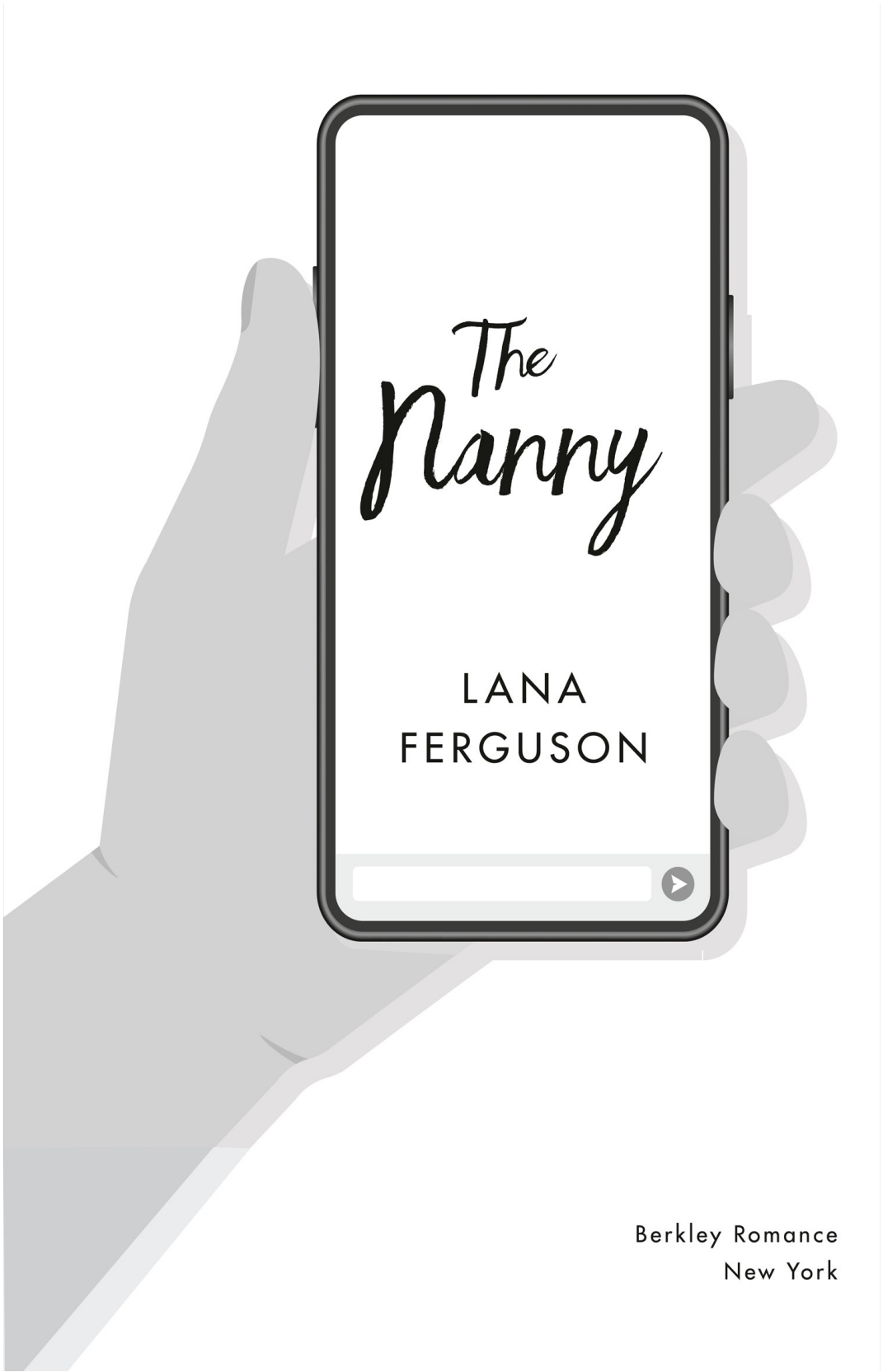
Cammlye

Lectura Final

Sra.Swag♡

Diseño

Jessibel



Berkley Romance
New York

Índice

Dedicatoria

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo

Agradecimientos

Lana Ferguson

Dedicatoria

A mi dulce madre, que una vez me preguntó: «¿No preferirías mejor escribir libros para niños?»

Sinopsis

Una mujer descubre que el padre de la niña que cuida puede ser su mayor (Only) Fan en esta tórrida novela romántica contemporánea de Lana Ferguson.

Después de perder su trabajo y estar a punto de ser desalojada, Cassie Evans se encuentra con dos opciones: conseguir un trabajo nuevo (y rápido) o activar su ansiada cuenta de *OnlyFans*. Pero no hay trabajo, y en cuanto a *OnlyFans*… Bueno, hay razones por las que no puede retroceder. Justo cuando toda esperanza parece perdida, un anuncio de un puesto de niñera parece la solución a todos sus problemas. Es casi demasiado perfecto, hasta que conoce a su posible empleador.

Aiden Reid, chef ejecutivo y extraordinario padre que me gustaría follar, dista mucho de ser el soberbio padre soltero que Cassie se imaginaba. Cassie se sorprende cuando él le dice que es la candidata más cualificada que ha conocido en semanas y prácticamente le ruega que acepte el trabajo. Con unas manos que le hacen gemir y unos ojos que gritan sexo, la idea de vivir bajo el mismo techo que Aiden le parece peligrosa, pero no tiene otra opción y decide quedarse con él y con su adorablemente tenaz hija, Sophie.

Cassie pronto descubre que Aiden no es un extraño, sino alguien que está muy familiarizado con ella, o al menos con su cuerpo. Cassie no sabe qué hacer, ya que él no la recuerda. A medida que su relación se calienta más que cualquier cocina en la que Aiden haya trabajado, Cassie se debate entre contarle la verdad a Aiden y la posibilidad más aterradora: perder la mejor oportunidad de ser feliz que ha tenido jamás.

Me dije que no estaría nerviosa.

En realidad, no pueden verme, así que ¿por qué me late tan fuerte el corazón?

Ajusto la cámara por cuarta vez y compruebo el ángulo antes de volver a evaluar mi atuendo. El sujetador es bonito y la ropa interior hace juego. Lo que viene a continuación no es nada que no haya hecho miles de veces antes.

Solo que ahora lo haré para espectadores que no me ven y por dinero.

Respiro profundamente y me recuerdo a mí misma que necesito el dinero. Que es mi cuerpo y que me estoy adueñando de él. Todo lo que haga a partir de ahora es decisión mía y tengo el control absoluto.

Ese pensamiento me hace sentir valiente.

Respiro profundamente. Compruebo mi peluca. Me justo la máscara.

Puedo hacerlo.

Enciendo la cámara.

Capítulo 1

Cassie

—Me voy a quedar sin casa.

Escucho a Wanda chasquear la lengua desde la cocina (que, por cierto, no está tan lejos en un apartamento de sesenta y cinco metros cuadrados) y, cuando levanto el rostro del terciopelo envejecido de su sofá, la veo agitando una espátula hacia mí.

—Nada de fiestas de compasión —me dice—. No te vas a quedar sin casa. Puedes quedarte en el sofá si hace falta.

Hago una mueca hacia el mencionado sofá de terciopelo, mirando de él a la pila de periódicos que hay al final y al televisor que desafía al tiempo negándose a morir dentro de su carcasa de madera.

—No podría... imponerme —digo tímidamente, sin querer herir sus sentimientos —. Ya se me ocurrirá algo.

Estoy en mi tercer año en la escuela de posgrado de terapia ocupacional; perder mi trabajo como asistente de terapia en el hospital infantil no formaba parte del plan. Con el sueldo que me daban apenas llegaba para pagar el alquiler, y ahora que tuvieron que reducir el espacio, mi apartamento, aún más pequeño, al otro lado del pasillo de la casa de Wanda, parece cada vez más que pronto será cosa del pasado.

—Tonterías —argumenta Wanda—. Sabes que aquí eres bienvenida.

Me aparto un rizo castaño del rostro y me levanto de los cojines del sofá para sentarme. Conozco a Wanda Simmons desde hace unos seis años; la conocí cuando me invitó a tomar el té después de que me quedara fuera del apartamento mi primera semana aquí. Una mujer de setenta y dos años como mi mejor amiga no estaba exactamente en mi lista de cosas que hacer aquí, pero puede que sea más interesante que yo, así que supongo que ahí está.

—Wanda —suspiro—. Te quiero. Lo sabes, pero... tienes un baño y no hay Wi-

Fi. Nunca funcionaría entre nosotras.

—Es la diferencia de edad, ¿no? —Hace una mueca.

—Por supuesto que no. Siempre serás la única mujer para mí.

—Solo digo. La opción está ahí.

—¿Y qué vas a hacer cuando traigas a casa a tus hombres del bingo y yo esté aquí sentada en tu sofá?

—Oh, no te molestaremos. Iremos al dormitorio.

Hago una mueca.

—Estoy totalmente a favor de que consigas lo tuyo, pero no quiero en absoluto estar al otro lado de estas paredes tan finas para ello.

Wanda se ríe mientras remueve la salsa de sus albóndigas.

—Siempre puedes volver a hacer esas cámaras de tetas.

Gruño.

—Por favor, no las llames cámaras de tetas.

—¿Qué? Es una cámara. Enseñas tus tetas. Te pagan.

Dejo caer el rostro contra su sofá. Me arrepiento de haberle contado a Wanda mi... historia con *OnlyFans*, pero no me imaginaba que iba a ser capaz de aguantar el tequila mejor que yo la noche que lo desnudé todo. No es que me avergüence de ello, ni mucho menos. Era buen dinero. Tomar dinero de gente que buscaba excitarse fue una decisión fácil cuando me enfrentaba a una factura de la matrícula que no podía ni empezar a pagar de otra forma. Quiero decir, las buenas tetas deberían ganarse su sustento. Creo que *Margaret* Thatcher lo dijo una vez.

—Sabes que no puedo —suspiro—. Borré toda mi cuenta. Todos mis suscriptores han desaparecido. Me llevaría otros dos años volver a acumularlos.

Además, aprendí la lección la primera vez. Al menos me guardé esa parte para mí.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Has estado buscando otro trabajo?

—Lo intento —refunfuño, hojeando en mi teléfono los mismos anuncios de búsqueda de empleo que no han dado resultado—. ¿Para qué ponen anuncios de búsqueda de empleo si no van a contactarte?

—Hay demasiada gente en esta ciudad —replica Wanda—. Cuando me mudé aquí, podías ir por la calle y reconocer a la gente. Ahora es como una colmena. Siempre zumbando. ¿Sabías que hay una maldita tienda de comestibles en la que ni siquiera usas la tarjeta? Solo entras y sales. Pensé que estaba robando todo el tiempo. Me dieron palpitaciones.

—Sí, hablamos de la nueva tienda Fresh, ¿recuerdas? Te ayudé a configurar tu cuenta.

—Ah, sí. Lo próximo que sabrás es que te traerán la compra volando.

—Wanda, odio decírtelo, pero ya lo están haciendo.

—¿En serio? Hmm. Deberías arreglar eso también. Me ahorraría un maldito paseo.

—Supongo que no te opones tanto al futuro después de todo.

—Sí, sí. ¿Qué hay de la cafetería de la Quinta?

—No me dejan salir por mis laboratorios en el campus.

—Sabes, Sal estaba diciendo que le vendría bien algo de ayuda con...

—No voy a trabajar en el restaurante —le digo con firmeza—. Sal es demasiado toquetón.

—Eso siempre me ha gustado de él. —Se ríe Wanda.

—¿No eres demasiado mayor para ser tan cachonda?

—Estoy vieja, Cassie —resopla—. No muerta.

—En serio, no sé qué voy a *hacer* —gimo.

—Vuelve a mirar los anuncios. A lo mejor te has dejado algo.

—Los he mirado una docena de veces —resoplo.

Wanda sigue gruñéndome desde la cocina mientras yo vuelvo a examinar la sección de anuncios de empleo, pensando que si lo hago las veces suficientes me

saltará algún anuncio milagroso en el que no me había fijado antes. ¿Cómo puede ser tan difícil encontrar un trabajo que me permita hacer mis deberes por la noche y estar libre cada dos fines de semana para mis cursos en el campus? Quiero decir, esto es San Diego, no Santa Bárbara. Tiene que haber *algo* que pueda...

—Mierda —digo de repente.

Wanda sale de la cocina, espátula en mano.

—¿Qué?

—*Se busca niñera interna a tiempo completo. Imprescindible experiencia con niños. Alojamiento y comida gratis. Solo consultas serias.*

Wanda tararea.

—No querrás quedarte cuidando a los hijos de otra persona...

—Sueldo de entrada… *mierda.*

—¿Es bueno?

Miro a Wanda con la boca abierta, y cuando le digo lo que ofrecen, Wanda suelta una palabra que normalmente solo reserva para cuando pierden los Lakers. Después suelta un suspiro y se acaricia los rizos blancos de esa forma tan nerviosa suya.

—Entonces será mejor que les llames.

No esperaba que Aiden Reid se pusiera en contacto conmigo tan rápido como lo hizo después de que le enviara un correo electrónico y, desde luego, no esperaba que pareciera tan ansioso por fijar una fecha para una entrevista. Y *definitivamente*, no esperaba que me pidiera que nos viéramos en uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad, uno en el que no puedo permitirme comer y al que estoy segura de que no voy *bien* vestida. ¿Así es como los ricos celebran las entrevistas? Dudo que Sal, el del restaurante, me invite a un restaurante de

cinco estrellas para que le corte el pavo en lonjas mientras me roza *accidentalmente* el culo con la mano.

Aun así, me he puesto mi vestido negro favorito, el que llevé en mi graduación universitaria, y espero que me haga parecer mucho más arreglada de lo que me siento ahora. Como ahora sospecho que la familia para la que intento hacer de niñera es más acomodada de lo que pensaba, creo que un poco de falsa confianza me vendrá muy bien.

Quiero decir, me encantan los niños. Y aprendí trabajando en el hospital infantil que son el público objetivo de mis terribles bromas, así que eso es un plus. Además, la única razón por la que me dedico a la terapia ocupacional es para intentar ser esa persona que está ahí para los niños cuando nadie más parece estarlo, así que, con eso en mente, este trabajo debería ser pan comido, ¿no?

Eso es lo que me digo a mí misma.

Juro que la anfitriona puede oler mi spray corporal de vainilla de *Target* y, de alguna manera, sabe que eso significa que no puedo permitirme los aperitivos, pero me dedica una sonrisa, lo cual le honra, y me lleva a una mesa después de que le digo el nombre de mi posible empleador. ¿Es esto lo que se siente al tener palancas? Me siento como un pez fuera del agua entre las velas encendidas y la música elegante. Me da miedo apoyar los codos en la mesa.

Un camarero se acerca para preguntarme si quiero empezar con algún aperitivo, y como la anfitriona de los ojos juiciosos tenía toda la razón, pido agua en su lugar mientras espero. Le doy un sorbo mientras espero a que aparezca el tal Aiden (parece de mala educación llegar tarde a tu propia entrevista), intentando aparentar que siempre como en sitios así.

El restaurante en sí es el más bonito en el que he estado alguna vez. No he visto tantos centros de mesa de cristal en toda mi vida, y Wanda se volvería loca si viera los precios del menú. No puedo esperar a decírselo más tarde y ver cómo se le salen los ojos de las órbitas.

—Disculpe —dice alguien.

La voz profunda que murmura tan cerca de mi oído casi hace que me atragante con el agua, un poco me gotea sobre el labio inferior y me baja por la barbilla al toser. Presiono con el dorso de la mano para intentar limpiarla notando unas manos grandes en mi visión ahora borrosa cuando veo un rostro.

Dios. Mío.

Mi cerebro entra en cortocircuito durante unos segundos, tratando de encontrarle sentido a la repentina aparición de un hombre corpulento, de espeso cabello castaño apartado de su frente, mandíbula fuerte y pómulos marcados, ¿y su boca tiene un aspecto más suave que la mía? También es alto. No el tipo de alto que te hace pensar que juega al baloncesto o algo así (aunque podría hacerlo, si quisiera), sino el tipo de alto que te hace querer pedirle que tome algo de la estantería superior solo para ver cómo se mueven sus hombros bajo la camisa. Me doy cuenta de que este proceso de pensamiento no tiene mucho sentido, pero todo lo que sé es que mido un metro setenta con unas tetas por las que merece la pena pagar, un culo construido a base de sentadillas y una conexión emocional con el pan, y este hombre me hace sentir diminuta.

Y si estas cosas no fueran suficientes para dejarme boquiabierta (que lo estoy, quiero decir, estoy literalmente babeando agua con gas), sus ojos harían el truco. He oído hablar de la heterocromía; como mínimo, estoy segura de que mi profesor de biología la mencionó de pasada cuando era estudiante, pero nunca la había visto en persona. Sus ojos son un choque de marrón y verde, los colores no son brillantes sino sutiles, como el té caliente y el agua de mar de los que es difícil apartar la mirada.

Me doy cuenta de que eso es exactamente lo que estoy haciendo. Mirar fijamente al pobre tipo.

—Lo siento —balbuceo—. Me sorprendiste.

Agarro la servilleta para empezar a darme palmaditas en la barbilla, dándome cuenta ahora de que el hombre lleva una filipina de chef con un delantal a juego atado a la cintura.

—Oh —empiezo de nuevo—. No iba a pedir nada todavía, estaba esperando a alguien.

—Ya. —Enseña una hilera de dientes perfectos que dejarían boquiabierto a mi ortodoncista, casi como si se arrepintiera de haberse acercado a la mesa. O tal vez estoy proyectando—. Creo que me estás esperando. ¿Eres Cassie?

— Yo... —Oh, no. No, no, no. No me he escupido agua encima delante del tipo que estoy intentando que me contrate—. ¿Es usted el Sr. Reid?

Hace una mueca.

—Aiden, por favor. Sr. Reid me hace sentir viejo.

Que no lo es. No lo creo. Quiero decir, es mayor que yo, pero no viejo. No puede tener más de treinta, apostaría. Sigo mirándolo boquiabierta.

—Está bien —digo, intentando recomponerme mientras me alejo de la mesa y extiendo la mano torpemente—. Soy Cassie. Cassie Evans.

Su boca se tuerce al ver mi mano extendida, haciendo que me arrepienta inmediatamente de haberla extendido como si estuviera haciendo una interpretación del *Hombre de Hojalata* en *El Mago de Oz*, pero ya no hay vuelta atrás. Me da la mano en lo que supongo que es un intento de ser amable, me indica mi asiento y espera a que me siente antes de ocupar el de enfrente.

Me aclaro la garganta, intentando olvidar que hace un minuto casi escupo agua sobre el hombre más sexi del mundo, que me gustaría mucho que me pagara una cantidad ridícula de dinero por cuidar de su hijo. *Su hijo*, me recuerdo. Esto es una entrevista de trabajo. Lo que hace totalmente inapropiado que siga pensando en sus enormes manos. Manos que mi cerebro nota que no llevan ningún tipo de anillo.

Basta, cerebro.

En cualquier caso, debería dejar de mirarle las manos. Aunque sean tan grandes como para hacer que una chica calcule mentalmente cuándo fue su última cita.

—Así que —intento torpemente—. Eres cocinero —gruño, arrepintiéndome al instante de las palabras elegidas—. Lo siento. Quiero decir chef. Eres chef. ¿Verdad?

Milagrosamente, no me grita para que me vaya, sino que sonríe.

—Sí. Cocino aquí.

Bendito sea por seguirme la corriente.

—Eso es... impresionante. Realmente impresionante. —Asiento mientras miro a nuestro alrededor, las relucientes lámparas de araña y el pianista que toca en algún lugar detrás de nosotros—. Es un sitio elegante.

—Lo es —asiente—. Soy el chef ejecutivo desde hace unos años.

—¿En serio? Elegante.

—Elegante —repite con aire divertido—. De acuerdo. Perdona que te pida que nos veamos en el trabajo. He estado... bueno... Ha sido una locura últimamente.

—No es para tanto. Pensé que era raro hacer una de estas cosas durante la cena, especialmente en un lugar como este, pero me imaginé... —Hubiera estado bien que cayera en cuenta *antes* de que empezara a soltar mis tonterías, pero, sin embargo, caigo en cuenta. Las implicaciones de lo que ha dicho. Cierro la boca de golpe cuando me sonrojo y, avergonzada, me tapo los ojos—. Dios mío. Esto no es una entrevista para cenar. Querías hablar conmigo en tu descanso.

—Debería haber... sido más claro en mi correo electrónico.

Dios mío. Está intentando defenderme. Que alguien me entierre.

—Soy increíble.

—No, no —intenta—. Está bien.

—Dios, soy una idiota. Me puse este vestido tonto, y...

—Es un vestido muy bonito.

—Probablemente pienses que estoy loca...

—No lo creo, en serio.

—Puedo ser tan tonta a veces, lo siento.

Todavía parece divertido. Como si encontrara divertido mi colapso mental. No sé si eso mejora o empeora las cosas.

—Puedes pedir algo —me ofrece—. Si quieres. No me importa.

—Um, gracias, pero puede que necesite ir a vomitar ahora. Debería irme, ¿no? Esto ya es un desastre.

—Espera, no. —Me tiende una mano mientras me levanto—. No hagas eso.

Dejo de intentar escabullirme. Seguramente no puede seguir considerándome, ¿verdad? A lo mejor también está loco.

—¿Todavía quieres entrevistarme?

—Para ser sincero —suspira—, nadie se ha presentado con nada parecido a tus credenciales. Formación en reanimación cardiopulmonar, licenciatura en terapia ocupacional con especialización en psicología... Tu último trabajo fue en un hospital *infantil*. Y no tenían más que cosas buenas que decir de ti cuando comprobé tus referencias. Casi parecía que odiaron dejarte ir.

—Sí, me sentí muy mal cuando lo hicieron —admito—. Por desgracia, hubo un problema de financiación. Me encantaba el trabajo.

—Bueno. —Ríe—. Espero que su pérdida sea mi ganancia. No podía creerlo cuando me enviaste tu currículum.

—Pero ahora que me conoces, empiezas a pensar que lo falsifiqué, ¿verdad?

Se ríe un poco, con la boca apenas abierta mientras baja los ojos a la mesa, como si temiera hacerme creer que se ríe de mí, lo cual estaría en su derecho, teniendo en cuenta este horrible primer encuentro.

—No —me dice—. No creo que lo hayas falsificado. Aunque tengo curiosidad por saber por qué buscas un puesto de niñera con tus antecedentes.

Me hundo de nuevo en la silla y suspiro mientras me inclino sobre la mesa.

—¿Puedo ser totalmente sincera contigo?

—Lo preferiría —dice, inclinándose y con cara de intriga.

—Estoy en mi último año del programa de posgrado para Terapia Ocupacional, y como dije en mi correo electrónico, me despidieron de mi trabajo debido a la reducción de personal. El alquiler en esta ciudad es ridículo y, sinceramente, necesito el dinero. Y lo que es más honesto, el alojamiento y la comida gratis tampoco es algo que pueda rechazar. Sería genial no tener que preocuparme de eso además de todo lo demás.

—De acuerdo. Sobre eso. —Entonces frunce el ceño, y supongo que esta es la parte en la que me dice que no puede permitir que una lunática como yo se acerque a su hijo—. *Es* un puesto con alojamiento, pero para que lo sepas... somos solos mi hija y yo. Tendrías tu propia habitación, por supuesto, prácticamente tu propio piso, incluso total privacidad, y todo eso, pero... Quiero ser completamente transparente contigo por si eso te incomoda.

Veinticinco años, y la primera vez que vivo con un chico guapo es en un

escenario *Pequeñas grandes amigas* en toda regla. Me muero por preguntar por el otro progenitor en esta situación, aunque solo sea para aplacar mi babeo mental, pero mi cerebro me grita que es un paso en falso. Aun así, tiene un buen trabajo y una bonita sonrisa y no me transmite vibraciones de asesino.

Pego mi sonrisa más profesional.

—No creo que eso sea un problema. Sin embargo, en aras de la transparencia... Estoy en un programa híbrido en St. Augustine, en San Marcos.

— ¿Qué significa eso?

—Significa que la mayor parte de mis clases son en línea, que he estado tomando en la noche después del trabajo, pero dos fines de semana al mes tengo que asistir a clases en el campus. Lleva más tiempo que un programa normal, pero como me he estado pagando mis estudios, me resulta más fácil trabajar. Sin embargo, la mayoría de los trabajos a los que he optado no han podido adaptarse a mi horario, lo cual es un inconveniente. —Suelto una carcajada—. Parece que eres el único que piensa que mis credenciales son impresionantes. ¿Restaurantes y grandes almacenes? No tanto.

Aiden frunce el ceño, pensativo.

—No voy a fingir que llego a casa a una hora razonable todas las noches. Mi trabajo es estresante, eso es quedarse corto. A veces mi trabajo es una *pesadilla.* Tengo la mayoría de las mañanas libres, y a veces no tengo que venir hasta por la tarde... pero las noches se me alargan. ¿Crees que sería un problema? Sophie suele acostarse a las nueve. Estoy seguro de que mientras esté alimentada y lista para dormir, podrías trabajar en tus deberes.

—¿Sophie? ¿Tu hija?

Aiden sonríe con un nuevo tipo de sonrisa, una que se siente cálida y orgullosa, pero choca con el destello de tristeza que chispea en sus ojos.

—Sí. Ella es… realmente genial. Tiene nueve años, pero parece mucho mayor. Es demasiado lista para su propio bien.

—Las niñas pequeñas suelen serlo. —Me rio, pensando en mí—. ¿Y los fines de semana que tengo clases? Podría estar en casa a última hora de la tarde. Así que aún puedo cubrir la cena, seguro.

Aiden lo considera.

—Puedo hacer que funcione. Quiero decir, lo he hecho hasta ahora. En el peor de los casos, ¿podrías recogerla aquí esos días? Ella podría usar su videojuego en la oficina mientras espera. Ya está acostumbrada, por desgracia.

—¿Y tu hija? ¿Está bien con todo esto? ¿La situación de la niñera?

Aiden asiente pensativo.

—Las ha tenido antes. Pero ninguna ha encajado. Y… ¿Puedo ser honesto contigo otra vez?

—Lo prefiero —le digo, haciéndome eco de su anterior comentario.

Aiden vuelve a reírse, y me doy cuenta de que voy a tener que procurar no hacerle reír muy a menudo, por el bien de mi propia cordura, si voy a vivir con él. Es una risa muy agradable, ¿bien?

—Yo solo... Necesito ayuda, Cassie, si te soy sincero. Estoy haciendo esto solo, y es mucho más difícil de lo que pensaba. O tal vez es exactamente tan difícil como pensé que sería. No lo sé, Sophie puede ser muy... obstinada, y eso ha hecho difícil encontrar a alguien que esté dispuesto a quedarse. Llevo semanas buscando un sustituto para la última niñera, porque quería encontrar a la que mejor se adaptara a Sophie, y no se ha presentado absolutamente nadie ni la mitad de cualificado que tú. Han sido semanas de hacer malabares con los horarios, y en este punto, estoy desesperado.

—Eso es... muy honesto.

—Puedes huir gritando en cualquier momento.

Extrañamente, no tengo ningún deseo de hacerlo. Hay algo en este hombre que suena cansado, con sus bonitos ojos y su risa que revuelve el estómago, que hace que sea difícil decirle que no. Por no hablar de la ridícula cantidad de dinero que ofrece.

—Entonces, ¿cómo sería esto? Si digo que sí.

—Bueno, me encantaría que empezaras tan pronto como puedas —me dice—. ¿Tal vez podrías venir este sábado? Podría presentarte a Sophie y enseñarte la casa. Dónde te alojarías y todo eso… Si aceptas el trabajo.

Sería una tontería no hacerlo, ¿verdad? Quiero decir, ¿cuándo va a aparecer algo tan bueno? Claro, es desalentadora la idea de ser directamente responsable del hijo de alguien, por no hablar de vivir en su casa... especialmente en la casa de este tipo... pero no creo que sea una oferta que pueda permitirme rechazar en mi posición.

—De acuerdo.

Asiento a la mesa mientras tomo una decisión, encontrándome con los ojos de Aiden y, una vez más, extendiendo la mano a través del espacio de una manera irreflexiva de la que me arrepiento inmediatamente.

En serio, ¿por qué sigo haciendo eso?

Afortunadamente, Aiden suspira aliviado, toma mi mano de nuevo y la envuelve en la suya, mucho más grande.

—¿Así que quieres el trabajo?

—Mientras tú me quieras —digo con lo que espero que sea confianza.

Intento no pensar en la forma en que sus ojos se abren ante mi extraña frase; no servirá de nada lamentar ahora mi nervioso vómito de palabras. Menos mal que está tan desesperado.

Y definitivamente no pienso en cómo su mano se traga la mía.

CHAT CON @ALACARTE

$ alacarte te envió una propina de $20 $

❤

Me encanta la forma en la que te vienes.

Capítulo 2

Cassie

Cuando llega el sábado, Aiden y yo ya hemos acordado mi horario y los detalles de mi sueldo. En ese tiempo, he conseguido convencerme de que va a ser un trabajo estupendo, aunque solo sea para aliviar los nervios de vivir bajo el techo de un tipo sexi y esperar que su hija no me odie. Sin embargo, Wanda no está tan convencida. Durante todo el tiempo que he pasado terminando de empacar mi ropa la mañana en que debo dirigirme a casa de Aiden (una tarea fácil, dado que es tan poco lo que he ido recopilando a lo largo de los años que he considerado que merecía la pena guardar fuera de lo imprescindible), Wanda se ha dedicado a entrevistarme sobre *mi* entrevista, interrogándome hasta el último detalle sobre el misterioso hombre con el que voy a vivir a todo trapo. (Sus palabras, no las mías).

—¿Y si ni siquiera tiene una hija?

Pongo los ojos en blanco.

—Tiene una hija.

—Podría tratarse de un elaborado plan para atraerte a su casa y encerrarte en el sótano.

—Vive en una casa adosada —le digo—. Ni siquiera creo que tengan sótanos.

No estoy del *todo* segura de eso, ya que nunca he estado en una, pero Wanda no tiene por qué saberlo.

—Tenemos que pensar en algún tipo de palabra clave.

Hago una pausa de meter calcetines en mi bolsa de viaje.

—¿Palabra clave?

—Sí. —Wanda asiente pensativa desde mi sofá-cama—. En caso de que no te deje hablar libremente.

—¿Cuántas películas de *Lifetime* has estado viendo?

— No le hará mucha gracia cuando te dé de comer papillas y te haga jugar a disfrazarte.

Me rio.

—Sabes que eso es un fetiche, ¿verdad?

—Estás bromeando.

Su expresión de sorpresa me hace reír aún más.

—La gente paga mucho dinero por dar de comer papillas a chicas lindas y disfrazarlas.

—Carajo. —Wanda sacude la cabeza—. ¿Dónde estaba eso cuando era más joven? Podría haberme ahorrado muchos turnos en la biblioteca.

—Te encantaba trabajar en la biblioteca —le recuerdo.

—Me habría gustado muchísimo más si alguien me hubiera pagado por desnudarme en ella.

—En otra vida. —Me rio entre dientes—. Habrías dominado toda la escena *camgirl.*

—Y no lo olvides —replica.

Mientras meto la última ropa del armario en una bolsa, siento sus ojos mirándome desde el otro lado de la habitación. Espero hasta que la bolsa está llena y atada antes de prestarle atención.

—¿Qué?

—Solo quiero que tengas cuidado —dice un poco más suavemente—. Hay muchos bichos raros por ahí.

—Estaré bien —le aseguro, fingiendo que su preocupación no me hace sonreír. Puede que sea una cascarrabias el noventa por ciento del tiempo, pero Wanda se preocupa por mí más de lo que mi propia madre nunca se molestó en hacer—. Te lo prometo. Es un buen dinero, y fue increíblemente amable. También busqué en su *Facebook* y tiene una hija. —Una bonita también. En serio, los *genes* de esa familia—. Además, si las vibras son malas, puedo irme, ¿bien?

—Ustedes los niños y sus vibras —refunfuña—. Cuando tenía tu edad, no

teníamos vibras, teníamos instinto.

—Te das cuenta de que es prácticamente lo mismo, ¿verdad? Además, podrías dejar de quejarte y ayudarme a empacar algo.

Wanda se cruza de brazos.

—Tengo que descansar la espalda. Tengo una partida de bingo esta noche.

No le pido más detalles, no quiero saber si necesita descansar para el bingo o para quien inevitablemente traerá a casa después. Fred Wythers y ella se pelearon la semana pasada, así que imagino que él está fuera.

—¿No eres tú la que siempre dice que estás vieja, no muerta? —Me hace un gesto con el dedo y me rio—. Oye, ¿sabías que el dedo corazón es la uña que más rápido crece?

—Oh, al diablo con tus malditos datos de los jugos *Snapple.*

Me muerdo la sonrisa y vuelvo a concentrarme en el equipaje. Cuando el pequeño espacio está lleno de cajas y bolsas, asiento por el trabajo bien hecho y pienso que el lugar parece más grande cuando está casi vacío. Los muebles se quedan, ya que estaban aquí cuando llegué. Además, no los necesitaré desde que tengo mi propia habitación amueblada en casa de Aiden.

Solo siento un *pequeño* aleteo de alas de mariposa en el estómago cuando recuerdo que estaré bajo el mismo techo que Aiden Reid.

—Creo que ya está —le digo a Wanda.

—Supongo que sí. —Wanda mira las bolsas esparcidas por el suelo—. Solo sé que van a dejar entrar a un bicho raro después de ti.

—Quizá sea tu alma gemela.

Wanda resopla.

—No necesito una de esas.

Tienes que admirar su independencia, eso es seguro.

Wanda nunca se ha asentado en su larga vida, que sepa, siempre ha rebotado de un hombre a otro. Lo hace parecer divertido, no me malinterpretes, pero seguro que a veces tiene que ser solitario. Me gusta pensar que las dos nos

necesitábamos por igual cuando tropezamos en la vida de la otra. Ella se convirtió en una improbable madre de alquiler y mejor amiga, todo en uno, adoptándome en su vida y tratándome como a la hija que nunca tuvo. No estoy del todo segura de saber cómo era el verdadero afecto antes de conocerla.

—¿Y estás segura de que es una buena idea? Todavía podrías hacer lo de la cámara de tetas.

Lo considero, sabiendo que a Wanda le gusta vivir indirectamente a través de mis esfuerzos en *OnlyFans* (en serio, esta mujer perdió su verdadera vocación), y sería dinero fácil si *pudiera* construir un emprendimiento de nuevo, pero no me atrevo. No después de lo que pasó.

—Estoy segura. —Asiento, sobre todo para mí—. Puedes decirme que me extrañaras, ya sabes.

—¿Extrañarte? —resopla mientras me da una palmada en el hombro—. Si no vienes a visitarme, iré a buscar tu culo.

La atraigo en un abrazo, respirando el aroma familiar de su perfume *White Diamonds* y un poco de talco debajo que siempre he encontrado extrañamente reconfortante.

—Va a ser genial. Ya lo verás.

Wanda aún parece poco convencida cuando se separa, y mientras empiezo a amontonar lo que queda de mis cosas para preparar la mudanza que traerá el resto de mis cosas mañana, hago todo lo posible por parecer tan confiada en todo el asunto como estoy fingiendo serlo.

La casa de Aiden está situada en una urbanización cerrada, una tranquila zona residencial de casas de tres plantas que bordean la calle. La de Aiden, en particular, tiene un bonito patio, rodeado de un muro de bloques y cerrado con una verja de hierro. Mi viejo Toyota estacionado delante parece fuera de lugar entre las filas y filas de casas adosadas de aspecto reluciente, pero, para ser

justos, yo también. Compruebo el número de la casa una vez más en mis correos electrónicos mientras quito el pestillo de la verja, sintiéndome un poco nerviosa al acercarme a la puerta principal.

Me aprieto la correa de la bolsa de viaje contra el hombro cuando por fin me atrevo a llamar al timbre, ya que solo he metido en la maleta lo imprescindible para pasar la noche hasta que llegue todo lo demás mañana. De repente me doy cuenta de que voy a *vivir* prácticamente con desconocidos, ¿y si Aiden es un bicho raro?

Dios mío.

Intento sacar el teléfono del bolsillo para avisarle a Wanda que he llegado, y consigo sacarlo hasta la mitad antes de que la mochila se me resbale del hombro y caiga al suelo, con la única abertura a medio cerrar que permite que algunas de mis cosas se desparramen por el porche. Me arrodillo para empezar a recoger lo que se ha desparramado, pensando que lo último que necesito es que mi nuevo jefe me encuentre recogiendo mi ropa interior en la puerta de su casa.

—Mierda, mierda, *mierda.*

Y como el universo es una zorra caprichosa, así es exactamente como me encuentra Aiden Reid. En medio de un fiasco personal, maldiciendo en su porche y sujetando mi ropa interior. Pero, de nuevo, a juzgar por las manchas de harina que cubren su camiseta negra (entallada, muy entallada) y su delantal negro a juego y aún más arriba en sus mejillas, por no mencionar el pegajoso... algo que está goteando por la parte delantera de sus pantalones (menos entallados, pero no menos distractores), creo que quizá esta vez estemos en paz.

—Estás. —Mis ojos se fijan en su aspecto desaliñado—. ¿Bien?

Sus ojos pasan de mi figura todavía agachada a la ropa interior verde neón con dibujos de corazones que tengo en la mano y de ahí a mi rostro.

—¿Estás *tú* bien?

—Oh. —Se me calienta la nuca mientras vuelvo a meter a toda prisa la ropa interior en la bolsa, tirando de la correa por encima del hombro mientras me vuelvo a poner de pie—. Estoy bien. Solo he tenido un accidente. —Elijo activamente no pensar en cómo Aiden acaba de ver mi ropa interior, señalando el pegote de sus pantalones—. Parece que tú también has tenido uno.

Aiden hace una mueco impotencia, y el suspiro silencioso que se le escapa hace que mi estómago haga algo raro.

—Sí. —Mira el desastre de su camiseta antes de sonreírme tímidamente—. Tú… —Se muerde el labio. No debo insistir en esto—. ¿Por casualidad sabes algo de panqueques?

—¿Panqueques?

Aiden asiente, señalando la escalera detrás de él.

—Sube.

Le sigo fuera de la entrada y subo las escaleras hasta el segundo nivel, que se abre a lo que parece el salón principal y la cocina. Cuando nos acercamos, reconozco a una niña en la encimera de la cocina, con el cabello del mismo tono que Aiden y la boca hecha un puchero. Parece más seria que en el *Facebook* de Aiden. También me doy cuenta de que el desorden de la camisa y los pantalones de Aiden se extiende al suelo de la cocina y a la mitad de la encimera.

—Queríamos hacer algo bonito por ti —me dice Aiden—. Por tu primer día aquí.

—*Papá* quería hacerlo —gruñe la niña desde su lugar en la encimera, lo bastante alto como para que yo lo capte.

Aiden le lanza una mirada severa. Le queda bien. Tampoco debo darle tantas vueltas.

—Pensamos que te gustarían los panqueques, pero, ah... Esto es embarazoso.

—Parece que tienes algún problema —señalo divertida—. Nunca he visto tanto desastre por unos panqueques. —Aiden se mira los pies como un niño que ha roto el jarrón de su madre y se resiste a decírselo.

—Se me ha caído el bol de la masa. Esto es un desastre.

—Puedo verlo. —Dejo que mis ojos recorran de nuevo su frente, con fines puramente investigativos, por supuesto.

—No se me da muy bien hacer panqueques —admite, casi como si le doliera.

Ladeo la cabeza.

—¿No eres chef?

—No hay panqueques en mi menú. —Su boca hace algo que se acerca peligrosamente a un mohín, y no debería funcionar en un hombre de su tamaño, pero extrañamente funciona—. Sophie dice que no le gustan, pero estoy bastante seguro de que no le gustan las *mías,* así que ahora es personal. Estaba probando una nueva receta, pero... —Señala el desastre—. Obviamente, no salió como esperaba.

Le sonrío, dándome cuenta de que realmente necesita ayuda.

—Uf, chico.

Dejo el bolso en la escalera mientras observo el espacio. La cocina es elegante y moderna, con armarios negros y una encimera de mármol gris, todo lo que cabría esperar de una casa elegante de esta parte de la ciudad. Los azulejos son de un tono gris similar, quizá más claro, y llegan hasta el borde de la sala de estar abierta, justo más allá, hasta donde se funde con una alfombra gris de aspecto suave que descansa bajo muebles de cuero negro.

Deduzco que a Aiden no le gusta mucho el color aquí.

—Es un sitio bonito —le digo—. Me gusta lo que has hecho con la... combinación de colores.

Miro hacia atrás y veo que Aiden frunce el ceño.

—A mí... me gusta el negro.

—Nunca lo habría adivinado —bromeo. Me doy cuenta de que sigue cubierto de mucosidad—. Bien. Panqueques. —Busco por toda la cocina—. ¿Tienes otro delantal?

Aiden corre a un armario alto y delgado que hay junto a la nevera negra de acero inoxidable y saca un delantal negro (sorpresa). Me lo pongo por la cabeza y me echo la mano a la espalda para atarme los cordones mientras sonrío a la chica, que sigue observándome en silencio desde el mostrador.

—Tú debes de ser Sophie —le digo—. Soy Cassie.

—Eres mi nueva niñera —dice con una pizca de amargura.

—Lo soy. He oído que has tenido unas cuantas.

—Solo cuatro —murmura.

—¿Cuántos años tienes, Sophie?

—Nueve.

—Vaya. Eres prácticamente adulta. Dudo siquiera que necesites una niñera.

—Eso es lo que *yo* digo —resopla—. Puedo cuidarme sola.

—Por supuesto. —Asiento con seriedad antes de inclinarme para bajar la voz—. Entre tú y yo... Solo necesitaba compañía. No tengo muchos amigos. Prácticamente tuve que rogarle a tu padre que me diera el trabajo, ¿sabes?

Sophie pone cara de desconfianza y aprieta los labios durante un buen rato antes de bajar los ojos a la encimera.

—Tampoco tengo muchos amigos.

—Bueno... podríamos ser amiga. ¿Tal vez? ¿Qué te parece?

Sophie me mira de arriba a abajo, parece pensárselo.

—Eres bonita —dice finalmente.

—No tan bonita como tú —le digo—. ¡Mira qué pecas!

Sophie entrecierra los ojos.

—Las pecas no son bonitas.

—Tienes razón —suspiro mientras apoyo los puños en las caderas—. Son *preciosas.*

Sophie pone los ojos en blanco, pero esboza una sonrisa. Me doy cuenta de que no tiene la misma condición que su padre, pero sus ojos son del mismo verde suave de su ojo derecho, complementando el bonito tono de su cabello. Ahora es adorable, pero ya me doy cuenta de que va a ser una belleza cuando crezca. En serio, los genes.

—Bien —vuelvo a decir—. Así que vamos a limpiar su primer intento, ¿de acuerdo?

Aiden sigue con cara de estupefacción, como si aún no se creyera que pudiera haber estropeado algo tan universalmente conocido con su nivel de destreza

culinaria, pero se dirige en silencio a ese mismo armario delgado para sacar una escoba y una fregona húmeda.

—Lo siento —me dice—. Realmente queríamos intentar hacer algo bueno.

Me encojo de hombros, me quito el elástico de la muñeca y me recojo el cabello.

—No pasa nada. Sophie y yo nos encargaremos de esto, ¿verdad?

—¿Por qué tengo que ayudar?

—Necesito una ayudante capaz si voy a hacer panqueques —digo seriamente—. Pareces la chica perfecta para el trabajo.

Sigue sin parecer confiar mucho en mí, pero su deseo de panqueques debe superar su recelo hacia mí, salta tímidamente del taburete para cruzar cautelosamente la cocina y colocarse a mi lado.

—Supongo que sí.

No sonríe en absoluto.

Ya me cae bien.



El segundo intento de hacer panqueques sale mucho mejor que el primero, el desorden se limpia y un chef muy grande (pero no creador de panqueques) y su pequeña versión zumban alrededor del sirope y la tarta.

—Están buenísimas —exclama Sophie—. Papá nunca los hace bien. Siempre están demasiado blandos.

—Oh, así que sí te gustan —resopla Aiden. Mira los panqueques como si le hubieran ofendido—. Debería comprarme una batidora de verdad.

Sonrío con el tenedor.

—¿Cómo es que no tienes batidora?

—No horneo mucho.

—Está claro —digo con una sonrisa—. Sabes que tienen una mezcla en caja.

—Una mezcla de caja va en contra de cada fibra de mi ser —se burla Aiden.

Mantengo mi expresión seria, señalando los platos en remojo en su fregadero con mi tenedor.

—Sí, está claro que esto es mejor.

—Cassie tiene que hacer todos los panqueques a partir de ahora —dice Sophie con naturalidad.

Aiden comparte una mirada de agradecimiento conmigo, y me cuesta mucho esfuerzo no dejar que mi mirada se detenga en el brillo chocante de sus ojos.

—Creo que, por la seguridad de la cocina de tu padre, es lo mejor —digo rotundamente.

Aiden ahoga una carcajada.

—Todo el mundo es crítico.

Cuando los platos están vacíos y los tenedores repiquetean contra ellos, Sophie se palmea la barriga con un sonido de satisfacción, con una sonrisita satisfecha.

—Supongo que estás bien —me dice, cambiando rápidamente su sonrisa por una expresión más severa—. Pero no puedes entrar en mi habitación.

—No se me ocurriría —le aseguro—. Pero puedes entrar en la mía, si quieres. Mañana me traen juegos de mesa con mis cosas. —Vuelvo a mirar a Aiden—. Por cierto, ¿dónde está mi habitación?

—Oh. Sí. Por supuesto. —Se levanta del taburete y se quita el delantal mientras los músculos de sus bíceps se enrollan y flexionan contra el algodón ajustado de sus mangas. Nunca me había fijado en los bíceps de un hombre—. Está abajo. ¿Puedo enseñarte...?

—Genial. —Me bajo del taburete, tomo la bolsa que dejé en la escalera y me la cuelgo del hombro—. Ve delante.

—Así que todo el primer piso será tuyo —me dice Aiden cuando estamos cerca del rellano inferior—. El dormitorio tiene un baño adjunto, y hay una televisión allí, así que deberías tener todo lo que necesitas, pero puedes preguntar si hay

algo más que necesite traerte.

Aiden me hace un gesto hacia la puerta que hay junto a la entrada para que la abra, y más allá hay una habitación casi más grande que todo mi apartamento. La cama matrimonial está cubierta con una gruesa sábana gris (qué sorpresa); la cómoda y las mesitas auxiliares son de un elegante tono negro que hace juego con el resto de la decoración de la casa. Miro la habitación con asombro, intentando recordar alguna vez en la que haya dormido en una cama tan bonita. Si es que alguna vez lo he hecho.

—Si quieres cambiar algo —dice Aiden en voz baja detrás de mí—, podemos...

—Es perfecta. En serio, esto es más bonito que todo mi apartamento.

Oigo a Aiden suspirar aliviado.

—Bien. Quiero que estés cómoda aquí.

—Realmente golpeado en el departamento de niñera, ¿eh?

—No tienes ni idea. —Aiden se apoya en el marco de la puerta—. Ella ha pasado por mucho. Creo que por eso a veces se porta mal. Siempre hago todo lo posible para que se abra y hable de ello, pero ella... —Inspira por la nariz para expulsar el aire por la boca, sacudiendo la cabeza—. A veces es como si habláramos un idioma diferente.

—¿Ha pasado algo...? —Dejo caer la bolsa sobre la alfombra y me rasco la nuca torpemente—. Espero no estar extralimitándome, pero pensé que debía… Solo para no decir algo insensible por accidente, ya sabes. La madre de Sophie... ¿ella...?

No contesta por un momento, mordiéndose el labio como si tratara de decidir cómo abordar el tema. Sé que tiene que haber una historia, y odio preguntar en mi primer día, pero odio la idea de meter accidentalmente la pata en algún momento por no saber más.

—Falleció —dice finalmente Aiden, medio susurrando—. Hace casi un año. Un derrame cerebral.

—Oh Dios. —Esperaba un mal divorcio o algo así. No eso—. Eso es terrible. Siento mucho tu pérdida.

—Fue... repentino. Ninguno de nosotros lo esperaba. Era tan joven, después de todo. —Aiden suspira, pasándose los dedos por el cabello—. Era estupenda —me dice—. Una madre increíble. Era mucho mejor en esto de lo que alguna vez seré. Todavía estoy descubriendo cómo hacer esto sin ella.

De repente me siento mucho peor por todos mis pensamientos persistentes sobre sus manos enormes, voluntarios o no.

—Lo siento mucho —digo sin fuerzas—. ¿Cuánto tiempo llevaban casados?

Aiden frunce las cejas.

—¿Qué? Oh. No. No lo estuvimos. Ni siquiera estuvimos juntos. —Debo parecer confundida. Debe ser por eso que Aiden decide aclarar—. Lo de Sophie fue... ah, inesperado. Rebecca y yo nos conocimos en una fiesta durante nuestro último año en la universidad y estuvimos viéndonos casualmente durante un tiempo. Cuando Rebecca se enteró de que estaba embarazada, intentamos una relación de verdad, pero desde el principio quedó claro que lo nuestro nunca iba a funcionar. Sin embargo, hicimos todo lo que pudimos para que la crianza fuera lo más fluida posible. Por el bien de Sophie.

—Oh. —Me miro los zapatos, todavía me siento incómoda—. Seguro que ha sido duro para Sophie.

—Lo ha sido —asiente Aiden—. Perdona por echarte esto encima. Pensé que te ayudaría a entenderla mejor. Si lo supieras.

—No, me alegro de que me lo hayas contado —digo sinceramente—. Gracias.

—La verdad sea dicha, podría haber estado ahí más estos últimos años. Cuando me ascendieron a chef ejecutivo todo se volvió tan ajetreado, y yo… No le dediqué el tiempo que debía. Ahora lo estoy pagando.

Siento una punzada de simpatía por Sophie entonces, sabiendo exactamente lo que es estar en segundo lugar en la carrera de un padre. Aun así, Aiden parece estar intentándolo ahora, al menos.

—Quiero decir... nunca es demasiado tarde, ¿verdad? —Intento esbozar una sonrisa alentadora—. Todavía es muy joven. Ya se dará cuenta.

Aiden me dedica una sonrisa igualmente suave.

—Espero que tengas razón.

La enorme habitación parece más pequeña ahora que estoy ahí de pie como una idiota, sonriendo al hombre guapo en mi puerta, y finalmente tengo que echar de la vieja mirada distraída alrededor de la habitación, fingiendo admirar el cuadro de… oh. ¿Eso es humo? ¿Humo abstracto? Realmente tengo que colar algo de color en esta casa.

—Bien. —Aiden debe sentir mi incómoda energía, ya que elige este momento para apartarse del marco de la puerta—. Bueno... Te dejaré desempacar entonces.

—No tengo mucho —admito—. El resto viene mañana.

—Bien. Bueno... Puedo terminar de mostrarte el lugar cuando termines. La sala de estar está toda en el segundo piso. Mi habitación y las de Sophie están en el tercero.

—Genial —digo.

¿Por qué es genial? ¿Por qué dije que lo era? ¿La gente todavía dice genial?

—Te dejo con ello entonces —dice Aiden.

No respiro hasta que lo pierdo de vista, maldiciendo en voz baja por mi comportamiento tan poco genial, actuando como si nunca hubiera visto a un tipo sexi. Pero, de nuevo, en realidad nunca he vivido con un tipo sexi. Y menos con uno que intenta (y fracasa, pero es bastante lindo) hacer panqueques y se preocupa por cómo conectar con su hija.

Es un trabajo, me recuerdo. Es solo un trabajo.

Apuesto que las sábanas de Aiden también son negra.

No es que esté pensando en ello.

Es el primer regalo que alguien me envía.

El embalaje es elegante, pero es lo que hay dentro lo que realmente llama mi atención.

El juguete es más grande que cualquier cosa que haya usado antes, y trago saliva nada más sacarlo de la caja. ¿Puedo tomar algo tan grande? Recojo la nota que lo acompaña y siento una extraña emoción al pensar que hay un hombre que quiere verme usar esto. Que está ahí fuera imaginándoselo ahora mismo.

Estoy deseando verte usar esto. —A.



Capítulo 3

Cassie

Termino de guardar mis cosas y vuelvo arriba después del desastre de los panqueques. Encuentro a Aiden sentado en el salón leyendo el periódico y a Sophie por ninguna parte. Supongo que está en la habitación en la que no puedo entrar. Se ha cambiado la camiseta por una limpia (sigue siendo negra, pero de un tono diferente, si eso es posible, así que puntos para él), pero no me quejo del tono monocromático de sus sudaderas grises con la forma en que le quedan. Lleva el cabello menos peinado que la noche que le conocí, despeinado y rizado en las sienes, como si simplemente se hubiera secado con una toalla después de ducharse para quitarse toda la masa de antes. Parece aún más joven de lo normal.

Levanta la vista del periódico cuando se da cuenta de que me entretengo torpemente en lo alto de la escalera, dobla las páginas y me dedica una pequeña sonrisa.

—¿Todo arreglado?

—Sí. —Me cruzo de brazos, extrañada. La idea de que ahora vivo aquí se me viene encima de golpe—. La habitación es genial.

—Me alegro. Asegúrate de decirme si necesitas algo. Puedo ocuparme de lo que necesites.

Oh, chico.

En lugar de responder, me muevo al sillón frente al sofá en el que él está sentado, subiendo las piernas para meterlas debajo de mí. Agradezco su atuendo informal, que me hace sentir mejor con mis leggings y mi camiseta larga. Es decir, sé que no ha mencionado un uniforme ni nada, pero, aun así.

Pero maldita sea si esos pantalones de chándal no me distraen.

Hago un gesto con la cabeza hacia el periódico que sigue hojeando.

—¿Hay algo interesante ahí?

—La verdad es que no —dice encogiéndose de hombros—. Los compro sobre

todo por los crucigramas.

¿Por qué es tan tierno?

—¿Sabías que a alguien que se le dan bien los crucigramas se le llama cruciverbalista?

Baja el periódico y me mira enarcando una ceja.

—¿Cómo demonios sabes eso?

—Lo leí en la tapa de un jugo Snapple —le digo—. De ahí saco el ochenta por ciento de mis conocimientos.

—Debes beber mucho Snapple.

—Oh, toneladas. Apuesto a que a estas alturas sangro té de melocotón.

Aiden sonríe, sacudiendo la cabeza.

—¿Algún otro dato interesante que deba saber?

—Los humanos son ligeramente más altos por la mañana que por la noche.

Su ceño se arruga.

—Eso no puede ser verdad.

—Lo es totalmente.

—Eso no lo sé. —Se ríe.

—Aunque apuesto a que ahora te medirás para comprobarlo.

—Hmm. —Lo considera con expresión culpable—. Me acojo a la Quinta Enmienda.

Sigue sonriendo mientras pasa otra página y yo me golpeo el muslo con los dedos.

—Entonces... ¿no cocinas esta noche?

—Tendré que ir más tarde. Antes del servicio de la cena. —Me mira de reojo—. Pero quería asegurarme de estar aquí cuando llegaras.

—Te lo agradezco.

Se hace un silencio un poco incómodo. El producto de dos casi extraños ahora cohabitando, estoy segura.

—Entonces... —Me muevo un poco en la silla para poder mirar a otro sitio que no sea el rostro de Aiden, que también me distrae bastante—. ¿Creemos que Sophie pondrá suciedad en mi cama esta noche, o me dejará tener una falsa sensación de seguridad antes de ponerse en plan «*Mi pobre angelito*» conmigo?

Aiden vuelve a reír, y recuerdo lo agradable que es ese sonido.

—Quizá deberías comprobar arriba de las puertas antes de abrirlas, por si acaso.

—Al menos tengo mi propio baño —señalo—. Quizá pueda vigilar mejor mi champú para que no le eche crema.

—Lo peor que puede hacer es dejar las toallas en el suelo —refunfuña Aiden, todo paternal—. Le compras un toallero y se le cae justo al lado. No me hagas hablar de sus zapatos en el suelo del dormitorio.

—Nada de toallas en el suelo de mi baño —digo seriamente—. Entendido.

—Ah. —Parece un poco avergonzado—. No. Es tu habitación. No me hagas caso, solo soy…

—¿Un friki de la limpieza?

—Yo no diría eso —murmura—. Me gustan las cosas en su sitio.

Es extrañamente adorable que intente fingir que no es un maniático del control cuando lo lleva escrito en la cara.

—Te entiendo. —Mantengo la misma expresión—. Así que probablemente sea un mal momento para hablarte de mi red colectiva de granjas de hormigas. —Aiden parece horrorizado, y no puedo evitar soltar una carcajada—. Es broma.

—Divertidísimo.

Más silencio. Odio el silencio. Siempre me pone nerviosa. Decido cambiar de tema.

—Debe ser un gran ajuste para Sophie. Este año.

—Ha sido duro, sin duda. —Deja el periódico a su lado en el sofá—. Estaban muy unidas. Estoy seguro de que sabes lo que es eso del vínculo madre-hija.

Intento sonreír, pero es forzado.

—La verdad es que no.

—Oh. Mierda. Perdona. ¿Ella...?

—Está viva, no te preocupes —Me rio amargamente—. Mis padres nunca fueron del tipo cariñoso. No he hablado con ellos en... mucho tiempo.

—Lo siento —vuelve a decir—. Es terrible.

—Es lo que es. Supongo que no puedes culparlos por ser unos padres terribles cuando nunca quisieron serlo.

—Es decir, se puede —argumenta—. Como padre mediocre que soy, soy un experto en la materia.

Sonrío.

—No creo que seas un padre mediocre. Quiero decir... estás aquí. La estás cuidando. Eso ya es la mitad de la batalla.

—Cierto. —Los ojos de Aiden de repente adquieren una mirada lejana—. Lo intento.

—Eso es todo lo que un niño quiere, para ser honesta. Solo quieren que te esfuerces al máximo.

La boca de Aiden hace esa cosa, no exactamente una sonrisa, pero algo así, y sus ojos parpadean para encontrarse con los míos, el suave verde y marrón difícil de dejar de mirar.

—Te lo agradezco.

—Deberíamos repasar un poco más lo que necesitas de mí —digo, cambiando de tema otra vez.

Las cejas de Aiden se levantan.

—¿Qué necesito de ti?

Oh, mierda. ¿Ha sonado raro? En mi cabeza no sonaba raro.

—Sé lo básico aquí, y me diste tu horario y las alergias de Sophie, pero ¿tiene algún club extraescolar? ¿Alguna práctica de fútbol que deba saber? ¿Y una lista

aprobada de números de emergencia de familiares o algo así? No quiero dejar entrar a un bicho raro que se haga pasar por su tío o algo así.

—Oh. —Aiden me mira mientras muevo las piernas, siguiendo la forma en que dejo caer los pies al suelo, su mirada pensativa—. Todavía no se ha apuntado a ningún club. Después de todo, es un nuevo curso y aún se está adaptando. Que sepa, no hay tíos raros. Mis padres viven al otro lado del país, así que solo los vemos en vacaciones. Rebecca tiene una hermana, Iris, así que puede que venga de vez en cuando a ver a Sophie. Puedo dejarte el número del restaurante y, por supuesto, deberíamos intercambiar números.

—¿Números?

—En realidad no es práctico seguir enviándonos correos electrónicos eternamente —señala—. Ya que vivimos juntos y todo eso.

Tenía que recordármelo.

Estoy *viviendo* con un hombre guapísimo. No es que haya ninguna razón para estar tan nerviosa por el recordatorio, ya que todo es contractual. No es que importe, de todos modos. Es completamente irrelevante lo agradable que sea Aiden de ver, ya que soy la niñera y él está absolutamente fuera de los límites. Casi podría reírme de toda esta línea de pensamiento; Aiden tiene éxito, es guapo y está fuera de mi alcance. Probablemente traiga citas a casa regularmente.

Oh, Dios, no había pensado en eso. Espero sinceramente que no sea algo que tenga que descubrir pronto.

—Está bien —digo—. Números. Dame tu teléfono y me enviaré un mensaje.

Aiden levanta las caderas del sofá para buscar su teléfono en el bolsillo, y no creo que tenga que explicar por qué este movimiento de un tipo sexi en un mono de chándal gris me hace desviar la mirada. Me entrega el teléfono y enseguida me fijo en el fondo de pantalla en el que aparecen él y una sonriente Sophie en lo que parece ser un parque. El viento les alborota el cabello y Sophie sonríe amplio y radiante, con los dientes un poco desiguales, ya que aún le está creciendo uno de los incisivos.

—Es una foto muy bonita —observo mientras busco sus mensajes.

—Fue un buen día. —Aiden sonríe con cariño—. No fue mucho después de... después de Rebecca.

—Lo siento —digo, temiendo haber tocado un punto sensible—. No quería...

—No, no. De verdad. No pasa nada. Fue la primera vez que recuerdo a Sophie sonriendo así. Después de que pasara. Me gusta recordarlo.

—Lo entiendo —respondo en voz baja—. Es una foto genial.

—Gracias.

Me envío un mensaje, sintiendo mi teléfono vibrar en mi bolsillo, luego devuelvo el de Aiden.

—Ya está. Te mandaré un mensaje si quemo la casa.

—Te lo agradezco. —Se ríe Aiden.

Me encojo de hombros.

—Supongo que es cortesía común.

—Por supuesto.

Abre la boca para decir algo más cuando unos pasos bajan las escaleras con estrépito, un destello de cabello castaño en mi periferia cuando Sophie aterriza al pie.

—Papá, me he quedado sin pilas en el mando —resopla—. ¿Tenemos más?

Aiden cierra la boca, lo que sea que haya estado a punto de decir muere en su lengua mientras se levanta del sofá para caminar hacia la cocina.

—Están en el cajón junto al fregadero —le dice—. Deja que te las traiga.

Giro la cabeza para darme cuenta de que Sophie me mira.

—¿Vas a hacer la comida?

—Eso depende —le digo suavemente—. ¿Me vas a ayudar?

—¿No es tu trabajo darme de comer?

Aprieto los labios, asintiendo como si lo estuviera considerando.

—Puede ser. Pero sabes que tengo todo el poder a la hora de decidir si comes *borscht* o *pizza*, ¿verdad?

—¿Qué es *borscht?*

—Es sopa de remolacha, esencialmente —dice Aiden por encima del hombro, todavía buscando pilas—. Está muy buena. Aunque un poco agria. Es rica con crema agría.

—Yuk. Ella no puede darme de comer eso, ¿verdad?

Aiden se vuelve para apoyarse en el mostrador, sosteniendo las pilas que ha encontrado y encogiéndose de hombros mientras mira a Sophie con aire distante.

—Ella es la jefa cuando yo no estoy.

Sophie entrecierra los ojos y me mira con el ceño fruncido.

—Bien —cede—. Te ayudaré. Pero sin remolacha.

Toma las pilas que le ofrece su padre mientras sube las escaleras y Aiden me sonríe desde la cocina, divertido.

—Vas a darle una lección ¿verdad?

—Ese es el plan —le aseguro—. Hasta que se libren de mí.

La sonrisa de Aiden se ensancha.

—Puede que seas la única persona de esta ciudad que tiene posibilidades reales de encargarse de mi hija —dice—. No creo que pueda dejar que te vayas, lo siento.

Sé que está bromeando, pero aun así me hace algo raro por dentro.

—Entonces —digo, empujándome del sillón y juntando las manos mientras alzo la voz para conseguir un efecto dramático—. ¿Dónde guardan las remolachas en este sitio?

—¡Nada de remolachas! —grita Sophie desde las escaleras.

Aiden se tapa la boca con la mano para ocultar la risa.

El resto de mis cosas llegan el domingo por la tarde, cuando Aiden ya se ha ido a trabajar, y paso un rato guardándolas, dando a la enigmática niña que está decidida a no acercarse demasiado a mí un momento para respirar antes de subir y empezar a intentar caerle bien. Hasta ahora, mis intentos han tenido una acogida tibia, en el mejor de los casos.

—Creo que podría odiarme —le digo a Wanda, usando el hombro para llevarme el teléfono a la oreja mientras cuelgo los jeans—. Pero estoy bastante segura de que se trata más de principios que de mí como persona, así que no me lo tomo como algo personal.

—Son todas esas hormonas preadolescentes —reflexiona Wanda.

Arrugo la nariz.

—Solo tiene nueve años.

—Bueno, tal vez sea una elección personal ser difícil entonces, no lo sé.

—Sigo siendo una desconocida. —Me rio—. Creo que podemos darle un poco de margen. Además, me la voy a ganar. Ya verás.

—Seguro. —Se ríe Wanda—. ¿Cómo es la casa? ¿Hay sótano? ¿Ya te ha pedido que lleves pañal?

—La casa es increíble. Mi habitación podría ser más grande que todo mi apartamento. Aunque no hay indicios de sótano. Además, es más una situación de ropa interior acolchada, y él lo pidió amablemente, así que...

—Un día de estos me vas a dar un infarto con tus tonterías, ¿y quién se va a reír entonces?

—Bueno, tú no, presumiblemente.

—Oh, ja, ja. ¿Qué te parece la familia?

—Sophie es adorable. Aunque muy testaruda. Puedo decir que va a ser un hueso duro de roer.

—¿Y el padre?

—Aiden es... —Sigo con la mano en una percha, considerando la mejor manera de describirlo—. Es muy simpático. Se nota que quiere a Sophie, y parece decidido a asegurarse de que estoy a gusto aquí. Parece que han tenido mala suerte en el departamento de niñeras últimamente.

—Probablemente estén todas en el sótano.

—Bueno, al menos tendré compañía cuando me eche ahí abajo.

—Ríete ahora, pero no vengas llorando cuando saque las bridas.

Vaya, eso no debería sonar ni remotamente atractivo. Me digo que es una reacción natural ante alguien con su aspecto, y que mejorará cuanto más me acostumbre a él. Por supuesto.

Definitivamente no puedo decirle a Wanda que Aiden está bueno. Seguro que se pondría insufrible.

—Son gente perfectamente agradable, y esta es una casa perfectamente agradable, y estoy perfectamente a salvo. Lo prometo.

—Sí, bueno. Asegúrate de mantener ese rastreador en tu teléfono.

—Estamos compartiendo ubicaciones. No tengo que encenderlo.

—Bueno, mientras pueda encontrarte cuando te arroje al sótano.

—Sí, yo también te quiero.

—Sí, sí.

—¿Cómo estuvo el bingo?

—Gané una suculenta.

—Pero tienes un pulgar negro.

Se burla.

—¡Es un cactus! Ni siquiera tienes que hacer nada con él.

—No, definitivamente tienes que regarlo.

—No, no tienes que hacerlo. Fabrican su propia agua.

Sacudo la cabeza, pensando en esa pobre planta que va a morir.

—Échale un poco de agua de vez en cuando —insisto—. Sígueme la corriente.

—Da igual.

—Será mejor que te deje ir —le digo—. Ya he terminado de deshacer las maletas, así que es hora de ir a intentar domar a la linda fierecilla.

—El truco está en no mostrar miedo.

Sonrío al auricular.

—Tomo nota.

—Llámame mañana.

—Lo haré, lo haré.

Nos despedimos antes de que guarde el teléfono en el bolsillo, echo un último vistazo a la habitación y asiento con satisfacción. Todavía no me hago a la idea de lo grande que es. Prácticamente podría abrir un estudio de danza a cada lado de la cama. Creo que ya le he dado a Sophie todo el espacio que pude y me doy ánimos a mí misma antes de salir de mi habitación para intentar convencerla de que salga.

Es la primera vez que subo, porque anoche dijo que tenía deberes y se encerró en su cuarto. Llamo a la puerta de su habitación con cuidado de no entrar ni siquiera cuando contesta, sino que asomo la cabeza por la puerta.

—Hola. ¿Más deberes?

Detiene su *Nintendo Switch* para mirarme con el ceño fruncido.

—Los he terminado.

—Qué bien.

—¿Necesitas algo?

Sé que intenta ser una mocosa, pero es tan adorable que me dan ganas de sonreír.

—Oh, no mucho. Tengo un bol enorme de palomitas abajo y las tres películas de

Shrek en Blu-ray.

Arruga la nariz.

—¿Qué es *Shrek?*

—¿Nunca has visto *Shrek?*

—No.

—Sophie. Es un fenómeno cultural. Una historia de amor épica. Una obra maestra cómica. No puedo permitir a sabiendas que sigas por la vida sin haberla visto.

—Suena raro.

Abro un poco más la puerta, apoyándome en el marco.

—Hay princesas en él.

—Soy demasiado mayor para princesas —dice estoicamente.

—Bueno, cuando acabemos podemos visitar la residencia de ancianos.

Sus labios se fruncen.

—No me vas a dejar sola, ¿verdad?

—Ni hablar, muñeca. —Sonrío.

Parece molesta durante toda la bajada de las escaleras, y luego, a regañadientes, cuando se acomoda en el sofá del salón, pero me doy cuenta de que no duda en tomar un puñado de palomitas, aunque las mastica con un poco más de agresividad de la necesaria.

—¿Por qué se llama *Shrek?*

Pulso reproducir mientras el logotipo de *DreamWorks* se desliza por la pantalla.

—Porque así se llama.

—Es un nombre raro.

—Bueno, es un ogro. Así que.

—Puaj. ¿Pensé que habías dicho que era sobre princesas?

—No, dije que *tenía* princesas.

Hace una mueca cuando empieza la escena inicial.

—¿Qué es esta canción rara?

—Dios mío, Sophie. No voy a dejar que te sientes ahí y calumnies a *Smash Mouth.*

—¿Es música de viejos?

Aparto mi bol de palomitas de su mano extendida.

—Señora, ¿quiere perder sus privilegios con las palomitas?

—Bien —resopla—. Supongo que no pasa nada.

Su aluvión de preguntas continúa hasta las proclamas de Burro sobre quedarse despierto hasta tarde e intercambiar historias, finalmente se ríe cuando Shrek le echa de casa y le hace hacer pucheros. La miro e inmediatamente intenta disimular su alegría—. Supongo que tiene su gracia.

—Espera a conocer a Lord Farquaad —le digo.

Parece como si prefiriera tirarse de los pelos antes que admitir que le está gustando la película, y me doy cuenta de que está mirando las palomitas, que se van acabando.

Tomo el bol.

—¿Quieres que prepare más? Tenemos toda la noche. Podemos hacer un maratón.

Veo cómo sus ojos pasan del bol de palomitas a la pantalla de la tele, cómo su evidente deseo de seguir viendo la película entra en conflicto con su determinación de desinteresarse por el «enemigo» que es su nueva niñera.

—Supongo que suena bien —concede finalmente.

Hago un silencioso baile de la victoria a sus espaldas mientras voy a la cocina por más palomitas.



No sé cuándo me quedé dormida; Sophie se desmayó después de la cena, casi al final de la segunda película, y recuerdo perfectamente haber empezado la tercera, pero cuando me despierto al sentir una mano cálida en el hombro y una masa más caliente a mi lado, mis ojos se abren en medio de la oscuridad. Sophie se ha arrellanado contra mí mientras suspira suavemente con sueño, y cuando mis ojos se adaptan a la oscuridad de la habitación iluminada solo por el suave resplandor de la pantalla del menú de la tercera película de *Shrek*, veo un rostro familiar que se cierne sobre mí mientras la mano de Aiden me despierta suavemente.

—Lo siento —me dice en voz baja—. No pensé que quisieras pasar toda la noche aquí.

Me siento más erguida, con cuidado de no molestar a Sophie.

—¿Qué hora es?

—Poco después de las nueve —me dice—. ¿Supongo que no han terminado la película?

Ahogo un bostezo.

—Le he estado dando a tu hija una importante educación sobre clásicos del cine.

—Está claro. —Aiden se ríe mientras mira la pantalla del menú que sigue reproduciéndose en el televisor.

—¿Qué tal el trabajo?

—Una noche sorprendentemente lenta —dice, acercándose al otro lado de la forma dormida de Sophie para sentarse a su lado—. No suelo llegar a casa tan temprano. —Le aparta el cabello de la frente y sonríe—. Parece que te ha tomado un poco de cariño.

—No te engañes —le digo en voz baja—. Es como domesticar a un gato salvaje. Cuando vuelva a despertarse, volverá a ser la lindura que es.

—Agradezco tu valiente esfuerzo. —Aiden me mira con curiosidad—. ¿Ya estás

pensando en desaparecer en mitad de la noche?

—Oh, mi bolsa de viaje está actualmente escondida debajo de las escaleras —digo seriamente—. Estoy esperando un hueco.

Incluso cuando parece agotado, su sonrisa hace que mi corazón tartamudee.

—Supongo que debería conseguir mejores cerraduras.

—¿Te he contado ya la teoría del sótano de mi amiga?

Hace una mueca.

—¿Quiero saberlo?

—Eso depende. ¿Qué opinas de las bromas sobre secuestros?

—Creo que es un buen momento para dejar claro que en realidad no tengo sótano.

—Mi amiga diría que eso es lo que *quieres* que piense —le respondo malhumorada.

Su risa se transforma rápidamente en un bostezo y se frota los ojos.

—Me voy a desmayar en mitad de la conversación si no tengo cuidado.

—Ah, claro. Déjame...

Me quito de los hombros la manta que había tomado del respaldo del sillón con la intención de desenredarme de Sophie para que Aiden pueda acostarla y, una vez fuera, me doy cuenta de que el escote de mi camiseta extragrande se ha deslizado por encima de mis hombros, dejando al descubierto un buen trozo de piel, el tirante del sujetador y, a juzgar por el aire fresco, incluso un poco de escote. Estupendo. Aiden tose y aparta la vista mientras me la ajusto, y agradezco la oscuridad de la habitación mientras vuelvo a colocar todo en su sitio.

—Lo siento —murmuro.

Aiden echa un vistazo para ver si es seguro y niega con la cabeza.

—No pasa nada. Debería llevarla a la cama. Mañana hay escuela y todo eso.

—Está bien. Lo siento. No quería quedarme dormida. Estaba iniciándose en el

cine.

—Está bien —me asegura—. Me alegro de que la hayas sacado de su habitación.

—Gracias por despertarme —le digo, frotándome el cuello—. Me habría dolido por la mañana si hubiera dormido aquí toda la noche.

—Sí —me responde, tomando con cuidado a su hija dormida—. Pensé que sería mejor llevarte a la cama.

Se queda quieto cuando vuelve a estar de pie con Sophie en brazos, sorprendido.

—Quiero decir... Quería decir *mandarte* a la cama.

—Claro —respondo secamente, con el rostro ligeramente sonrojado—. Sí, ya sé lo que querías decir.

—Perdona, estoy cansado.

—Claro. —Me froto el brazo torpemente—. Seguro.

Se queda ahí un momento, con Sophie aún entre sus brazos, mirándome como si no estuviera seguro de qué decir ahora. Decido salvarnos a los dos.

—De todos modos... —Sonrío—. ¿Nos vemos por la mañana?

—Claro. Buenas noches, Cassie.

Aiden ya ha pronunciado mi nombre antes, durante la entrevista, por lo menos, pero hay algo diferente en oírlo en una habitación a oscuras, con la suave luz de la televisión iluminando sus pantalones negros y la camiseta negra que debe llevar bajo la filipina de chef. Me da una extraña sensación de *déjà vu* que no puedo explicar. Como si ya lo hubiera oído antes. Debo estar muy cansada.

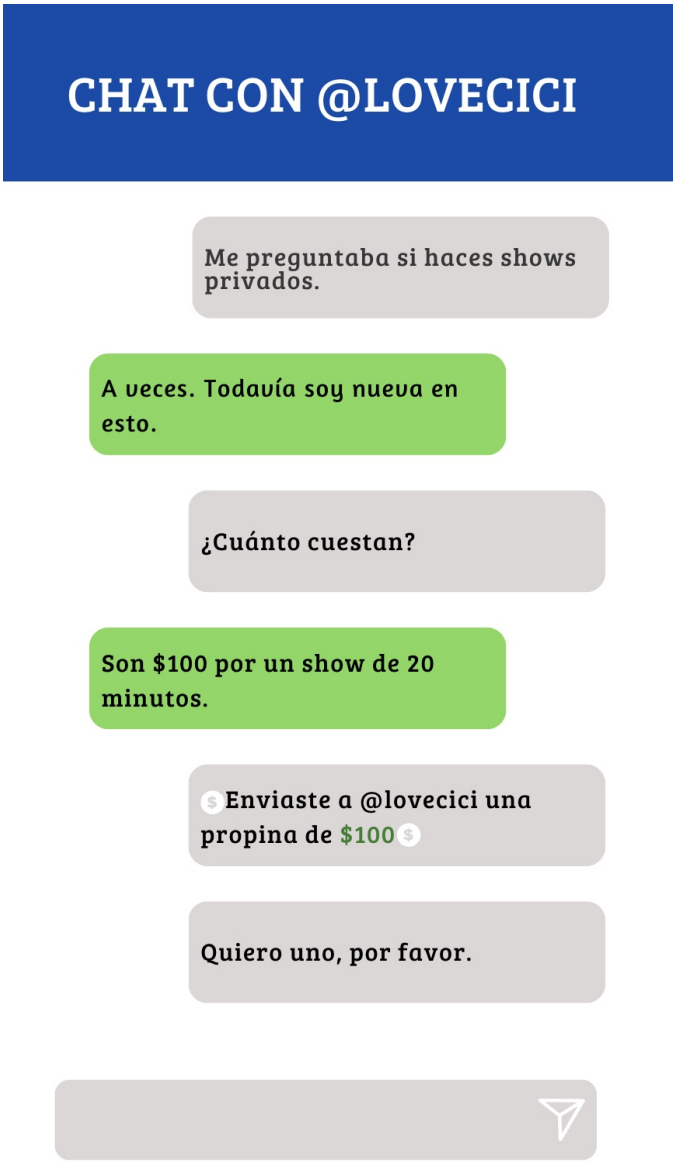
—Buenas noches, Aiden —le digo en voz baja, sin saber adónde ha ido a parar mi voz.

Por suerte, con lo oscuro que está, sé que no verá el rubor que me sube por el cuello cuando salgo rápidamente del estudio hacia las escaleras y oigo sus pasos silenciosos arrastrándose en la otra dirección mientras lleva a Sophie al piso superior. Miro detrás de mí para ver la espalda de Aiden mientras se va antes de bajar a mi habitación. Lo veo inclinarse para darle un beso a Sophie en la frente dormida y siento que algo me da un vuelco en el corazón por razones que no

puedo explicar.

Creo que lo está intentando de verdad.

Sonrío mientras bajo las escaleras.



Capítulo 4

Aiden

—¡Sophie! —llamó a través de las escaleras por segunda vez—. ¡Vamos a llegar tarde! —Me vuelvo a acercar el teléfono a la oreja y continúo mi paseo por la primera planta—. Perdona. Cuéntame qué ha pasado.

Oigo suspirar a Marco, mi *sous-chef*, al otro lado de la línea.

—Alex se olvidó de meter las vieiras en la nevera anoche después de prepararlas.

—¿Qué?

—Sí. Están estropeadas.

—Tienes que estar bromeando.

—No. —Le oigo rebuscar en la cocina del restaurante—. Y por lo que puedo decir, ese era todo nuestro suministro de la entrega de esta semana.

—Qué *mierda.*

—Lo sé. Estamos sin nada hasta que se entregan de nuevo el viernes.

—Así que tenemos que decirle a un centenar de personas que metimos la pata, y ahora estamos sin nuestro aperitivo más popular.

—Si te hace sentir mejor —dice Marco—, hice que Alex llamara a Joe y se lo dijera él mismo.

Pongo los ojos en blanco. Joseph Cohen es muchas cosas, pero un duro no es una de ellas. Consolará a Alex antes de que acabe la conversación. Toda la dureza de Cohen me la dejó a mí.

Aparto el teléfono de la oreja y sigo buscando a mi hija.

—¡Sophie!

—¿Quieres que lleve a Sophie a la escuela?

Me sobresalto al ver que Cassie está cerca de la puerta de su habitación.

—¿Te he despertado?

—Oh, no —me asegura—. Ya estaba despierta. —Me mira el teléfono en la mano, donde Marco sigue parloteando sobre algo—. Pero puedo llevarla, si surgiera algo.

—Oh. No, yo... —Me acerco el teléfono a la oreja y le susurro a Marco que me espere un segundo—. Quiero llevarla. Estamos teniendo un leve desastre de vieiras en el trabajo del que tengo que ocuparme.

—Ah, bien. Si estás seguro. —Entonces me sonríe—. ¿Sabías que una vieira puede producir hasta dos millones de huevos?

Hago una mueca.

—¿Snapple?

—Snapple —responde asintiendo.

Sonrío a pesar de lo que está pasando al otro lado del teléfono.

—Es bueno saberlo.

—Voy a ver si encuentro a tu hija —dice Cassie, frunciendo el ceño hacia las escaleras—. Seguro que no encuentra sus zapatos.

Oigo levemente que Marco me llama por mi nombre, pero lo ignoro.

—Gracias —le digo a Cassie—. Sería estupendo.

—No te preocupes —dice ella, haciéndome un gesto con la mano para que me vaya.

Empieza a subir las escaleras en busca de Sophie, y me sorprendo a mí mismo mirándola irse un segundo más de lo que debería. Aparto los ojos cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo, le doy la espalda a las escaleras y vuelvo a prestar toda mi atención a Marco.

—Escucha. Llama a los camareros y diles que lleguen temprano para una reunión de personal. Podemos avisarles y ellos tendrán que avisar a las mesas cuando las sienten. Puedo ir mañana por la mañana al mercado de mariscos al otro lado de la ciudad y comprar lo suficiente para que dure hasta que vuelva el

camión.

—Bien. Claro —se burla Marco—. Voy a dejar que Alex los llame. Que se deje regañar por los camareros.

Esto me hace reír a pesar de mi creciente dolor de cabeza.

—Me parece un buen plan. Iré más tarde.

—Estaremos aquí.

—De acuerdo. Adiós.

Cuelgo el teléfono y me lo guardo en el bolsillo cuando oigo pasos bajando las escaleras. Me giro y veo a Sophie bajando las escaleras de dos en dos, seguida de cerca por Cassie. Levanto las manos en señal de pregunta.

—¿A qué viene tanto retraso?

Sophie frunce el ceño.

—No encontraba mi zapato.

Miro a Cassie, que me mira con cara de «Te lo dije».

—Bueno, vamos —insto a mi hija—. Esa profesora del silbato me va a volver a gritar si llegamos tarde.

Sophie se ajusta la mochila.

—Bien, bien.

—Gracias por traerla —le digo a Cassie.

—No hay problema —dice ella. Nos hace un gesto con las manos para que nos vayamos—. Vamos, los dos. Puedo confirmar que la señora del silbato da miedo.

Tomo a Sophie de la mano para sacarla por la puerta principal hacia el auto y, a pesar de lo que me espera esta noche en el trabajo, me sorprendo a mí mismo sonriendo.

—¿Por qué no me lleva Cassie a la escuela?

—Esta mañana he tenido tiempo. —Encuentro la mirada de Sophie en el retrovisor—. Creía que Cassie no nos caía bien.

Sophie frunce los labios, gira el rostro hacia la ventanilla mientras se encoge de hombros.

—Está bien.

—¿Solo bien?

—Es un poco rara.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo es eso?

—Siempre está intentando salir conmigo —resopla Sophie—. ¿No tiene amigos adultos?

—Tal vez le agradas —sugiero.

Sophie intenta parecer despreocupada, pero no me pasa desapercibida la forma en que sus ojos se desvían hacia un lado para encontrarse de nuevo con los míos en el espejo.

—¿Crees que le gusto?

—Dudo que siguiera intentando salir contigo si no fuera así —le aseguro—. Quizá deberías ser más amable con ella.

—Soy amable con ella —murmura Sophie.

—Ajá.

—No es tan patética como la última niñera —dice Sophie después de que pasemos otra manzana.

—Me alegro de que pienses así —le digo.

Y lo digo en serio. Después de pasar por cuatro niñeras en el último año, estaba casi desesperado cuando recibí el currículum de Cassie.

Llevar a Sophie al restaurante está bien como solución intermedia, pero hacerlo con demasiada regularidad había empezado a cansarnos a los dos. Así que cuando Cassie se postuló me pareció un verdadero milagro. Estaba dispuesto a

ofrecerle lo que fuera para que aceptara el trabajo, convencido solo por su currículum de que era la respuesta que estábamos buscando.

Pero entonces la conocí.

Ni siquiera sé lo que me esperaba; solo pensé en sus credenciales en el breve periodo que transcurrió entre que respondí a su correo electrónico y la vi por primera vez, pero puedo afirmar con rotundidad que Cassie me tomó por sorpresa. Incluso con el ligero desastre de nuestro primer encuentro, había sido difícil fingir que no me distraía con ella.

No es apropiado en absoluto que me haya fijado en lo sedoso que luce su cabello castaño, o en lo respingona que parece su boca. *Definitivamente*, no es aceptable que mis ojos se hayan embriagado en la forma en que su vestido negro abrazaba curvas peligrosas antes de que guardara a la fuerza esos pensamientos... y eso es lo que he estado haciendo desde entonces.

Tengo que recordarme una vez al día todas las cosas en las que no debería fijarme sobre Cassie. Por ejemplo, lo bonita que es su sonrisa o lo brillantes que parecen sus ojos azules cuando se ríe. En última instancia, ahora estoy cien por cien seguro de que es la mejor persona para el trabajo, y encontrarla atractiva en cualquier aspecto solo sirve para joder potencialmente lo único bueno que habíamos encontrado. Sophie es más importante que algunos pensamientos caprichosos a los que nunca podré dar voz.

Aunque a veces sean más fuertes de lo que me gustaría.

—¿Qué pasó en el trabajo?

La voz de Sophie me saca de mi propia cabeza, recordándome el fiasco de las vieiras.

—Alguien no prestó atención —refunfuño—. Esta noche nos vamos a quedar sin un plato popular. La gente se va a quejar.

—¿Qué se les acabó?

—Vieiras.

Arruga la nariz.

—¿Qué es eso?

—Algo así como pequeñas almejas.

—*Asqueroso.*

—Bueno, me alegro de que esto no te desanime. —Me rio.

—Cassie me ha dicho que me va a enseñar a hacer mini pizzas de tortilla para cenar —dice Sophie. Intenta aparentar que no está emocionada, pero me doy cuenta de que es una fachada—. Seguro que también están asquerosas.

—A mí me parece genial. Me da pena perdérmelo.

Sophie hace un mohín.

—Ojalá pudieras quedarte en casa esta noche.

—Lo siento. —Frunzo el ceño, sintiéndome como un idiota—. Tengo que lidiar con las asquerosas vieiras. —La miro en el espejo—. Va a haber más trabajo en las próximas semanas. Vamos a añadir algunas cosas al menú.

—Está bien —contesta en voz baja, intentando que su decepción no se note al tiempo que la culpa se apodera de mi pecho.

Nuestro último año no ha sido fácil. A veces ha sido una auténtica pesadilla, y más de una vez he pensado que si hubiera sabido que Sophie y yo acabaríamos aquí, habría elegido otra profesión. Me encanta lo que hago, pero odio no poder pasar más tiempo con ella. Ella finge que no le molestan mis frecuentes trasnochos, pero sé que no es así. Ahora mismo no puedo hacer nada.

—Tendrás que contarme lo de las mini pizzas mañana —le digo.

Sophie asiente.

—De acuerdo.

Veo que se acerca su escuela y le hago señales con el intermitente mientras me dispongo a girar para dejarla. Sé que en las próximas semanas tendré muchas menos oportunidades de traerla, y eso no hace más que aumentar mi sentimiento de culpa. Creo que por eso estoy tan desesperado porque Cassie y Sophie se lleven bien. Si pudiera imaginarme a Sophie divirtiéndose y no encerrándose en su habitación, podría ser capaz de no odiarme por *completo* por estar ausente.

—Dile a Cassie que esta noche me toca a mí elegir película —me dice Sophie

antes de bajarse del auto—. Ella eligió ayer.

Sigue intentando parecer que no está muy interesada. Casi me da risa. Mi hija es muchas cosas, pero difícil de leer no es una de ellas.

Le sonrío.

—Lo haré.



No me voy a casa inmediatamente; aprovecho el tiempo extra de esta mañana para pasarme por el gimnasio a la vuelta, aunque solo sea para reducir la cantidad de tiempo que voy a estar solo en casa con Cassie sin Sophie como amortiguador. Durante esta última semana he descubierto que una larga carrera en la cinta de correr suele ayudarme a asegurarme de que estoy demasiado cansado para pensar siquiera en lo que lleva puesto Cassie o en cómo se ha arreglado el cabello. Tiene la costumbre de hacerse un moño desordenado en la parte superior de la cabeza y, aunque no hay nada especial en la forma en que lo hace, hace que su cuello parezca más largo, hace que sea más fácil de notar. Es una cosa más en la que no debería pensar.

Cuando vuelvo a la casa, estoy agotado, sudado y necesito una ducha. Por suerte, es casi la hora de comer, lo que significa que cuando termine todo lo que tengo que hacer antes del trabajo, podré escaparme al restaurante y evitar cualquier momento peligroso a solas con la niñera de Sophie.

La casa está en silencio cuando entro por la puerta principal. Cuelgo las llaves en el gancho que hay junto a ella y me fijo en la puerta cerrada de la habitación de Cassie, junto a las escaleras. Me planteo ver cómo está, pero en el fondo sé que no hay motivo para hacerlo, así que paso de largo y subo las escaleras. Repaso mentalmente la lista de cosas que tengo que hacer antes de ir a trabajar dentro de un rato. Sigo repasando la lista mentalmente mientras salgo del rellano y me dirijo a la cocina. Quizá por eso no me fijo en ella al principio.

Cruzo la cocina, abro la puerta de la nevera para mirar dentro y veo que nos estamos quedando sin nada. Supongo que tengo que añadir una visita a la tienda

de comestibles a mi lista. Si es que hoy tengo tiempo.

—Puedo ir más tarde, si quieres —oigo decir a Cassie desde el salón, sobresaltándome—. Tengo que hacer unas cuantas tareas más.

Me quedo de pie con la puerta de la nevera abierta, distraído momentáneamente por el desordenado cabello castaño que lleva sobre la cabeza. Es una verdadera tarea mantener los ojos allí y no dejar que bajen, concentrándome en su rostro. Donde es seguro.

—No te había visto —le digo—. Lo siento.

Ella niega con la cabeza, moviéndose en el sillón para mover la computadora que tiene entre las piernas cruzadas.

—No pasa nada. Tenía algunas clases que quería adelantar desde que llevaste a Sophie. Yo la habría llevado, por cierto.

—No, no, está bien —le aseguro—. Yo quería.

—¿Alguna novedad sobre la situación de las vieiras?

Me burlo mientras sacudo la cabeza.

—Esta noche está más o menos disparada. Espero poder encontrar algunas para mañana por la noche, al menos. Si tenemos que llegar al final de la semana sin ninguna, la gente enloquecerá.

—Oh, no —dice con un toque de diversión en su voz—. Una alme-tástrofe.

Gruño ante su terrible broma, pero no puedo evitar sonreír mientras me tapo los ojos.

—Ha sido horrible.

—Ahí es más o menos donde vivo, en cuanto al humor. Entre horrible y patético. —Cassie sonríe y eso también me distrae. A estas alturas de nuestra convivencia, solo espero no estar poniendo inconscientemente una cara rara cuando la miro—. No me queda mucho por hacer aquí —me dice—. Puedo ir al supermercado si quieres. Te ahorro un viaje.

Echo un vistazo a la nevera, recordando lo que había pensado antes de tomar una botella de agua del interior.

—Sería estupendo, la verdad. Puedo dejarte mi tarjeta de crédito. Compren lo que necesiten.

—De todas formas, tiene sentido, ya que he estado cocinando casi todo —señala.

Hago una mueca.

—Lo siento por eso.

—¿Qué? —Parece realmente confundida—. No lo sientas. Es mi trabajo, ¿verdad?

—Sí —respondo, desenroscando el tapón del agua mientras rodeo la encimera, apoyándome en ella mientras mantengo una distancia prudencial con el salón—. Bien. Lo siento.

Cassie se ríe en voz baja.

—Tienes la costumbre de disculparte cuando no es necesario.

—Lo sie... —Frunzo el ceño—. La mitad de las veces ni siquiera me doy cuenta de que lo hago. —Noto que su mirada se desvía hacia mi camiseta, que sigue bastante empapada de sudor, y le dirijo una mirada de disculpa—. Necesito una ducha.

—Algo así. —Se ríe—. No sé de dónde sacas la energía para hacer ejercicio cuando has estado trasnochando.

Me encojo de hombros.

—Te acostumbras. Solo tienes que robar tiempo de donde puedas.

—No podría ser yo.

Hago un gesto con la cabeza hacia su computadora.

—¿En qué estás trabajando?

—Nada divertido —suspira—. Pero tengo que terminarlo antes de mis laboratorios en el campus este fin de semana, y le prometí a Sophie que haríamos mini pizzas esta noche y veríamos una película.

—Ella me lo dijo. —Sonrío—. También me dijo que te dijera que le toca elegir a ella.

Cassie resopla.

—Ella diría eso. La última vez me engañó para que eligiera la que ella quería. Esta tendrá que ser la tercera vez que veamos a *Encanto.*

—*¿Encanto?*

Me mira como si la pregunta fuera ofensiva.

—¿De verdad? ¿*No se habla de Bruno*?

—¿Por qué no hablamos de Bruno?

—¿Cómo te has perdido esto? Creo que Sophie ha cantado esta canción al menos ocho docenas de veces en la última semana.

—Espera. ¿Es esta la de una boda?

—Es muy pegadiza, eso es lo que es. No he sido capaz de ducharme sin que esa maldita banda sonora haga su aparición.

No pienses en ella en la ducha. Simplemente no lo hagas.

—Supongo que tengo que ver la película.

—Oh, no te preocupes. Al final te acorralará y te obligará.

Me rio de su expresión, contrariada y a la vez cariñosa.

—Creo que le gustas.

Cassie se anima.

—¿Eso crees?

—Lo creo. Le gusta hacerse la dura, pero veo que ya le has caído bien.

—Podría tirarme un hueso y dejarlo ver.

No puedo evitar reírme.

—Eso sería demasiado fácil. Tiene que hacerte creer que te lo has ganado.

—Es tan testaruda —dice Cassie, sonriendo—. En cierto modo la adoro.

—Me alegra mucho oírte decir eso.

—Es una niña increíble —dice con seriedad—. Es difícil no quererla.

Todavía se me dibuja una sonrisa en la boca mientras miro hacia mis pies.

—Lo es.

Creo que temo las conversaciones a solas con Cassie porque son muy fáciles. Claro, a veces hay pausas o silencios incómodos en los que intento no fijarme en todo lo que no debería, pero cada vez que hablo con ella es casi como si lleváramos hablando desde siempre.

—Quería decírtelo —empiezo, cambiando de tema—. Aparte de la... catástrofe de las almejas. —Hace un gesto de *ajá* que me hace poner los ojos en blanco—. El trabajo va a ser más ajetreado durante un tiempo.

Frunce el ceño.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Estamos probando algunos platos nuevos para ver si pueden añadirse al menú permanente, y eso siempre significa más tiempo para evaluar los comentarios y pulir los detalles. Tendré que reunirme con los nuevos proveedores, y repasar las recetas con mis sous-chefs… Suele ser una pesadilla.

—Ah. —Asiente—. Entiendo. Hay que trabajar, ¿no?

—Quédate en la escuela todo el tiempo que puedas —resoplo—. Esto es una mierda.

Cassie se ríe.

—Apuesto a que el sueldo fijo hace que merezca la pena.

—Se podría decir que sí.

Su sonrisa es realmente... muy bonita. Suele inclinarse primero hacia un lado, como si se lo estuviera pensando, pero luego el otro se le une cuando sonríe de verdad. Es difícil no mirarla cuando sonríe así. Debería dejar que regrese a sus deberes, lo sé; debería darme la vuelta y dirigirme a mi habitación para ducharme y dejarla en paz.

En lugar de eso, me dirijo al sofá y me acomodo en él mientras bebo otro trago de mi botella de agua. Razono que solo estoy descansando un segundo.

No hagas las cosas raras.

—¿Siempre quisiste dedicarte a la terapia ocupacional?

—Casi siempre —dice—. Desde mi segundo año de licenciatura. Quizá antes. El dinero es bueno, y el trabajo me parece algo que disfrutaría.

—Quiero decir, eres increíble con los niños... ¿Quieres trabajar con ellos?

—Creo que sí. Te dije que mis padres eran terribles, ¿verdad?

Me golpea más fuerte de lo que debería, que me lo recuerde; tal vez sea por mi propia situación.

—Me lo dijiste.

—Sí, bueno. Como que me gusta la idea de estar ahí para niños así. ¿Sabes? Niños que creen que no tienen a nadie más.

Cada cosa nueva que sé de Cassie hace que hablar con ella sea mucho más peligroso.

—Lo entiendo —digo, arrugando el plástico de la botella de agua mientras me inclino sobre mis rodillas—. Es una buena motivación. Además, parece que has tenido mucha práctica, con el hospital infantil. Trabajaste allí casi un año, ¿verdad? ¿Qué hacías antes de eso?

Parece sorprendida por la pregunta, un extraño rubor en sus mejillas mientras aparta la mirada, pareciendo de repente muy interesada en la pantalla de su computadora.

—Oh —dice—. Trabajos esporádicos. Nada tan genial como el hospital. Probé lo de ser estudiante a tiempo completo durante un tiempo, supongo.

—Ah. —Hay algo nervioso en su comportamiento, y me doy cuenta de que, sea lo que sea lo que hizo, no quiere hablar de ello. Lo cual es extraño, pero tampoco es asunto mío, supongo. Tomo su extraña reacción como una señal para no entrometerme—. Bueno. Seguro que fue muy gratificante. Imagino que también será una buena experiencia. Es todo muy admirable. Lo que estás haciendo.

—Aunque hace que la vida personal sea penosa. —Se ríe—. Mi mejor amiga tiene más de setenta años.

Arrugo la frente.

—¿En serio?

—Oh, te encantaría Wanda, si pudieras evitar el hecho de que aún no está totalmente convencida de que no tienes un sótano secreto.

—Oh, *esa* amiga.

Me devuelve la sonrisa.

—Es un poco preocupona.

—Espero que la hayas puesto al tanto de la situación del sótano.

—Lo hice, pero no ha descartado del todo la posibilidad de que haya una puerta oculta por aquí.

—Cuanto más oigo hablar de Wanda, más miedo me da conocerla —resoplo.

—Oh, sí. Deberías tener mucho miedo. Pesa treinta kilos de puro terror. —Se queda pensativa—. Me encantaría llevar a Sophie a conocerla, si te parece bien. Creo que se llevarían bien.

—No veo por qué no —digo después de pensarlo un momento—. A Sophie le gustaría, estoy seguro.

—Definitivamente creo que a Wanda le haría mucha gracia. Eso, si estás seguro de que te parece bien. Quiero decir, eres bienvenido a venir, si estás libre...

—Oh, no, está bien. Estoy seguro de que seguiré ocupado. Hazme saber la dirección y cuándo estarás allí. Envíame un mensaje cuando vuelvas a casa para que sepa dónde están. De hecho, tal vez deberíamos activar el uso compartido de la ubicación, así si pasa algo....

Me doy cuenta de que vuelve a sonreír y cierro la boca rápidamente.

—Parezco tonto, ¿verdad?

—Suenas como el típico padre controlador. No es nada malo. Puedo hacer lo que te haga sentir mejor.

No tengo por qué pensar dos veces esta afirmación; sé que es perfectamente inocente, pero eso no impide que una extraña sensación se enrosque en mi

pecho.

—Está bien. Lo siento.

—Pidiendo disculpas otra vez. —Se ríe entre dientes.

—Seguro que a Sophie le encantaría salir un rato de casa —razono—. Seguro que ya está harta de estar aquí encerrada conmigo todos los días que no estaba en el restaurante.

—A Sophie le encanta estar contigo —afirma Cassie—. Habla de ti todo el tiempo.

Me quedo boquiabierto.

—¿En serio?

—Literalmente. Todo el tiempo. Date más crédito.

Asiento despacio, pensativo.

—Yo… Gracias.

—Solo lo digo como lo veo.

—Mierda. —Frunzo el ceño—. Eso me recuerda que se supone que Iris vendrá más tarde.

—¿Iris?

—La tía de Sophie. La mencioné, ¿verdad?

—Ah. —Asiente, en reconocimiento—. Cierto. Me acuerdo.

—Pidió ver a Sophie.

Cassie se ríe.

—¿Por qué pareces tan inseguro?

—Iris es… —suspiro—. Supongo que debería decírtelo. Las cosas pueden estar tensas entre nosotros a veces.

—Oh, no.

—Sí. Tiene buenas intenciones, de verdad, pero siempre ha estado tan

involucrada en la vida de Sophie… Creo que de repente no poder verla cuando quiere realmente la carcome. Ha intentado convencerme varias veces de una custodia compartida.

—Pero eres su padre —responde Cassie.

Asiento.

—Sí. Y me alegra dejarla ver a Sophie cuando puedo, pero quiero que Sophie tenga un entorno estable.

—Eso tiene mucho sentido —dice, y al oírlo me siento bien, como si no me hubiera dado cuenta de lo mucho que necesitaba oír que otra persona lo validara.

—Puede tener la costumbre de ser... tensa. Con las niñeras. En el pasado.

—¿Se va a poner en plan lucha libre conmigo?

Esto me hace reír.

—No, no. Nada de eso. Creo que le molesta que sienta la necesidad de contratar a alguien. Iris cree que debería dejar a Sophie con ella. Pero de nuevo... eso parece una pendiente resbaladiza. Quiero que ella sepa que este es su *hogar.* Creo que necesita eso en su vida ahora mismo.

—Puede que sea parcial —empieza Cassie—, porque, ya sabes, me pagas. —Nos reímos los dos—. Pero creo que estás haciendo lo correcto. Los niños necesitan sentir que tienen un lugar que es suyo, ¿sabes? Aunque no estés aquí todos los días, imagino que para Sophie es un consuelo saber que siempre vendrás a casa con ella. Si eso tiene sentido.

Asiento aturdido, preguntándome cómo alguien que apenas nos conoce puede encapsular todo lo que me he esforzado por hacer después de tan poco tiempo con nosotros.

—Lo tiene —digo—. Tiene mucho sentido.

Cassie se pasa un mechón de cabello por detrás de la oreja.

—No te preocupes —dice con una sonrisa—. Puedo encargarme de Iris.

—Bien. —Me rio entre dientes.

Hay un silencio incómodo que se instala una vez más porque no sé qué decir, el

suave sonido del plástico arrugándose crepitando en el aire mientras aprieto ansiosamente la botella de agua. Vuelvo a decirme que me vaya, que la deje aquí y siga con lo mío, pero aún me cuesta hacerlo, no estoy preparado para terminar de hablar con ella.

—Entonces, dijiste que tenías laboratorios este fin de semana, ¿verdad?

—Sí. ¿Te parece bien? Volveré a tiempo para hacerle la cena a Sophie.

—Oh, por supuesto. Claro. Me lo estaba metiendo en la cabeza para no olvidarlo —digo distraído—. ¿Cómo conociste a Wanda?

A estas alturas, me agarro a un clavo ardiendo para hablar con ella un poco más.

—Era mi vecina en mi antigua casa. Me quedé fuera de mi apartamento cuando me mudé por primera vez al edificio, y ella me hizo té mientras esperaba al cerrajero. Es muy intratable, pero me encanta. —Sonríe mientras sacude la cabeza—. Aunque estuviera convencida de que podrías ser una especie de criminal que me atrajo hasta aquí con un niño falso.

Resoplo.

—¿Por qué suena eso como algo de lo que me preocuparía si Sophie estuviera en tu lugar?

—No te preocupes, te prometo que no puedes ser tan paranoico como Wanda.

—Qué alivio —digo con tono inexpresivo.

—En serio, es un poco hilarante que se preocupe por mí de esa manera. Ella es la que recoge citas de bingo al azar cada dos noches entre semana y las lleva a casa.

—Estás bromeando.

—Ojalá lo estuviera. La mujer tiene más acción de la que yo nunca tendré.

No pienses en esa afirmación. Simplemente no lo hagas.

—Ella suena... como un personaje.

—Es un poco salvaje. Honestamente, su vida amorosa es impresionante. Siempre intenta darme consejos, y te juro que son tan ridículos como te imaginas. Gracias a Dios no estoy preocupada por eso ahora.

No preguntes. No te atrevas a preguntar, Aiden.

—Entonces, ¿no tienes citas?

Imbécil. Eres un imbécil totalmente tonto.

Parece sorprendida por la pregunta, ¿y por qué no lo estaría? Es una pregunta inapropiada. Rápidamente intento corregir.

—Solo quería decir... —Seguro que se da cuenta de que me estoy debatiendo. Espero que no se me note en el rostro—. Me di cuenta de que nunca discutimos, ah, cómo lo manejaríamos. Quiero decir, por supuesto que tu vida amorosa es un asunto privado, pero podría confundir a Sophie si trajeras a alguien aquí. —Quiero meterme en un agujero y no salir nunca—. Quiero decir, tal vez si estuviera dormida, y te quedaras abajo...

—*Oh.* —Tarda un momento en reflejar sorpresa—. Oh. —Se ríe, lo que me hace sentir un poco menos ridículo, pero solo un poco—. No, no. No te preocupes. No va a ser un problema. Tampoco tengo mucho tiempo para eso. La escuela me mantiene ocupada. No deja mucho tiempo para conocer al Sr. Correcto, ¿sabes?

No hay razón para que esta noticia me agrade. Absolutamente ninguna. No debería sentirme mejor al oír que no va a traer a un hombre cualquiera a mi casa, porque en primer lugar no debería importarme.

—Claro —digo finalmente, incapaz de mirarla a los ojos—. Eso es... comprensible.

Se ríe de nuevo.

—El único novio para el que tendría tiempo a estas alturas tendría que ser un inquilino dispuesto a bajar a las horas más raras. —Creo que dejo de respirar, pero solo un segundo. Veo cómo sus ojos se abren y sus mejillas se sonrojan levemente cuando parece darse cuenta de lo que ha dicho—. Vaya, no *pensé* antes de hablar. Lo siento. Pierdo todo el filtro cuando me pongo nerviosa.

Sé que cuanto más tiempo pase sin responder, más incómodo será, pero en este momento tengo la lengua pegada a la boca. No dejo de preguntarme por qué estará nerviosa. ¿Será por mí?

No importa. Acaba con esta jodida conversación.

—No te preocupes —digo con firmeza—. No pasa nada.

Y me voy a ir ya, porque está claro que hoy no puedo mantener una conversación con Cassie sin hacer el ridículo, y estoy a punto de inventar una excusa y marcharme cuando ella dice:

—¿Y tú?

Esto me desconcierta, olvidando lo que estaba a punto de hacer.

—¿Yo?

—Quiero decir, seguramente alguien como tú no está buscando citas.

Parpadeo aturdido.

—Alguien como... yo.

—Bueno, sí, ya sabes.

No lo sé en absoluto, así que se lo digo.

—No lo sé.

Pone los ojos en blanco y emite un leve sonido de frustración.

—Dios mío. Obviamente, eres guapo. Y eres un gran chef de lujo. —Siento que mis cejas se levantan, todavía atascado en *obviamente eres guapo*—. Quiero decir... ¿necesito un lugar para llevar a Sophie cuando traigas a alguien a casa, o hay algún tipo de política de calcetín en la puerta?

Saber que Cassie está pensando en este momento que estoy intimando con alguien, aunque sea de forma improvisada... no es bueno. Lo que me hace. No hay absolutamente nada en ello que deba ampliarse o considerarse.

—Calcetín en la puerta —repito tontamente antes de que se me escape una risita seca—. No —le digo—. No tienes que preocuparte por eso. Entre el trabajo y Sophie, hace tiempo que no es un problema.

Sobre todo, desde que mi último intento fue un desastre.

Pero eso es otra historia.

Me digo a mí mismo que me lo estoy imaginando, la expresión de su rostro que casi parece de alivio, pero que desaparece tan rápido como aparece, sabiendo

que mi cerebro inoperante solo está suministrando lo que quiere ver. Probablemente esté contenta de no tener que someterse a algo incómodo, y yo estoy aquí pensando cosas que no debería. Otra vez.

Miro el reloj, sin mirar la hora.

—Será mejor que vaya a ducharme. Todavía tengo cosas que hacer antes del trabajo.

—Está bien. —La veo asentir con el rabillo del ojo, pero no me atrevo a mirarla de frente—. No era mi intención entretenerte —continúa.

Entonces la miro, porque no puedo evitarlo.

—No, no. No lo hiciste. Es que... tengo mucho que hacer.

—Claro.

Me levanto del sofá y la saludo con la cabeza antes de subir y dejarla con sus deberes. No la miro mientras me voy, sobre todo porque temo que vea las ganas que tengo de patearme el culo, pero noto que no la oigo empezar a teclear hasta que casi me pierdo de vista.

No hagas las cosas raras.

Hasta aquí hemos llegado.



—¿Puedes acariciar tus pezones para mí, Cici?

Dios, su voz. Es baja y áspera, pero me hace sentir un cosquilleo en todo el cuerpo. Sobre todo, porque parece saber exactamente lo que quiere que haga.

Mis dedos me pellizcan los pezones y oigo su respiración entrecortada.

—Así. Son tan bonitos. Apuesto a que saben fantásticos.

Me pregunto si debería sentirme tan íntima. No puedo verle y no sabe mi verdadero nombre.

Nada de esto me impide venirme exactamente como él me dice.

Capítulo 5

Cassie

—Solo digo que podría ser una estafa muy larga —dice Wanda al otro lado del teléfono que tengo pegado a la oreja.

Me rio, sacudiendo la cabeza mientras le doy la vuelta al sándwich de queso asado de Sophie.

—Llevo aquí más de una semana. Creo que es seguro decir que no están tramando secuestrarme.

—Nunca se sabe. —Oigo el ruido de ollas al otro lado de la línea—. No encuentro mi maldita cacerola.

—Debería estar en el armario a la derecha del horno.

—Ya he mirado… oh.

—Te lo dije.

—¿Cómo demonios sabes dónde están mis cosas mejor que yo?

—Porque tienes la capacidad organizativa de una rata de carga con amnesia.

Wanda se burla indignada.

—Menuda matona.

—Sí, sí.

—¿Y la niña? ¿Es un terror?

Miro más allá de la cocina hacia el salón, donde Sophie está tumbada en el sofá jugando a sus videojuegos, con el ceño fruncido por la concentración y la lengua asomando entre los dientes. Me hace sonreír.

—Es genial —le digo a Wanda en voz baja—. Es una especie de terror, pero me gusta.

—Suena como otra persona que conozco —resopla Wanda—. Me alegro de que

sea real. Sabes, estaba medio preocupada de que ese tal Aiden fuera uno de tus acosadores de la cámara de tetas.

—Sí. —Me rio—. Cierto. No creo que alguien como él necesite visitar sitios como ese.

—¿Oh? ¿Alguien como él?

—Quiero decir... Estoy segura de que podría ver lo auténtico gratis cuando quisiera —bajo la voz—. No parece el tipo de persona que tendría problemas para traer mujeres a casa.

—Cassie Evans. ¿Me estás diciendo que tu nuevo jefe es sexi?

Hago una pausa, maldiciéndome a mí misma. Se suponía que ella no debía saber esa parte. Trato de mantener mi voz casual, como si no lo hubiera pensado mucho.

—Yo no diría que es poco atractivo.

—Oh, Señor. Lo es, ¿verdad? ¿Cómo de atractivo estamos hablando?

—No lo sé. No he prestado mucha atención.

—Sabes que sé cuándo mientes, ¿verdad?

—Bien —resoplo con derrota. Miro a Sophie mientras medio susurro—: Está increíblemente bueno, ¿está bien?

—Uf, chica. Deberías mandarme una foto.

—No voy a hacer eso en absoluto. Además, ¿serías capaz de averiguar cómo abrirla si yo no estuviera?

—Menuda matona —murmura de nuevo—. Ten cuidado, ¿me oyes? Los sexis dan problemas.

—Me aseguraré de guardar mi virtud con cuidado —digo seriamente—. Pero créeme, no hay ninguna posibilidad de que sea un problema. Está fuera de mi alcance en mi mejor día.

—Oh, cállate. Sabes que eres una belleza.

—Sí, sí. ¿Qué hay de ti? ¿Has conocido a alguien nuevo?

Oigo el sonido del agua corriendo mientras Wanda se prepara la cena.

—Nadie digno de mención —resopla—. Aunque el maldito Fred ha estado llamando. Parece que no capta la indirecta.

—Tal vez te encuentra irresistible.

—Bueno, nadie discute eso —dice con naturalidad—. Pero todavía no estoy tan sola. Aunque me hayas dejado aquí tirada.

—¿Esta es tu forma de decirme que me extrañas?

Chasquea la lengua.

—Tal vez. Tal vez no.

—En realidad quiero ir a visitarte pronto, si te parece bien. Me encantaría que conocieras a Sophie. Aiden ya lo autorizó, si te apetece.

—Bueno, por supuesto que quiero conocer a la pequeña diablilla. Tengo que asegurarme de que te hace ganar ese sueldo tan gordo con el que te alejaron de mí.

Le doy la vuelta al sándwich de queso asado, riendo de nuevo.

—Por supuesto.

—Tráela a cenar y haré mis albóndigas.

—Conoces el camino a mi corazón.

—Intenté convencerte de que no me dejaras, pero *tenías* que irte...

—Lo sé, lo sé. Pronto elegiré un día y te lo haré saber. La cena de Sophie está casi lista. Será mejor que la alimente antes de que empiece a morderme los tobillos.

—Ya lo he oído —dice la voz de Sophie al otro lado de la habitación.

—Bueno, está bien —dice Wanda—. Te dejaré ir. Solo asegúrate de venir. Echo de menos tu cara.

—Yo también te quiero. —Me rio entre dientes.

—Hasta pronto.

—Claro.

Sophie entra en la cocina cuando cuelgo el teléfono y echa un vistazo al sándwich de queso asado que estoy poniendo en el plato.

—¿Puedes cortar el mío en triángulos?

—Bueno, obviamente —resoplo—. Los triángulos le dan más sabor.

Me recompensa con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí.

—¿Quieres leche o zumo?

—Um. —Se lo piensa, sopesando sus opciones—. Leche. No, zumo. Sí, quiero zumo.

—Creo que nos queda zumo de manzana —le digo—. Ve a ver.

—Está bien.

Termino el segundo sándwich de queso asado que me he hecho mientras ella se acerca a la nevera, abriendo las puertas para mirar dentro mientras apago el fuego. No es la comida más elegante que se haya hecho alguna vez, pero, por suerte, no hace falta mucho para impresionar a una niña de nueve años. La oigo medio subirse a la encimera para tomar su propio vaso, algo bastante habitual en mi pequeña e independiente protegida, y me dispongo a regañarla cuando me distrae el sonido del timbre. Miro a Sophie con expresión curiosa; no sé quién puede venir a estas horas, ya que Aiden ya se ha ido a trabajar.

Entonces caigo en cuenta.

—Probablemente sea tu tía. Tu padre dijo que iba a venir.

A Sophie se le iluminan los ojos.

—¡Tía Iris!

Sale corriendo mientras la persigo y me limpio las manos con un paño de cocina antes de bajar las escaleras para seguirla. Sophie ya tiene la puerta abierta, abrazada a una mujer alta y delgada con el cabello rubio y suave cayéndole por los hombros. Su rostro se ilumina con una sonrisa brillante mientras se aferra a Sophie, y solo cuando levanta la vista hacia mí su expresión cambia, sus

delicadas cejas del mismo tono que su cabello se fruncen y su sonrisa vacila.

Decido no dejar que me moleste.

—Hola —saludo alegremente—. Debes ser Iris. Aiden me dijo que vendrías.

—Claro —contesta rotundamente, y no me pasa desapercibida la forma en que baja los ojos y los vuelve a subir, como si me estuviera evaluando—. Tú debes ser la nueva niñera.

Oh, chico.

—Esa soy yo —digo, manteniendo mi tono alegre—. Estábamos preparando la cena... ¿Quieres subir y unirte a nosotras?

Iris mira a su alrededor.

—¿Aiden no está aquí?

—Está en el trabajo —respondo, notando la naturaleza tensa de su tono.

—Hmm.

Es todo lo que dice, pero cierra la puerta tras de sí para entrar, así que supongo que acepta mi oferta de comer.

—Estaba preparando unos sándwiches de queso a la plancha —le digo, girándome hacia las escaleras—. Pero puedo hacer otra cosa si prefieres...

—Ya he comido, gracias —dice tiesa.

Creo que va a ser un hueso duro de roer.

Dejo que el silencio se prolongue mientras salgo del rellano y vuelvo a la cocina para buscarle el zumo a Sophie.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

Levanto la vista de la encimera y veo que Iris se ha acomodado en el sofá, mirando a Sophie subirse a uno de los taburetes de la encimera mientras se prepara para cenar.

—No hace mucho —le digo—. Hace poco más de una semana.

—Pareces estar como en casa —dice Iris.

—Oh, bueno... Aiden y Sophie han sido geniales.

—Perdona si parezco grosera —dice Iris—. Es que siempre he odiado la idea de que Sophie se quede con extraños.

—Por supuesto —respondo con una sonrisa que no llega a mis ojos. Me mira durante un minuto mientras le sirvo el zumo a Sophie y no vuelve a hablar hasta que deslizo el vaso por la encimera hasta la mano de Sophie.

—¿Cuántos años tienes? Pareces muy joven para ser niñera.

—Veinticinco —le digo con firmeza.

Sé amable, me digo mentalmente.

—Vaya. —Iris se ríe—. Eres muy joven. Apenas has salido de la escuela.

—En realidad, todavía —corrijo—. Me he estado abriendo camino.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué estudias?

—Terapia ocupacional.

—Oh, vaya. —Asiente, casi impresionada, aunque a regañadientes—. Es admirable.

—Esperemos que sí —respondo antes de darle un mordisco a mi comida—. ¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Tengo una floristería —me dice.

Me rio emocionada.

—¡Dios mío! Eso es tan lindo.

Iris me mira extrañada.

—Por tu nombre —aclaro.

—Claro... —Me mira como si me hubiera vuelto loca—. Bueno. Antes la llevaba con Rebecca. Ha sido más duro hacerlo sola.

Mi sonrisa se disipa.

—Oh. Por supuesto. Sentí mucho enterarme de eso.

—Ajá —dice rotundamente.

Doy otro bocado, y luego otro, queriendo escapar de esta horrible tensión. Mastico bruscamente mientras Sophie me hace un gesto con el pulgar sobre su propia comida.

—Mamá solía regalarme flores por mi cumpleaños todos los años.

Sonrío.

—Ah, ¿sí?

—Eran muy bonitas —me dice.

—Eso suena muy dulce.

Me doy cuenta de que Iris está observando esta interacción, como si me estuviera estudiando, tratando de encontrar algún fallo.

Me meto el último bocado de mi sándwich en la boca, decidiendo que obviamente estoy estorbando.

—Soph, ¿qué tal si voy a lavar la ropa mientras tu tía y tú se me acomodan?

—Está bien —dice Sophie con displicencia.

—Genial. —Sonrío mientras dejo mi plato en el fregadero; ya lavaré los platos más tarde—. Estaré por aquí si me necesitan. Solo tienen que decírmelo. —Intento sonreír a Iris, pero no me devuelve la sonrisa—. Encantada de conocerte, Iris.

Iris asiente rígida.

—Lo mismo digo.

Hago mi huida rápidamente, subiendo las escaleras hasta el tercer piso para recoger la ropa sucia de Sophie que probablemente está esparcida por el suelo de su habitación y del baño. A Sophie no parece afectarle el extraño primer encuentro entre su tía y yo, pero no puedo fingir que no me siento un poco incómoda. Está muy claro que Iris cree que no me necesitan aquí, y solo puedo preguntarme cómo eso puede hacer que las cosas se pongan raras en el futuro. Aun así... basándome en todo lo que Aiden me ha contado, no puedo evitar ser un poco comprensiva. Debe ser duro haber perdido a una hermana y a una

sobrina a la vez. Probablemente yo también estaría amargada. Me digo a mí misma que ya habrá tiempo de caerle bien a Iris y, ¿quién sabe? Quizá hasta podamos ser amigas. Con el tiempo.

Recuerdo la fría expresión de Iris y mi optimismo se tambalea.

Lo pienso mejor.



El encuentro con Iris no se me va de la cabeza en toda la noche, ni siquiera mientras preparo a Sophie para dormir y la arropo, y quizá por eso me resulta imposible conciliar el sueño. Doy vueltas en la cama durante una hora intentando dormirme, y al final me quedo dormida en algún momento, pero estoy inquieta. Como uno de esos momentos en los que estás lo bastante despierto como para saber que estás dormido, pero lo bastante dormido como para no estar despierto. Si es que eso tiene sentido.

En algún momento, abandono la idea por completo, balanceo las piernas sobre el lateral de la cama enfadada y decido ir a la cocina a tomar algo. Si no puedo dormir, al menos puedo hidratarme, supongo. Me froto los ojos mientras salgo de mi habitación, cierro la puerta tras de mí y subo las escaleras.

Al principio no me fijo en él, con los ojos todavía pesados y un bostezo que me impide mirar por dónde voy mientras arrastro los pies por el salón, pero justo antes de rodear la encimera le oigo sobresaltarse, lo que me hace hacer lo mismo.

—¿Aiden?

Parece sorprendido de verme allí, casi como si se hubiera olvidado de que estoy aquí: los ojos agotados con ojeras y la camisa de botones medio desabrochada para dejar ver una camiseta blanca debajo.

—¿Cassie? ¿Qué haces todavía levantada?

—Lo siento —digo, ahogando otro bostezo—. No podía dormir.

—Ah. —Asiente, de pie a la luz de la nevera abierta con una botella ámbar en la mano—. Espero no haber hecho demasiado ruido.

Le hago un gesto despreocupado.

—No, no. No has sido tú. Solo un día largo.

—Dímelo a mí —resopla, cerrando por fin la puerta de la nevera, de modo que lo único que arroja algo de luz es el suave resplandor de la bombilla de la campana extractora que hay sobre la cocina.

—¿Brutal?

Le quita el tapón a la cerveza.

—Mucho.

—Lo siento.

Da un trago y emite un sonido de satisfacción cuando retira la botella. Incluso con su aspecto demacrado, es difícil no darse cuenta de lo bueno que está, lo que nos recuerda que estamos solos en la oscuridad, mirándonos el uno al otro. Probablemente no sea la mejor idea.

Me rasco el cuero cabelludo con sueño. Dios, estoy agotada.

—Hoy he conocido a Iris. Es... un personaje.

La boca de Aiden se aprieta en una línea.

—No fue horrible contigo, ¿verdad?

—Bueno, mentiría si dijera que me va a invitar a su fiesta de cumpleaños dentro de poco —le digo—. Pero podría haber sido peor, supongo.

Aiden se apoya en la encimera, cerca de la nevera.

—Me alegro de que no fuera grosera, al menos.

—No sabía que la madre de Sophie tenía una floristería —señalo, entablando conversación por razones que se me escapan, dado que es muy tarde.

—Ah, sí. —Aiden asiente antes de tomar otro sorbo—. Es una tienda bastante popular. Iris la lleva sola ahora.

—Parece que le encanta Sophie —observo.

—Sí. Es muy buena con ella. La crio a medias.

—No le hizo mucha gracia que Sophie se quedara conmigo tras la muerte de Rebecca. Parece creer que ella era la mejor opción, ya que, según sus palabras, nunca estuve ahí para Sophie como ella. Eso provocó muchas discusiones al principio.

—Pero eres su padre —argumento—. Claro que debería estar contigo.

—Los tribunales estaban de acuerdo, pero Iris… —Sacude la cabeza—. Una parte de mí cree que está esperando a que lo joda todo de alguna manera.

Oh. Sé que tengo sueño, pero algo en la voz grave de Aiden pronunciando una palabra tan sucia me revuelve el estómago. *Definitivamente no es el momento,* pienso.

—No ayuda que esté en la época más ocupada de mi vida, profesionalmente hablando —continúa, suspirando—. Me mantiene lejos de casa más de lo que me gustaría.

No voy a fingir que esto no me hace pensar en mi propia infancia, en mis padres, sus trabajos y en la carga económica que me recordaban constantemente que era. Estoy casi cien por cien segura de que Aiden no se parece en nada a mis padres, ya que de hecho parece disfrutar pasando tiempo con Sophie e intenta hacerlo cada vez que puede; alejo mis propios prejuicios para intentar ver su lado.

—Lo entiendo. Tienes que trabajar. Además, no es como si la dejaras aquí sola. Y pasas todo tu tiempo libre con ella cuando no estás trabajando, ¿verdad?

—Todo el que puedo —dice asintiendo—. Yo solo... —Hace un sonido de frustración—. Hago lo que puedo, pero a veces parece que no es suficiente.

—Lo siento —vuelvo a decir—. Estoy segura de que esto no es lo que querías al volver a casa. No quería tocarte un nervio.

—No, no. Siento haberte echado esto encima. Es que me pesa.

—No lo sientas —le aseguro, y finalmente me dirijo a la nevera para tomar una botella de agua. La abro—. Digamos que la terapia suave forma parte de mis obligaciones. Te enviaré la factura por correo.

Su boca se tuerce.

—Obviamente.

—De todos modos... Seguro que estás cansado. Será mejor que vuelva a no dormir.

—Sí, no me gustaría retenerte. —Se ríe.

—Es un trabajo ingrato, pero alguien tiene que hacerlo.

Cierro la puerta de la nevera con la intención de dejarlo solo, pero me sorprende cuando alarga la mano para agarrarme la muñeca sin apretar. Miro sus gruesos dedos, cálidos contra mi piel, y vuelvo a levantar la mirada para encontrarme con su expresión de preocupación.

—Lo siento —me dice en voz baja—. Es que... estás bien, ¿verdad?

Parpadeo, confundida.

—¿Qué?

—Quiero decir... no dijo nada que te molestara, ¿verdad?

—¿A mí?

Aiden asiente.

—Es que... espero que no te haya asustado.

—Oh.

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Quiero decir, sí, fue fría conmigo, pero soy una chica grande, y se necesita más que Iris para ponerme nerviosa.

—Estoy bien —le aseguro—. No te preocupes. No me voy a ninguna parte.

Se relaja visiblemente.

—Bien. —Creo que entonces se da cuenta de que sigue sujetándome la muñeca, su rostro baja para asimilarlo antes de soltarla rápidamente—. Lo siento. Estoy cansado. No estaba pensando.

—No pasa nada —respondo en voz baja, ese aleteo en el estómago convertido ahora en un aleteo desenfrenado—. Deberíamos irnos a la cama.

Sus ojos se abren un poco y me doy cuenta de lo que he dicho.

—Quiero decir... —Siento que se me calienta el rostro—. Quería decir por separado. Tú te vas a la cama, yo me voy a la cama y...

—Claro —dice, salvándome. ¿Soy yo o su voz es más grave que hace un segundo?—. Sé lo que querías decir.

—De acuerdo.

Siento el aire acondicionado más frío que antes, se me pone la piel de gallina y los pezones se me tensan bajo la fina camiseta, recordándome por primera vez desde que salí de mi habitación (y demasiado tarde, debo añadir) que no llevo sujetador. Me doy cuenta cuando noto que Aiden baja la mirada de una forma que parece un reflejo, como si no pudiera evitarlo. Oigo su aguda inhalación mientras el calor me recorre el cuello y cruzo rápidamente los brazos sobre el pecho cuando la vergüenza me invade.

Decido que no reconocerlo es la opción menos mortificante y me miro los dedos de los pies en lugar de su rostro.

—Bueno. Bien. Me voy a la cama. Te veré por la mañana.

—Claro —responde lentamente—. Nos vemos por la mañana.

Me alejo lo más rápido que puedo sin llegar a correr, solo me detengo en el rellano y doy media vuelta.

—Buenas noches, Aiden.

—Buenas noches —me responde, y me doy cuenta de que no se ha movido de donde está.

Creo que no respiro hasta que estoy a salvo en mi habitación con la puerta cerrada tras de mí, apoyándome en ella para taparme los ojos con las manos. Solo esperaba que la entrada estuviera lo bastante oscura como para no haberle dado una mirada *completa* a Aiden; la vergüenza de saber que mi jefe, que está muy bueno, pero fuera de los límites, podría casi haberme visto los pezones es suficiente para darme ganas de meter la cabeza en un retrete.

Suelto un suspiro mientras sacudo la cabeza ante mi propio descuido, mirando a la oscuridad de mi habitación y diciéndome a mí misma que no es para tanto.

Que seguro que en una situación como la nuestra cometemos algún que otro error. Que seguramente Aiden lo habrá olvidado todo por la mañana.

Cierto, pienso mientras vuelvo a meterme en la cama. *No es para tanto.*

Aunque siga pensando en cómo me ha mirado.



Capítulo 6

Cassie

Preocuparme por mi encuentro nocturno con Aiden resulta ser inútil, ya que después de esa noche apenas lo veo en una semana. Lleva a Sophie a la escuela todas las mañanas durante los días siguientes, pasa todo el tiempo libre que le queda en el gimnasio cuando Sophie no está en casa y entra y sale a hurtadillas de la ducha antes de desaparecer para ir a trabajar. Si no lo supiera, diría que me está evitando, lo que me pone aún más nerviosa. Me preocupa la posibilidad de haber puesto las cosas incómodas entre nosotros, temiendo haber estropeado el ritmo fácil que habíamos empezado a llevar. El sábado siguiente, puedo contar con los dedos de una mano las veces que he visto a Aiden Reid, incluso viviendo en la misma casa.

Esa mañana voy a la cocina antes de lo habitual, con la esperanza de pasar un rato a solas con la cafetera antes de que Sophie se despierte. Creo que tengo algo de tiempo antes de que Aiden se despierte y se entretenga con algo que le permita evitar hablar conmigo. En este momento he decidido que no dejaré que esto me moleste, que, si las cosas se ponen raras entre Aiden y yo, será culpa suya, no mía.

Quiero decir, por el amor de Dios. El tipo ha visto pezones antes. Y no es que yo no enseñara los míos a medio internet regularmente. Ni siquiera sé por qué me molesta tanto. No es el fin del mundo.

Me estiro mientras se prepara el café. La bata se me escurre un poco de los hombros y me envuelve holgadamente cuando vuelvo a apoyarme en la encimera. Los sacudo cuando siento una conocida tirantez en la espalda, me froto la piel levantada y suspiro como hago siempre que recuerdo mi cicatriz.

Cuando el café está listo, le echo a la taza más azúcar de lo que es socialmente aceptable, pero da igual. Cierro los ojos cuando el primer sorbo de cielo caliente me golpea la lengua y tarareo satisfecha mientras dejo que termine de despertarme. Sigo allí de pie, con la equivocada sensación de seguridad que me da pensar que tengo una buena cantidad de tiempo a solas por delante, apoyada despreocupadamente en la encimera, con el albornoz torcido y las manos

ocupadas en la taza, cuando por fin percibo un cuerpo grande que baja las escaleras que llevan al tercer piso.

Aiden bosteza, con el cabello revuelto por el sueño y los brazos estirados, lo que hace que la camiseta gris se le suba lo suficiente como para mostrar las marcadas líneas del abdomen por encima del pantalón de franela del pijama. Mis ojos se fijan en la musculatura bien desarrollada que debe de ser su recompensa a tanto ejercicio de evasión. No debería mirarlo, lo sé, pero con su aspecto... no puedo evitarlo.

Y entonces se fija en mí.

—¿Cassie?

Me doy cuenta de que me he quedado embobada.

—Ah, hola. Te has levantado temprano.

—Sí. —Se pasa los dedos por el cabello distraídamente, aun parpadeando con sueño—. Tengo una reunión de personal esta mañana.

Aún no se ha movido del pie de la escalera, casi como si tuviera miedo de acercarse a mí. Eso no hace más que alimentar mis sospechas de que las cosas están raras entre nosotros.

—He hecho café —le ofrezco—. Si quieres un poco.

—Sería estupendo —dice.

Sus ojos pasan de mi rostro a mi camiseta rosa de *baby doll*, recordándome que es la misma que llevaba durante nuestro último y desastroso encuentro. ¿Es culpa mía que me guste tanto? Al menos esta vez llevo sujetador; definitivamente he aprendido la lección sobre ir sin sujetador fuera de la seguridad de mi dormitorio.

Pero aun así me doy cuenta de que la reconoce.

Después de dejar la taza de café en la encimera, me reajusto la bata y me la pongo por delante para ocultar la camiseta. Lo último que necesito es que Aiden esté pensando en mis pezones mientras intenta hablar conmigo.

Me aclaro la garganta, intentando no pensar en lo obvia que estoy siendo.

—Entonces, ¿café? ¿Cómo lo tomas?

—Negro está bien.

Frunzo los labios.

—¿En serio?

—No me gustan todas esas cosas de más —admite.

No puedo evitarlo. Me hace sonreír.

—Sabes, siempre he dicho que la gente que bebe café solo no se quiere a sí misma.

—No sé si esa lógica es válida —replica Aiden, con la boca torcida.

No contesto y me giro para prepararle una taza. Lo escucho cruzar por fin el salón para reunirse conmigo en la cocina; el roce de un taburete detrás de mí me avisa de su proximidad. Es lo más cerca que ha estado de mí desde el fin de semana pasado, y tengo que admitir que me pone nerviosa. Casi puedo sentir sus ojos clavados en mí mientras trabajo, y no puedo evitar preguntarme si estará recordando la última vez que estuvimos tan cerca. ¿Sigue pensando en lo que vio, o soy la única que se preocupa por ello?

Cuando termino de servirle el café, me vuelvo para darle la taza y, cuando intenta tomarla, sus dedos rozan los míos. Siento pequeñas chispas ante el contacto y él no retira la mano inmediatamente. Pasa un segundo, quizá más, antes de que me quite la taza, y yo alzo la mía en un brindis simulado, manteniéndome apoyada en la encimera del otro lado e intentando no fijarme en lo anchos que parecen sus hombros con la camiseta o lo cálido de su tacto.

—Así que —empieza, dando un sorbo cuidadoso a su taza—. Mierda, está caliente. —Frunce el ceño al continuar—: ¿Me he perdido algo interesante esta semana?

—Bueno, he estado introduciendo a Sophie en mi anillo de juego clandestino, pero aún no me ha impresionado.

Su boca se tuerce.

—¿Lo has hecho?

—Sí. —Suspiro dramáticamente—. La niña no tiene cara de póquer. No creo que esté hecha para esto.

—No estoy seguro de si debería estar agradecido o decepcionado.

—Definitivamente decepcionado. Si no puede con el blackjack, ¿cómo vamos a llegar al Texas Hold'em?

Asiente con seriedad.

—Bueno, esto suena mucho más educativo que las tablas de multiplicar.

—Oh, definitivamente no está preparada para eso. Se pasa de veintiuno casi en cada mano.

Aiden se ríe ahora, y agradezco ver algo más que miradas furtivas y su figura en retirada cuando se escabulle de una habitación para evitarme. Fácilmente podría seguir con este juego de «hagamos como si no hubiera pasado» y esperar que eso nos llevara de vuelta a la normalidad, pero, por desgracia, en el fondo soy una glotona del castigo.

Desvío la mirada mientras me llevo la taza a la boca.

—Así que no bromeabas cuando dijiste que las cosas se iban a poner movidas, ¿eh?

Aiden suspira, soplando suavemente sobre su café.

—Ha sido una pesadilla. Uno de nuestros proveedores ha tenido problemas de entrega esta semana. Por eso tengo una reunión hoy; tengo que reunirme con otro proveedor para intentar que las cosas vuelvan a su cauce.

Por el sonido de su voz me doy cuenta de que sus frecuentes ausencias tienen más probabilidades de empeorar que de mejorar. Me hace pensar en todas las veces que Sophie ha mencionado a su padre esta semana, sabiendo que Aiden no puede evitar que su trabajo sea ajetreado, pero aun así sintiendo compasión por la niña, que tenía que esperar poder verlo al menos los fines de semana.

Sé que debería ocuparme de mis asuntos, pero es difícil.

—Sophie echará de menos salir contigo este fin de semana.

—Se lo pasará mejor contigo de lo que se lo pasaría conmigo —dice con una

risa ligera.

Ojalá supiera por qué Aiden insiste en menospreciarse todo el tiempo cuando se trata de su paternidad. Me pregunto si realmente piensa que su hija no preferiría pasar el tiempo con su padre en lugar de con una señora cualquiera que él ha contratado.

—Te echa de menos cuando no estás aquí —replico, intentando mantener un tono informal—. Me doy cuenta.

Aiden frunce el ceño mientras mira su taza, pensativo.

—Yo también la echo de menos. Espero que las cosas se calmen pronto.

No sé si decirle que Sophie no es la única que ha notado su ausencia, pero me pregunto si eso no empeorará las cosas. No me cabe duda de que últimamente me ha estado evitando a propósito, y no sé si hablar de ello sería peor que fingir que no pasa nada.

—Sé lo ocupado que has estado —le digo con cuidado antes de dar un sorbo a mi taza—. Parece que no te he visto esta semana.

Ya está. Lo he dicho. Probablemente me arrepentiré, pero lo he dicho.

—Oh. —Noto la forma en que su mandíbula se tensa, tanto como noto que no me mira—. Sí. Hemos tenido mucho trabajo de preparación que hacer.

—Oh. —Tal vez sea verdad. Tal vez estoy leyendo demasiado en él. Aun así—. Pensé que... bueno. —Me muevo nerviosamente de un pie a otro—. Supongo que me preocupaba que pudieras estar...

Entonces me mira, sus bonitos ojos se cruzan con los míos y desvían mi hilo de pensamiento.

—¿Preocupada de que pudiera estar qué?

— Yo… —Trago saliva, insegura de cómo sacar a colación lo que he estado llamando en mi cabeza *el incidente del pezón* de un modo que no sea increíblemente embarazoso para los dos—. Supongo que pensé que me estabas evitando. Después de... ya sabes...

No puedo leer su expresión en absoluto, su semblante pétreo solo empeora por la línea tensa de su boca y la dureza de sus ojos. Daría cualquier cosa por saber lo

que está pensando ahora mismo, por tener alguna forma de prepararme para una reprimenda o una conversación increíblemente incómoda, y para cuando abre la boca para hablar, puede que esté sudando.

—Cassie, en realidad yo...

—Buenos días —murmura una voz somnolienta detrás de él, sobresaltándonos a los dos.

Sophie entra arrastrando los pies a la cocina para unirse a nosotros con los ojos apenas abiertos y el cabello alborotado, habiendo pasado desapercibida para los dos hasta este mismo segundo. Aiden me devuelve la mirada solo un instante, como si lo que fuera a decir estuviera aún en su lengua, pero rápidamente esboza una sonrisa y despeina a su hija cuando se acerca a él.

—Buenos días. Alguien durmió como una fiera anoche.

Sophie frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Mira qué cabello. —Se ríe.

Sophie se estira para acariciar los mechones rebeldes que sobresalen de un lado a otro.

—El tuyo también está raro.

—Ah, ¿sí? —Aiden intenta hacer algo parecido, pero frunce el ceño cuando se da cuenta de que no está mejor—. Supongo que lo sacaste de mí.

Sophie coloca una mano sobre su estómago.

—¿Qué hay para desayunar?

—Tengo mezcla para panqueques —digo—. Podríamos intentarlo de nuevo y que esta vez no acabe en desastre, espero.

Sophie sonríe.

—Mientras papá no ayude.

—Las dos son graciosísimas —comenta Aiden secamente. Comprueba la hora en la pantalla del horno—. Por desgracia, no puedo quedarme a desayunar, pero

al menos ya saben que no podré arruinar los panqueques.

Sophie parece decepcionada.

—¿Vuelves al trabajo?

—Lo siento —le dice, sonando como si realmente lo hiciera—. Tengo que hacerlo.

—Oh. —Sophie se mira los pies, encogiéndose de hombros—. Pensé que ibas a ir a la playa con nosotras hoy.

Su comportamiento y su tono tocan algo dentro de mí, despertando recuerdos de comer sola y deseando la compañía de alguien que no fuera la mía. Sé que Aiden está muy lejos de ser mis padres, pero ver a Sophie poner la cara que pone en este momento, desencadena emociones que creía haber guardado hace tiempo.

—Ojalá pudiera —dice, sonando sincero—. Van a pasar un día mucho más divertido que yo.

De repente, me viene a la cabeza la imagen de Aiden en bañador, y esa imagen puede ser perjudicial para mi salud.

Me mira.

—¿A qué playa van?

—A Coronado. Supongo que podemos comer en un desayunador.

—ENO’s tiene una pizza estupenda —dice—. Te dejaré algo de dinero.

Trato de decirle que no.

—Oh, no, está bien, puedo...

—Vas a estar todo el día luchando con una niña de nueve años en la playa —dice tajante—. Yo pago la comida.

—Está bien —concedo, poniendo los ojos en blanco.

Me siento rara aceptando dinero de él por algo que muy probablemente acabará siendo divertido para mí también, pero razono conmigo misma que técnicamente sigue siendo una actividad en horario laboral, y eso me hace sentir mejor al respecto.

Me distraigo de esta línea de pensamiento cuando los ojos de Aiden vuelven a encontrar los míos, algo en ellos me hace sentir como hubiera tenido algo más que decir desde antes de que Sophie le interrumpiera, como si aún quisiera decirlo. Me hace sentir aún más curiosidad por lo que podría haber sido.

—Debería darme una ducha —nos dice, dedicándonos una sonrisa que no llega a sus ojos—. No quiero llegar tarde.

—Está bien —murmura Sophie, todavía con cara de abatimiento.

—Gracias por el café —me dice Aiden, su expresión todavía insinuando lo que queda sin decir.

—Es café solo —respondo, haciendo una mueca—. No sé si deberías darme las gracias.

—Claro. —Su sonrisa es cálida y me hace sentir lo mismo—. Qué se diviertan hoy, chicas —dice, inclinándose para besar la parte superior de la cabeza de Sophie—. No se metan en líos.

No digo nada más mientras lo veo salir de la cocina, y podría avergonzarme por la forma en que lo observo, si no fuera porque lo veo mirándome una última vez antes de empezar a subir las escaleras.

Me bebo el resto del café de un trago, dejándolo reposar en la boca mientras mis pensamientos rebotan en mi cabeza. Sin embargo, hay una pregunta que sobresale por encima de todas, una que sospecho que me estaré preguntando el resto del día, si no más.

¿Qué estaba a punto de decir Aiden?

Fue una gran idea traer a Sophie aquí. Parece más contenta que nunca y creo que Aiden tenía razón cuando dijo que le gustaría salir de casa. Se ha animado un poco desde que salimos, pero no del todo, y en estos momentos está ocupada con un elaborado castillo de arena que está haciendo con el variado paquete de juguetes de playa que tenía guardado en casa.

Me distraigo mientras la observo, con el recuerdo de la expresión de Aiden y la suavidad con la que pronunció mi nombre pesando en mi mente. Puede que esté dando más importancia de la que tiene a lo que ha pasado, pero la forma en que Aiden se ha distanciado de mí me ha dejado en un estado de inquietud constante, y ni siquiera estoy segura de por qué. Me gustaría decir que es porque me preocupa mi trabajo... pero no estoy segura de que esa sea toda la verdad. En el fondo, creo que echo de menos hablar con él. Probablemente sea una tontería que me preocupe tanto; es más probable que fuera a decir que deberíamos hacer como si nunca hubiera pasado, que sería lo mejor.

Aunque sea más fácil decirlo que hacerlo.

El entusiasmo de Sophie se ha calmado un poco desde que almorzamos, pero no lo suficiente como para indicar que está lista para regresar. Probablemente se quedaría aquí todo el día si la dejara.

—Oye, niña —le digo finalmente, alejando los pensamientos sobre Aiden—. Necesito ponerte más protector solar.

Hace una mueca.

—No me estoy quemando.

—Eso crees, hasta que lleguemos a casa y parezcas una langosta.

—*Bien* —resopla, se levanta de la arena y se quita la tierra de las manos antes de venir a sentarse conmigo en la manta.

Me da la espalda, rodea las rodillas con los brazos y apoya la barbilla en ellas. Tomo el bote de protector solar de la bolsa y me echo un poco en las manos antes de empezar a colocarle en los hombros, que ya están un poco más rosados de lo que deberían.

Hace un gesto de dolor y yo chasqueo la lengua.

—¿Ves? Lo hemos hecho justo a tiempo.

—Sí, sí —refunfuña.

—¿Te estás divirtiendo?

Se encoge de hombros.

—Sí.

—Vaya, qué manera de aguarme la fiesta —me burlo—. Parece como si te tuviera aquí arrancando malas hierbas.

—No sé... —suspira—. Ojalá hubiera venido papá.

Hago una pausa en lo que estoy haciendo, la compasión me golpea el pecho. Hay una parte de mí que sigue pensando que no me corresponde entrometerme en su relación. Que debería hacer mi trabajo y ganarme el sueldo sin preocuparme de nada más, pero es difícil. Especialmente con la forma en que he llegado a querer a esta chica valiente que podría ser más inteligente que yo.

Por no hablar de que sigo pensando en cómo sus sentimientos podrían coincidir con los míos de otra época; una época en la que tampoco había deseado otra cosa que pasar más tiempo con las personas cuya atención debería ser un hecho. Termino de aplicarle bien el protector solar antes de limpiar el resto en mi toalla, avisándole que ya puede irse. No se mueve inmediatamente, sigue mirando el lento vaivén de las olas contra la orilla como ensimismada.

—Puedes hablar conmigo —le digo tímidamente.

Vuelve a encogerse de hombros.

—No es nada.

—Los secretos no hacen amigos —digo seriamente—. Y ahora somos amigas, ¿verdad?

Ella asiente y yo resisto las ganas de hacer un gesto de victoria con el puño.

—Supongo que sí.

—Entonces, dime en qué estás pensando tan seriamente.

—Pensé que papá no estaría tan ocupado hoy.

Algo se contrae en mi pecho.

—Estoy segura de que preferiría estar aquí contigo.

—Supongo que sí —murmura—. Odio cuando está ocupado.

—¿Ocurre a menudo?

Vuelve a encogerse de hombros lastimosamente.

—A veces. Su trabajo es estúpido.

—Ah, vamos, no es estúpido. Tiene que trabajar para poder comprarte más videojuegos, ¿no?

—Supongo.

Me siento a su lado y ella me mira de reojo.

—Es que... —empieza. Me doy cuenta de que está luchando con sus palabras, su voz es más suave ahora, como si estuviera avergonzada—. Me hace echar de menos a mi madre cuando se va mucho.

—Oh, cariño. —Extiendo el brazo para presionar mi mano en su espalda, frotando un lento círculo—. Claro que sí.

Su suave resoplido me rompe el corazón, el primer signo de vulnerabilidad que muestra desde que la conocí.

—Era increíble.

—Ya lo creo. Quiero decir, tenía que serlo, ya que hizo a una chica genial como tú.

—Era tan divertida —me dice Sophie—. Contaba los mejores chistes. Y me leía cuentos todas las noches. —Una lágrima se desliza por sus pestañas inferiores y resbala por su mejilla—. Papá trabaja mucho hasta tarde, así que.

—Sabes, soy muy buena lectora.

Sophie se limpia la nariz, intentando parecer estoica.

—Soy demasiado mayor para cuentos.

—¿Quién lo dice?

—No lo sé.

—Bueno, yo soy muy mayor y todavía me gustan los cuentos.

Se anima un poco.

—¿Te gustan?

—Sí. El otro día estaba pensando cuánto me gustaría poder leer un buen cuento. ¿Quizá podrías ayudarme con eso?

Sophie se muerde el labio inferior para no sonreír y aparta la mirada mientras vuelve a apoyar la barbilla en las rodillas.

—Supongo que podría. Ya que quieres.

—Definitivamente me estarías haciendo un favor.

Solo conozco a esta niña desde hace dos semanas, pero empiezo a pensar que no hay mucho que no haría para hacerla sonreír. Sobre todo, porque tengo la sensación de que le vendrían bien tantas sonrisas como pueda conseguir con todo lo que ha pasado.

—De acuerdo. —Asiente, apoyada en las rodillas—. Claro.

—Oye, ¿sabías que no puedes tararear mientras te tapas la nariz?

Sophie aprieta los labios.

—¿Qué?

Me pellizco la nariz, poniendo una cara ridícula mientras lo intento. Siento que se me salen los ojos y se me hinchan las mejillas, y Sophie suelta una risita.

—¿Ves? Imposible.

—No, no —argumenta—. Yo puedo hacerlo.

Su rostro se encoje de concentración mientras me copia, se pellizca la nariz y tensa todo el cuerpo mientras intenta forzar la garganta para producir un sonido. Lo hace hasta que el rostro se le pone rojo y al final tengo que apartarle las manos para que no se le rompa un vaso sanguíneo. No puedo evitar reírme de su expresión irritada, como si estuviera enfadada por haber sido superada por mis hechos de Snapple.

Pero noto que ya no parece triste, así que vale la pena.

—Te dije que era imposible.

—Podría averiguarlo —refunfuña.

—Seguro que podrías. —Me rio entre dientes. Vuelvo a darle un codazo—. Oye.

¿Por qué no volvemos a salir de casa mañana? Hay un parque cerca. Esto del día de chicas ha estado bien, ¿verdad?

Abre los ojos y se interesa.

—¿Un parque?

—Y quizá podamos encontrar una librería que venda buenos cuentos para dormir. Ya sabes. Para ayudarme. —Su sonrisa de dientes es mi recompensa, y extiendo la otra mano para secarle una lágrima que aún tiene en la mejilla—. No más lágrimas, ¿bien?

—De acuerdo.

—Ahora, terminemos este castillo de arena antes de que las dos acabemos pareciendo langostas...

Hago un sonido de sorpresa cuando sus bracitos me rodean de repente; su pequeño cuerpo se aprieta contra el mío mientras se aferra a mí en un cálido abrazo. Solo me quedo boquiabierta un par de segundos antes de sonreírle, rodear sus hombros con mis brazos y apoyarle la mejilla en el cabello.

—No eres tan patética —murmura en mi camisa—. Para ser niñera.

Cierro los ojos y respiro el suave aroma de su champú de sandía mezclado con agua de mar.

—Lo tomaré como el mayor de los cumplidos.

Me arrastro por la arena para ayudarla con su castillo y tomo un cubo cuando empieza a darme órdenes sobre qué debe ir en cada sitio. Su melancolía anterior parece disiparse después de nuestra charla y, aunque mis propios pensamientos ansiosos siguen rondando por mi cabeza, saber que está relativamente bien me hace sentir mejor, en su mayor parte.

Me digo que es por Sophie por quien estoy tan preocupada y no por lo que Aiden ha intentado decirme antes, que es simplemente porque tengo miedo de que decida que no soy la más adecuada para ellos y me pierda más tiempo con esta niña a la que le estoy tomando tanto cariño. Cualquier otra cosa sería ridícula. Especialmente cualquier interés latente en el padre de la niña, que está tan fuera de los límites que bien podría ser mi Área 51 personal. Aunque siga evitándome, no pasa nada, mientras pueda seguir trabajando aquí.

Trato de concentrarme más en el castillo de arena y menos en Aiden y todo lo que viene con él, decidiendo que sería mejor que dejara de pensar en sus palabras no dichas y sus miradas ilegibles. Esto no es algo que debería estar intentando averiguar. Debería gastar esta energía en Sophie.

Cassie, en realidad yo...

Sí. No pienses en eso.



Esa noche llegamos a casa un poco más tarde de lo esperado; Sophie me convenció para tomar un helado y luego ir a los videojuegos, lo que nos llevó a cenar. Son casi las nueve cuando tengo que cargar con sus veinticinco kilos a través de la puerta porque está agotada. Se duerme completamente mientras lucho por cruzar la puerta principal, sujetándola con fuerza con un brazo mientras busco a tientas las llaves. Estoy a punto de resignarme a despertarla para poder entrar, pero entonces la puerta se abre sola, sorprendiéndome.

—¿Aiden? ¿Qué haces en casa?

—Acabo de llegar —dice—. Noche lenta. —Se da cuenta de que estoy forcejeando, tratando de cargar a Sophie—. Parece que tuvo un gran día.

—Ah, sí. —Dejo que pase a Sophie de mis brazos a los suyos—. Me convenció para hacer un montón de excursiones después de la playa.

—Sí. —Se ríe—. Es buena en eso.

Sigo de pie en el porche. Aiden tarda un segundo en darse cuenta.

—Mierda. Déjame... —Se aparta para que pueda entrar—. Seguro que tienes... frío.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que no llevo nada más que un top transparente sobre la parte superior del bikini y unos pantalones cortos que de repente me parecen demasiado cortos. Aiden carraspea y aparta la mirada, y yo paso junto a él, consciente de que el material negro transparente deja poco a la

imaginación. No me había parecido gran cosa cuando habíamos salido hoy, al fin y al cabo, esto es California, pero estar a un metro de Aiden Reid con la mitad de mis tetas a la vista tan poco tiempo después del *incidente del pezón* me parece demasiado.

Esta misma mañana había intentado disculparme a medias por ello, para intentar aclarar las cosas entre nosotros, y ahora estoy en el vestíbulo en bikini mientras él hace todo lo posible por no mirar. Lo cual tengo que reconocerle. Ahora está muy interesado en el color de la pintura de la pared de la entrada.

—Me alegro de que hayan tenido un buen día —me dice tenso.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—De verdad que sí. Aunque ella te echó de menos.

—¿En serio? —Entonces me mira, un movimiento inconsciente que no creo que capte hasta que ya me está mirando. Parece recordar poco después por qué no estaba haciéndolo en primer lugar, desviando la mirada hacia el suelo—. Ojalá hubiera podido estar allí.

—Quizá la próxima vez.

Asiente.

—Tal vez.

Dios, ¿de verdad las cosas tenían que ser tan incómodas? Tenemos que encontrar una manera de manejar las cosas así si vamos a vivir juntos. Tengo tetas. Su rostro está hecho a medida para inducir mariposas. Nos las arreglaremos.

—Bueno, de todos modos —dice—. Supongo que mejor subo a Sophie para...

—¿Puedo preguntarte algo?

No debería, probablemente. Ya lo sé. Pero he estado pensando en ello todo el día, y ver cómo se esfuerza por no mirarme no me hace sentir mejor.

No duda.

—Sí.

—¿Qué...? —Tengo que respirar hondo para armarme de valor—. ¿Qué ibas a decir esta mañana? Antes de que entrara Sophie.

Su boca se abre solo para cerrarse, los labios apretándose durante un breve momento antes de responder en voz baja:

—Iba a decirte que estaba evitándote. Lo siento.

—Oh. —Definitivamente no es lo que esperaba, creo—. Quiero decir, lo entiendo. Fue un poco incómodo.

—No, quiero decir... —Hace un sonido frustrado—. Temía que te sintieras incómoda. No quería empeorarlo.

—Yo… oh. quiero decir… no lo hago. Cosas que pasan, ¿no? No fue para tanto.

—Cierto —dice—. De acuerdo. Me alegro de que no te sientas incómoda.

—No lo hago —le aseguro—. Simplemente no quiero que las cosas sean raras entre nosotros. En una situación como la nuestra, seguro que tenemos algún percance.

Sus ojos se encuentran con los míos, menos vacilantes que antes.

—Tienes razón. Lo siento si he empeorado las cosas.

—No lo hagas. —Le hago un gesto para que se relaje—. Yo también intentaré tener más cuidado. No habrá más incidentes relacionados con pezones en esta casa.

Mierda.

Realmente lo había dicho en broma, pero en cuanto sale de mi boca, maldigo mi total falta de filtro cuando estoy nerviosa. Los ojos de Aiden se abren un poco y su garganta se mueve sutilmente al tragar saliva.

—Claro —responde, con la voz más baja que hace un momento—. Eso sería... Sí.

Cassie, a veces eres una imbécil de primera.

—En fin... Será mejor que me vaya a la cama.

—Claro. —Aiden asiente de nuevo, tan rígido como antes—. Llevaré a Sophie arriba también.

—Pesa más de lo que parece —me burlo.

—Mmmjum.

A pesar de lo que dice, no se mueve cuando paso a su lado y le hago un gesto torpe con la mano antes de entrar en mi dormitorio y cerrar la puerta tras de mí. No sé por qué el universo se empeña en que las cosas sean raras entre Aiden y yo, pero está haciendo un gran trabajo. Pero... solo es un traje de baño. Esto es California. Es algo que Aiden seguramente ha visto miles de veces. Cierto. No es para tanto.

Al parecer, pasar por alto los incidentes incómodos con mi sexi jefe es mi rutina nocturna ahora.

Genial.



Es un completo accidente. Había logrado mantenerla fuera de la vista hasta ahora, y ahora que uno de mis principales suscriptores la ha visto, me siento demasiado expuesta, avergonzada, incluso.

—Sé que tiene un aspecto horrible.

Me paso la mano por el hombro, rozando con los dedos la piel áspera de la cicatriz que tengo allí. Me doy cuenta de que estoy aquí sentada, después del orgasmo, esperando a que se desconecte y deje de venir a estos shows privados.

—No creo que tenga mal aspecto en absoluto —dice finalmente, y su tono no deja lugar a la mentira. Siento que mi ansiedad disminuye, más aún cuando vuelve a hablar—: Yo también tengo una cicatriz, ¿sabes?

Capítulo 7

Cassie

—¡Ten cuidado! No pienso subir si te quedas atascada.

Sophie se ríe desde lo alto del parque de juegos.

—Gato asustadizo.

—Ya cambiarás de opinión cuando quieras que te ayude a bajar —le digo desde el banco que hay junto al parque.

Lleva casi una hora jugando mientras yo trabajo en una tarea en mi computadora portátil, asegurándome de vigilarla cada pocos segundos para asegurarme de que sigue bien.

No le va a gustar oír que dentro de un rato tenemos que ir a comer; ya la oigo quejarse porque no quiere irse. Tomo nota mentalmente de traerla aquí pronto. Me parece bien que haya podido jugar con otros niños de su edad, ya que ella misma ha admitido que le cuesta encontrar amigos en la escuela.

Cuando termino con mi tarea, me tomo un segundo para revisar mis correos electrónicos y hago una mueca cuando veo que tengo uno nuevo de *OnlyFans* que me avisa de algo especial que están preparando. Sigo recibiéndolos con regularidad y sé que debería darme de baja de su lista de correo, pero aún no lo he hecho. No es que tenga planes de volver, y ni siquiera tengo necesidad de hacerlo, con lo que Aiden me paga ahora, pero incluso un año después de desactivarlo todo, no me atrevo a dejarlo completamente atrás. Es una tontería, lo sé; ya ni siquiera existe la posibilidad de que alguien se ponga en contacto conmigo a través del sitio, pero aun sabiéndolo, sigo borrando con nostalgia correos electrónicos que no sirven para nada.

Después de borrar el mensaje, guardo la computadora en el maletín, como hago siempre, dejando de lado mi breve inmersión en los malos recuerdos y me dirijo al columpio, adonde Sophie ha emigrado. De todos modos, es mejor objeto de mi atención. Dejo mi maletín cerca, en el suelo, donde pueda verlo, tomo el columpio vacío junto a Sophie y me acomodo en él.

—Apuesto a que no puedes llegar tan alto como yo —me desafía.

—Oh, no tengo ninguna duda —le digo—. Pareces mucho más avanzada que yo columpiándote.

Ella sonríe.

—Sí.

—¿Te lo estás pasando bien?

—¡Sí! ¿Podemos volver mañana después de clase?

—Apostaría a que sí —le digo con una sonrisa—. ¿Quizá podamos invitar a tu padre?

Su expresión vacila de inmediato.

—Estará demasiado ocupado.

—Quizá no —intento—. No puede estar siempre tan ocupado.

—Supongo —refunfuña.

Enderezo el columpio, que empieza a balancearse ligeramente hacia delante y hacia atrás.

—¿Has intentado hablar con tu padre de esto? Seguro que querría saber cómo te sientes.

—No quiero que se enfade —admite en voz baja.

—No creo que se enfade. Tu padre no parece de los que se enfadan por algo así. Te quiere, ¿sabes?

Vuelve a asentir lentamente.

—Lo sé. Solo está ocupado.

Vuelvo a sentir una punzada en el pecho cuando me asaltan los recuerdos enterrados de cuando me iba a dormir, y necesito todo lo que tengo para no dejar que mis sentimientos influyan en mi conversación con Sophie, sabiendo que mi parcialidad no es justa ni para ella ni para Aiden. Sé que Aiden es diferente a mis padres, que su ausencia es un descuido, no una elección consciente.

—¿Por qué no vamos a comer algo? —le digo, queriendo sacarla de su humor cada vez más sombrío—. Tienes que tener hambre después de escalar tanto.

—Tengo un poco de hambre —admite.

—Pues bien. —Me levanto del columpio para tomar el maletín de la computadora—. Todavía tenemos que pasar por la librería, también, pero después de eso, será mejor que te consigamos algo de comida. Tengo que protegerme los tobillos.

—*No* muerdo. —Se ríe.

Chasqueo la lengua.

—Eso dices tú.

—¿Podemos comer pizza?

—Ayer comimos pizza.

—Pero yo quiero. —Pone mala cara.

—Oh, bueno, si lo pones *así*. —Me rio.



—¿Puedo llevar la pizza?

—Está demasiado caliente —le digo—. Tú te encargas de los libros.

Ha elegido tres libros sobre calabazas parlantes, monstruos amistosos y un unicornio perdido, respectivamente, y los guarda como si su vida dependiera de ello.

—Puedo hacer las dos cosas.

—Yo me encargo. Ya casi estamos en casa.

— Puedo hacerlo —argumenta.

—Sí, pero entonces podrías quemarte las manos, y lo usarás como excusa para no ayudar con los platos.

—¡No lo haré!

Finjo desconfianza.

—No sé... me suena a trampa.

—Qué rara eres —resopla.

—Dime algo que no sepa, chica.

—Bien, pero cuando lleguemos a casa quiero...

—¿Sophie?

Las dos nos detenemos en la acera y nos fijamos en una figura familiar que merodea junto a la verja frente a la casa con una bolsa de papel en la mano. Aiden no había dicho nada sobre la visita de Iris hoy, así que me sorprende verla aquí, y vacilo momentáneamente antes de esbozar una sonrisa.

—¡Hola! ¿Qué te trae por aquí?

—No necesito una razón para ver cómo está mi sobrina —dice Iris sin rodeos.

Vaya.

—Pues no. —Ofrezco con una risa incómoda—. Supongo que no. He pensado que, si la próxima vez me avisas con antelación, me aseguraré de que vuelva antes.

—Mmhmm. —Iris le dedica entonces una sonrisa a Sophie—. ¿No puedes darle un abrazo a tu tía?

Sophie le devuelve la sonrisa, salvando la distancia que nos separa para abrazar a Iris.

—¿Qué tal la escuela esta semana, osito?

Sophie se encoge de hombros.

—Bien.

—¿Ya has hecho amigos?

—La verdad es que no —suspira Sophie.

—Lo harás —le dice Iris con dulzura. Realmente es una persona diferente con Sophie—. No te preocupes.

—Te he traído algunos libros —dice Iris. Mira la pila que Sophie tiene en los brazos—. Veo que alguien se me ha adelantado.

No me estoy ganando ningún punto con esta mujer.

—No pasa nada —dice Sophie—. Cassie también puede leer los tuyos.

—Apuesto a que sí —responde Iris.

Sophie toma la bolsa que sostiene Iris y me sonríe, y yo hago lo que puedo para devolvérsela. No tengo ni idea de cómo manejar esta extraña situación en la que me he metido, pero intento parecer tranquila por el bien de Sophie mientras me acerco a ella.

—Oye, Soph, ¿te importa llevar la pizza dentro? Voy detrás de ti. —Dudo antes de darle la caja—. Pero ten cuidado —le advierto—. Todavía está caliente.

—Está bien —dice Sophie alegremente, tomando la caja y equilibrando sus libros encima antes de volver a mirar a su tía—. Adiós, tía Iris.

—Adiós, cariño. Hasta pronto.

Ninguna de las dos dice una palabra mientras Sophie cruza la puerta, Iris espera hasta que está a salvo dentro de la casa antes de hablar de nuevo, su anterior tono dulce no se encuentra por ninguna parte.

—Me he dado cuenta de que su padre no está por aquí otra vez.

—Está trabajando.

Iris se ríe.

—Siempre está trabajando.

—Lo siento, pero no me parece mal que mantenga a su hija.

Las cejas de Iris se disparan.

—¿Por qué te importa? Solo eres la niñera. —Veo cómo su expresión se vuelve curiosa—. A menos que estés más... involucrada de alguna manera. ¿Cuál es exactamente tu papel aquí?

—Estoy aquí para cuidar de Sophie —le digo—. Mira, parece que hemos empezado con mal pie. Jamás se me ocurriría entrometerme en tu relación con Sophie. Ella necesita todo el amor posible, me imagino. No quiero que se sienta confundida.

—Seguro que ya está confundida, dado que su padre no se molesta en pasar tiempo real con ella.

Me cruzo de brazos.

—Eso no es justo.

—Hay muchas cosas en esta situación que no son justas —responde Iris con amargura.

—Escucha, creo que entiendo de dónde vienes, pero no puedes...

—No tienes ni idea de dónde vengo —dice, cortándome—. No me conoces. Apenas conoces a Sophie. No sé lo que Aiden te ha dicho, pero él no es...

—*Oye*.

Ella parpadea sorprendida, pareciendo tan sorprendida por mi arrebato como yo.

—Lo siento —digo en voz más baja—. Pero no puedo quedarme aquí y escucharte hablar mal de su padre. Tienes razón. Aún no conozco bien a Sophie y a Aiden, pero sé que lo está intentando. Quiero decir, es su padre. ¿No crees que estar con él es lo mejor para ella?

Iris me mira por un largo momento, casi como si estuviera tratando de entenderme.

—No necesito que me sermonees —dice finalmente—. No sabes nada. Sobre nada de esto. Francamente, no es asunto tuyo.

—Te guste o no, *Sophie* es asunto mío —contraataco—. Es mi trabajo cuidar de ella, y que vengas por casualidad hace que sea asunto mío.

—Es curioso —señala Iris al cabo de un rato—. Eres mucho más joven que cualquiera de las otras niñeras que ha tenido Sophie. Y más guapa. Me pregunto por qué.

Lo que está diciendo me calienta los oídos, pero decido que no tengo por qué

validar sus insinuaciones con una réplica.

—Creo que deberías irte —le digo lo más educadamente que puedo—. Está claro que estás enfadada.

—Enfadada. —Iris se ríe con sequedad, sin dejar de mirarme de una forma que me da asco—. Claro. Dile a Aiden que estaré en contacto.

La veo alejarse hacia lo que parece ser su auto calle abajo, espero a que se haya sentado en el asiento del conductor y se aleje antes de entrar, maldiciendo en voz baja todo el camino. No puedo imaginar qué he podido hacer en las *dos* ocasiones en que he conocido a Iris para que me odie, pero está claro que las palabras educadas y las sonrisas pegajosas no van a hacer mella en la astilla que lleva en el hombro. Dios, incluso cuando consigo entrar, sigo agitada, reconociendo que Iris tenía razón al menos en una cosa. Estoy más involucrado en esto de lo que debería.

Y yo que pensaba que iba a ser raro hablar con Aiden sobre los *sentimientos* de Sophie.

Me aseguré de estar completamente vestida esta vez, con sujetador y todo. Tenía todo el discurso planeado cuando decidí esperar a Aiden en el segundo piso después de que Sophie se fuera a la cama, pensando que tendría una charla rápida sobre todo lo que Sophie y yo habíamos hablado y luego haría una cuidadosa mención al final de mi encuentro más reciente con Iris. Muy fácil.

Sin embargo, no tenía intención de dormirme en el sofá mucho antes de que él apareciera.

No sé qué hora es cuando despierto, despertada por el sonido de maldiciones siseadas y algo que golpea la encimera de la cocina. Parpadeo en la oscuridad mientras levanto la cabeza somnolienta y noto un resplandor procedente de la campana extractora del horno que apenas ofrece luz. Lo que veo me despierta de inmediato de mi estado medio dormido y me quedo completamente inmóvil cuando me doy cuenta de que, por alguna razón, Aiden está sin camiseta en la

cocina.

Tardo un momento en comprender lo que veo: Aiden sostiene lo que supongo que es su camiseta en la mano mientras la usa para limpiar algo de la encimera. Hay una lata de cerveza cerca, y deduzco que debe haber derramado algo y ha decidido que su camisa era la mejor opción para limpiarlo. No es lo más sensato, creo, pero ¿quién soy yo para juzgarlo? Sé que debería decir algo, que debería hacer algo para que se dé cuenta de que estoy congelada en su sofá, en el oscuro salón, pero me está resultando mucho más difícil de lo que debería.

Sobre todo, porque no puedo apartar los ojos de su estado de descamisado.

Desde este lado de la encimera solo puedo verlo del pecho para arriba, pero lo que veo sugiere que todos esos viajes al gimnasio han... valido la pena. Aiden parece firme en todos los lugares correctos, provocando un impulso de tocar las líneas duras y las crestas cortadas de una manera que no es en *absoluto* apropiada para alguien que mira a su empleador. No es que alguien me culparía, creo, si estuvieran viendo lo que estoy viendo. Aiden dice otra palabrota con esa misma voz tranquila que me había despertado, y todo lo que tiene que ver con ella me hace sentir cosas que también son totalmente inapropiadas.

No es justo que sea tan guapo. Junto con el hecho de que es dulce y divertido y hace todo lo que puede como padre soltero... mis ovarios están formando su propio club de fans en este momento.

Sé que cuanto más tiempo pase aquí sentada, más incómodo será cuando por fin se fije en mí, y a pesar de las ganas que tengo de observarlo en silencio hasta que se escape escaleras arriba, sé que lo esperé levantada por una razón.

—¿Aiden?

Se sobresalta y levanta el rostro para mirar hacia el salón, con la camisa aún agarrada con fuerza en la mano.

—¿Cassie?

—Lo siento —ofrezco, sentándome en el sofá—. Me quedé dormida en el sofá.

—Oh. Eso es... —Se mira a sí mismo como si recordara que está medio desnudo, se pone más erguido y se lleva lo que supongo que es una camiseta mojada al pecho para cubrirse un poco. No es que ayude—. Se me ha derramado la bebida.

—Sí, ya lo veo.

—Debería... tomar otra camisa. Perdona si te he despertado.

—Aiden, espera.

Se detiene a medio paso, todavía detrás del mostrador mientras me mira deslizarme fuera del sofá. Me aprieto más la bata mientras me acerco a la cocina, pensando que al menos *uno* de los dos no se expondrá al otro esta noche.

—En realidad quería hablar contigo —empiezo—. Por eso te esperaba en el sofá.

No tengo ni idea de cómo voy a poder mantener esta conversación cuando puedo ver los pezones de Aiden.

Cómo han cambiado las tornas, pienso distraídamente.

—¿De qué querías hablar?

—De Sophie.

Inmediatamente parece preocupado.

—¿Está bien? ¿Le ha pasado algo?

—Está bien, no te preocupes —le aseguro—. Es solo que... ha estado hablando. De lo mucho que te echa de menos cuando no estás aquí.

Veo que su expresión decae inmediatamente, casi haciendo que me arrepienta de mi decisión de hablar con él.

—Oh.

—Ni siquiera sé si me corresponde decir algo de esto, pero me duele el corazón al oír lo mucho que te echa de menos.

—No, me alegro de que me lo digas, pero no sé cómo puedo cambiarlo ahora mismo. Ya te dije que tenemos muchas cosas entre manos en el restaurante.

—Lo sé —digo—. Pero realmente parece que le está pasando factura.

—Bueno. Te dije que mi trabajo era una pesadilla a veces.

—Y lo entiendo perfectamente —digo con cuidado—. Pero... últimamente, incluso los fines de semana, cuando ella está aquí todo el día, te has estado

yendo al restaurante prácticamente justo después del desayuno. Si no antes.

—No es algo que pueda controlar exactamente —dice cansado—. Es mi trabajo. No puedo simplemente decir «qué se joda».

—No intento darte un sermón —le aseguro—. Solo estoy preocupada por ella. Me doy cuenta de que no le gusta hablar de su madre, pero... cuando no estás aquí, Sophie la extraña mucho más.

Aiden abre la boca, su expresión se suaviza.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí —le digo suavemente.

Aiden se pasa la mano por el rostro.

—Nunca habla de Rebecca. Nunca. Siempre intento que se abra, pero... —Cierra los ojos y respira hondo—. Siempre actúa como si estuviera bien.

—Creo que se preocupa por ti —aventuro—. Creo que tiene miedo de cómo sus sentimientos podrían hacerte *sentir.*

Se ríe amargamente.

—Incluso mi propia hija piensa que no soy apto para cuidar de ella.

—Eh. No. —Doy un paso, teniendo que contenerme para no ir hacia él. Sé que ese no es mi lugar—. No creo que sea así en absoluto, Aiden. Solo creo que está pensando en tus sentimientos tanto como tú en los suyos.

—De verdad que lo estoy intentando —dice—. Sé que Iris probablemente piensa que soy el peor padre del mundo, y tal vez lo fui por un tiempo, pero… lo *intento.*

—Te creo —digo, porque lo hago—. Seguro que es más difícil saber qué hacer con alguien como Sophie. Parece tan dura.

—Lo parece —asiente—. Más dura que yo. —Sacude la cabeza—. Esto probablemente no es para lo que firmaste —dice con una risa seca—. Seguro que no aceptaste el trabajo esperando tener que ser terapeuta familiar.

—No, está bien. De verdad. Puedo enviarte otra factura —le digo, intentando serenarme un poco.

Suelta una carcajada ahogada.

—De acuerdo.

—Escucha, me siento fatal por echarte encima todo esto, además de todo lo que tienes que hacer, pero es que... —Puedo ver el cansancio en el rostro de Aiden, y no solo de un día duro. Puedo ver un agotamiento que parece pesarle desde dentro—. Me importan de verdad. —Sus ojos se abren un poco y desvío la mirada—. Es que sé un poco cómo se siente Sophie, y no quiero que crezca con remordimientos como yo. Tú tampoco, para el caso.

—Yo tampoco quiero eso —recalca—. Y siento haberte despertado malos sentimientos.

—Oh, no, es que... —Me callo cuando los recuerdos afloran de improviso y siento algo pesado en el pecho—. No te pareces en nada a mis padres, Aiden. Te lo prometo.

—¿Tan malo fue?

—Peor. —Suelto una carcajada amarga—. Mis padres eran una mierda. Mientras crecía tuve que oír que la única razón por la que tenían que trabajar tan duro era por mí. Como si fuera una carga. Es decir, no me querían desde el principio.

Aiden frunce el ceño en señal de simpatía.

—¿No lo hacían?

—Supongo que debería considerarme afortunada de que fueran tan religiosos —resoplo—. Si no, no estaría aquí.

—Cassie… —Me doy cuenta de que no sabe qué decir y no puedo creer que esté soltando todo esto. Normalmente, hago todo lo que puedo para evitar hablar de ello—. Lo siento mucho.

—No pasa nada —respondo con indiferencia, ignorando el ligero dolor que siento en el pecho—. Solo te cuento esto porque mis padres… nunca estuvieron allí. Me acostaba sola, me hacía la cena, me pasaba los fines de semana hablando con un número ridículo de amigos imaginarios solo para simular algún tipo de contacto humano. Ese tipo de soledad puede joder mucho a un niño. —Le dirijo una mirada mordaz—. Pero no eres ellos. Y lo sé porque sé cómo son los padres de mierda que no se preocupan. Sé que a ti te importa, Aiden.

Aiden me mira con extrañeza, como si viera más de lo que me gustaría. Me siento un poco avergonzada por haberme pasado, deseando que dijera algo para aclarar las cosas.

—Lo siento —vuelve a decir Aiden al cabo de un rato—. Yo no... Te agradezco mucho que me lo hayas contado.

Respiro hondo.

—Siento si me he pasado.

—No, yo... tienes razón —continúa Aiden—. Claro que tienes razón. Estoy haciendo un trabajo de mierda en esto.

—No, no lo haces —argumento—. Eres humano, Aiden. Está bien no hacerlo perfecto. Solo... pensé que querrías saber. Lo mucho que Sophie te echa de menos cuando no estás aquí.

Aiden agacha la cabeza y se pasa los dedos por el cabello, exasperado, mientras exhala un suspiro.

—Lo sé. Tengo que hacerlo mejor.

—No intento hacerte sentir mal —le aseguro. Me muerdo el interior del labio, temiendo excederme de nuevo—. Solo quiero verlos felices, eso es todo.

La forma en que Aiden me mira me calienta la piel, su expresión se suaviza en algo que es demasiado pesado para lo que somos. Me hace sentir mareada.

—Siento que hayas tenido que hurgar en viejas heridas —dice suavemente, rompiendo ligeramente el hechizo—. Pero te agradezco que lo compartas conmigo.

—No pasa nada —respondo suavemente—. Ya es agua pasada.

—Aun así —dice. Lo miro a los ojos y esa misma calidez amenaza con acabar conmigo—. Gracias.

Recuerdo entonces que tenía otra razón para esperarlo, y me parece casi cruel añadir otra pesada carga, una tras otra. Mejor arrancarla como una curita, supongo.

—Bien. Además, debo decirte... —Hago una mueca—. Iris ha vuelto hoy.

—Claro que ha vuelto. —Inspira hondo solo para soplar—. He intentado convencerla de que me consulte primero antes de visitarme, pero a veces le gusta ponerse difícil. Creo que le encantaría demostrar lo mierda de padre que soy.

—No eres un padre de mierda —recalco—. Te lo dije, ¿recuerdas? Lo único que quieren los niños es que lo intentes.

Asiente solemnemente.

—Puedo hacerlo mejor. Puedo hacerlo. Me aseguraré de estar aquí más. Cuando se supone que debo estar fuera. Lo prometo.

—A Sophie le encantaría.

A mí también, no lo digo.

Me pongo nerviosa, sé que debería decir algo más pero no sé cómo abordarlo. Me froto el brazo distraídamente mientras frunzo el ceño y me aclaro la garganta.

—En fin, pensé que debía decirte que Iris hizo algunas... insinuaciones —continúo—. Sobre mí.

—¿Qué? —La expresión de Aiden se vuelve dura—. ¿Qué te dijo?

—Bueno, estaba hablando mal de ti, y solo quería defenderte, y ella podría haber... insinuado que estaba... más involucrada de lo que debería.

Aiden no me entiende inmediatamente.

—¿Qué quieres decir?

—Ella... —Dios, me va a obligar a decirlo—. Creo que insinuó que había algo... inapropiado entre nosotros.

—¿Qué?

—Lo sé, es ridículo, pero... no quería ser algo que ella usara en tu contra, así que pensé que debías saberlo.

—Claro. —Noto que su garganta se mueve al tragar—. Ridículo.

Ay. Sé que lo acabo de decir, pero oírselo repetir me escuece.

—Solo pensé que deberías saberlo. No sé... tal vez podríamos elaborar algún tipo

de horario para que Iris venga más. Estoy segura de que a Sophie le encantaría hacer más cosas con su tía.

—Tal vez sea una buena idea —reflexiona Aiden—. Debería hablar con ella.

—No estaría de más —le ofrezco.

Todavía parece un poco fuera de sí.

—¿Me has defendido?

Me detengo a medio giro en mi intento de retroceder rápidamente.

—Yo… ¿Sí?

—No tenías por qué hacerlo.

—No dije nada que no creyera cierto.

—Oh. Yo... te lo agradezco.

—Te lo dije —insisto—. *Eres* un buen padre, Aiden. Te lo prometo.

Asiente lentamente, mirándome con una expresión que no puedo leer. Decido retirarme como había planeado, no queriendo hacer este encuentro más incómodo de lo que ya es.

—Empiezo a pensar que no deberíamos tener discusiones después de las once —digo riendo.

Mueve los labios.

—Parece que siempre se tuercen, de alguna manera.

—Sí. Bueno, será mejor que me vaya a la cama.

—Claro. —Comienza a moverse de su lado del mostrador, y tengo que tratar de no dejar que mis ojos se desvíen hacia el sur cuando recuerdo que todavía no lleva camisa—. Haré algunas llamadas por la mañana para poder estar aquí para el desayuno. Y hablaré con Iris. Lo prometo.

—Definitivamente creo que Sophie estará…

Me olvido de todo lo que iba a decir cuando Aiden dobla la esquina, y no tiene absolutamente nada que ver con el hecho de que no lleve camisa. Apenas puedo

distinguirlo con esta luz, pero incluso no habiéndolo visto nunca antes, hace que el corazón empiece a latirme con fuerza en el pecho y que la sangre se me agolpe en los oídos. No sé cuánto tarda Aiden en darse cuenta de que estoy mirando el lugar a la izquierda de su ombligo, su piel más oscura allí, más levantada.

Se ríe.

—Sé que parece raro. La tengo desde siempre.

—Es... un corazón.

—Sí, parece uno, ¿no? Me lo hice en la escuela de cocina —Se toca la cicatriz distraídamente—. Me cayó aceite caliente encima. La maldita sartén se me resbaló de las manos. No fue mi mejor momento como chef.

No creo estar respirando; todo lo que dice solo empeora mi pánico. Parece imposible, lo que estoy viendo, lo que estoy *oyendo*, la coincidencia de todo esto es demasiado para comprenderlo. Mis ojos permanecen pegados a la quemadura en forma de corazón de su abdomen más tiempo del debido y finalmente los aparto para encontrarme con el rostro cada vez más confuso de Aiden.

—Estoy cansada —suelto, con las rodillas extrañamente débiles—. Será mejor que me vaya a la cama.

—Oh... claro —dice despacio, probablemente preguntándose por qué estoy tan rara de repente.

No puedo evitarlo. Necesito *irme.*

—Buenas noches, Aiden —digo rápidamente mientras me alejo de él, con su cicatriz aún fresca en mi mente junto con todos los recuerdos asociados a ella.

No, no, no, esto no puede estar pasando.

Si le parece raro que baje medio corriendo las escaleras, no viene detrás depara preguntarme. No aflojo el paso hasta que estoy a salvo en mi habitación, con el corazón saliéndoseme del pecho mientras la atravieso para sentarme en el borde de la cama, aturdida.

—Yo también tengo una cicatriz, ¿sabes?

—¿En serio? Apuesto a que no es tan mala como la mía.

—Es bastante grande. Y parece un corazón, lo que significa que ni siquiera parece genial.

— ¿Cómo te la hiciste?

—Se me cayó aceite caliente encima hace unos años mientras cocinaba. No fue mi mejor momento.

Es una historia que he oído antes. Una historia que he oído murmurar a través del micrófono de una computadora a un hombre al que nunca le he visto el rostro. Un hombre que, hasta que desapareció repentinamente de nuestros hilos de mensajes y posteriormente de toda mi vida, casi me había hecho creer que podría haberle importado.

Le conocía como A. ¿No es ridículo que haya olvidado su voz en solo un año? ¿Que no haya hecho la conexión hasta ahora? Cuando desapareció pensé había sido solo una mala experiencia que iba a tener que achacar a la ingenuidad, a las consecuencias de permitirme acercarme demasiado a alguien que, en última instancia, pagaba por verme venir. Y aquí estoy, un año después, sin poder darme de baja de los correos electrónicos de *OnlyFans* por la tonta fantasía de que intente encontrarme después de todo este tiempo, aunque sería casi imposible, aunque *quisiera,* dado que borré mi cuenta en un lamentable episodio depresivo posterior a una ruptura. Lo cual no tiene sentido, ya que en realidad nunca estuvimos juntos. Solo era un tipo con el que me ilusioné pensando que lo conocía mejor de lo que lo hacía. Alguien a quien nunca había visto y pensaba que *nunca* vería. Ahora me doy cuenta de que no es así.

La verdad es obvia, creo, por aterradora que sea. Que el tiempo que pensé que había pasado en línea ha pasado a primer plano en forma de la misma razón que me hizo abandonarla en primer lugar. El hombre que me había hecho sentir algo y luego me hizo sentir completamente estúpida por hacerlo cuando se desconectó y nunca regresó.

Porque Aiden Reid, mi muy sexi, pero fuera de los límites, jefe, solía ver mi canal.

Solía verlo *mucho.*

CHAT CON @LOVECICI

¿Te gustó el video?

Era todo lo que quería.

Me alegra que te gustara.

Puede que me esté volviendo adicto a ver cómo te vienes.

Capítulo 8

Aiden

Veinte minutos después de que Cassie se fuera a la cama, sigo intentando averiguar qué hice mal, dándole vueltas en la ducha. Sé que tiene razón en todo, que me he estado interponiendo en mi propio camino en lo que se refiere a Sophie e incluso a la situación con Iris, y lo decía en serio cuando dije que tomaría medidas para rectificarlo. Pensaba que la discusión que tuve con Cassie había ido relativamente bien, lo que significa que no me explico cómo se puso todo tan raro al final.

Incluso después de nuestra tensa conversación, al final parecía que habíamos arreglado las cosas, o eso pensé. Entonces, ¿por qué huyó así? No puedo dejar de pensar en la expresión de su rostro, algo así como sorpresa y pánico, y no importa cuántas veces lo repase mentalmente, no le encuentro sentido. Al menos, dista mucho de la forma en que me había mirado antes.

Eso es algo que tampoco puedo quitarme de la cabeza.

La forma en que me había mirado tenía algo tenaz y, claro, no esperaba que me sorprendiera tan tarde por la noche estando sin camiseta en mi cocina tras una decisión rápida, pero tonta, pero sé que no me estoy imaginando la forma en que Cassie me miró. Soy muy consciente de que no debería reconocerlo, de que debería ignorarlo activamente, pero mentiría si pretendiera que estoy haciendo alguna de las cosas que debería hacer.

Tal vez me convierte en un asqueroso, las cosas que no puedo evitar pensar sobre ella. Probablemente sí, lo sé, pero seguro que cuenta el hecho de que me haya esforzado tanto por ocultar esas cosas. Especialmente dado nuestro... incidente. La noche en que me contó su primer encuentro con Iris.

Presiono la cabeza contra la pared interior de la ducha y cierro los ojos mientras el agua me resbala por el cabello. No es algo que haga a propósito, recordar su camiseta demasiado ajustada de color rosa claro, perfilándose contra partes de ella que se supone que no debería haber visto. De hecho, en la última semana he hecho todo lo que he podido para *evitar* recordarlo, incluido mantener las

distancias con Cassie todo lo posible. Porque no debería pensar en su suave boca diciéndome que no se va a ir a ninguna parte, ni en su rubor cuando me dijo que nos *fuéramos a la cama*, y definitivamente no debería recordar la forma de sus pezones apretados presionando contra su camiseta cada vez que cierro los putos ojos.

Es una auténtica tortura intentar no ser un asqueroso.

Me rocío con agua fría para tratar de combatir mis pensamientos traidores y tiemblo un poco bajo el chorro antes de cerrarlo del todo. Ayuda, pero solo un poco. Sigo preguntándome qué es lo que ha hecho que el humor de Cassie cambie tan rápidamente, y qué es lo que hizo que prácticamente se aleje de mí a los pocos segundos de estar riéndonos juntos. Miro la piel oscurecida de mi cicatriz en el abdomen y frunzo el ceño. Es casi como si se hubiera asustado, pero eso no tiene sentido.

Es increíblemente tarde cuando estoy seco con la toalla y vestido, y los ojos me arden por la necesidad de dormir mientras voy arrastrando los pies por el pasillo que va de mi habitación a la de Sophie para poder echar un vistazo dentro. Está tumbada en la cama como una estrella de mar, con una pierna asomando por debajo del edredón mientras ronca suavemente. Sonrío mientras cruzo la alfombra en silencio para inclinarme sobre ella y besarle la frente, recordando todas las cosas que dijo Cassie y sintiendo esa familiar punzada de culpabilidad en el pecho.

Ese tipo de soledad puede destrozar a un niño.

Hago otra afirmación silenciosa para estar más aquí. Sé que Sophie se lo merece.

Salgo de la habitación de Sophie sin hacer ruido y suspiro para mis adentros mientras cierro la puerta tras de mí. Estoy en el tercer piso, pero mis pensamientos están dos pisos más abajo, donde sé que no deberían estar. Es ridículo siquiera pensar en bajar a ver cómo está Cassie, incluso a mí me parece una idea terrible, y lo guardo para mí mientras me dirijo a mi dormitorio. Es bastante más de medianoche y sé que debería dormir un poco después del día que he tenido, sobre todo teniendo en cuenta que mañana por la noche será un desastre desde que prometí que no me iría temprano, pero ni siquiera cuando estoy metido en la cama consigo desconectar el cerebro.

Eres un buen padre, Aiden. Lo prometo.

¿Por qué me parece tan importante que ella piense eso?

Cierro los ojos y dejo que mi cabeza se golpee contra el cabecero. Puede que esté metido en un buen lío. Le dije a Cassie que la había estado evitando por su bien, y claro, eso es parcialmente cierto, pero la verdad es que he estado evitando a Cassie porque, después de aquella noche, no he estado pensando en ella como debería hacerlo un jefe. Especialmente dada nuestra situación. La forma en que he estado pensando en Cassie haría que renunciara en un instante, y dado que parece ser la primera niñera a la que a Sophie le ha gustado tener cerca, no es algo a lo que pueda arriesgarme. Me rio amargamente para mis adentros, pensando que tengo una verdadera facilidad para elegir a las peores mujeres en las que interesarme.

Siempre me llaman la atención las que no deberían interesarme.

Me meto los dedos por el borde de la camisa antes de empezar a trazar los bordes fruncidos de la cicatriz mientras pienso en otra ocasión en la que se lo conté a una mujer que había empezado a interesarme. No es de extrañar que la reacción de Cassie me trajera recuerdos de la mujer en la que tanto me esfuerzo por no pensar un día cualquiera; se había sorprendido tanto al oírlo como Cassie al verlo. Ahora que lo pienso, creo que la mujer en cuestión podría ser la última persona con la que he hablado de esto. Algún intento desesperado de conectar con una persona que se había mostrado vulnerable sobre sus propias cicatrices. *Eso fue* lo más tonto que he hecho alguna vez.

Yo no había sido ajeno al fenómeno que era *OnlyFans* cuando estalló. Parecía que todo el mundo había oído hablar de él, como mínimo, y yo no era una excepción. Es solo que antes de ir a buscar, pensé que era algo que no me interesaba.

Creo que tal vez me había afectado la soledad de mi apretado horario de trabajo, que hacía tan difícil conocer gente. Quizá por eso acabé navegando por *OnlyFans* una noche a última hora por sugerencia de un compañero de trabajo. Encontré su perfil por casualidad, algo en ella me atrajo a pesar de llevar el rostro medio tapado con una máscara.

Empezó con un desplazamiento inocente, echando un vistazo a su *feed* de no suscriptores, que había sido diseñado para hacer que quisieras convertirte en un suscriptor real. Lo cual hice, obviamente. No me había costado nada conseguirlo. Al principio, solo compraba sus vídeos cuando salían. Siempre eran

sesiones en solitario, siempre ella, delante y en el centro y con música suave, pero había algo en esa mujer cuyo rostro no podía ver y cuyo cabello siempre estaba cubierto por una peluca brillante... algo en ella me *enganchó.*

Así que empecé a pagar por espectáculos privados. En realidad, eso es ridículo. Empecé a pagar por *muchos* espectáculos privados. Era tan fácil entrar a *Skype* con mi cámara apagada. Tan fácil de disfrutar de la fantasía de un espectáculo montado solo para mí. Como si fuera la única persona en el mundo, en lo que a ella respecta. Creo que era la idea de compartirla con otros espectadores como yo lo que me hacía sentir... celoso. De alguna manera. ¿Y no es escandaloso? ¿No es ridículo que empezara a idealizar mis encuentros con una mujer a la que le pagaba por verla tocarse?

Excepto... que ella también parecía sola. Incluso me lo dijo. Más de una vez. Tal vez eso fue lo que hizo que todo pareciera más de lo que era en mi cabeza. Era fácil creer que era especial para ella, pero nunca fue real. Nunca tuvo planes de conocerme en persona. Aunque *ella* lo pretendiera. Su completa desaparición fue prueba suficiente de ello.

Incluso ahora recuerdo las suaves curvas de su cuerpo, caderas que suplicaban por mis manos y pechos que suplicaban por mi boca, y cuando se tocaba a sí misma, cuando sus delgados deditos se deslizaban entre los húmedos pliegues para provocarme noche tras noche... en fin. No es de extrañar que me obsesionara un poco. Especialmente cuando hubo *tantas* noches en las que sentí que todo era para mí.

El recuerdo por sí solo es suficiente para ponerme rígido en los pantalones del pijama, un dolor que se acumula allí mientras el pensamiento de una mujer cuyo nombre nunca supe es, como siempre, suficiente para ponerme duro. Incluso después de todo este tiempo, sigue afectándome. Se hacía llamar Cici, pero no soy tan tonto como para pensar que me había dado su verdadero nombre. Es otro recordatorio de que todo había sido una fantasía.

Siseo entre dientes mientras aprieto la palma de la mano contra el algodón tenso, sintiéndome patético por recurrir a esto, pero sabiendo que no hay muchas otras opciones de liberación para mí en esta etapa de mi vida. Entre las exigencias de mi trabajo y Sophie... no he tenido tiempo para salir con nadie. Se me escapa un suspiro tembloroso cuando empiezo a mover el puño arriba y abajo para aliviar un poco la presión. Noto un líquido resbaladizo en la punta que cubre el interior

de mi puño y se desliza por toda la longitud. En mi cabeza estoy seguro de que recuerdo a aquella mujer enmascarada con nombre falso, sus dedos jugueteando entre sus piernas y pellizcando sus pezones, todo por mí, solo por mí.

Ya entonces pensaba en cómo se sentiría si alguna vez pudiera tocarla. Si fueran *mis* manos las que la acariciaran, en lugar de las suyas. Era algo que casi había pensado que era una posibilidad al final. Me había hecho sentir que me deseaba tanto como yo a ella. Entonces, ¿a dónde se fue? No había estado fuera mucho tiempo, ¿verdad? ¿Mientras lidiaba con la muerte de Rebecca? ¿Por qué había desaparecido por completo cuando volví para disculparme?

Porque nunca había sido real.

Aprieto los dientes mientras trabajo más deprisa, con una opresión en el pecho mientras se me acelera el pulso y se me corta la circulación ante el creciente placer que se acumula con cada golpe de mi puño. Puedo sentirlo, como una presión caliente que crece, crece y *crece*, mi cabeza cae hacia atrás mientras mis labios se entreabren con breves exhalaciones.

Intento concentrarme en el recuerdo, el que está a salvo en mi cabeza, aferrado a esa mujer sin rostro, con sus suaves curvas, su cuerpo perfecto y sus bonitas tetas, con la que aún sueño a veces, pero mis pensamientos se desvían hacia otros lugares que escapan de mi control. A la deriva hacia pensamientos de suave algodón estirado sobre la forma de pezones más apretados. No quiero pensar en ella, de verdad que no, pero sin mi consentimiento, mi cerebro empieza a imaginar a una mujer sin rostro con una sonrisa dulce, ojos brillantes y un cuerpo que es igual de tentador, si no más, incluso completamente vestida.

Sin mi consentimiento, mis pensamientos traidores se vuelven hacia Cassie.

Se me corta la respiración, la espalda encorvada mientras aprieto la polla más deprisa y esa misma presión aumenta hasta el punto de estallar, y mis pensamientos revolotean entre viejos y nuevos recuerdos hasta que no consigo distinguir dónde acaba la mujer sin rostro y dónde empieza Cassie. ¿Y por qué me cuesta tanto respirar ahora que el rostro de Cassie aparece en mis pensamientos? ¿Por qué me siento mucho más *cerca* ahora que pienso en ella?

Y cuando la liberación caliente se derrama sobre mi mano mientras pulso en mi propio puño, el recuerdo desaparece por completo, dejando solo el rostro de Cassie mientras me corro contra la palma. Después intento recuperar el aliento,

con los ojos abiertos y fijos en el techo, pero sin verlo realmente, intentando bajar de la euforia mientras el sentimiento de culpa por lo que he hecho me invade poco a poco.

Uno pensaría que podría haber aprendido la lección la primera vez.

¿No me había enseñado nada mi última experiencia de preocuparme por una mujer fuera de mi alcance? ¿Cuán decepcionante había sido dejar que mi soledad me llevara a hacer terribles juicios de valor y recibir un duro despertar cuando supe que nada de eso había sido real? Cierro los ojos mientras mi pecho sigue agitándose y maldigo en voz baja.

Aquí estoy, un año después, enamorándome de otra mujer que está completamente fuera de mi alcance y probablemente fuera de mi liga. ¿Qué demonios querría Cassie de un padre soltero adicto al trabajo que apenas es capaz de mantener la compostura en un día normal?

Es ridículo siquiera considerarlo, por todo tipo de razones.

Realmente me preocupo por ustedes.

Tengo que recordarme a mí mismo que ella no podría haber querido decir eso en la forma en que me gustaría creerlo. Así es Cassie. Estoy seguro de que solo le importo como padre soltero que lucha por conectar más con su hija, como un proyecto favorito. Nada más.

Me dirijo al cuarto de baño avergonzado para lavarme las manos, frunzo el ceño ante el lavabo mientras el agua fría me devuelve una ligera lucidez. Cuando termino y me seco las manos en la toalla que cuelga junto al lavabo, veo mi rostro aún sonrojado en el espejo y sacudo la cabeza ante mi propio reflejo.

—Imbécil —murmuro.

Vuelvo a caer en la cama, maldiciéndome por ser un imbécil delirante, pero, al menos, sintiéndome menos tenso. Incluso ahora, después de caer en la villanía sin quererlo, sigo pensando en ella. Tanto como lo he hecho desde el momento en que se mudó, si te soy sincero. Es desacertado y *definitivamente* inapropiado, pero ahí está.

Suspiro, meto los brazos debajo de la almohada y me acurruco en ella mientras intento apartar el rostro de Cassie de mi mente. Me digo a mí mismo que mañana

me esforzaré por enterrar este estúpido enamoramiento en lo más profundo de mi ser. Que cuando me levante mañana desayunaré con Cassie y Sophie y actuaré como si no acabara de abusar de mí mismo pensando en la niñera, porque incluso *pensar* en ello me hace sentir como un asqueroso.

Demonios. Quizás lo soy.

No duermo absolutamente nada esa noche, pero eso es más o menos lo que esperaba.



Estoy a punto de despedirme de él, porque a todas luces hemos terminado; me ha visto venir, ha pagado su dinero, así que ¿por qué estoy dudando?

Todavía le oigo respirar al otro lado de la línea de Skype, y no es la primera vez que siento curiosidad por su aspecto. Su voz me provoca cosas indescriptibles, eso está claro, y sin duda alguien con una voz así debe tener un rostro a su altura.

Voy a terminar la sesión. Es ridículo que dude.

Me aclaro la garganta, a punto de darle las gracias por pagar otro show privado, pero él me sorprende hablando primero.

—Tengo curiosidad... ¿cuánto costaría seguir hablando contigo?

Sé que mi corazón no debería dar un vuelco.

Capítulo 9

Cassie

Ojalá pudiera ver su aspecto.

Su voz es baja, como un murmullo constante, siempre ofreciendo instrucciones silenciosas mientras salto para cumplir todos sus caprichos. Algo sobre la forma en que me pide lo que quiere, con total confianza, sin la más mínima vergüenza o incertidumbre, hace que mi piel se estremezca por todas partes, casi como si realmente me estuviera tocando.

—Abre las piernas, Cici —insta a través del micrófono—. Déjame verte.

No dudo, separando más mis muslos frente a la cámara para que pueda ver exactamente lo mojada que estoy. Exactamente lo excitada que me pone.

—Tócate —ordena—. Toca tu clítoris.

Hago círculos con mis dedos alrededor del pequeño manojo de nervios, sintiendo chispas en mi vientre con cada golpe.

—¿Así?

—Justo así —gime—. Eres tan bonita. Tan mojada.

—Ojalá tuviera tus dedos en vez de los míos —digo, un acto practicado que con él es difícilmente un acto. De hecho, desearía que lo fuera.

—Te daría más que mis dedos —promete con voz ronca—. Estarías con mi polla dentro el resto del fin de semana.

—¿Sí?

—¿Te gustaría eso, Cici? ¿Te gustaría venirte sobre mi polla?

—Mmmjum. —Muevo mis dedos un poco más rápido—. Ojalá pudiera verla.

—Tal vez lo hagas —murmura—. Si quieres.

Asiento, mis pestañas revoloteando.

—Lo quiero. Te deseo.

—No tienes idea de cuánto me gustaría follarte, Cassie.

¿Cassie?

Eso no está bien.

Solo me conoce como Cici.

Mis ojos se abren de golpe, sorprendida de encontrar que mi cámara ha desaparecido, Aiden sentado en su lugar y mirándome fijamente. Sus ojos arden mientras absorben la forma en que me estoy tocando, y aunque estoy sorprendida de que esté aquí, mi único pensamiento es rogarle para que venga a hacer esto por mí. Tocarme con sus manos, su boca y su polla hasta que ni siquiera pueda recordar mi propio nombre.

—Cassie.

Su voz es más clara ahora. Más fuerte. Tocando mi piel como el roce de las yemas de los dedos. Lo dice una y otra vez mientras trabajo más y más rápido, sintiendo mi orgasmo tan cerca que hace que mis piernas tiemblen. Sé que, si hago lo que me pide, cerrará la distancia y hará todo lo que quiero que haga.

Estoy tan cerca. Tan imposiblemente cerca. Y todavía me está mirando, y solo necesito un poco más, y voy a...

Salgo disparada de la cama, todavía sudando, sonrojada y sin aliento, todo por un maldito sueño. Todavía puedo ver los ojos de Aiden en mí incluso ahora, y el recuerdo es suficiente para asegurarme que hay un hormigueo muy real entre mis piernas.

Cálmate, Cassie.

Obviamente, todavía no me he hecho cargo por completo de mi descubrimiento de esta mañana, mi conversación con Aiden anoche todavía está fresca en mi mente. Todavía estoy nerviosa con la idea de que el hombre en cuya casa estoy viviendo, y quien para todos los efectos es mi *jefe*, me ha visto desnuda. Me ha visto desnuda *muchas* veces. Me pone nerviosa a partes iguales y «me gustaría meterme en un agujero y morir, por favor», y pensar en todas las cosas que Aiden ha pagado para verme hacer me pone nerviosa.

Dios, las cosas que ha *pagado* para verme hacer.

Sin mencionar todas las otras preguntas que surgen cada vez que pienso en ello, lo cual ciertamente ha sido la mayor parte de la noche, ya que apenas he dormido. Preguntas como: ¿Adónde diablos fue? ¿Por qué desapareció repentinamente después de mencionar que quería conocerme? ¿Conocerme de *verdad*? No solo tengo que revivir la vergüenza de lo que resultó ser nada más que una charla cibernética, sino que tengo que revivirla en persona, frente a frente con la persona que incluso ahora, incluso un año después, todavía tiene un rincón dominante de mis pensamientos cuando soy lo suficientemente descuidada como para dejarlos desviarse.

Alcanzo ciegamente mi teléfono y miro la hora. Todavía es temprano, pero sé que en cualquier momento Sophie estará bajando las escaleras con su caminata zombi matutina y esperando el desayuno. Desayuno que ahora compartiremos con Aiden, quien ahora sé que es A. Qué momento tan horrible para empujarlo a pasar más tiempo en casa. Creo que este podría ser mi castigo por mirar a mi jefe sin camisa.

Dios, ¿cómo diablos me las arreglé para enamorarme del mismo hombre *dos* veces? ¿Uno que está tan fuera de mi alcance ahora como lo estuvo entonces? No es como si Aiden alguna vez estuviera interesado en mí fuera del trabajo para el que me contrató. *Especialmente* si descubre que soy la misma mujer que dejó atrás como una caja de piedras viejas.

Es tan ridículo que ni siquiera parece posible.

Aun así… siempre me había preguntado cómo sería A. Dada la naturaleza de nuestra relación, ni siquiera me pareció extraño que interactuara conmigo solo a través del chat de voz. Era una práctica común a la que me había acostumbrado con creces, pero no voy a fingir que no había pasado (y no lo he hecho desde entonces) incontables horas preguntándome qué tipo de rostro podría haber ido con la voz baja y susurrante que me indicaba en susurros que me tocara en un millón de maneras. La realidad de esto es… decididamente más de lo que podría haber esperado, dado que a veces parece que Aiden fue diseñado específicamente con el único propósito de distraerme.

Este va a ser el desayuno más incómodo de la historia de los desayunos.

Me las arreglo para levantarme de la cama, sabiendo que, si no lo hago, Sophie

vendrá a buscarme, o peor aún, Aiden lo hará, y Aiden en mi habitación no es algo con lo que estoy preparada para lidiar todavía. Así que me meto a la fuerza en la bata, como si el caprichoso universo no me hubiera deparado la madre de todas las sorpresas tan solo unas horas antes, atándomela con fuerza mientras me arrastro al baño para domar mi cabello y convertirlo en algo un poco presentable. Tengo ojeras, lo que supongo que tiene sentido, dado lo poco que dormí anoche, y me echo un poco de agua fría en el rostro en un intento de despertarme más.

No es lo mejor que he visto, pero supongo que tendrá que funcionar.

Puedo escuchar las voces de Aiden y Sophie arriba en la cocina cuando salgo de mi habitación, cierro la puerta detrás de mí y respiro profundamente para calmarme antes de unirme a ellos. Porque, por supuesto, ambos ya están despiertos. Me digo a mí misma que puedo hacer esto, que puedo fingir que nada está mal y seguir haciendo mi trabajo, porque *necesito* este trabajo, razonando que Aiden se ha olvidado de nuestro pasado hace mucho tiempo en este punto, y que puedo hacer lo mismo.

Ambos están sentados en el mostrador cuando llego a la parte superior de las escaleras, ambos se ríen de algo que no escuché mientras Aiden se estira para alborotar el cabello revuelto por el sueño de Sophie. Me doy cuenta de que Aiden se ve tan cansado como yo me siento, luciendo las mismas ojeras y un poco de sombra en su barba. Es completamente injusto cuan mejor se ve Aiden cansado que yo. Aunque, dudo mucho que estemos cansados por las mismas razones. Encuentro un poco de consuelo en eso. Al menos, *Aiden* no estuvo despierto la mitad de la noche pensando en la persona en el nivel opuesto de la casa.

Me nota entonces, el verde brillante y el marrón suave de sus ojos se vuelven hacia mí antes de que sus labios se curven en una sonrisa cuidadosa, casi como si estuviera preocupado de que podría asustarme. Supongo que es justo, dado que prácticamente me escapé de él anoche.

—Buenos días —ofrezco, haciendo mi mejor esfuerzo para parecer que verlo no hace que mi corazón se acelere.

Sophie se da vuelta para verme.

—¡Cassie! Dile a mi papá que las chispas de chocolate son mejores que los arándanos.

—Bueno, eso depende —le digo, acercándome a la cocina—. ¿En qué contexto?

—¡Para panqueques! —Le lanza a su padre una mirada de disgusto—. Papá dice que los arándanos son mejores porque son más *saludables*.

—Bueno, tiene razón —digo, tomando el taburete abierto en el lado opuesto de ella. Oigo a Aiden hacer un sonido de triunfo antes de inclinarme más cerca de Sophie para bajar la voz.

—Pero las chispas de chocolate son *mucho* mejores.

Sophie sonríe y le lanza a su padre una sonrisa de satisfacción.

—¿Ves? Te lo dije.

—Bien, bien. —Se ríe Aiden—. Supongo que me superan en número.

Entonces me mira a los ojos, mirándome de una manera que se siente al mismo tiempo como una pregunta, el pánico revolotea en mi pecho y mi corazón late un poco más fuerte mientras un torrente de recuerdos me inunda. Lo entierro profundamente mientras le doy una sonrisa que, con suerte, dice cualquier cosa menos «solías verme mientras me masturbaba». Todo lo que puedo esperar por ahora es que no pregunte sobre mi extraño comportamiento de anoche, porque no estoy segura de que tenga alguna explicación para darle que tenga algún sentido. Sé que decirle la verdad no es una opción, porque lo más probable es que me eche de su casa y de su vida, por *segunda* vez, debo añadir, y ahora hay más en juego. No solo el dinero, que necesito desesperadamente, sino también la conexión que he formado con Sophie. No puedo abandonarla ahora, no cuando acabo de conseguir que confíe en mí. No se merece más decepciones.

Y si hay una pequeña parte de mí que no está lista para ver a Aiden desaparecer de mi vida nuevamente… Bueno, me digo a mí misma que es normal, y no del todo patético, sentirme así.

—Entonces… ¿Harás panqueques?

La pregunta expectante de Sophie me saca de mis fervientes pensamientos, apartando mi mirada de la de Aiden y encontrándome con la de Sophie mientras pretendo considerarlo.

—Mmm. No sé. Tu papá me dijo que se iba a quedar a desayunar hoy, y como parece estar en contra de las chispas de chocolate, podría ser un problema.

—¿Qué? —Sophie se vuelve hacia Aiden con entusiasmo—. ¿Te quedas a desayunar?

Sus ojos se arrugan con una sonrisa.

—Sí. —Se acerca para tocarle la nariz—. Voy a asegurarme de intentar estar aquí más a menudo para desayunar.

El rostro entero de Sophie se ilumina, pero me encuentro mirando a Aiden. Puedo verlo, la forma en que se da cuenta de que algo tan simple hace toda la diferencia en su pequeña, puedo ver la forma en que le agrada, y desencadena una sensación completamente nueva en mi pecho, una que es cálida, confusa y extraña. Me hace feliz, me doy cuenta, verlos a los dos felices, y también me doy cuenta de que no tiene nada que ver con la extraña historia entre Aiden y yo, y todo que ver con esta pequeña familia que poco a poco se está abriendo paso en mi corazón.

Es algo que podría ser peligroso y que, desafortunadamente, *tiene* mucho que ver con Aiden y nuestra extraña historia.

Los observo continuar charlando alegremente mientras me deslizo del taburete para comenzar a ocuparme con los panqueques, una extraña afluencia de emociones me mantiene en silencio con mis propios pensamientos mientras considero todo lo que sucedió en las últimas veinticuatro horas. Soy muy consciente de que hay una parte de mí que siempre se preguntará qué pasó con A, o más bien, Aiden, supongo, pero sé que mi mejor rumbo de acción es enterrar cada emoción que tenga que esté conectada con cualquier cosa que compartimos hace un año, enterrarla profundamente para que no arruine lo que he encontrado con esta pequeña familia con la que deseo desesperadamente encontrar la felicidad. Porque de lo único que estoy segura, más que de cualquier otra cosa… es que Aiden nunca podrá saber lo que yo sé.

No importa lo mucho que quiera preguntar.

Todavía me molesta más tarde cuando estoy entrando en el edificio del campus

de St. Augustine’s, caminando penosamente hacia el laboratorio para encontrar mi asiento antes de que comience la clase. Estaba entusiasmada con el día de hoy, ya que estamos trabajando con la mesa de anatomía, pero ahora estoy preocupada por los pensamientos del pasado y el presente que chocan para crear un arreglo de vida muy confuso. Me pierdo por completo la presentación del profesor, acurrucándome sobre mi escritorio mientras me muerdo la punta de la uña del pulgar.

No es hasta que tomamos un descanso para estudiar en grupo que mi compañera de laboratorio, Camila, finalmente comenta sobre mi extraño comportamiento.

—¿Qué pasa contigo? Apenas estabas prestando atención cuando explicó cómo usar la configuración de la mesa.

—Lo sé —suspiro, hojeando la guía de instrucciones—. Solo algunas rarezas en casa.

—Oh. ¿Sigues siendo niñera?

—Mmmjum.

—¿Es la niña? Dijiste que tenía nueve años, ¿verdad? Tengo una sobrina de esa edad. Pueden ser muy malos.

—No, no, ella es genial —le aseguro—. Solo algunos ajustes extraños de mi parte.

—Ajá.

Camila me mira con una ceja arqueada antes de inclinarse sobre la gran mesa iluminada para quitar las venas del cadáver digital y poder ver más de cerca los huesos de la muñeca.

—Dijiste que solo eran la niña y su papá, ¿verdad? Eso tiene que ser raro. Vivir con un tipo extraño.

—Él no es extraño —insisto—. Ambos son realmente geniales.

Es solo que el padre me ha dicho exactamente cómo hacerme venir en numerosas ocasiones.

Pero no puedo decir eso.

—Mi abuela dice que una joven que vive con un hombre soltero es una receta para el desastre.

—Gracias —murmuro—. Eso me hace sentir mejor.

Camila se ríe.

—Ella también tiene como ochenta años. Así que tiendo a desconectarme de ella a veces.

No puedo evitar pensar en Wanda, la eterna soltera, preguntándome qué tendría que decir al respecto. Pongo los ojos en blanco. Probablemente me diría que lo deshuesara y terminara con esto.

—Camila —empiezo con cuidado, pensando que un tercero imparcial podría ser justo lo que necesito—. ¿Qué harías si vieras a alguien que solías conocer… muy bien, pero ¿no te recuerda?

Ella arruga la nariz.

—¿Eso realmente sucede? ¿Quieres decir desde la infancia?

—No, no la infancia… Es complicado.

Camila deja de jugar con los ajustes de la mesa y mira al profesor que está enfrascado en una conversación con otro grupo que tiene dificultades.

—¿Qué tan bien lo conocías?

Quiero decir… me ha visto jugar con mis pezones.

—Bastante bien —digo en su lugar—. Pero fue más como una… amistad en línea.

—Mmm. —Camila se toca la barbilla—. Si fuera principalmente en línea… tiene más sentido que no te reconozcan. ¿Tal vez deberías decirles? Probablemente estarían felices de saber que eres tú. A menos que terminaran en malos términos o algo así.

Frunzo el ceño a mis pies. No hay una buena manera de explicar la forma en que Aiden, o más bien A, y yo nos separamos. Lo que quiere decir que no nos separamos en absoluto. Él solo… desapareció.

—Las cosas terminaron un poco raras.

—Bueno —dice Camila—, tal vez sea bueno que no lo recuerden entonces, ¿sí? De lo contrario, podría ser muy incómodo.

Vuelve a la mesa para empezar a separar los metacarpianos; sus palabras rebotan en mi cabeza haciéndome sentir aliviada y extrañamente… más deprimida.

Tal vez sea bueno que no lo recuerden.

Entonces, ¿por qué me hace sentir tan mal?



Aiden cumple su promesa esa semana de estar más presente por las mañanas y las primeras horas de la tarde, asegurándose de pasar el mayor tiempo posible en casa antes de tener que irse al trabajo. Hace una semana, esto me habría emocionado, pero ahora que sé lo que sé, significa que estoy constantemente al límite. Me digo a mí misma que si él no me ha reconocido a estas alturas, no hay posibilidades de que lo haga. Quiero decir, la máscara y la peluca que usé durante mi tiempo en *OnlyFans* parecen haber hecho exactamente el trabajo que quería que hicieran, y sé que debería estar aliviada de que Aiden parece no tener idea del hecho de que está viviendo con una mujer a la que le pagó para que se tocara muchas veces.

Entonces, ¿por qué *me* fastidia? No *quiero* que Aiden me reconozca. Él no puede reconocerme.

Después de unos días de desayunos incómodos y caminar de puntillas alrededor de él, estoy agradecida de estar fuera de la casa, aceptando la oferta de cenar de Wanda y aprovechándola como una oportunidad para despejarme la cabeza. Sophie y ella se llevaron bien al instante, lo que esperaba, la forma de ser de la niña coincide con la de Wanda de una manera que no se permitiría ningún otro resultado. Los similares se atraen, después de todo.

—Ahora, ten cuidado con eso —regaña Wanda mientras Sophie elige entre una variedad de vasos de chupito de recuerdo—. Algunos de ellos son más antiguos que tú.

Sophie le muestra uno en particular.

—¿Realmente compraste esto en Alaska?

—Tienes toda la razón, lo hice —dice Wanda—. Solía viajar mucho cuando era más joven. Quería coleccionar uno de cada estado. —Wanda señala el pasillo—. Tengo algunos álbumes de fotos en mi habitación —le dice a Sophie—. Ve a buscar uno de cuero rojo que está en mi estantería y te mostraré algunas fotos.

El rostro de Sophie se ilumina al asentir y sale corriendo por el pasillo en busca de su premio, dejándonos a Wanda ya mí solas.

—¿Quieres decirme qué te pasa?

Desde el sofá, miro con el ceño fruncido a mi amiga, viéndola estudiarme desde donde está sentada en su mecedora acolchada al otro lado de la sala de estar.

—¿Qué quieres decir?

—No me vengas con eso —resopla—. Has estado distraída desde la cena. Sé cuándo te pasa algo, niña.

—No me pasa nada —argumento—. Ha sido un día largo.

Más como una larga semana.

—Ahora, sabes que no soy ignorante, así que ¿por qué actúas de esa forma? Puedo notar cuando estás alterada por algo. Entonces, ¿por qué no lo sueltas antes de que esa chica encuentre mi álbum?

Me rio secamente, inclinándome para dejar que mi rostro caiga entre mis manos.

—¿Es tan obvio?

—Lo es para mí.

—Ni siquiera sé cómo empezar a decirte lo que me pasa.

—Solo abre la boca y dime qué es lo que te molesta —se queja—. No es tan difícil.

Miro hacia el pasillo para asegurarme de que Sophie sigue fuera del alcance del oído, respiro hondo solo para dejarlo salir lentamente.

—Se trata de mi *OnlyFans*.

—¿Lo volviste a abrir? Porque te dije que podías…

—No, no —digo, sacudiendo mi cabeza vigorosamente—. No lo volveré a hacer, pero… nunca te dije por qué eliminé mi cuenta.

—Me dijiste algunas tonterías sobre cansarte de eso —dice Wanda—. Cómo alguien se cansa del dinero fácil no es algo que entienda.

—Bueno, quiero decir, eso era cierto, pero no… *completamente* cierto.

—Oh, demonios.

—Es vergonzoso, ¿de acuerdo?

—Cariño, uso una toalla femenina Poise todos los días. ¿De qué diablos crees que tienes que avergonzarte ante mí?

Sonrío a pesar de todo, sacudiendo la cabeza mientras me derrumbo contra los cojines del sofá.

—Había un tipo.

—Siempre lo hay —suspira Wanda.

—Él era… Quiero decir, sé que era un suscriptor, no estoy completamente loca, pero él… —Suelto un suspiro de frustración—. Dios, suena tan estúpido.

Su expresión se vuelve comprensiva, y solo me hace sentir mucho más tonta.

—Casi le atino, eh.

—Parecía diferente. Nosotros… Quiero decir, él me miraba como todos los demás, pero nosotros…

—¿Bien? ¿Qué pasó?

—Desapareció un día. Incluso fijamos una fecha para encontrarnos, pero luego él simplemente… no apareció. Desapareció después de eso. Pensé… pensé que le gustaba. ¿No es eso tonto?

La vieja punzada se asienta en mi pecho cuando recuerdo estar sentada en una cafetería durante más de una hora antes de darme cuenta de que no vendría.

—En primer lugar, asumes que cualquier culpa que se pueda tener es del hombre. Tienes buenas tetas y un mejor cerebro, y eso significa que

automáticamente estás muy por encima del resto.

No puedo evitarlo, me rio.

—¿Deberíamos poner eso en una camiseta?

—Simplemente no te llames tonta por un hombre. No quiero escuchar eso de nuevo. ¿Entiendo?

Sonrío con nostalgia.

—Entiendo.

—Así que deduzco que este muñeco misterioso no se ha ido tanto como pensabas, ¿verdad?

—¿Cómo supiste?

—Soy vieja, Cassie. Lo sé todo.

—Yo… sí. No se fue.

—¿Se puso en contacto contigo?

Hago un sonido ahogado que creo que se supone que es una risa, tapándome la cara con las manos.

—Es Aiden.

—¿Perdón?

Aparto mis manos.

—Es *Aiden.*

—¿Tu jefe? —Puede que sea la primera vez que veo a Wanda sin habla, y solo dura unos buenos diez segundos antes de que se convierta en ira—. ¿Te contrató por eso? —Wanda se levanta de la silla y me señala con el dedo—. Lo juro por todo lo que es sagrado, le daré un buen uso a este implante de cadera y pondré mi pie justo en su…

—Shh. Él no lo sabe —le digo, mirando hacia el pasillo para asegurarme de que Sophie sigue en el dormitorio—. Todavía no lo sabe.

—Entonces, ¿cómo diablos lo averiguaste?

—Tiene una cicatriz —respondo en voz baja. Señalo mi vientre—. Aquí mismo. Me lo contó una vez. No es… es una coincidencia demasiado grande para que no sea él.

—¿Él sabe sobre la tuya?

Alcanzo inconscientemente para frotar mi hombro.

—Él la ha visto.

—¿Recientemente?

—No, claro que no. No hay forma de que no sume dos más dos si la vuelve a ver. Fue cuando todavía tenía mi canal. Él fue… —Mis ojos se vuelven hacia el suelo y siento una sensación de opresión en el pecho—. Él fue el único al que le dejé verla.

—Así que definitivamente no sabe quién eres.

Niego con la cabeza.

—Él no puede saberlo.

—¿Pero no tienes curiosidad sobre porqué él…?

—Por supuesto que la tengo, pero… desapareció por una razón. Obviamente, él no estaba tan interesado como yo, ¿y no crees que se sentiría incómodo si supiera quién era yo? Lo suficientemente incómodo como para despedirme, apostaría.

—Mierda. —Wanda se cruza de brazos, mirando la alfombra con el ceño fruncido—. ¿Tú crees eso?

—Quiero decir, ¿*querrías* que una mujer que viste desnuda y luego ciber-abandonaste viviera en tu casa? No puedo pensar exactamente en una situación más incómoda que esa.

Wanda da golpecitos con el pie, pensando.

—Bueno, está condenado.

—Bueno. Como dije, incómodo.

—¿Entonces qué vas a hacer?

Levanto mis manos.

—¿Qué puedo hacer? Solo tengo que asegurarme de que no se entere. Si aún no lo ha logrado, creo que es seguro decir que no lo hará. Mientras no me vea. —Frunzo el ceño cuando la piel estropeada de mi espalda se eriza en un recordatorio—. Creo que estará bien.

—¿Pero tú estarás bien?

—Yo… —Presiono mis labios, una opresión en mi pecho que no ha desaparecido en la última semana—. Estaré bien. Es pasado. Quiero decir… Lo superé y necesito este trabajo.

Wanda parece poco convencida.

—Mmmjum.

—*Estoy bien* —subrayo—. En serio.

—Cassie, solo los mentirosos dicen que están bien. ¿Lo sabes?

—No creo que eso sea correcto.

—Claro que lo es. Sé más que tú.

—No *siempre* puedes jugar la carta de vieja cuando te conviene.

—Ha funcionado bien hasta ahora —dice encogiéndose de hombros. Entonces me mira con preocupación, mirando por encima de sus gafas—. No quiero verte lastimada, niña. Solo… ten cuidado.

—¡Lo encontré! —Pequeños pasos golpean por el pasillo, atrayendo nuestra atención. Sophie regresa a la sala de estar con su premio encuadernado en cuero y se ve demasiado emocionada por un montón de fotografías antiguas. Deja el libro sobre la mesa de café antes de arrodillarse junto a él.

—¿Tienes fotos de osos polares?

Wanda se ríe, acomodándose en su mecedora.

—Nunca vi un oso polar, cariño. Sin embargo, creo que encontrarás una gran imagen de un alce en alguna parte.

Sus cejas se disparan.

—¿Un *alce?*

—Con cuernos y todo —dice Wanda con una sonrisa.

—Cassie, ¿alguna vez has visto un alce?

Niego con la cabeza.

—Nunca.

Sophie palmea el lugar a su lado en la alfombra.

—Ven a mirar conmigo.

—Está bien, está bien. —Me rio, levantándome del sofá para unirme a ella en el suelo.

Sophie señala todas las fotos nevadas del álbum que le llaman la atención y chilla de emoción cuando encuentra la foto del alce antes mencionada. Wanda le cuenta todo sobre cómo se encontraron con la enorme criatura y, mientras hablan, pienso en lo que dijo Wanda.

Solo los mentirosos dicen que están bien.

Da risa, dado lo acertado que es, porque la verdad es que no estoy bien, no realmente. De hecho, estoy viviendo en una pesadilla de mi propia creación. Un purgatorio construido sobre mis propias elecciones. Porque puedo fingir que no me importa porque Aiden desapareció de mi vida hace un año, puedo fingir que ya no me importa, o al menos, podría haberlo hecho, tal vez… antes de conocerlo.

Últimamente me he estado mintiendo a mí misma de muchas maneras. Me he estado mintiendo y diciendo que solo quiero que esto funcione por el bien de Sophie. Me he estado mintiendo y diciéndome a mí misma que no importa que Aiden sea A, porque al final del día, esto es solo un trabajo, él es solo un hombre, yo solo soy la niñera, y no hay razón para dejar que nada de esto me moleste.

Pero ahora tiene rostro. Cuenta chistes. Me pregunta sobre mi día. Besa el cabello de su hija. Arruina los panqueques. Me escucha cuando le cuento mis preocupaciones. Se preocupa por cómo me siento. Y claro, es tan guapo que a veces duele mirarlo, pero eso no es tan importante.

Porque por más que me gustaría pretender lo contrario… *me gusta* Aiden. Por mucho que haya pensado que me gustaría A. Y por mucho que me digo a mí misma una y otra vez que no quiero que descubra quién soy y corte los lazos conmigo otra vez porque lastimaría a Sophie, sé que en el fondo también me *lastimaría* a mí. Me dolería que volviera a desaparecer, y saber eso es lo más peligroso de todo.

Sobre todo, porque, si se entera… eso es exactamente lo que hará.



Capítulo 10

Cassie

—¿Te divertiste anoche en la casa de la amiga de Cassie?

Sophie asiente alrededor de un bocado de su *Zucaritas*.

—Ella es muy rara.

—¿Rara? —Aiden me mira con curiosidad—. ¿Es rara algo bueno?

Asiento.

—En el lenguaje de Sophie… Creo que sí.

—Ah. —Aiden se ríe—. Por supuesto.

Es una mañana de domingo normal. Nos despertamos como siempre, estamos desayunando como siempre, y todo parece fácil, dulce y sin preocupaciones. Y lo es, en su mayoría. Excepto yo.

Sigo preguntándome si se dará cuenta de que me cuesta mirarlo, si en un momento dado se dará cuenta de la forma en que el calor corre por mis mejillas y mis oídos cuando lo hago por mucho tiempo. Cada vez que sucede, cada vez que mi mirada se posa en él y permanece allí por más de un puñado de segundos, recuerdo todo lo que Aiden ha visto, cuando ni siquiera se *da cuenta* de que ha visto… todo de mí. Recuerdo conversaciones en voz baja y palabras dulces y sucias, todo murmurado en un cuarto oscuro que probablemente él no recuerda.

Todo ese tiempo me pregunté cómo se vería, y ahora que tengo una boca para coincidir con las palabras, manos para coincidir con todas las cosas que dijo que quería hacer con ellas… es difícil pensar en otra cosa cuando lo miro.

—¿Qué piensas, Cassie?

Parpadeo hacia Aiden, con la cuchara a medio camino de mi boca, sin haber escuchado ninguno de los últimos segundos de su conversación.

—Lo siento, ¿qué?

—Le pregunté a Sophie qué quería hacer para su cumpleaños —me dice—. Es el jueves.

Sophie se levanta de su taburete.

—¡Quiero ir a Disneyland!

—Oh, vaya—digo con sorpresa—. ¿Disneyland?

—Objetivos bastante elevados con mi horario —interviene Aiden desconcertado.

Me rio.

—Sí, ¿cómo balancearías eso?

—Vamos —se queja Sophie—. ¿Por favor?

—Puede ser difícil de hacer con lo ocupado que ha estado el restaurante —dice Aiden con tristeza—. ¿Tal vez en un mes más o menos?

El rostro de Sophie cae, su rostro se vuelve hacia su tazón de cereal mientras empuja su cuchara a través de la leche con desánimo.

—Oh.

—Sophie —suspira Aiden—. Sabes que me encantaría…

—Se suponía que mamá me llevaría —interrumpe en voz baja—. Para mi cumpleaños el año pasado.

Me encuentro con los ojos de Aiden, viendo la culpa allí mientras me da una mirada de impotencia. Me encojo de hombros, sin saber qué decir, asintiendo hacia Sophie en lo que espero sea un gesto alentador. Aiden suspira antes de pasarse los dedos por el cabello y acariciar la cabeza de Sophie.

—Supongo que podemos… hacerlo funcionar.

Sophie se ilumina de inmediato.

—¿De verdad?

—Creo que puedo tomarme un día libre —le dice—. Anaheim está a una hora en auto… podríamos pasar un día en el parque y luego regresar al día siguiente antes del trabajo… lo resolveré. —Le lanza una mirada severa—. Pero tendrás que preguntarle a tu maestro si puede enviarte a casa tu trabajo escolar para los

días que perderás clase.

—Puedo ir y hablar con ellos cuando la lleve a la escuela mañana —ofrezco.

Aiden me lanza una sonrisa agradecida que hace que mi estómago se revuelva. *Maldición.*

—Eso sería genial.

—Y Cassie también puede venir, ¿verdad? —pregunta Sophie expectante.

Aiden y yo nos miramos, Aiden parece inseguro.

—No sé si Cassie quiera ir…

—Ella quiere venir —afirma Sophie, mirándome—. ¿No es así?

—Yo… Odiaría entrometerme en su tiempo familiar.

Sofía hace pucheros.

—No será tan divertido sin ti.

—Yo… —Miro a Aiden, buscando ayuda—. No sé si…

—Eres bienvenida a venir —me asegura Aiden—. Si quieres. —Me da una especie de sonrisa tímida—. No sería tan divertido sin ti.

—Oh. —Puedo decir por la mirada en el rostro de Sophie que no hay forma de rechazar esto—. Bien… si estás seguro de que quieres que lo haga.

—¿Tal vez podríamos escabullirnos el miércoles por la mañana? —Aiden saca su teléfono para comprobar algo—. Es un día antes, pero entre semana suele ser nuestro momento más lento. Probablemente sea mejor. ¿Te queda bien? ¿Tienes algún plan?

—Suena perfecto —digo firmemente, calculando el costo en mi cabeza—. Si me dices cuánto cuestan los boletos…

—Oh, no —dice Aiden con un movimiento de cabeza—. No te preocupes por nada. Me haré cargo de ello. Puedo hacer reservas esta noche en mi descanso.

—No podría dejarte…

—Quiero hacerlo —dice con firmeza—. No te preocupes por eso.

—Bueno.

Sophie sacude el brazo de su papá.

—¿Puede venir tía Iris también?

—Oh, yo… —Aiden parece inseguro—. No sé si querrá. —Él comparte una mirada conmigo, y de nuevo, asiento. Aiden le da a Sophie una leve sonrisa—. Llamaré y le preguntaré si le gustaría.

Sophie ya está cantando de emoción, su cereal olvidado mientras me pregunta si puede ir a llamar a Wanda y contarle sobre el viaje. Aiden se ve confundido después de que le doy mi celular y ella sale corriendo con él.

—No puedo enfatizar lo bien que Wanda y ella se llevaron.

Aiden sonríe.

—Claramente.

—Prácticamente son mejores amigas ahora —bromeo—. Estoy siendo relevada de esa posición mientras hablamos.

—Me alegro de que la llevaras —dice—. Es de lo único de lo que ha hablado esta mañana. Parece que la pasó muy bien.

—Espera hasta que conozcas a Wanda. —Me rio—. Ya lo entenderás.

—Eso es algo que estaré esperando —señala. Entonces parece preocupado—. ¿Invitar a Iris es una idea terrible?

Me encojo de hombros.

—Incómodo, tal vez, pero no terrible. Podría ser una buena oportunidad para que ustedes dos entierren el hacha.

—Correcto —dice distraídamente, asintiendo—. Tienes razón.

Tomo otro bocado de mi cereal, aunque solo sea para no tener que mirarlo más, cada segundo que miro su rostro significa otros pocos latidos que aceleran mi ritmo cardíaco. ¿Era tan incómodo antes? Pregunta estúpida. Por supuesto que lo era. Sin embargo, definitivamente lo es más ahora que sé que me ha visto desnuda.

—No te he dado las gracias apropiadamente —continúa.

Lo miro.

—¿Por qué?

—Solo… por aguantarnos. Quiero decir, a Sophie, eso es. Ella te quiere.

Esta parte es fácil, sin ansiedad asociada a mis sentimientos por la niña.

—Yo también la quiero. Es una gran niña.

Aiden asiente, luciendo aliviado.

—Me alegro de que fueras tú quien respondió al anuncio.

—Oh, bien… —Trago, sintiendo ese calor familiar en la punta de mis oídos—. Yo también. Ha sido genial.

—Ambos tenemos suerte de tenerte, Cassie —continúa, haciéndome sonrojar aún más—. Espero que lo sepas.

Está feliz de que seas tan buena con su hija. No te emociones.

—Yo… gracias —digo, con la esperanza de que mi cabello al menos cubra mi cuello, que se está calentando con cada segundo que pasa—. Lo digo en serio.

—Espero que todavía estés… ¿feliz aquí? Últimamente pareces un poco callada.

Bueno, mierda.

—¿Sí?

—Tal vez estoy suponiendo demasiado —dice, encogiéndose de hombros—. Se siente como si hubieras estado… No sé. Pensé que tal vez estabas molesta conmigo.

—¿Qué? —Esto me toma por sorpresa—. No estoy molesta contigo.

—Oh. Es solo que… parece que me has estado evitando desde que hablamos.

—No estoy molesta —le aseguro—. Últimamente he tenido muchas cosas en la cabeza.

Aiden frunce el ceño, algo en su expresión parece querer preguntar algo más,

pero no sabe cómo. Hay una arruga en su frente y una expresión en su boca que no me da la menor idea de lo que está pensando, y en este momento me preocupa que de alguna manera sepa lo que *estoy* pensando, que pueda ver la verdad a través de mis débiles mentiras.

No hay forma de que él pueda saberlo. Estás bien.

—Realmente lo siento —dice—. Por descargar todo eso sobre ti.

—En serio, está bien. —Trato de sonreír, pero tan nerviosa como me siento en este momento, solo puedo imaginar lo forzada que se ve—. Creo que es un efecto secundario de preocuparse por Sophie.

—Bien. —Él asiente—. Espero que sepas cuánto… te aprecio.

Contengo la respiración.

Es solo por el trabajo que estás haciendo. Deja de suponer cosas con él.

—Me alegro —digo—. Estoy feliz aquí. Con ustedes.

Hay un momento en el que ninguno de los dos dice nada, y sé que debo desviar la mirada, que es raro sentarme aquí y seguir mirándolo, pero el problema es… que él tampoco aparta la mirada. Una vez más me encuentro deseando poder saber lo que está pensando.

—Bien —dice finalmente, su expresión aún es difícil de leer—. Me alegro.

Estoy abriendo la boca para decir algo, exactamente qué, no estoy segura, pero Sophie elige ese momento para reunirse con nosotros, y termina sin ser un problema.

—Wanda dice que tomemos fotos —me dice Sophie—. Y que le traigamos un vaso de chupitos.

Las cejas de Aiden se arquean.

—¿Un vaso de chupitos?

—Sí. —Sophie asiente—. Es esta cosa como un vasito diminuto. Aunque no sé qué bebes de ellos. No me lo dijeron. ¡Tiene uno de Alaska!

—Tiene uno de casi todas partes. —Me rio entre dientes.

—Y ha visto un alce —dice Sophie.

—Lo sé —dice Aiden divertido—. Me has hablado del alce. Varias veces.

Sophie me devuelve mi teléfono, mirándome expectante.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer hoy?

—Bueno —empiezo—. Pensé que tal vez podríamos volver a ese parque que te gustó. Eso fue divertido, ¿verdad? Se supone que habrá buen clima hoy.

—¡Sí! Eso suena asombroso. —Mira a su papá emocionada—. ¿Puedes venir? ¿Por favor? ¿Solo por un momentito? Puedo balancearme *muy* alto. Tienes que ver.

—Oh, yo… —Aiden me mira impotente, y solo puedo encogerme de hombros —. Sí —suspira, y puedo decir por su expresión que esto lo va a retrasar, pero extrañamente eso lo hace mucho más dulce.

—Me encantaría ver el parque. ¿Por qué no subes corriendo las escaleras y te vistes mientras me ducho?

Sophie chilla de alegría antes de dirigirse directamente a las escaleras, Aiden agacha la cabeza con cansancio antes de volver a levantar el rostro para encontrarse con el mío.

—Tengo que decirlo… esa sonrisa hace que la noche de mierda que voy a tener valga la pena.

—Súper papá —alabo.

La comisura de su boca se levanta, y creo que son momentos como estos los que me hacen sentir más insegura. Verlo tan despreocupado, con su sonrisa fácil, sus ojos bonitos y su cabello todavía despeinado en algunos lugares de la misma manera que Sophie cuando se despierta… hace que sea mucho más difícil fingir que no estoy más involucrada de lo que debería estar. Que no me pregunto cómo se sentiría su cabello bajo mis dedos o cómo se sentiría su sonrisa contra mi piel.

—Supongo que será mejor que vaya a ducharme —dice, deslizándose de su taburete.

Le doy un fuerte asentimiento mientras se dirige a las escaleras, sin relajarme hasta que está fuera de la vista y estoy sola. Suelto un suspiro, bajo el rostro a la

encimera de granito y dejo que se enfríe el rubor en mis mejillas.

No estoy pensando en Aiden en la ducha. Claro que no.



No sé quién se está divirtiendo más en el parque: Aiden o Sophie. La última hora ha estado llena de sus chillidos y risa, Aiden satisfaciendo todos sus caprichos, ya sea empujándola en el columpio o siguiéndola por la escalera de los juegos, la cual es considerablemente pequeña para él, su complexión por encima del promedio tratando de maniobrar a través de cada sección es muy entretenido de ver.

Mantengo mi distancia en un banco del borde, contenta de verlos pasar tiempo juntos. De vez en cuando, Aiden me sonríe como si estuviéramos compartiendo un secreto, algo que se siente irónico considerando que estamos compartiendo un secreto, solo no lo sabe. No sé cuánto tiempo pasa antes de que se siente a mi lado mientras Sophie se ocupa en el carrusel con algunos otros niños esta mañana, sus mejillas sonrojadas y su respiración entrecortada.

—Creo que me estoy haciendo viejo. —Se ríe.

—No lo creo. —Pongo los ojos en blanco—. Apenas tienes más de treinta años.

—Treinta y dos en cuatro meses —señala—. Prácticamente sobre el cuarto piso.

—Me aseguraré de comenzar a elegir tu habitación en el hogar de ancianos.

Aiden me da una expresión de fingido alivio.

—Bueno, supongo que eso es una cosa menos de qué preocuparse.

—Es mi plan maestro —le digo con seriedad—. Echarte de la casa y criar a Sophie como mi compañera supervillana.

—Buena suerte con eso —resopla Aiden—. Sophie pelea conmigo para cepillarse los dientes algunas mañanas. Algo me dice que no tendrá paciencia con el crimen organizado.

—Bueno, mierda. —Niego con la cabeza—. Ahí va mi plan de cinco años.

El sol está subiendo más alto en el cielo, y Aiden levanta el rostro, cubriendo sus ojos mientras frunce el ceño.

—Tal vez debería haberle traído a Sophie un poco de protector solar.

—De todos modos, pronto tendrá hambre. Estará bien.

—Tienes razón. La dejaré jugar un poco más y luego podremos irnos. No quiero que se queme.

—¿Sabías que los cerdos pueden quemarse con el sol?

Aiden de alguna manera parece incrédulo y divertido al mismo tiempo.

—¿De dónde exactamente sacas estos datos?

—Me atrapaste. —Levanto mi puño para golpear mi propio cráneo—. Probablemente estén ocupando todo el espacio extra que debería estar ahorrando para algo más importante. Como la ley de impuestos, tal vez.

Noto que su boca se curva por el rabillo del ojo, y tengo que reprimir mi propia sonrisa para no parecer demasiado mareada. Ambos nos sentamos en silencio por un tiempo, viendo a Sophie divertirse, y ni siquiera me doy cuenta de que todavía estoy sonriendo hasta que atrapo a Aiden mirándome por el rabillo del ojo.

—Lo siento —digo tímidamente—. Ella se ve tan feliz.

Todavía me está mirando, ese mismo *algo* ilegible en su expresión que me hace desear poder leer sus pensamientos.

—No es… no hay nada por lo que disculparse.

—Sé que me excedí la última vez que hablamos, pero… realmente ha hecho una diferencia, creo. Ella puede pasar más tiempo contigo.

—No lo hiciste —responde, finalmente desviando la mirada para observar a Sophie—. Excederte me refiero. No dijiste nada que no fuera verdad.

—Aún. Seguro que es molesto que alguien que apenas lleva un mes actúe como si lo supiera todo.

Aiden se ríe en voz baja.

—Es tan raro. Se siente como si hubiera pasado más tiempo que eso.

—¿En serio?

—Tal vez es porque Sophie y tú se llevaban muy bien.

—Ella nunca puso tierra en mi cama, al menos.

Él sonríe suavemente, sin dejar de mirar a Sophie.

—Me alegro de que no estés enojada conmigo.

—Te lo juro, nunca lo estuve.

Estoy tratando de fingir que no lo estoy mirando furtivamente, sin darme cuenta de la forma en que el viento alborota su cabello o la forma en que sus jeans le quedan tan bien o cómo su suéter gris oscuro abraza su pecho, pero es difícil hacer eso cuando Aiden sigue atrapándome, robando miradas él mismo.

—Bien —dice finalmente—. Simplemente se sintió raro. Como si me estuvieras evitando.

—Sí, bueno… me evitaste primero.

El rostro de Aiden se divide en una sonrisa.

—No somos muy buenos manejando nuestras emociones, ¿verdad?

—No sé de qué estás hablando. Evitar situaciones incómodas es absolutamente la mejor manera de manejarlas, según mi experiencia.

—Así que admites que fue una experiencia incómoda —bromea.

Más de lo que puedes saber, pienso con amargura.

—Quiero decir, nunca he tenido una conversación significativa con mi jefe mientras estaba semidesnuda, así que creo que lo manejé bien, considerando todas las cosas.

—Sí… No estoy seguro de qué me llevó a creer que mi camiseta era la mejor opción para limpiar mi cerveza.

—*Había* toallas de mano perfectamente buenas en el cajón.

—Estaba muy cansado, ¿de acuerdo?

Es un momento que parece demasiado fácil, que casi me hace olvidar toda la otra mierda que pasa por mi cabeza y que me angustia si me detengo en ella demasiado tiempo. ¿Tiene que ser tan agradable? Hace que sea mucho más difícil hacer lo inteligente y guardar todos mis sentimientos.

Decido que es mejor cambiar de tema.

—Entonces… ¿Disneyland?

—Sí—suspira Aiden—. Ya puedo escuchar a mi jefe quejarse.

—Pero solo piensa en lo feliz que estará —señalo.

—Tienes razón —dice—. Va a volverse loca.

—¿Alguna vez has ido?

Hace una mueca.

—Claro que no.

—Oh, chico. Esto va a ser extra divertido.

—¿Cuánto me voy a arrepentir de esto?

—No te preocupes, estaré allí para manejar todas las cosas difíciles.

—¿Las cosas difíciles?

—Oh, ya sabes… tomar fotos con las princesas, el Castillo de la *Bella Durmiente*, te das cuenta de que va a querer disfrazarse, ¿verdad? ¿Cómo te sientes acerca de las montañas rusas?

Aiden parece que podría estar sintiéndose mareado.

—¿Cuáles son las posibilidades de que quiera pasar una buena parte del día en la atracción de *Star Wars?*

—Yo no me haría ilusiones. —Me rio—. Creo que te espera mucha diversión con las princesas. ¡Tal vez podamos asistir a un desfile! —La mirada en el rostro de Aiden solo me hace reír más fuerte—. Esto va a ser muy divertido.

—Me alegro de que estés deseando que llegue —murmura.

Me acerco para acariciar su mano.

—Me aseguraré de que no te pierdas, no te preocupes.

Había sido un gesto inocente, poner mi mano sobre la suya, pero cuando me callo, me doy cuenta de que todavía está allí, y Aiden está mirando donde mi mano toca la suya de una manera que me hace perder el hilo de mis pensamientos. No sé cuánto tiempo nos quedamos así antes de recordarlo, aclarándome la garganta antes de alejarme lo más rápido que puedo sin parecer raro.

—Lo siento.

—Está bien —dice demasiado rápido—. Me alegro de que vengas.

—¿Sí?

Él asiente, sin mirarme.

—Por Sophie, quiero decir. Estoy seguro de que se divertirá mucho más contigo allí.

—Oh. Bien… —*Por Sophie*. ¿Por qué eso pica? Es la única razón por la que estoy aquí, después de todo—. Creo que será muy divertido.

Aiden se aclara la garganta.

—Llamé a Iris.

—¿Lo hiciste?

—No puede conseguir que nadie cubra la tienda durante dos días —me dice—. Ya que vamos a irnos a un *Airbnb* después.

Por favor no me lo recuerdes, pienso lamentablemente. Aunque, no entiendo por qué compartir un alquiler con Aiden me hace retorcerme cuando vivimos juntos.

—Eso es una lástima —digo, en serio, extrañamente—. Sé que Sophie estará desanimada.

Aiden asiente.

—Va a venir antes del trabajo el viernes.

—Bueno, eso es bueno al menos. ¿Fue rara? ¿La llamada telefónica?

—Yo… —Frunce los labios por un momento antes de negar con la cabeza—. Ella sonaba… agradecida. Más de lo que me imaginaba que estaría. Podría ser una de las conversaciones más fáciles que hemos tenido en el último año.

—Tal vez ve que estás tratando de hacer lo mismo que ella.

—Tal vez. —Me mira—. Gracias por sugerirlo.

—Ah, bueno… —Trato de parecer indiferente—. Solo cuido de Sophie.

Y de ti, no digo eso.

Creo que tal vez ambos nos quedamos sin cosas que decir entonces; un silencio se asienta sobre nosotros mientras observamos a Sophie, que se ha trasladado a los pasamanos. Nos quedamos así hasta que una mujer que empuja un cochecito pasa junto a nosotros para sentarse a nuestro lado, resoplando mientras deja caer una bolsa de pañales en el suelo a su lado.

—¿Les importa si me siento aquí?

—No, por supuesto que no —le dice Aiden—. Por favor.

A la mujer parece que le faltan unos días de sueño, su cabello está recogido en un moño desordenado y sus ojos están llenos de círculos oscuros.

—Gracias a Dios por el parque, ¿verdad? —Se ríe mientras se preocupa por el moño de la niña en el cochecito—. Me volvería loca si no pudiera traer a su hermano aquí para quemar algo de su energía.

Me inclino para ver mejor a su bebé.

—Es adorable. ¿Cuánto tiene de nacida?

—Seis meses —nos dice—. Es un poco pesada, pero al menos está quieta. —Ella asiente hacia un niño de cabello oscuro que actualmente sube la escalera hacia los juegos—. *Ese* nunca parece cansarse. —Nos da una sonrisa amable entonces.

—¿Cuál es el de ustedes?

—Mi hija —ofrece Aiden, señalando hacia los pasamanos—. Está por ahí.

—Es adorable.

Aiden sonríe con gratitud.

—Gracias.

—Ustedes hacen una pequeña familia muy linda —dice efusivamente, mis mejillas instantáneamente sintiéndose más cálidas.

—Oh, no somos…

—¡Daniel! ¿Qué te dije? —Nos da una mirada de disculpa—. Lo siento. Tengo que ir a asegurarme de que no rompa algo.

Nos deja allí, empujando su cochecito a toda prisa para ver cómo está su hijo, que ahora está colgado boca abajo de la escalera, y cuando finalmente encuentro el coraje para mirar a Aiden, parece tan avergonzado como yo.

—Supongo que tenía que pasar —dice con una especie de risa tímida—. No es la gran cosa.

—Bien. —Me estiro para colocar un mechón suelto de cabello detrás de mi oreja, mirando hacia el concreto—. Aunque es ridículo.

Aiden ladea la cabeza hacia mí desde un lado.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir… —Creo que, en mi intento de hacer las cosas menos incómodas, estoy cavando un hoyo más profundo en eso mismo—. Bueno, obviamente estás fuera de mi liga. En otro planeta, de verdad. Así que dudo que mucha gente cometa el mismo error.

—¿Crees que estoy fuera de tu liga?

Jesucristo, ¿qué he hecho? ¿Todavía es demasiado tarde para huir?

—Quiero decir… Hablando objetivamente, es obvio que estás…

—No creo que sea tan obvio —dice rotundamente—. Objetivamente hablando.

La respiración que estaba a punto de tomar queda atrapada en mis pulmones, y cuando reúno el coraje para mirar a Aiden, su expresión parece completamente seria.

—¿Qué?

—En todo caso —dice Aiden—. Tú estarías fuera de la mía.

Mis labios se separan por la sorpresa.

—¿Qué? No hay manera de que…

—Cassie, tienes que saber… —Entonces parpadea, pareciendo darse cuenta del contenido de la conversación que estamos teniendo—. Bueno. Creo que tal vez soy yo quien se pasa de la raya ahora.

—No, está bien, no fue mi intención…

—Simplemente no creo que debas dar a entender que no eres lo suficientemente buena para alguien —dice con naturalidad—. Y menos para mí.

No tengo idea de qué decir a eso, me quedo sentada en el banco con la boca abierta y luchando por algún tipo de respuesta. ¿Está diciendo que está en mi liga? ¿Como si lo hubiera considerado? ¿O solo está siendo amable? Tengo demasiado miedo de preguntar; todo acerca de esta conversación está gritando *peligroso.*

Ambos nos miramos por lo que parece mucho más tiempo que los diez segundos que probablemente son. Noto la forma en que los ojos de Aiden se sumergen en mi boca, la forma en que su garganta se mueve al tragar y su pecho sube y baja más pesado que hace un momento.

—¡Oye, papá! ¡Ven a empujarme!

Aiden aparta la cabeza, todavía respirando más fuerte de lo que debería cuando encuentra a Sophie saludándolo desde el otro lado del patio de juegos. Él mira de ella a mí y a ella otra vez, finalmente sacudiendo la cabeza antes de levantarse del banco.

—Lo siento. Eso fue… no debí haber… —Respira hondo por la nariz, solo para expulsarlo por la boca—. Solo olvida lo que dije.

No digo nada, porque no tengo ni idea de qué empezar a decir, mirando su espalda mientras se aleja de mí. Mi mente analiza una y otra vez todo lo que acaba de decir para tratar de encontrarle sentido, llegando a todo tipo de conclusiones, cada una con menos sentido que la anterior. ¿Aiden realmente me acaba de decir de una manera extraña e indirecta que estoy dentro de su liga? ¿Que él está en la mía?

¿Y qué diablos significa si lo está?

Me toma mucho tiempo moverme del banco mientras mis pensamientos se aceleran, sabiendo que haré todo lo contrario de lo que él me instó a hacer.

Solo olvida lo que dije.

Bien. Gran posibilidad de que lo logre.



CHAT CON @ALACARTE

Demonios, Cici. Eso fue increible.

Me pediste que fuera fuerte. 😊

No voy a poder dormir esta noche pensando en que ruegas por mí.

No tienes idea de lo mucho que quiero follarte.

Creo que estoy empezando a tener una idea. 😉

Capítulo 11

Cassie

Aiden en Disneylandia resulta ser una de las cosas más histéricas que he vivido alguna vez. Parece fuera de lugar con su camisa negra, sus gafas negras y sus jeans oscuros: una cabeza más alto que la mayoría de los demás visitantes y una expresión nerviosa permanente y estoicamente resuelta a partes iguales. Aun así, se toma con calma todo lo que Sophie le lanza. Lleva orejas a juego con las mías y las suyas que ella le pidió. Espera pacientemente en la tienda de disfraces (resulta que no era demasiado mayor para las princesas, después de todo) mientras ella se viste con todo lo necesario: vestido, tiara, varita y zapatos. Incluso se monta en todas las atracciones que ella le pide, aunque estoy segura de que le dan miedo las alturas. Tenía los nudillos del color de la tiza cuando Sophie le hizo subir a la *Incredicoaster*.

Sería el día perfecto... si no fuera por el aire incómodo entre nosotros.

Después de que Aiden nos dejara en el parque para ir a trabajar el domingo, el alcance de la conversación entre nosotros desde entonces hasta ahora no ha sido más que saludos, despedidas incómodas y un mensaje corto sobre billetes y reservas en algún *Airbnb* cercano. No ha dicho nada más sobre el extraño intercambio que tuvimos en el parque; de hecho, Aiden no ha dicho nada más de lo necesario desde entonces. Incluso en el viaje de una hora a Anaheim esta mañana, parece que solo me habló cuando fue absolutamente necesario, comenzando de nuevo nuestro ciclo de idas y venidas para evitar todo lo incómodo.

Nuestras habilidades comunicativas parecen volver a niveles elementales cuando alguno de los dos cree que se ha sobrepasado. Sería molesto si no estuviera siendo igual de idiota al respecto; tampoco puedo obligarme a sacar el tema, así que no creo que pueda enfadarme con él.

A mediodía, me doy cuenta de que Aiden ya está agotado, escondido bajo la sombra de un árbol en un banco mientras Sophie y yo salimos del *Matterhorn*. Supuestamente, necesitaba un descanso para ir al baño que no podía esperar, pero no estoy del todo convencida de que no le asuste el Yeti. La cumpleañera

está charlando sobre la atracción, ajustándose la diadema que compró en la Boutique Bibbidi Bobbidi (azul, porque el rosa era demasiado femenino para su vestido de princesa, al parecer) y saltando a mi lado justo cuando ve a su padre.

—Papá, *papá* —chilla Sophie entusiasmada mientras corre hacia él—. Ha sido increíble.

—Ya lo creo. —Alarga la mano a su lado para agarrar dos bebidas y nos da una a cada una—. Me imaginé que tendrían sed.

No debería alegrarme tanto por una botella de Snapple, pero no puedo evitarlo. Solo mencioné mi sabor favorito una vez de pasada y, al parecer, Aiden lo consideró lo bastante importante como para recordarlo. La agito de un lado a otro, dedicándole una sonrisa de agradecimiento.

—Té de melocotón.

—Me han dicho que a estas alturas lo sangras.

Le presto atención a la botella para que no vea mi sonrisa tonta y desenrosco el tapón. Le doy la vuelta para leer el dato, riendo.

Aiden ladea la cabeza con curiosidad.

—¿Qué?

—No me lo puedo inventar —resoplo, sujetando la tapa para poder leérselo—. Los cien pliegues del gorro de cocinero representan las cien maneras de cocinar un huevo.

Aiden se ríe, extendiendo la mano.

—De ninguna manera.

Dejo caer la tapa en su mano.

—*¿Puedes* cocinar un huevo de cien maneras?

—Yo… —Frunce el ceño—. En realidad, no lo sé. ¿Se supone que debería saberlo?

—Todos los cocineros profesionales que conozco son aficionados a los huevos.

Aiden levanta los labios, y puede que sea el primer momento normal que

tenemos desde el domingo.

Parece que a Sophie no le interesa el intercambio de palabras, se bebe un trago de Gatorade y después suelta un sonoro *aah.*

—Quiero volver a subir al Matterhorn —gime—. ¿Podemos hacerlo otra vez? —Le lanza una mirada suplicante a Aiden—. *Papá,* te encantaría *totalmente*. ¿Podemos?

—Oh, yo... —Él le sonríe, pero parece nervioso—. Sabes, hay un montón de cosas a las que todavía tenemos que llegar. ¿Qué tal si voy en la siguiente?

—De acuerdo. —Sophie hace un mohín.

Le doy un codazo suave a Sophie.

—Creo que tu padre le tiene miedo al Yeti.

—¿Qué? —Sophie mira a su padre con preocupación—. ¿Tienes miedo?

Aiden levanta una ceja.

—No tengo miedo del Yeti.

—Eso suena exactamente como lo que diría alguien que tiene miedo del Yeti —bromeo.

—Claro que sí.

—Solo digo. —Me encojo de hombros—. En cuanto oíste Yeti, de repente necesitaste ir al baño.

—Divertidísimo —me contesta—. ¿Tienen hambre ya?

Sophie se tapa el estómago con la mano.

—Me muero de hambre.

—He visto un par de carritos de comida por ahí. —Señala hacia Fantasilandia—. Podríamos ir a ver qué tienen.

—¡Todavía tenemos que ir a *Peter Pan!*

—Llegaremos —le asegura Aiden—. Todavía tenemos el resto del día.

—*De acuerdo* —resopla ella—. Siempre y cuando...

Aiden y yo tardamos un segundo en darnos cuenta de que Sophie ha dejado de seguirnos, y cuando ambos nos giramos, está claro que otra cosa ha captado completamente su atención. Sigo su línea de visión hacia Fantasilandia, entrecerrando los ojos para intentar ver lo que ella está viendo.

—¿Eso es...?

Sophie chilla.

—¡Es Mirabel!

Me toma de la mano y empieza a tirar de mí, dejando a un Aiden muy confundido a nuestro paso mientras me empuja hacia la princesa Disney en cuestión. Una actriz muy linda con rizos oscuros y piel dorada salta cerca de nosotros con una falda verde azulado bordada y una blusa blanca vaporosa. Sin embargo, son las gafas las que la delatan, redondas y de un verde brillante. Se detiene para saludar a los niños pequeños con los que se cruza, y Sophie está a punto de hiperventilar cuanto más nos acercamos.

—¡Cassie! ¡Cassie! ¡Es Mirabel!

—Ya la veo. —Me rio—. ¿Quieres ir a conocerla?

—¿Puedo?

—Vamos —le insto, empujándola hacia la actriz, que ahora está a unos tres metros—. Estaremos aquí mismo.

Sophie corre en dirección a Mirabel y solo se frena cuando está a medio metro, mientras espera pacientemente a que la actriz disfrazada de Mirabel termine de hablar con un chico que parece un poco más joven que Sophie.

—¿Se supone que debo saber lo que acaba de pasar?

Miro a Aiden, que por fin se ha puesto al día.

—Tienes que ponerte al día con la moda de *Encanto*. —Me rio entre dientes.

—Parece que sí. —Se pone a mi lado y se mete las manos en los bolsillos—. No estoy seguro de haberla visto tan emocionada alguna vez.

—Está obsesionada con Mirabel —le informo—. Es una película muy bonita.

Deberías verla.

—Intentaré pedírselo la semana que viene —promete.

Los dos vemos cómo a Sophie por fin le toca acercarse a Mirabel, y se le ilumina el rostro cuando la actriz se pone en cuclillas a su altura y le dedica una sonrisa radiante. No puedo oír de qué hablan, pero dado que Sophie parece haber conocido al equivalente infantil del presidente, debe ser algo bueno.

—Estás sobreviviendo bastante bien a Disney —señalo, desenroscando mi bebida para dar otro trago—. Creía que las orejas iban a acabar contigo.

Alarga la mano para tocar las orejas de *Mickey Mouse* que Sophie se empeñó en comprar y que cambió por una diadema en cuanto vio la tienda.

—Supongo que así es como papá toca fondo.

—Son lindas, no te preocupes. —Me rio.

Se aclara la garganta sutilmente.

—¿Lo son?

—Sí, son... —En un error, levantar la vista hacia él, porque ¿cómo demonios alguien que viste todo de negro en Disney y luce orejas de *Mickey Mouse* consigue parecer tan tentador? No puedo verle los ojos tras las gafas de sol, pero no importa, creo, porque es obvio que me está mirando—. Te quedan bien —digo en voz un poco más baja.

Veo cómo su mandíbula se mueve sutilmente solo un instante antes de que vuelva a mirar hacia Sophie, que está haciendo que Mirabel firme su libro de autógrafos.

—A ti también.

Podrías preguntárselo, susurra algo en mi cabeza. *Podrías preguntarle a qué se refería en el parque. ¿Qué es lo peor que podría pasar?*

Podría decirme que solo estaba siendo amable. Eso es.

—Oye, Aiden, sobre...

—*¡Papá! ¡Cassie!*

Giro la cabeza para atrapar a Sophie señalando frenéticamente un arbusto justo detrás de ella, apenas capaz de distinguir una melena rizada y un poncho verde esmeralda. El actor parece tan nervioso como su tocayo, se asoma por detrás de una rama y saluda tímidamente a Sophie, que corre hacia él.

—Así que vamos a hablar de Bruno —medio canto.

Aiden frunce el ceño.

—¿Qué?

—Nada. —Me rio—. Será mejor que vayamos por ella antes de que se hiperventile.

Probablemente sea lo mejor, pienso. *La curiosidad mató al gato.*

Olvídate del gato, son mis malditos sentimientos los que me preocupan más.

No intento sacar el tema durante el resto del día.



Pasamos cada segundo del día explorando Disneylandia: Sophie nos arrastra de una atracción a otra hasta mucho después de que anochece. Aiden tiene que cargar físicamente con ella cuando todo está dicho y hecho, la niña está más que feliz de quedarse hasta el cierre. Es difícil explicarle a una niña de diez años que no es buena idea dejarla fuera hasta pasada la medianoche.

Se queda dormida en el auto de camino al *Airbnb*, pero incluso sin nada más que el ruido de los autos al pasar, Aiden y yo seguimos sin encontrar la forma de romper el tenso silencio. No me ha mirado ni una sola vez desde que salimos del parque y, aunque el sol se ha puesto, puedo distinguir sus rasgos en las luces de la calle si le echo un vistazo. Va a ser incómodo estar atrapados en el pequeño espacio del *Airbnb* si esto sigue así, sin tener la red de seguridad de un piso entero entre nosotros como tenemos en casa.

No sé cuánto tiempo vamos a estar así antes de que me afecte, pero para cuando escucho el golpeteo de sus dedos contra el volante por cuarta vez, ya no puedo

soportarlo más.

—Creo que se puede decir que hoy ha sido un éxito —señalo—. Seguro que va a intentar ponerse ese vestido de princesa para ir a la escuela cuando volvamos.

Aiden se ríe suavemente.

—Ha merecido la pena el desastre que voy a encontrar al regresar.

—Súper papá —digo, haciéndome eco de mi afirmación del otro día.

Apenas puedo distinguir su sonrisa.

—Sí.

—Seguro que ni se inmuta cuando la lleves a la cama.

—Probablemente tengas razón —asiente, y cuando vuelvo a mirar, le veo echar un vistazo por el retrovisor—. Ha tenido un día completo.

—¿Te divertiste?

—Sin duda, algo.

—Quizá puedas llevar las orejas al trabajo cuando vuelvas.

—Oh, claro. Lo haré —resopla.

Sonrío en la casi oscuridad, girando el rostro hacia la ventana. Es curioso cómo las cosas pueden parecer tan fáciles entre nosotros para volverse incómodas poco después. Aiden se aclara la garganta, llamando mi atención.

—Dijiste que me quedaban bien —menciona, con la voz más baja que hace un momento—. Así que...

Giro ligeramente la cabeza, sintiendo que el corazón me late más deprisa.

—Sí, lo dije.

—Ibas a preguntarme algo antes —prosigue—. ¿Qué era?

—Ah. —Trago saliva, con la boca repentinamente seca—. Es que... —No es una buena idea, y lo sé. Debería dejarlo, pero no lo hago—. Iba a preguntarte a qué te referías el otro día.

—El otro día —repite en voz baja.

—Sí, tú... —Me muevo en el asiento del auto, enderezando la espalda mientras me agarro las rodillas con las manos—. En el parque. Cuando esa mujer dijo... cuando dije que estabas... —*Dios*—. Dijiste que no era obvio.

Solo puedo esperar que esté recogiendo este desorden disperso en el que me estoy metiendo, porque apenas puedo oírme pensar por la forma en que mi pulso late dentro de mis oídos. Mi pecho se enciende con aleteos y chispazos que hacen más difícil respirar.

—Oh.

Espero a que se explaye sobre su «oh», pero no dice nada más durante al menos un minuto. Al menos sesenta segundos en los que siento cada vez más pánico por haber vuelto a tocar este tema.

—Dijiste que era obvio que estaba fuera de tu alcance —susurra a medias.

Puede que no esté respirando. Es difícil saberlo.

—Dijiste que no lo estaba.

—Porque no lo estás.

Mis labios se separan y ya no le robo miradas; de hecho, estoy casi completamente girada en mi asiento para mirarlo.

—No sé qué significa eso.

—Yo tampoco estoy seguro de saberlo.

—Tienes que saberlo —contesto—. Eso es lo que has dicho. *Tienes que saberlo*. ¿Qué tengo que saber, Aiden?

Me doy cuenta de que tiene los dedos apretados al volante y sigue sin mirarme.

—No sé si deberíamos hablar de esto.

—Oh. —Cada chispa de mi pecho se apaga de golpe—. Claro. Por supuesto.

—Es que no creo que sea buena idea...

—Lo entiendo —digo, cortándolo—. Perdona. Lo siento. Tienes razón. Totalmente inapropiado.

—Cassie, es que...

—Lo entiendo, Aiden. —Giro el rostro hacia la ventana—. En serio. Solo era curiosidad. No es para tanto.

Se vuelve a callar y me arrepiento de haber sacado el tema, como sabía que haría. Las luces de la calle siguen pasando y mi corazón sigue latiendo demasiado deprisa, pero no tiene nada de la extraña expectación de hace un momento, solo vergüenza y una leve decepción.

Deberías haberte quedado callada.



Sigo esperando a que Aiden diga algo más mientras nos dirigimos al *Airbnb*, pero nunca lo hace. Empiezo a pensar que lo he estropeado todo, que he creado una situación que nos costará superar. Está claro que debería haber dejado las cosas como estaban, que cada vez es más probable que Aiden solo estuviera siendo amable y que ahora tenga que preocuparse de que su niñera le dé demasiada importancia a las cosas. Supongo que, en su lugar, también me sentiría incómoda.

Me encierro en el cuarto de baño mientras Aiden mete a Sophie en su habitación y me lavo los dientes con agresividad mientras repaso mentalmente los acontecimientos del día. Intento averiguar en qué me he equivocado al pensar que Aiden podría haber querido decir algo con todo lo que ha dicho e incluso con todo lo que no ha dicho.

Cassie, tienes que saber...

Dios mío. Esa no me va a dejar dormir.

Escupo la pasta de dientes en el lavabo antes de cerrar el grifo, dejo caer el cepillo sobre la encimera y me agarro al borde para volver a mirarme en el espejo. Probablemente sea ridículo, en primer lugar, el hecho de que *esperara* que él hubiera querido algo más; no hay nada en ello que grite buena idea y, a la larga, no hay forma de que acabe bien. Incluso *si* Aiden estuviera interesado.

Que no lo está. O quizá sí, pero sabe que es una mala idea. Tal vez solo estoy lanzando esa idea en el sombrero para hacerme sentir mejor. No lo sé.

Me paso los dedos por el cabello y suelto un suspiro, ahuyentando esos pensamientos inútiles que, en última instancia, no me llevarán a ninguna parte. Tengo que recordarme una y otra vez que no importa si Aiden es la persona que solía verme. No importa si es la persona que yo creía que sentía algo por mí, porque al final, desapareció. Y si sigo imaginando cosas que no existen, eso es exactamente lo que volverá a hacer.

Cuando termino, cierro la puerta del cuarto de baño y salgo al pasillo. Está oscuro, solo hay una pizca de luz procedente de la lámpara que sigue encendida en la sala de estar, al final del pasillo, y quizá por eso no lo veo al principio. Me tropiezo con una masa grande y sólida cuando me dirijo a mi dormitorio; el objeto de mi preocupación choca conmigo en el pasillo oscuro y me hace bajar la guardia.

Las manos de Aiden se agarran a mis hombros como por instinto, estabilizándome.

—¿Cassie?

Mi cerebro tarda un segundo en darse cuenta de que la persona por la que me he estado estresando obsesivamente está ahora a medio metro de mí y también me está tocando.

—Lo siento —balbuceo—. No te había visto.

—No, no pasa nada. Solo estaba... —Entonces parece darse cuenta de que sigue sujetándome por los hombros y aparta las manos rápidamente—. Estaba tomando algo.

Miro hacia el otro extremo del pasillo, donde el dormitorio que comparten Aiden y Sophie está a unos tres metros del mío.

—¿Está Sophie dormida?

—Está completamente dormida.

—Bueno, ha sido un gran día.

Asiente.

—Lo fue.

Los dos nos quedamos ahí incómodos, Aiden frotándose la nuca mientras yo me miro los pies.

—Te has divertido hoy —intenta—. ¿Verdad?

—Por supuesto —le aseguro—. Ha sido un día estupendo.

—Bien, bien.

Cassie, tienes que saber...

Debería irme a dormir. Debería irme a dormir y olvidar que ha pasado este día, olvidar todo lo que sé sobre quién es Aiden y lo que ha visto... debería levantarme mañana y comprometerme a hacer mi trabajo sin distracciones. Puedo hacerlo, ¿verdad? Puedo fingir que Aiden no significa nada más para mí que ser el padre de Sophie. *Puedo* hacerlo.

Pero aparentemente no puedo dejar de abrir la boca.

—Escucha, sobre lo de antes...

—¿Sí?

Su tono ansioso me sorprende y, cuando levanto la vista, me doy cuenta de que su expresión coincide con su voz. Mi cerebro se agarra a él como a una pajita. Tengo que decirle a la fuerza que se calle y se siente.

—Es que... lo siento. Si te he hecho sentir incómodo. No quiero que las cosas sean raras entre nosotros.

—Oh. —Asiente lentamente, esa mirada ansiosa se desvanece—. Cierto. No. No lo hiciste.

—Creo que hice un montón de suposiciones que eran tontas —digo, tratando de convertirlo en una broma.

—Tontas —repite como un loro, sin parecer divertido en absoluto.

No lo pone nada fácil.

—Claro que estabas siendo amable y yo lo interpreté mal. No quiero que pienses que no sé hacer mi trabajo o algo así porque pensé que lo decías en serio.

No dice nada, y cuando le miro de reojo, me doy cuenta de que su expresión ahora casi parece dolida. Debo estar empeorando las cosas. Parece que se quiere morir.

Me aclaro la garganta y hago ademán de alejarme para escaparme a mi dormitorio y pensar en distintas formas de morir.

—De todos modos, supongo que será mejor que...

De repente, Aiden me rodea el brazo con la mano, sin apretarme exactamente, pero ejerciendo suficiente presión para hacerme saber que quiere que me quede quieta. Miro su mano, confundida, y luego vuelvo a mirarlo para descubrir que sigue mirando el lugar del que me acabo de alejar, tan confundido como yo de que me haya agarrado.

—¿Aiden?

—No lo es —dice con fuerza, sin mirarme.

Mi frente se frunce.

—¿Qué?

—Una tontería —dice—. No es una tontería.

Se me acelera el corazón. Me digo a mí misma que no hay que tener esperanzas, que no hay que darle demasiada importancia, porque todo lo que he hecho hasta ahora me ha decepcionado.

—No sé qué significa eso.

Aiden niega con la cabeza.

—Yo tampoco estoy seguro.

—Tienes que darme más que eso —digo, frustrada—. Me estás confundiendo.

Aiden se ríe, pero es extraño.

—*Me siento* confundido a tu lado.

—¿Qué? ¿Por qué...?

—Porque no debería estar pensando en ti tanto como lo hago.

Todo el aire sale de mis pulmones de golpe.

—¿Qué?

Aiden me mira directamente, e incluso en la oscuridad puedo distinguir el hambre en sus ojos. Es suficiente para dejarme sin aliento.

—Y no debería estar pensando en ti de la *forma* en que lo hago.

Sé que en este pequeño espacio no hay forma de que se pierda la forma en que trago.

—Aiden, yo...

—No tienes que decir nada —suspira—. Probablemente no deberías. Sé que me estoy pasando. Es que… Siento que me estoy volviendo loco. Empiezo a pensar que todo esto ha sido una mala idea, pero Sophie te quiere mucho, y no puedo ser quien arruine todo con la forma en que no puedo parar...

No estoy segura de sí es la oscuridad o la forma en que empieza a vomitar palabras, en marcado contraste con su habitual serenidad, pero no se da cuenta de que me suelto de su agarre, de que me acerco lo suficiente para salvar la corta distancia que nos separa. Sus palabras mueren en su lengua cuando me mira, y puedo distinguir sus ojos, uno brillante y otro oscuro, ambos fijos en mí. Sigo sintiendo el latido de mi corazón como un tatuaje contra mis costillas, sigo oyendo la sangre latir en mis oídos mientras me cuestiono a mí misma, incluso ahora, pero algo en la forma en que Aiden me mira me infunde valor.

—¿Y si...? —Trago saliva, mi mirada se desplaza desde su boca hasta sus ojos —. ¿No quiero que pares?

Escucho su grito ahogado.

—¿Qué?

—¿Quién dice que eres el único? ¿Y si también he estado pensando en ti?

No creo que sea algo consciente, la forma en que levanta las manos y las yemas de sus dedos rozan el trozo de piel entre el dobladillo de mi camiseta y mis pantalones cortos de algodón, que ahora recuerdo que tienen corazoncitos por todas partes.

Su voz es ahora increíblemente suave, casi ronca.

—¿Lo has hecho?

—Desde hace semanas —admito, sintiéndome atrevida.

Me agarra por las caderas.

—Esto es una locura, ¿verdad?

No sabes ni la mitad.

—No me importa un poco de locura —respiro, con la boca a escasos centímetros de la suya.

Siento el calor de su palma deslizarse bajo mi camisa, perfilándose contra mi cintura mientras baja la mirada hacia mi pecho.

—Llevas la camiseta otra vez.

—Es mi favorita.

Emite un sonido que nunca le había oído antes, algo parecido a un gemido y un quejido que siento hasta los dedos de los pies.

—También es la mía.

Se queda increíblemente quieto cuando llevo las manos a su pecho, cuando dejo que suban para agarrarle los hombros, permitiéndome por fin sentir la forma de su cuerpo contra el mío, como he estado soñando despierta. Si el *algo* duro que me presiona el vientre sirve de indicación, creo que es seguro decir que Aiden dice la verdad cuando dice que ha estado pensando en mí.

—Esto es una locura —susurra de nuevo.

Dejo que mis manos se deslicen hacia la firmeza de su pecho.

—Sería más loco si me besaras.

—¿Puedo?

—*Aiden*.

No necesita más indirectas.

Su boca es tan suave como parece, exploradora, pero gentil cuando sus labios se curvan contra los míos. Noto la presión escrutadora de su lengua cuando me

lame el labio inferior como si fuera una pregunta, y no necesito más indicaciones para abrirme y dejarle entrar. Cuando su lengua toca la mía, es como si se activara un interruptor y, de pronto, sus manos se posan en mi mandíbula, en mi cabello y en todas partes, tirando y tocando todo lo que está a su alcance. Me trago sus sonidos necesitados mientras me aprieta contra la pared, guardando cada uno de ellos en mi memoria para poder sacarlos más tarde como pequeños tesoros.

Sigue pegado a mi estómago y sus caderas se mueven casi sin pensar, como si no se diera cuenta de que lo está haciendo. Siento sus dientes mordisquearme el labio y luego su aliento caliente contra mi mandíbula, las sensaciones se mezclan mientras su contacto me hace arder.

—No podemos. —Su voz suena dolorosa contra mi piel—. No deberíamos...

Siento un arrebato de pánico.

—¿Qué? ¿No podemos?

—Aquí no —gime suavemente—. Sophie. Ella podría...

No voy a dejar que pare después de haberme excitado tanto. Lo empujo hacia atrás, hacia la puerta del baño, alcanzando detrás de él para girar el picaporte mientras entramos corriendo. Alarga la mano para encender la luz, y ahora que puedo verlo todo iluminado; el cabello hecho un desastre, la boca roja por el beso, todo parece extremadamente real.

¿Realmente estamos haciendo esto?

Parece que sí, si el modo en que Aiden me besa el cuello sirve de indicación.

—Esta camiseta me distrae mucho. —Echo la cabeza hacia atrás cuando su boca se desvía y me besa la parte de la clavícula que tengo al descubierto mientras su mano se desliza por la parte delantera de la camiseta hasta tocarme justo debajo del pecho—. No he dejado de pensar en ello. En lo que hay debajo.

—No quería...

Lanzo un sonido cuando su boca me cubre el pezón a través de la fina tela, un grito suave que resuena con más fuerza en las baldosas del baño. Aiden se aparta inmediatamente, mirándome con los ojos encapuchados.

—Tienes que estar callada —murmura—. ¿Puedes hacerlo?

—Puedo... —Mi jadeo es más suave cuando sus labios vuelven a cubrirme para chuparme, pero no menos pesado—. Puedo estar callada.

Tararea contra mi pezón mientras el algodón, cada vez más húmedo, empieza a rozarme de un modo que me produce un cosquilleo, y mis dedos encuentran su cabello para empujar a través de él, estrechándolo contra mí. Es todo lo que imaginé que sería, que me tocara, ahora y hace un año, y una parte de mí lucha por entenderlo.

Aiden no me da mucho tiempo para pensar.

Noto su mano deslizándose desde mi cintura hasta presionar mi estómago, su pulgar acariciando el material entre mis piernas de un modo ligero como una pluma.

—Dime que pare —dice Aiden bruscamente—. Dime que pare, si eso es lo que quieres.

—No lo es —le tranquilizo, tirándole del cabello para obligarle a levantarme la mirada. Ambos ojos parecen oscuros ahora, sus pupilas dilatadas y su respiración agitada cuando le agarro el rostro para acercar sus labios a los míos. Apenas tengo voz cuando susurro—: Te deseo.

Su beso es ahora más feroz, sus manos más insistentes, y cuando mis dedos se enroscan en la cintura de sus pantalones, enganchándose a su ropa interior para quitársela, su siseo de respuesta provoca un latido en algún lugar que no es mi pecho.

—*Mierda* —chilla contra mi boca.

Su boca pronunciando palabras obscenas sigue provocándome cosas, pero rodear con mis dedos la dura y gruesa polla hace mucho más. Se retuerce contra mi mano, palpita cuando deslizo el puño hacia abajo para bombearla, y cuando vuelvo a la punta, noto una humedad resbaladiza que me cubre la palma.

Aiden se echa hacia atrás para ver cómo lo toco, sus manos buscan mis caderas mientras sus ojos permanecen fijos en mí acariciándolo. Se le entreabre la boca y suelta un suspiro tembloroso, y la forma en que parece aferrarse a su control me hace sentir extrañamente poderosa.

—Vas a hacer que me corra —gime.

Sonrío.

—Creo que de eso se trata.

—No quiero correrme en tu mano.

Mi mano se detiene. Presiono con el pulgar la hendidura húmeda de la cabeza, cubriéndola a propósito antes de llevármela a la boca para lamerla antes de volver a acariciarlo, sin apartar los ojos de los suyos.

—¿Dónde quieres correrte, Aiden?

Se inclina hacia mí, sus labios rozan mi mandíbula, su lengua caliente contra mi piel.

—Dentro de ti.

—Podemos... —Estamos tan pegados que siento su calor en mi vientre, incluso a través del algodón de la camisa. Me llevo la mano libre a los pantalones para intentar quitármelos—. Puedo quitármelos, si tú...

—No podemos —resopla, como si le doliera.

Algo dentro de mí se desinfla.

—Lo siento, no quería...

—*Quiero* —aclara—, pero no tengo nada. Aquí no.

—*Oh. Oh.* —Trago saliva nerviosa. Soy muy consciente de que sigo tocándole la polla—. Tengo un DIU —le digo—. Y me hago revisiones periódicas, así que, si quisieras...

Me mira con ojos desorbitados, y veo cómo se desplazan desde mi rostro hasta mi mano, que sigue tocándole.

—Quiero —dice—. No tienes ni idea de cuánto quiero, mierda.

—Y tú... ya sabes. ¿Estás...?

—Estoy limpio —me dice.

—Oh. Bueno. Si quieres...

Me pone las manos en las caderas y me levanta de un tirón mientras se gira para dejarme sobre la encimera del baño. Tarda unos segundos en bajármelo todo por los muslos y dejarme desnuda de cintura para abajo. Sus dedos me acarician los pliegues húmedos mientras se me corta la respiración, y entonces siento su otra mano acariciándome el culo para acercarme hasta que el calor de su polla se desliza contra mí y me deja sin aliento. Sus labios están de nuevo en mi garganta, besando ese lugar que ni siquiera sabía que podía afectarme así, y su voz contra mi piel me hace estremecer.

—¿Sabes cuánto he pensado en esto?

Sacudo la cabeza, o al menos eso creo. Tengo el cerebro borroso.

—Mierda, Cassie, eres. —Deja que un dedo se deslice dentro de mí mientras mi cabeza se echa hacia atrás—. Perfecta. —La forma en que mete y saca el dedo de mí es como una provocación, cada empujón y cada retirada me dejan con ganas de más—. Las cosas que quiero hacerle a este precioso coño tuyo.

Dios mío.

No le había oído usar esa palabra desde antes de saber su nombre. No la había oído desde que me la susurró a través del altavoz de a computadora, en una época que ahora me parece tan lejana.

Gimo cuando aparta la mano, pero me dura poco cuando siento que se acomoda entre mis piernas y guía su polla hasta rozar mi entrada. Su boca cubre la mía y se traga mi gemido cuando hace una muesca, introduciéndose lentamente hasta llenarme.

—Silencio —me recuerda—. Dijiste que podías estar callada, Cassie. ¿Te acuerdas?

Siento que me aprieto contra él y, si no estuviera ya sentada, las rodillas me fallarían. Me recuerda tanto a otra época, en la que me susurraba cosas sucias sin saber que era a mí, y eso me excita aún más. Todas las veces que había imaginado esto, cómo se sentiría, nada de eso puede compararse con la realidad.

Asiento sin aliento, sintiendo su aliento estremecido en mis labios.

—Te sientes tan bien —ronca—. Tan malditamente bien.

Ahora sus caderas están a ras de las mías, cada centímetro de su cuerpo se hunde

en mi interior. Me llena hasta que no queda espacio y tiemblo contra él, luchando por mantenerme quieta sobre el mostrador.

—Puedes... *Aah*. ¿Puedes solo...?

—¿Quieres que me mueva? —Me besa despacio, moviendo las caderas lo justo para excitarme—. ¿Quieres que me folle este coño perfecto? —Siento cómo se desliza contra mis paredes internas y tengo que agarrarme a su hombro con la mano libre para mantenerme firme—. Dime que quieres eso.

Asiento temblorosa.

—Sí.

—Gracias, mierda —gime.

Me agarra con más fuerza de las caderas y se retira para volver a introducirse. Gruñe cuando me llena, el sonido es áspero y me estremezco, pero no tengo tiempo de pensar en ello por la forma en que lo hace de nuevo.

Aiden empuja con más fuerza y yo grito:

—*Ah.*

—Shh —me tranquiliza, me agarra la mandíbula con la mano y me presiona los labios con el pulgar—. Pórtate bien, Cassie. Tienes que portarte bien para que pueda follarte.

Creo que asiento, quizá, pero no puedo asegurarlo. No con el ritmo constante que lleva, cada embestida tocando fondo mientras el suave sonido de nuestros cuerpos al juntarse resuena contra las baldosas. Intento callarme, pero cada vez me resulta más difícil estar segura.

—Aiden... Aiden, ¿puedes...?

—Dime lo que necesitas —me dice—. Dime cómo hacer que te vengas.

—Tócame —gimo. Agarro su mano y la meto entre mis piernas—. ¿Puedes tocarme?

Me presiona el clítoris inmediatamente, haciendo rodar el capullo hinchado bajo las yemas de sus dedos mientras mi cabeza se ladea y mi estómago se aprieta. Ya estoy tan cerca, la deliciosa fricción de su polla dentro de mí me hace perder la

cabeza, y la presión añadida de sus dedos contra la parte más sensible de mí solo hace que la presión caliente que se acumula entre mis piernas sea mucho más inminente, como si fuera a estallar en cualquier momento.

Su aliento resopla contra mi mandíbula.

—¿Así está bien?

—Así, sin más —suspiro.

—Mierda, voy a correrme —gime suavemente contra mi boca—. ¿Estás cerca?

Intento moverme con él. Sus dedos se deslizan por mi clítoris mientras apoyo las manos en la encimera para intentar responder a sus embestidas, cada una de las cuales me lleva *hasta allí.*

—Solo mantente *justo ahí*... oh. *Oh.*

—Cassie —gime.

Tal vez sea la forma en que dice mi nombre. Tal vez sea el calor abrasador de su boca contra la mía justo cuando su lengua se desliza dentro. Puede que sean sus manos, su polla o el calor de su cuerpo... en cualquier caso, siento que empiezo a estremecerme cuando todos los músculos de mis muslos se tensan y mis entrañas tiemblan alrededor de él con mi orgasmo. Lo noto cuando me suelta unos instantes después, como si me hubiera estado esperando. Noto cómo su polla se retuerce en lo más profundo de mi ser y oigo un gruñido en mi oído que provoca mariposas en lo más profundo de mi estómago, y entonces su rostro se hunde en mi garganta y su pecho se agita contra el mío.

Nos quedamos así un momento, sin hablar y tratando de recuperar el aliento, y espero a que el arrepentimiento se apodere de mí, a la preocupación por lo que esto significará, pero no llega. Solo siento la saciedad de mis miembros y el calor reconfortante de su cuerpo mientras sus manos siguen acariciándome la piel.

Cuando por fin se separa para mirarme, la expresión de su rostro es de aturdimiento y asombro a partes iguales, como si no pudiera creer que lo que acaba de ocurrir sea real. Le agarro el rostro con las manos y lo atraigo hacia mí para darle otro beso lento, y capto su gemido en mi boca cuando se desliza con cuidado fuera de mí.

Lo beso de nuevo, ahora más suavemente, y noto cómo sus labios se curvan contra los míos en una sonrisa mientras se le escapa una risita sin aliento.

—Esto parece un sueño —murmura.

Sigo besándole. Parece que no puedo parar.

—No es un sueño.

Me entierra el rostro en el pecho, acariciándome los pechos y haciéndome soltar una risita silenciosa.

—Esta maldita camiseta —refunfuña—. Me está volviendo loco.

—Quizá debería pedirle un estipendio para pijamas a mi jefe —bromeo.

—Creo que te diría que no está en el presupuesto. —Entonces me mira serio—. ¿Fue... raro?

Me retraigo.

—¿Raro?

—Es que... —Ahora parece inseguro—. Ha pasado mucho tiempo y eres tan... —Sus ojos recorren mi cuerpo, haciéndome estremecer—. Me dejé llevar.

Oh.

¿Quieres que me folle este coño perfecto?

—No pasa nada. —Le beso suavemente—. Me ha gustado.

No sé cómo decirle que lo sé todo sobre su boca sucia, íntimamente.

—Bien —retumba—. Porque no creo que en un futuro próximo vaya a poder contenerme contigo.

No puedo evitar sonreír, la ansiedad que he sentido esta última semana se disipa y se transforma en esta extraña calma. Pero, aun así, no puedo evitar preguntarme:

—¿Qué...? —Me aclaro la garganta—. ¿Qué significa esto para mi trabajo?

—¿Qué? —Parece realmente confundido—. No quieres irte, ¿verdad?

—¡No, no, claro que no! Pero... ¿esto... esto va a hacer que las cosas se pongan raras?

—No, si no lo permitimos —me asegura—. Solo tenemos que asegurarnos de mantener las cosas separadas.

—¿Separadas?

—De Sophie —dice—. Hasta que… hasta que sepamos qué es esto.

No debería sentirme así al oírlo; después de todo, lo que dice es perfectamente razonable. No sería justo para Sophie exponerla a esto sin saber qué es.

Entonces, ¿por qué me siento tan ansiosa de repente?

Mi mente se remonta a las noches en vela y los ojos enrojecidos después de que Aiden desapareciera de mi lado una vez, y pienso que ahora sería mucho peor, ahora que lo conozco.

Quizá por eso no digo nada, incluso cuando sé que debería.

Podría decírselo ahora. Podría contarle todo lo que sé sobre nosotros, sobre lo que hemos compartido, pero hay una vocecita en mi cabeza que me advierte de que no lo haga. Se fue de mi vida una vez, y sobreviví, pero ¿podría volver a hacerlo? ¿Ahora? Estas preguntas me hacen rechazar todas las cosas que sé que debería decir, pero en lugar de eso me inclino para darle otro beso.

—Me parece bien mantener las cosas separadas —le digo—. Por Sophie.

Me acerca y me obliga a mirarle.

—Pero eso no significa que esto termine esta noche —me dice en tono directo —. ¿Verdad?

Mis labios se curvan en una sonrisa tímida.

—No quiero que termine.

—Bien —suspira. Vuelve a besarme—. Porque no he terminado contigo, Cassie. Ni mucho menos.

No me había dado cuenta de cuánto necesitaba oírle decir eso hasta que lo hizo. Me da vértigo.

Me ayuda a vestirme con cuidado antes de volver a colocarse los pantalones, me baja de la encimera y me levanta la barbilla para besarme la mejilla. Siento su sonrisa y su otra mano deslizándose por mi cadera, como si quisiera memorizar su forma.

Apaga las luces del baño y me saca al pasillo, abrazándome más de lo necesario, como si no estuviera dispuesto a dejarme marchar. Puedo afirmar que conozco esa sensación.

—Buenas noches, Cassie.

—Buenas noches —le susurro, su voz grave hace que me tiemblen las rodillas.

Su mano se desliza por mi brazo cuando me separo de él, sus dedos rozan mi piel hasta que encuentran las yemas de mis dedos, aferrándose a ellas durante unos segundos antes de que finalmente me suelte. Me aparto de él para volver a mi habitación, y me cuesta todo lo que tengo no rogarle egoístamente que vuelva conmigo, igual que me cuesta un esfuerzo increíble no volverme para echarle un último vistazo.

Sobre todo, porque siento sus ojos clavados en mí durante todo el camino.



Llevo media hora esperando a que Cici se conecte.

Creo que oficialmente se puede decir que estoy un poco obsesionado.

Eso no me impide seguir esperando.

Capítulo 12

Aiden

Me paso toda la noche pensando en ella.

No he podido conciliar el sueño y me he quedado mirando el techo blanco y liso del *Airbnb* con Sophie roncando a mi lado, deseando haber reservado un sitio con cama matrimonial o incluso otra habitación para ella. Repaso todas las razones por las que sería una mala idea escabullirme para volver a ver a Cassie. Cada vez que cierro los ojos, me encuentro con el recuerdo de sus sonidos suaves y su cuerpo aún más suave, la sensación de estar dentro de ella prácticamente invadiendo cada rincón de mi cerebro y estableciéndose allí.

Al final, en algún momento de la madrugada, renuncio por completo al sueño, salgo de mi habitación mientras Sophie sigue durmiendo y cierro la puerta en silencio tras de mí con la intención de prepararme un café. Pierdo el hilo cuando veo a Cassie en la cocina, que parece haber tenido la misma idea. En realidad, aún no he pensado en la mañana siguiente, en cómo actuaríamos juntos después de lo de anoche; quizá pensé que sería incómodo por las cosas que dijimos y las que hicimos, pero al verla ahora con los ojos muy abiertos, el cabello castaño ligeramente despeinado y los labios aún rojos y un poco hinchados por mis besos, en lo único que puedo pensar es en las ganas que tengo de volver a tocarla.

Ya no lleva esa maldita camiseta que me vuelve loco, pero incluso con su camiseta de algodón y sus pantalones cortos de jeans, es difícil no pensar en cómo se siente su piel contra mis manos por debajo de la ropa.

—Buenos días —dice tímidamente, ocultando su sonrisa tras una taza—. He hecho café.

Le devuelvo la sonrisa, intentando no pensar en cómo se sienten sus pezones contra mi lengua ni en lo mucho que lamento que lleve sujetador esta mañana.

—Buenos días.

—¿Quieres que te prepare una taza?

—Después.

—¿Después?

Cruzo el espacio que nos separa rápidamente, tomándola por sorpresa cuando mis manos se posan en su mandíbula, inclinando su rostro para presionar mi boca contra la suya. Suspira suavemente, separa los labios para ir en busca de mi lengua y puedo saborear el dulzor del azúcar y la crema de su café. Antes de separarme, tomo lo justo para pasar el día, inseguro de cuándo podré volver a tocarla como es debido.

—Después —aclaro.

—Bueno, yo diría que esto es mejor para despertarte que el café —bromea.

—¿Dormiste bien anoche?

—La verdad es que no.

—Yo tampoco.

Alargo la mano para pasarle un mechón de cabello por detrás de la oreja y dejo que mi pulgar se detenga en su mejilla y la acaricie. Puede que sea la primera vez que me permito absorberla, antes tenía demasiado miedo como para dejar que mi mirada se detuviera demasiado tiempo. Todo en ella, desde la delicada forma de su nariz hasta la plenitud de su boca y el brillo de sus ojos, parece destinado a atraerme. Me dan muchas ganas de volver a besarla.

Sacudo la cabeza.

—¿Cómo voy a evitar tocarte todo el tiempo?

—Va a tener que aprender a controlarse, Sr. Reid.

Mi polla no parece haber recibido el memo de que tenemos que mantener las cosas discretas.

—Probablemente no debería gustarme eso.

—¿Pensé que te hacía sentir viejo?

—Cuando lo dices así, no lo hace.

—Hmm. —Pasa la taza a una mano y con la otra me acaricia con el dedo el trozo

de piel que hay bajo el dobladillo de la camiseta—. Lo tendré en cuenta. —Se pone de puntillas y me da otro beso rápido en la boca antes de empujarme suavemente el estómago para poner distancia entre nosotros—. Ahora ve a sentarte para que pueda prepararte una taza.

—Sí, señora —murmuro.

Me acomodo en un taburete de la barra y dejo que mi barbilla descanse sobre mi puño. Es fácil observarla trabajar; todo lo que he querido hacer durante semanas es observarla más abiertamente, y ahora que se me permite, creo que me costará hacer otra cosa. Me pone el café delante desde el otro lado del mostrador y se inclina sobre él para beber un sorbo de su taza mientras me mira. Hay una tensión que habla de todo lo que hemos hecho y de todo lo que aún espero hacer: ya estoy calculando cómo llevarla a mi cama o meterme en la suya.

Ladea la cabeza.

—¿Cómo funciona esto?

—¿Cómo quieres que funcione? Tú tienes todo el poder aquí, Cassie.

Su boca se tuerce.

—Ah, ¿sí?

—Por supuesto.

—Bueno... Espero que dejes de esconderte mientras Sophie está en la escuela.

—Creo que puedes adivinar por qué estaba haciendo eso en primer lugar.

Su sonrisa se vuelve tímida.

—No sé a qué te refieres.

—¿No lo sabes?

—Quizá deberías explicármelo con más detalle.

—¿Me estás provocando, Cassie?

—*Nunca* lo haría —me asegura, con cara de inocencia durante dos segundos antes de guiñarme un ojo—. A menos que me lo pidieras.

Tengo que reprimir un gemido cuando oigo abrirse la puerta de la habitación en

el pasillo y me tenso al oír los pasos de Sophie y sus buenos días en voz baja al entrar en la cocina.

—Tengo hambre —se queja.

Cassie no tiene la misma inquietud que yo.

—Ahí está la princesa Sophie —exclama—. ¿Te sientes de diez hoy?

Sophie hace una mueca.

—La verdad es que no.

—Pareces de diez —dice Cassie muy seria—. ¿Has crecido desde ayer?

—¿Qué? —Sophie se lleva la mano a la cabeza—. No, no he crecido.

—No sé... —Cassie me lanza una mirada socarrona—. Quizá tengamos que dejar que nos lleves a casa.

—¡No sé conducir!

Me rio de las dos.

—Yo conduciré, gracias.

—Oh, espera —dice Cassie.

Se aparta de nosotros dos y se dirige a su habitación, desapareciendo un momento antes de volver con algo a la espalda. Se agacha hasta ponerse a la altura de Sophie y, con una sonrisa radiante, saca un pequeño ramo de brillantes girasoles, margaritas y alguna flor azul claro que no reconozco. Sophie se queda un momento con la boca abierta, tarda unos segundos en mirar a Cassie a los ojos y toma las flores con cautela.

—Feliz cumpleaños, Sophie —le dice Cassie en voz baja.

A Sophie le tiembla un poco el labio y deja el ramo en la encimera antes de chocar con la cintura de Cassie y abrazarla.

—Gracias —murmura en la camisa de Cassie.

Cassie la aprieta fuerte antes de besarle el cabello.

—De nada.

Aún no sé muy bien lo que está pasando, pero al ver el intercambio de palabras entre Cassie y Sophie siento una opresión en el pecho. Al verlas, parece como si hubieran estado en la vida de la otra desde siempre. ¿Cómo hace Cassie para que todo parezca tan fácil?

—No llores —se queja Cassie, con voz gruesa, mientras se acerca a Sophie para limpiarle las ojeras—. Me harás llorar. Y soy una llorona muy fea.

Esto provoca una risa aguada de mi hija, y Cassie la insta a darse la vuelta antes de empujarla hacia el dormitorio del que ha salido.

—Ve a limpiarte el rostro. Hablaremos del desayuno cuando vuelvas.

Sophie asiente pesadamente antes de dirigirse de nuevo al pasillo. Espero a perderla de vista antes de abrir la boca, todavía un poco confuso.

—¿De qué iba eso?

—Oh. —Cassie parece avergonzada—. El otro día me contó que su madre solía regalarle flores por su cumpleaños. Pensé... —Se frota el brazo—. Tuve tiempo esta mañana porque no podía dormir, así que busqué en *Google* y encontré una tienda cerca.

Por un momento, estoy demasiado aturdido para decir algo. No solo porque no *sabía* nada de la relación entre Sophie y Rebecca, desde luego, Sophie nunca lo ha mencionado, sino también porque Cassie sí lo sabe. Y no solo eso, sino que aparentemente su primer instinto al enterarse fue hacer todo lo posible por imitarla sin otra razón que hacer feliz a Sophie. Me resulta difícil precisar cuál es la emoción que estoy experimentando por esto.

—Gracias —digo con dificultad—. Eso fue... —Mi corazón late muy fuerte. ¿Puede oírlo?—. Ha sido increíble por tu parte.

—No es para tanto —murmura, mirándose los zapatos.

Tengo tantas ganas de besarla que me duele.

—De verdad que lo es —le aseguro—. Confía en mí.

Cassie esboza una tímida sonrisa y yo no puedo hacer otra cosa que sentarme en el mostrador, luchando contra las emociones que se agolpan en mi pecho.

—Sigo teniendo hambre —anuncia Sophie, eligiendo ese momento para irrumpir

de nuevo en la cocina. Parece que ya se le ha pasado el ataque de emoción de antes—. ¿Podemos comer?

—De acuerdo, de acuerdo. —Se ríe Cassie—. ¿De qué tenemos hambre?

—Quiero panqueques.

—*Siempre* quieres panqueques.

—Es curioso que antes no le gustaran —murmuro.

—Aquí no tengo nada para hacerlas —le dice Cassie a Sophie—, pero apuesto a que podríamos encontrar un sitio donde comprarte unos panqueques.

Sophie parece escéptica.

—¿Con chispas de chocolate?

—*Por supuesto* que con chispas de chocolate —le dice Cassie. Entonces abre los brazos para acercarse a Sophie, acercándola para alisarle el cabello mientras le dedica una sonrisa juguetona—. Tienes el cabello tan alborotado como tu padre cuando te despiertas.

Observo a Cassie revolviendo el cabello de Sophie mientras las dos ríen, con la misma sensación de opresión en el pecho cuando Cassie la abraza y le da otro beso en el cabello, como hago yo a menudo. Verlas juntas me hace sentir extraño, algo en la forma natural en que han llegado a preocuparse la una por la otra me desconcierta. Me hace sentir, a falta de una expresión mejor, cálido y confuso por dentro.

—De todos modos, tenemos que ponernos en marcha pronto —les digo—. Tengo que ir temprano esta noche ya que falté anoche. Podemos encontrar panqueques que no sean de papá por el camino.

Sophie me dedica esa sonrisa de dientes que hace que me duela el corazón, y Cassie la acerca, prometiéndole que le arreglará el cabello. Me mira por encima del hombro mientras conduce a Sophie hacia el baño y me guiña un ojo que me hace sentir calor de otro tipo.

Termino mi café solo, con la mente lejos y en las dos señoras de la otra habitación.

Puede que esté metido en un buen lío.

El viaje de vuelta a casa dura más de lo previsto, ya que el sitio de panqueques que eligió Sophie está a treinta minutos de camino, pero la forma en que no ha dejado de hablar de la monstruosidad de panqueques de cumpleaños con chispas de chocolate que comió allí hace que merezca la pena. Y no lo ha hecho. Dejado de hablar de ello. Ni siquiera cuando entramos en casa.

—¿Pero cómo consiguieron los colorcitos ahí? Sabían *tan bien*. Como si fueran virutas. Pero por dentro.

Cassie se ríe mientras deja su bolsa al pie de la escalera.

—Es como una tarta Funfetti.

—¿Qué es eso?

—¿No sabes lo que es una tarta Funfetti?

Sophie niega con la cabeza y Cassie jadea teatralmente.

—De acuerdo. Iremos a la tienda a comprar una caja de mezcla Funfetti en cuanto tu padre se vaya a trabajar.

Sophie cierra el puño.

—Sí.

—¿Caja de mezcla Funfetti? —Levanto una ceja en dirección a Cassie—. ¿En serio?

Se encoge de hombros.

—No te preocupes, me aseguraré de deshacerme de todas las pruebas antes de que vuelvas a casa para que no ofendan tu delicada sensibilidad de chef.

—¿Puedo llamar a Wanda? —Sophie tira de la mano de Cassie expectante—. ¡Le dije que la llamaría para contarle lo del viaje!

—Sí, de acuerdo —dice Cassie, sacando el teléfono del bolsillo—. Dile que le llevaremos tarta dentro de un rato.

A Sophie se le iluminan los ojos cuando agarra el teléfono y sube las escaleras hacia su habitación. Espero a que desaparezca más allá del rellano y escucho sus pasos en la escalera durante unos instantes.

—¿Sabes? —bromea Cassie mientras yo miro distraído las escaleras—. Si me lo *pides* amablemente, puede que te guarde algo de tarta. Pero vas a tener que decir algo bonito sobre la mezcla… *oh.*

Emite un sonido de sorpresa cuando de pronto la empujo hacia el otro lado de la escalera, la hago retroceder hasta la pequeña alcoba que hay más allá del sofá y le agarro el rostro para acercar su boca a la mía. Solo tarda un segundo en dejarse llevar, me rodea el cuello con los brazos y me acaricia el cabello con los dedos mientras me devuelve el beso. No sé qué tiene Cassie que hace que me convierta en un adolescente en celo, pero he necesitado toda mi paciencia para esperar todo el tiempo que he tenido que esperar para volver a tocarla.

Sonríe cuando por fin se separa, con los labios un poco más rojos que hace un momento.

—Hola.

—Lo siento —murmuro—. Llevo horas deseando hacerlo.

—Vaya, debías estar sufriendo. Ni siquiera me di cuenta.

—Asume de ahora en adelante que siempre quiero hacer eso.

Se muerde el labio para no sonreír más.

—Es bueno saberlo.

—Voy a tener que encontrar un método mejor para contenerme —suspiro.

—O no —dice inocentemente—. Me gustas un poco desenfrenado.

—Haces que sea muy, muy difícil ser bueno.

Se pone de puntillas para besarme la mejilla.

—Quizá deberías ser malo entonces.

Tengo que cerrar los ojos y pensar en otra cosa para no empalmarme. No es el momento.

—Me vas a matar.

—Nunca. —Se separa de mí y me da unas palmaditas juguetonas en el hombro. Me sorprende que una noche haya podido erradicar toda la tensión que había entre nosotros. Si hubiera sabido que esta era la solución, la habría propuesto antes—. Seguro que deberías estar preparándote para ir a trabajar.

—Sí —suspiro—. Va a ser una gran noche.

—¿Quizá debería darte algo que te haga ilusión?

Probablemente es patético, la forma en que me animo visiblemente.

—¿Ah, sí?

Se acerca y deja que sus dedos tracen la forma de mi labio inferior.

—Algo por lo que volver a casa.

—Va a ser tarde...

Sonríe dulcemente, se acerca de nuevo y siento que se me cierran los ojos esperando su beso.

—No pasa nada. —Presiona suavemente sus labios contra los míos, separándose después y acercando su mano para tocar mi nariz—. Dejaré tu trozo de tarta en la encimera.

Se ríe mientras se aleja y me quedo boquiabierto unos segundos antes de darme cuenta de lo que ha dicho. Sacudo la cabeza y me pellizco la nariz mientras la oigo subir las escaleras detrás de Sophie.

—Realmente me va a matar —murmuro para nadie.

El trabajo es un infierno, como era de esperar.

Dos de mis cocineros de línea no estaban por culpa de un virus que estaba rondando, y tuve que enviar a mi *sous-chef* al maldito hospital después de un

incidente con un cuchillo que requirió puntos de sutura. Es como si el universo hubiera decidido castigarme por tomarme una noche libre.

Al final de la noche estaba tan dispuesto a marcharme que ni siquiera me había molestado en quitarme la filipina, solo me desabroché el botón superior al entrar por la puerta principal de la casa y suspiré aliviado por estar en casa. Colgué las llaves en el gancho, como siempre, y me estiro para sacudirme el estrés de la cena.

Mis ojos encuentran la puerta cerrada del dormitorio de Cassie, un destello de tentación chisporrotea en mi interior mientras miro el reloj, pero es casi medianoche.

—Maldita sea —murmuro.

No es que hubiera sido aceptable despertarla solo para tocarla hace una hora, pero aun así no puedo fingir que no estoy pensando en ello. Me desabrocho otro botón del traje mientras me paso los dedos por el cabello, apartando el deseo y subiendo las escaleras mientras me resigno a ducharme y acostarme. Me digo que puedo contenerme una noche. Al fin y al cabo, llevo semanas haciéndolo.

Mi decisión me sorprende por completo cuando siento un tirón en la parte trasera de mi uniforme que me hace retroceder hasta una puerta ahora abierta. Se cierra tras de mí y un cuerpo más pequeño y suave me aprieta contra ella, y entonces me encuentro con una tentadora sonrisa iluminada por la lámpara cercana.

—¿Cassie?

—Te dije que quería darte algo que esperar.

Todo lo que he estado tratando de ocultar empieza a intentar volver a la superficie.

—¿Qué pasó con la tarta?

—Fue un gran éxito —me asegura—. Si eso es lo que prefieres, todavía hay un poco arriba...

—Apenas.

—Mmm. —Su dedo se burla del tercer botón de mi filipina que aún está desabrochada—. ¿Una noche larga?

—Horrible.

Abre el botón con facilidad, sin mirarme.

—Buu. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

—¿Seguro que no estás cansada? Es prácticamente media...

Abre otro botón y me hace callar.

—¿Estás realmente preocupado por mi sueño ahora?

—Yo… —Otro botón, la tela se abre lo suficiente para que pueda meter la mano y presionar su palma contra mi pecho—. No, la verdad es que no.

Su sonrisa me recompensa mientras con la otra mano desabrocha el penúltimo botón.

—Esta cosa del uniforme de chef en realidad es algo sexi.

Eso no lo había oído antes.

Me fijo en lo que lleva puesto y frunzo el ceño.

—Veo que no soy el único que lleva botones.

—Anoche alguien se quejó de mi pijama.

Pongo la mano en su cadera y dejo que mi pulgar mueva uno de los grandes botones blancos de su camisa de pijama morada. Hay gatos por todas partes.

—¿Te gustan los gatos?

—¿A quién no le gustan los gatos?

—Son un poco pretenciosos.

—Oh, vaya. —Cassie se ríe—. ¿Sabías que los gatos tienen más de cien cuerdas vocales?

—¿De verdad me estás dando datos de Snapple ahora mismo?

—Lo siento. —Tira de las piezas de mi abrigo antes de meter los dedos bajo el dobladillo de la camiseta que llevo debajo—. ¿No te excitan las trivialidades inútiles?

Cierro los ojos mientras sus dedos se deslizan por mi abdomen.

—Esto parece unilateral.

—¿No te gusta mi pijama?

—Me gusta más en el suelo.

Se muerde el labio.

—Nunca me has dicho cómo podría ayudarte a sentirte mejor.

—Se me ocurren varias formas —murmuro, jugueteando ahora con sus botones —. Si te quitaras esto.

Hay un destello de algo en su expresión, un pequeño parpadeo de duda antes de que empiece a arrastrarme hacia la cama. Tira de mi chaqueta hasta que me veo obligado a arrastrarme sobre ella, con la espalda apoyada en el edredón mientras me empuja con la boca hacia la suya.

Sigo manoseando su blusa mientras me ayuda a quitarme el abrigo y, cuando me levanta la camisa para quitármela por la cabeza, ya he conseguido desabrocharle todos los botones y su camisa se abre para que pueda ver más.

—Mierda, Cassie —respiro, con la boca repentinamente seca.

Sentirla es una cosa, verla es otra. Sus pechos se desbordan de mi mano cuando los acaricio y sus picos rígidos suplican por mi boca.

—*Ah*.

Su suave grito cuando rodeo su pezón con los labios y dejo que mi lengua lo acaricie no hace más que empeorar la situación en mis pantalones, pero le digo a mi polla que se aparte de una maldita vez y me deje disfrutar. Llevo tanto tiempo fantaseando con hacer esto como pateándome mentalmente el culo por fantasear con hacerlo. Sus dedos se enredan en mi cabello mientras tiro del capullo tenso con los labios, deslizando la lengua por allí solo para provocar más sonidos suyos.

Porque son *adictivos.*

Cassie no los oculta, no intenta callarse, y agradezco mucho que un piso nos separe de la habitación de Sophie cuando sus maullidos se convierten en agudos

jadeos que hacen que arquee la espalda.

—Creía que tenía que hacerte sentir mejor —dice sin aliento por encima de mí.

Le paso la lengua por un pezón mientras le rodeo el otro con los dedos, hablando directamente contra su piel.

—Esto me hace sentir mejor.

—*Oh.* —Se retuerce cuando mis dientes rozan justo debajo de su pecho, besando un camino sobre sus costillas—. ¿No quieres...?

Le aprieto la cadera contra la cama.

—Estate quieta. Esto es lo que quiero.

—De acuerdo —dice con aire tranquilo, y noto que se relaja—. No me gustaría interponerme.

Me rio contra su vientre.

—Te lo agradezco.

Contengo la respiración cuando empiezo a bajarle los suaves pantaloncitos por los muslos, dejándola en ropa interior amarilla cubierta de paletas de helado.

—¿Todo lo que tienes tiene algún tipo de estampado?

—Toda mi ropa interior, al menos.

—Algo que esperar —murmuro. La miro de reojo cuando engancho mis dedos en la banda elástica de sus caderas—. ¿Esto está bien?

—Quiero decir. —Sus labios se inclinan soñadoramente en una tímida sonrisa—. Si eso te hace sentir mejor.

Es toda la invitación que necesito. No estoy seguro de dónde va a parar su ropa interior, ya que prácticamente la tiro por encima del hombro, y ahora mismo me da igual. Sus muslos, suaves y atractivos, se aprietan como si le avergonzara la forma en que la miro. Los separo con las manos y rozo el interior de uno de ellos con la palma, tragando saliva cuando puedo verla entera.

Sus rizos pulcros son del mismo rojo intenso que su cabello, un contraste perfecto con el rosa resbaladizo entre sus piernas que me hace sentirme salvaje.

Deslizo un nudillo por su pliegue húmedo, sus caderas se mueven con impaciencia y su respiración se entrecorta.

—Aiden...

—Eres tan bonita aquí —consigo decir, con la voz entrecortada—. ¿Puedo usar mi boca?

—¿Qué? —Parece preocupada—. Oh. Yo no...

No puedo dejar de tocarla, sigo provocándola con los dedos.

—¿No te gusta?

—No es eso, es que... —Se muerde el labio—. Nunca he sido capaz de venirme así.

—¿Qué?

—No lo sé. Probablemente tenga la vagina rota.

Resoplo, y creo que está a punto de reírse, hasta que suelta un sonido ahogado cuando me burlo de su entrada.

—No. No la tienes.

—No me gustaría que perdieras el tiempo. Podríamos tener sexo.

Frunzo el ceño y la miro con ojos preocupados mientras pienso en todos los imbéciles que no le han dedicado el tiempo que deberían. Lo que me hace sentir extrañamente furioso, saber que algún otro imbécil la ha tocado. Ni siquiera sabía que era del tipo celoso hasta este preciso momento.

—Puedo prometerte que esto no será una pérdida de tiempo para mí.

—Oh, bueno, si estás seguro... *oh*.

Cierro los ojos cuando mi lengua se desliza por primera vez a través de sus pliegues húmedos para probarla, su sabor en mi lengua es erótico y embriagador, casi demasiado. Sus muslos tiemblan bajo mis manos cuando vuelvo a hacerlo, y me muevo contra el colchón para liberarme de lo duro que me ha puesto, solo por esto.

Le acaricio el centro con la lengua hasta que encuentro ese pequeño bulto

caliente que está un poco más firme, y lo rodeo lentamente mientras ella respira entrecortadamente. Me tomo mi tiempo para excitarla, queriendo compensar todas las veces que nunca se ha venido así. Mierda, creo que podría pasarme horas entre sus piernas si me dejara.

Porque Cassie es malditamente *embriagadora*.

Es la forma en que su respiración se entrecorta cuando toco el lugar adecuado, la forma en que me aprieta el rostro cuando necesita más, la forma en que sus muslos se aprietan contra mis orejas cuando cree que no puede más. Para cuando he rodeado con los labios su clítoris, ahora hinchado, chupándolo para extraerle hasta la última gota de placer, tengo que sujetarla para evitar que se retuerza y se aleje de mí.

—*Aguanta* —murmuro contra ella—. Te vas a venir en mi lengua, Cassie.

—Creo...

No quiero darle tiempo a pensar y le acaricio el clítoris con la lengua antes de reanudar mi misión de comérmela. Sus dedos se agarran a mi cabello y, a pesar del leve escozor, mi polla palpita; sus caderas giran contra mi rostro, lo que demuestra que está perdida. Que desea que la haga venirse tanto como yo deseo que lo haga.

Me doy cuenta de que está a punto: sus caderas se levantan de la cama y sus dedos se enredan en mi cabello; cada pequeño movimiento y sonido me pone mucho más duro, mucho más desesperado por follármela. Pero estoy decidido a aguantar hasta reducirla a un lío tembloroso contra mi lengua. Su respiración entrecortada se ha convertido en gemidos de súplica de *más* y *ahí* mismo, y la mantengo firme mientras trabajo su clítoris con los labios y la lengua para llevarla al límite.

—Aiden. *Aiden*. Sigue ahí... oh. *No pares.*

No lo suelta del todo hasta que deslizo dos dedos en su interior, manteniéndola llena mientras dedico toda mi atención al capullo tenso entre mis labios. Sigo pensando en llenarla con algo más cuando acabemos aquí, y eso basta para marearme cuando sus dedos se aferran a mi cabello. Hace un bonito sonido cuando se viene, un jadeo silencioso que parece provenir de lo más profundo de su ser, y todo su cuerpo tiembla y se estremece mientras se derrumba.

Es hermoso.

No paro hasta que me aparta activamente, gimiendo mi nombre una y otra vez mientras dice que no puede más. Levanto la cabeza para ver su rostro sonrojado, sin aliento y demasiado caliente mientras me sonríe con los ojos vidriosos.

—Eso ha sido... algo.

Giro el rostro para deslizarme contra su muslo, limpiándome la boca en su piel.

—Me siento mucho mejor.

—Me alegro de ser útil —murmura—. Vuelve cuando quieras.

Me rio cuando me arrastro sobre ella, pasando un dedo por un lado de la camiseta abierta de su pijama antes de arrastrarlo por su pecho que aún se agita ligeramente.

—Ahora tengo otra cosa en mente.

—Bueno. —Me rodea el cuello con los brazos y me acerca a ella—. Lo que le haga sentir mejor, Sr. Reid.



CHAT CON @ALACARTE

$ alacarte te envió una propina de $75 $



Desearía poder hacerte sudar así.

Capítulo 13

Cassie

Incluso después de una feliz noche de orgasmos, es difícil no estar un poco tensa a la mañana siguiente. No dejo de mirar el reloj de los fogones de la cocina mientras hago la cuenta regresiva hasta la hora a la que se supone que Iris llegará esta mañana, abandonada a mi suerte desde que Aiden salió corriendo hacia el gimnasio. (Sospecho que su conveniente ausencia durante la visita de Iris podría ser incluso a propósito, aunque él lo niega ávidamente). Me aplaco recordando lo emocionada que está Sophie por ver a su tía.

Cuando suena el timbre, estoy muy nerviosa y me levanto del sofá al mismo tiempo que oigo a Sophie bajar corriendo las escaleras y precipitarse hacia el primer piso. Iris siempre parece diferente con Sophie, su actitud tensa se desvanece en el abrazo de esta adorable niña, y no puedo evitar desear encontrar algún puente hacia esa Iris. Sé que le haría mucho bien a toda la casa si pudiera sacar más ese lado de ella. Como era de esperar, su expresión cambia cuando se da cuenta de que me entretengo al pie de la escalera y me hace un gesto brusco con la cabeza mientras se suelta de Sophie.

—Hola —le ofrezco, saludándola con la mano.

Nuestro último encuentro aún está fresco en mi memoria, e imagino que lo mismo puede decirse de Iris. Es un saludo tenso, eso es seguro. Sobre todo, desde que todas las cosas que había insinuado sobre mí han resultado ser decididamente ciertas.

Otra inclinación de cabeza por las molestias.

—Buenos días —responde Iris.

Sophie se fija entonces en la bolsa de regalo que Iris lleva en la mano y chilla entusiasmada.

—¿Es mi regalo?

—Sí —dice Iris con una sonrisa—. ¿Quieres abrirlo?

—¡Sí!

Sophie agarra la bolsa con avidez y se aleja de nosotras dos mientras sube las escaleras hacia el salón, dejándonos a Iris y a mí en la entrada. Me aclaro la garganta mientras me froto el brazo, intentando esbozar una sonrisa cortés.

—¿Has comido? Iba a preparar pronto el desayuno.

Iris niega con la cabeza.

—No pasa nada —me dice—. Me he comido un bollo de camino.

—Ah, está bien.

Hay otro largo lapso de segundos en el que las dos nos quedamos ahí paradas, hasta que decido que no puedo más.

—Oye, sobre el otro día...

—Debería disculparme —interrumpe Iris.

Parpadeo, sorprendida.

—¿Qué?

—Hice algunas insinuaciones bastante groseras. —Se mira los pies—. Me cuesta aceptar que Sophie pase la mayor parte del tiempo con alguien que no soy yo.

Casi puedo ver más allá de su exterior duro, emoción genuina asomando cuando frunce el ceño y baja la boca.

—Oh, bueno... —Cambio el peso de un pie a otro—. Imagino que tiene que ser duro. —Me pregunto si debería involucrarme más en esta tensa situación y finalmente decido que no podré vivir conmigo misma si no lo hago—. Sabes, nunca querría interponerme en tu camino para que pases tiempo con ella —recalco—. Quizá podríamos trabajar juntas. Sophie te necesita —le digo—. Como dije el otro día... necesita a todos los que pueda.

Iris parece realmente sorprendida, con la boca entreabierta mientras asimila lo que le he dicho. Finalmente asiente, una concesión lenta, y respira hondo para luego expulsar el aire.

—Tienes razón. Lo necesita. —Vuelve a mirarse los pies. Tengo la sensación de que no le resulta fácil disculparse—. Aiden insinuó que podrías ser la

responsable de mi invitación a su viaje el otro día.

—Oh, no —argumento—. Sophie quería que fueras. Solo le dije a Aiden que podría hacer las cosas más fáciles si él... —Iris me mira con extrañeza, y cierro la boca—. En fin. Solo quiero que Sophie sea feliz.

—Empiezo a entenderlo —responde Iris con sinceridad.

Pequeñas victorias. Lo celebro internamente.

—¡Chicas! —llama Sophie desde el piso de arriba—. ¿Vienen?

Iris comparte una pequeña sonrisa conmigo, y esto también se siente como una victoria.

—Creo que nos han convocado.

—He aprendido que la paciencia no es su virtud. —Me rio entre dientes.

Iris me sigue escaleras arriba, donde Sophie está sentada en medio del salón junto a un saco ahora vacío y un montón de papel de seda, sosteniendo tres juegos nuevos para su *Nintendo Switch.*

—¡Cassie! —Sophie sostiene un juego en particular—. ¡La tía Iris me ha regalado *Animal Crossing!*

—Oh, vaya —exclamo, cayendo de rodillas a su lado—. Es exactamente lo que querías.

—En este puedes construir tu propia isla.

—Suena como un sueño —le digo.

Sophie ya está leyendo las contraportadas de cada uno de sus nuevos juegos, y me vuelvo hacia Iris, que está cerca con los brazos cruzados, para hacerle un gesto de aprobación. Me recompensa con otra pequeña sonrisa; *hoy está lleno de todo tipo de victorias*, pienso.

Sophie levanta otra caja.

—¡También me ha traído *Sonic!*

—Ah, esa es la película que me has estado insistiendo para que vaya a ver, ¿verdad?

Sophie pone los ojos en blanco.

—Es *Sonic 2* —me corrige—. ¡Parece tan divertida!

—Lo sé, lo sé, pero tengo exámenes este fin de semana. Quizá podamos ir un día después de clase la semana que viene, o quizá...

Entonces se me ocurre una idea de la nada. Me quedo con la boca abierta y me vuelvo hacia Iris, pensando que quizá pueda ganar más puntos con la tía taciturna a la que estoy empezando a gustarle.

—Oye —digo, señalando a Iris mientras mi idea sigue dando vueltas en mi cabeza—. ¿Tienes que trabajar hoy?

Iris frunce el ceño.

—¿Trabajar más tarde? Tengo que sustituir a mi empleada a las dos. Tiene una cita.

—¿Por qué no van Sophie y tú al cine? Podrían desayunar, o comer después... lo que quieran. Quiero decir, ¿si quieres?

Es la segunda vez que sorprendo a Iris esta mañana, si su expresión sirve de indicación.

—¿Crees que a Aiden le parecería bien?

—Le mandaré un mensaje —le aseguro—. Le diré que todo ha sido idea mía, te lo prometo. Pero creo que le parecerá bien. Podemos intercambiar los números por si surge algo y tengo que ir a buscarla. ¿Qué te parece?

—Eso suena... —Los brazos de Iris se descruzan lentamente mientras mira entre Sophie y yo, todavía un poco aturdida—. De hecho, suena genial. Si estás segura de que está bien.

Técnicamente, no estoy al cien por cien, pero estoy bastante segura, al menos.

—Sophie. —Me giro para dirigirme a ella—. ¿Quieres ir con la tía Iris?

Sophie asiente con entusiasmo.

—¡Sí!

—¿Por qué no subes y te cambias mientras le envío un mensaje a tu padre?

Seguro que le parece bien. Así tendrán un día de chicas por tu cumpleaños.

Sophie se levanta de un salto, agarra sus juegos, pero deja el desorden y corre a nuestro lado hacia las escaleras mientras sube a su habitación. Saco el teléfono del bolsillo y le envío un mensaje a Aiden, convencida de que le parecerá bien la idea, pero quiero estar completamente segura antes de enviarlas fuera. Estoy preparada para convencerle de que sí, si es necesario.

—Gracias —dice Iris detrás de mí. Me doy la vuelta y veo que sus facciones se han suavizado considerablemente y que la gratitud brilla en sus ojos—. En serio.

—No te preocupes —le digo—. La felicidad de Sophie es lo más importante aquí, ¿verdad?

Iris asiente.

—Así es.

—Bueno, eres parte de eso.

—Te lo agradezco mucho —dice Iris, casi como si se sintiera aliviada al oírlo.

Quizás había empezado a dudarlo.

—Ustedes dos vayan y pásenlo bien —les insto—. Tengo algunos deberes con los que ponerme al día. Prácticamente me están haciendo un favor.

La boca de Iris se tuerce.

—Claro.

Le devuelvo la sonrisa y hago un gesto mental con el puño. Parece que, después de todo, estoy encontrando grietas en la armadura de esta mujer. Aunque solo sea un poco.

Menos mal que soy increíblemente paciente.

Después de pasar una hora en mi habitación mirando la computadora, por fin me

relajo lo suficiente para dejar de mirar el teléfono. He tenido que recordarme numerosas veces que Aiden aprobó la salida de Iris y Sophie, y que seguro que alguien me avisa si me necesitan.

Es curioso, me preocupo por Sophie como si fuera mi hija o algo así.

Estoy tumbada en la cama con la puerta de mi habitación ligeramente entreabierta, y oigo cuando las llaves de Aiden tintinean en la puerta, cuando se abre y se cierra para indicar su llegada.

—¿Cassie?

—Aquí dentro —llamo, cerrando la computadora.

Aparece en el marco de mi puerta para apoyarse en ella, y es... un espectáculo. Un Aiden Reid empapado en sudor. Todos los días que ha vuelto del gimnasio, he tenido que apartar la vista para asegurarme de no quedarme mirando demasiado tiempo. Lo cual, ahora que puedo mirar hasta saciarme, me doy cuenta de que fue una auténtica tragedia.

Se cruza de brazos, con los bíceps presionando las mangas de la camiseta.

—¿Todavía no han vuelto?

—Sí, imagino que estarán un rato. Iban a desayunar, creo. —Miro la hora en mi teléfono—. La película no empezaba hasta las once, así que… Dudo que las veamos al menos hasta la una.

—Ha sido muy amable por tu parte ofrecerte —dice Aiden.

Me encojo de hombros.

—Estoy decidida a ser la primera niñera a la que Iris no odie. —Levanto el teléfono y lo agito—. Incluso tengo su número. Apuesto a que ninguna de las otras niñeras puede decir eso.

Aiden sonríe.

—No, no pueden.

—Parece que al menos has hecho un buen ejercicio mientras estabas escondido en el gimnasio —bromeo, observando la mancha de algodón más oscura de su pecho, donde el sudor aún se está secando.

—No me *escondía* —resopla.

Pongo los ojos en blanco.

—*Claro* que no. Creo que alguien podría tenerle un poco de miedo a la grande y aterradora Iris.

—Yo sí —murmura, mirándome.

Siento un deseo en el vientre al ver cómo sus ojos recorren mi cuerpo, cómo suben por mis muslos en legging y me recorren el pecho. Una chica podría tener todo tipo de ideas con un hombre como Aiden mirándola como lo hace.

—Dijiste que tardarían unas horas más —repite sin dejar de mirarme—, hasta que vuelvan.

Asiento lentamente.

—Lo dije.

—Necesito una ducha —dice deliberadamente—. ¿Te interesaría acompañarme?

Se me tuerce la boca al mismo tiempo que se me vienen a la cabeza todas las razones por las que es una mala idea: darme cuenta de que una ducha significa estar completamente expuesta y fuera de control. Hasta ahora he sido capaz de ocultar la cicatriz de la espalda que seguramente lo delatará todo, pero desnuda y mojada me aseguraré al cien por cien de que Aiden la vea, descubriendo así lo bien que me conoce, incluso fuera de nuestra recién descubierta intimidad.

Intento disimular la ansiedad que se apodera de mi pecho, manteniendo una expresión ecuánime mientras aparto la computadora.

—¿Y si me gustas así?

—¿Así? —Se mira la ropa húmeda—. Soy un desastre sudado.

—Se me ocurren razones mucho mejores para que seas un desastre sudado —le digo con timidez.

Su expresión cambia.

—¿Se te ocurren?

—Mmmjum.

Palmeo la cama a mi lado, y él se aparta inmediatamente del marco de la puerta para apoyar una rodilla en el borde de la cama antes de arrastrarse hacia mí. Sus manos se apoyan a ambos lados de mis caderas para enjaularme, y tengo que admitir que el olor de su sudor mezclado con su desodorante y algo que es inherentemente Aiden no es nada desagradable.

—¿Y cómo propones que pasemos el tiempo, Cassie?

Alargo la mano para dejar que las yemas de mis dedos se metan bajo su camisa, rozando su abdomen y sintiendo cómo se tensa bajo mi tacto.

—Se me ocurren unas cuantas cosas.

—Hmm. —Agacha la cabeza para presionar sus labios contra mi garganta, y yo cierro los ojos, curvando mis dedos a ambos lados de sus caderas—. ¿Me estás pidiendo que te folle, Cassie?

Se me revuelve el estómago. Todavía me cuesta un poco conciliar al Aiden de sonrisa tímida con el A de boca sucia, que ahora sé que son la misma persona, y no puedo evitar preguntarme cuánto se ha estado conteniendo Aiden conmigo.

—Puede que sí —jadeo, sintiendo su rodilla encajada entre mis piernas, ejerciendo presión entre ellas—. Si no estás demasiado cansado. Sé que a tu edad toda esa actividad podría...

Grito cuando sus dientes me pellizcan la base de la garganta, su mano me cubre el pecho a través de la camiseta para apretarme mientras su pulgar me acaricia el pezón a través de mi fino sujetador deportivo. Sus manos ya están tirando de mis leggings: el aire frío del aire acondicionado me golpea la piel cuando me los baja, y mi ropa interior le sigue de cerca.

—Ya estás empapada —murmura—. Creo que tienes muchas ganas de que te folle.

Giro el rostro para besarle la mandíbula y meto los dedos en la cintura de su pantalón corto. Solo necesito un movimiento para liberarlo, y él emite un sonido de dolor cuando mi mano rodea su polla, ya dura, para acariciarla burlonamente.

—No está mejor, Sr. Reid.

—Estoy aprendiendo que siempre quiero follarte, Cassie. Se está convirtiendo en un problema.

—Yo no lo llamaría un problema —suspiro, apretando el pulgar contra su raja para untarle un poco de semen—. Sobre todo, porque siento lo mismo.

Empieza a subirme la camiseta por el vientre, y el mismo pánico se apodera de mi excitación al tiempo que se encienden las alarmas en mi cabeza. Le empujo las caderas para que se gire, guiando su cuerpo hasta que cae de lado y luego se tumba boca arriba. Se coloca de forma que quede apoyado contra el cabecero y mis almohadas, y yo me meto en su regazo inmediatamente, deslizando mi centro húmedo contra su dura polla en un lento vaivén mientras sus manos se posan en mis caderas para agarrarlas.

—Déjame —le digo—. No quiero que te canses.

Intenta sonreír, pero le dura poco cuando vuelvo a balancearme contra él. Le apoyo la mano en los hombros y meto la mano entre los dos para agarrarle la polla. Veo el tejido levantado de su cicatriz cerca de mis dedos, donde se ha desgarrado la camisa, y me invade un destello de culpabilidad, pero se desvanece rápidamente cuando empieza a llenarme.

Me gusta la forma en que separa la boca y sus ojos se vuelven pesados cuando se ve a sí mismo desaparecer dentro de mí, sus dientes se posan en su labio inferior mientras mis caderas se encuentran con las suyas, completamente llenas de él.

—Haz lo que te apetezca —murmura, su voz es como una miel espesa que casi puedo sentir chorreando por mi piel—. Quiero ver cómo me utilizas. —Su mano se desliza por mis caderas hasta tocarme el culo, mirándome con ojos que parecen arder—. Porque después de eso… *voy* a follarte, Cassie.

Puedo *sentir* cómo me recorre un calor líquido, cómo prácticamente *goteo* con sus palabras: me aprieto contra nada mientras el aire de mis pulmones parece incendiarse. Sus ojos están fijos en el lugar donde ahora estamos unidos, esperando a que me mueva a mi propio ritmo. Lo siento mucho más grande así, mucho más profundo, y gimo mientras me contraigo involuntariamente a su alrededor, un esfuerzo inútil porque no queda espacio, no hay espacio. Nada más que *Aiden*.

Intento levantarme despacio, sintiendo cada centímetro de él deslizándose contra mí mientras me retiro. La sensación de volver a bajar es como si fuera a reventar por su grosor, pero el ligero ardor es delicioso, la fricción celestial.

—Bien —gruñe, con un sonido áspero en mis oídos—. Buena chica.

Me estremezco, emitiendo un sonido lastimero mientras mis entrañas sufren otro vano apretón. Aiden me frota el muslo en círculos relajantes.

—¿Te gusta? —Siento su mano deslizándose entre nosotros, su pulgar presionando mi clítoris para provocarme—. ¿Te gusta oír lo bien que me tomas?

Creo que asiento; es un movimiento apenas perceptible que parece demasiado, y Aiden zumba en señal de aprobación mientras pasa el pulgar por la parte más sensible de mí.

—Un jodido sueño estar dentro de ti —murmura—. Sigue moviéndote así, Cassie. Quiero ver cómo te follas a ti misma con mi polla.

Intento levantar el cuerpo, pero me cuesta; estoy tan *llena* que es un esfuerzo despegarme de él. Oigo cómo sisea entre dientes cuando levanto las caderas para deslizarme a lo largo de él, oigo su pesada exhalación cuando vuelvo a hundirme lentamente.

—Bien —gruñe—. Hazlo otra vez.

Lo vuelvo a hacer, una elevación lenta y un deslizamiento apretado, con las uñas clavadas en su camisa mientras giro las caderas al final del movimiento. Y no puedo evitar el gemido largo y fuerte que se escapa de mis labios mientras mi cabeza se apoya en su hombro.

—Aiden —jadeo mientras levanto las rodillas para despegarme de su polla y vuelvo a caer cuando su grosor casi me roba el aliento. Estoy tan *llena*—. Aiden, necesito...

—¿Quieres que te folle ahora, Cassie? —Su mano encuentra mi mejilla para apartar mi rostro de su hombro, me agarra la mandíbula y me mete los dedos en el cabello mientras le miro con los ojos encapuchados—. ¿Necesitas un poco más?

Me muerdo el labio y muevo las caderas hacia delante mientras sacudo la cabeza. Entonces siento que sus manos me agarran por las caderas, manteniéndome firme.

—Agárrate a mí.

Le rodeo el cuello con los brazos y sus labios me acarician la mandíbula; la suavidad de su boca contrasta con la dureza de su polla, que sigue dentro de mí.

—Cassie. —Me echo hacia atrás y me encuentro con que me mira con ojos más oscuros de lo habitual. Se inclina despacio hasta que su boca queda a escasos centímetros de la mía y la curva contra mis labios para detenerse brevemente antes de decir—: Eres mejor que cualquier jodida cosa que haya pensado.

La suavidad de su voz me llena de una sensación que roza el vértigo, pero apenas tengo tiempo para pensar en ello. No con la forma en que empieza a *moverse*.

—*Oh.*

Me levanta como si nada, me agarra las caderas con fuerza y me levanta de su polla para volver a hundirme de nuevo, empujándome con un gruñido. Así lo siento más profundo, lo bastante como para que resulte *casi* incómodo, pero su deslizamiento contra mis paredes internas, esa fricción húmeda cuando cada cresta me roza de la forma adecuada. Me agarro con fuerza para mantenerme firme mientras me penetra con una sensación casi desesperada, como si necesitara cada embestida un poco más que la anterior.

—Te sientes —cada palabra suena como una inhalación y luego una exhalación —, *tan condenadamente bien.*

Mueve mis caderas para acentuar lo llena que estoy, para sentirme. Hay un murmullo entrecortado en el que oigo cosas como *no me lo puedo creer*, *tan apretado* y *un coñito tan perfecto*, cada una de las cuales hace que mi corazón lata un poco más deprisa, haciendo que me apriete a su alrededor una y otra vez.

Encuentra el ritmo, una fuerte subida y una brusca bajada que me hace rebotar sobre su polla. Su cabeza cae contra el cabecero y su boca se entreabre en un gemido gutural, alternando los ojos en blanco con la mirada fija en el lugar donde desaparece dentro de mí una y otra vez.

—Me voy a correr —me advierte apretando los dientes—. Pero no sin ti. —Vuelve a moverme las caderas, sin llegar a empujarme, pero proporcionándome pequeñas cantidades de fricción, lo suficiente para mantenerme al borde del precipicio—. ¿Puedes tocarte? Quiero que te vengas en mi polla.

Se inclina para besarme el cuello mientras me busco el clítoris con dedos temblorosos, rozando el pequeño capullo hinchado que ya está tan sensible, tan *cerca*. Inclino la cabeza hacia atrás para facilitarle el acceso a su boca mientras me masturbo con rapidez. Su repentina quietud hace que el palpitar de su polla

se haga más evidente, que la plenitud, *el calor*, sea mucho más embriagador.

Me levanta de nuevo, me hace rebotar sobre su polla al mismo ritmo que hace que me cueste respirar, pero me siento *tan bien* que ni siquiera me molesto. Mis gemidos se convierten en gemidos que apenas puedo contener, y su aliento sisea entre los dientes mientras sigue intentando follarme a pesar de que sus embestidas se vuelven erráticas, lo que resulta en un ritmo desordenado que sigue *siendo fantástico.*

Mis dedos resbalan contra mi clítoris de lo mojada que estoy, pero sigo adelante, moviéndome tan rápido como él, persiguiendo el final con un poco de esa misma desesperación.

—*Aiden. Mierda, Aiden.*

—*Vente* —dice—. *Vente*, mierda, *Cassie.*

Ni siquiera estoy segura de dónde viene ahora, si de mis dedos en el clítoris o de su polla que golpea profundamente, tocándome en todos los sentidos, pero no importa. Es una presión lenta y tumultuosa que se hincha y se hincha hasta que *estalla*, como fuegos artificiales que explotan en mi sangre y en mi visión y muy, muy dentro, donde su polla aún se mueve; las chispas que desprende flotan hasta estremecerme la piel mientras me estremezco.

Hay más murmullos obscenos y respiraciones agitadas que apenas se oyen por la forma en que me late la sangre en los oídos, pero lo noto, cuando él *cae* al borde del abismo. Sus caderas se estrechan contra las mías, su polla palpita contra mis paredes como un latido constante. Me abraza con sus gruesos brazos, sus labios se mueven hambrientos por mi garganta, mi mandíbula y, finalmente, mi boca mientras se vacía en su interior.

—Tan bueno —jadea—. Muy perfecto.

Me estremezco, tanto por el elogio como por las chispas de mi orgasmo, que aún siguen vibrando en mi interior, y caigo contra él flácida mientras sus manos me recorren la espalda con fuertes presiones, como si no pudiera evitar seguir tocándome. Incluso después, sigue besándome perezosamente, con sus labios ejerciendo una agradable presión sobre mi piel.

—Parece que no puedo tocarte sin perder el control —murmura al final.

—Mmm. —Me acurruco más—. No me importa.

—Se está convirtiendo en un problema —dice resoplando—. Me estoy dando cuenta de que siempre quiero tocarte.

Me echo hacia atrás y le sonrío perezosamente, encogiéndome de hombros.

—A mí tampoco me molesta.

—¿Cómo eres tan...? —Sus palabras se interrumpen al sacudir la cabeza, desechando la idea que tenía y atrayéndome para aplastar su boca contra la mía.

Me derrito en su beso, dejando que el peso y el calor de su cuerpo se filtren en mis músculos como un bálsamo relajante, casi sin darme cuenta de que sigue metido dentro de mí.

—*Ahora* eres un desastre sudado —me burlo al separarme.

Siento sus labios curvarse contra los míos.

—Ahora merece mucho más la pena.

—Me alegro —respondo besándole de nuevo.

—Aunque sigo necesitando esa ducha.

Ese familiar destello de culpabilidad aparece, y me apresuro a empujarlo hacia abajo mientras mantengo la calma.

—Por muy tentador que sea... me *has* interrumpido las tareas.

Suelta una carcajada.

—¿Ah, sí?

—También merece la pena.

—Supongo que no querría entrometerme en tu educación.

—Más de lo que ya lo haces, querrás decir —bromeo.

Sonríe mientras me da otro beso rápido, hace una mueca de dolor cuando se separa de mí y me tumba boca arriba para volver a abalanzarse sobre mí.

—Supongo que tendré que encontrarte más tarde.

—¿Dos veces en un día? Qué escándalo.

Su sonrisa es lenta y se dibuja en su rostro mientras baja para dejar que su boca se cierna sobre la mía.

—Aun así, no sería suficiente.

Se me acelera el pulso cuando vuelve a besarme, cierro los ojos y disfruto de la suavidad de su boca mientras le pido al músculo traidor que se calme. Es casi decepcionante cuando por fin se separa y vuelve a meterse en los calzoncillos, y una parte de mí siente la tentación de mandar todo al diablo y seguirlo hasta la ducha.

Pero entonces recuerdo todas las razones por las que no puedo, y vuelvo a sentir el peso de la culpa por no haberle hablado de nuestro pasado. Sigo teniendo demasiado miedo de arriesgarme a perderlo como para sacar el tema. Quiero creer que no importaría, que le gusto a Aiden lo suficiente como para dejarlo pasar, pero la incertidumbre me hace callarme y sentirme una mierda por hacerlo.

—Bueno, sí cambias de opinión —dice Aiden mientras se desliza fuera de mi cama—. Ya sabes dónde encontrarme.

Me guiña un ojo desde la puerta antes de desaparecer por ella, y vuelvo a caer contra las sábanas con un resoplido, cerrando los ojos mientras mi cuerpo deshuesado y agotado se acomoda en el colchón. En un segundo me visto de nuevo y vuelvo a lo que estaba haciendo; no seguiré a Aiden, por muy tentador que sea hacerlo, porque en el fondo sé que aún no estoy preparada. No estoy preparada para afrontar la verdad y todos los riesgos que conlleva.

Aunque, en el fondo... Sé que lo estoy haciendo más difícil esperando.

CHAT CON @ALACARTE

Voy a ser honesto contigo.

?

Lo vi en el trabajo.

¡OMD, no lo hiciste!

Ahora mismo estoy durísimo en el baño.

Pobre bebé. Te ayudaría si estuviera allí. 😘

Desearía que estuvieras aquí.

Capítulo 14

Cassie

No cedí a la tentación de meterme con Aiden en la ducha, pero eso no significa que no me sintiera *increíblemente* tentada. Pasé el resto de la mañana del viernes portándome bien y terminando los deberes, sabiendo que la Cassie del sábado lo agradecería mucho más, cuando no tuviera que apresurarse con las diapositivas antes de ir al laboratorio. Eso resultó ser cierto, ya que Aiden me dejó dormir un poco esta mañana mientras Sophie y él se escapaban al Nuevo Museo de los Niños a solicitud de Sophie. Tengo que decir esto por la niña, le encanta aprovechar su semana de cumpleaños. Me hace reír solo de pensar en la enorme figura de Aiden intentando gatear por algunas de las exposiciones más interactivas con ella. También me da un poco de pena no haber podido ir con ellos.

En estos momentos, me tomo el café de la mañana en la encimera de la cocina, aturdida, mientras por mi cabeza revolotean pensamientos llenos de destellos vibrantes del día anterior, de los *últimos* días (y de las últimas noches). Mi cerebro está saturado de pensamientos sobre una voz grave y un cuerpo duro que no parece tener suficiente de *mí*, de todas las personas. Si cierro los ojos, aún puedo sentir el calor de las palmas de las manos de Aiden en mis muslos, oír su murmullo bajo de palabras sucias que podrían estar convirtiéndose en mi propia adicción personal. Y claro, la culpa sigue ahí, y sé sin lugar a dudas que debería estar haciendo planes para encontrar la forma de contarle la verdad a Aiden, pero es difícil concentrarse en cualquiera de esas cosas cuando me están follando hasta casi matarme todas las noches.

Debería terminar aquí y prepararme para ir a St. Augustine’s. Tengo que irme dentro de una hora, y aún no me he secado el cabello de la ducha, y tengo toda la intención de hacerlo, de verdad.

Si consigo dejar de distraerme con los mensajes de Aiden.

Mi teléfono zumba en la encimera como si me llamara, y contengo una sonrisa mientras lo deslizo para leer lo que me ha enviado.

Hay una foto adjunta de Aiden con cara de disgusto mientras intenta salir de un tubo inflable gigante con forma de arco iris; obviamente, su enorme cuerpo es demasiado para la atracción infantil. No puedo evitar preguntarme cómo consigue seguir teniendo tan buen aspecto cuando frunce el ceño.

CASSIE: ¿Asumo que Sophie tomó esto? Tienes cara de estar luchando de verdad.

AIDEN: Le dije que era demasiado grande para eso.

CASSIE: Aunque no querríamos ahogar su mente inquisitiva.

AIDEN: Qué gracioso. ¿Estás ya en la escuela? No estarás mandando mensajes y conduciendo, ¿verdad?

No puedo evitar poner los ojos en blanco. Es una pregunta de padre. Aun así, no voy a fingir que no se me revuelve el estómago al ver que se preocupa por mí.

CASSIE: No, papá. Sigo en casa. Pero me voy pronto.

AIDEN: No sé qué siento cuando me llamas papá.

CASSIE: ¿Prefieres papi?

AIDEN: Te das cuenta de que me llevarán a la cárcel si se me pone dura en un museo lleno de niños, ¿verdad?

CASSIE: Menos mal que no tengo un fetiche de papá, o me divertiría mucho con esto.

AIDEN: Eres malvada.

CASSIE: Tendrás que devolvérmelo más tarde. ;)

AIDEN: Completamente malvada.

CASSIE: ¿Se está divirtiendo Sophie?

AIDEN: De maravilla. Pero es un poco tímida. Me doy cuenta de que le gustaría unirse a algunos de los otros niños, pero no consigo que dé el primer paso.

CASSIE: Está en una edad extraña. Puede ser difícil hacer amigos.

AIDEN: Ya lo sé. Odio verla luchar por ello.

CASSIE: No puedes forzarla. Ocurrirá. Es demasiado increíble para que no ocurra.

AIDEN: Tienes razón. Ahora date prisa y ponte en marcha para no tener que acelerar.

CASSIE: De acuerdo. Lo haré, papi.

AIDEN: Malvada.

Me rio mientras guardo el teléfono en el bolsillo del pantalón del pijama, termino el resto del café y enjuago la taza antes de meterla en el lavavajillas.

Es curioso, la verdad. Los estudios solían ser una fuente mayor de ansiedad; cómo pagaría el próximo semestre, si se tramitarían mis préstamos, si tendría que aplazarlos otro año... pero con el sueldo que he estado cobrando aquí, apenas he necesitado pensar en ello este último mes. Si sigue así, este será el primer año de estudios que podré pagar de mi bolsillo sin tener que pensar siquiera en préstamos estudiantiles.

Creo que nunca superaré del todo lo que paga este trabajo.

Y esa es otra parte de todo este asunto que me hace sentir culpable; eso además de saber que todavía no he descubierto cómo decirle que no es la primera vez que intimamos, aunque sea la primera vez que me toca. Ha habido momentos esta semana en los que me he preguntado si debería molestarme el hecho de que esté recibiendo un sueldo del hombre con el que me acuesto, pero me digo a mí misma que las dos cosas son totalmente independientes. El hecho de que nos aseguremos de mantener nuestras... travesuras lejos de los ojos de Sophie significa que no es completamente sórdido. Es solo una pequeña diferencia, que probablemente no tenga tanta justificación como yo misma me haría creer, pero al menos es algo.

Aun así, es un poco alocado pensar que solo me queda un año más de estudios; lo que deberían haber sido dos años de posgrado se han convertido en cuatro gracias a la maravillosa experiencia de tener que abrirme camino a través de ellos. Es un gran alivio ver que está llegando a su fin, estar por fin cerca de la oportunidad de salir ahí fuera y hacer algo realmente bueno, pero no voy a fingir que no es un poco desconcertante pensar en lo que haré con mi vida después de esto. Hay una cierta presión que viene con la graduación, con salir al mundo y *hacer* algo que me hace reflexionar sobre todos los demás aspectos de mi vida,

preguntándome dónde estaré dentro de cinco años.

Pensamientos que solo se hacen más confusos por el hombre que me distrae con una sonrisa vertiginosa. Sé que es demasiado pronto para soñar despierta con Aiden Reid, pero ¿puedo evitar que una parte de mí piense constantemente en la posibilidad de perder todo esto? Y no solo a Aiden, sino también a Sophie. Y ese es el factor que me impide contárselo todo. Por primera vez en mucho tiempo, casi siento que pertenezco a este lugar, que me va bien aquí, y dado que es la primera familia de verdad que me acoge... ¿es culpa mía querer hacer todo lo posible por aferrarme a ella un poco más?

Toda esta línea de pensamiento me deja la cabeza hecha un lío.

No soy ingenua ante el hecho de que no tengo mucho que ofrecer a Aiden y Sophie fuera de mí misma, que hay años y grandes diferencias entre nosotros que no puedo cambiar, pero no puedo evitar pensar en su silencioso «no debería estar pensando en ti tanto como lo hago» y su resultado, «siento que me estoy volviendo loco», y eso significa algo, ¿verdad?

Es una tontería por mi parte atribuir semejantes ideas a algo tan nuevo, algo que ninguno de los dos sabe lo que es, pero no puedo evitarlo, la verdad. Es solo que Aiden Reid me hace sentir un poco loca también. Es suficiente para que cualquiera se pregunte.

Es suficiente para que cualquiera se preocupe por lo que nos espera al final de esto.



Nuestros ensayos se centran esta vez en los equipos de asistencia pediátrica, y centrarnos en las funciones y piezas de los diferentes tipos de sillas de actividades que nos han traído para estudiar es una gran distracción. Llevo unos veinte minutos probando las distintas funciones de inclinación de la silla *Rifton* que me han asignado y creo que estoy casi lista para pasar al siguiente modelo.

—Ayúdame a instalar este arnés, ¿quieres? —Camila sostiene el arnés de mariposa opcional que se puede añadir a este modelo—. No sé dónde se

engancha.

—Aquí —le digo, tendiéndole la mano—. Creo que se engancha aquí.

Camila me mira mientras encuentro los puntos de enganche del arnés y engancho los cuatro hasta que queda bien instalado.

—Me perdí eso por completo —resopla Camila—. Algunas de estas sillas son una locura.

—Pero son increíbles —le digo—. Ahora pueden hacer tantas cosas.

—De verdad. —Camila examina el respaldo de la silla, encuentra la función de inclinación y vuelve a colocar la silla en su primera posición—. Creo que ya lo tenemos, ¿no crees? ¿Pasamos a la Leckey?

—No hay función de inclinación en esa, por lo menos —noto.

—Bien. Parece que ese grupo casi ha terminado con ella. Podemos ir a buscarla a continuación.

Tomamos asiento cerca del otro grupo, que sigue estudiando las distintas funciones de la Leckey. Camila se sienta a mi lado en la silla de plástico y suelta un suspiro.

—Solo este último año, y terminamos.

—Es una locura.

—¿Crees que las juntas van a ser brutales?

—Probablemente. —Me rio—. Pero estaremos bien.

—Eso lo dices tú —resopla—. Eres la mejor de la clase.

—Lo estás haciendo muy bien.

—¿Cómo va el trabajo de niñera? Estabas muy rara la última vez que te vi.

—Oh... —Me sonrojo, esperando que no se dé cuenta. No puedo decirle exactamente que he complicado aún más las cosas *acostándome* con la persona de mi pasado que *todavía* no me recuerda—. Las cosas van muy bien. Me encanta Sophie, la niña a la que cuido. Ella es... un personaje.

—Te lo dije. —Se ríe Camila—. Pueden ser algo a esa edad.

—Dijiste que tenías una sobrina de esa edad, ¿verdad?

—Lucía —me dice Camila—. Es un gremlin. Pero es muy bonita.

Asiento distraídamente, observando al otro grupo probar los diferentes modos de la silla mientras mis pensamientos vagan. No sé por qué me viene la idea a la cabeza, tal vez porque recuerdo los mensajes de Aiden sobre su deseo de que a Sophie le resultara más fácil hacer amigos, pero de todos modos se me ocurre una idea.

—Oye, Camila...

Se gira para mirarme.

—¿Sí?

—¿Crees que a tu sobrina le gustaría ir al zoológico?

—Siento que estoy cayendo en una trampa.

—Es que… Sophie es nueva en la escuela este año y le cuesta hacer amigos. Solo pensé... si pudiera jugar con alguien de su edad sin toda la presión de estar en un enjambre de niños en la escuela... ¿Es una idea terrible?

—Para mí quizá —resopla Camila—. ¿No te dije que Lucía era un gremlin?

—Oh, vamos. Es tu sobrina. Tiene que ser un poco genial.

Camila entrecierra los ojos.

—¿Estás intentando engatusarme?

—¿Está funcionando?

Pone los ojos en blanco.

—Desgraciadamente. Me parece bien. Por cierto, tú invitas ese día.

—Por supuesto. Cualquier cosa. Esto va a ser genial.

Camila sigue refunfuñando mientras yo celebro en silencio mi propia genialidad.



—¿El zoológico?

Me niego a distraerme al ver a Aiden en su elemento, con los brazos cruzados sobre su filipina y el delantal manchado de trozos de no sé qué mientras el resto de su personal trabaja diligentemente detrás de él.

—Le va a encantar —insto—. Y mi compañera de laboratorio va a traer a su sobrina, así que será una gran oportunidad para que Sophie conozca a alguien de su edad.

—Que no te oiga maquinando así —me advierte, inclinándose para asomarse a su despacho, donde Sophie sigue jugando con su *Switch* en su escritorio—. Quiero decir, me parece bien, pero ¿estás segura de que quieres hacerlo? Va a ser un día muy largo.

—¡Por supuesto! Va a ser muy divertido. Especialmente para Sophie. ¿Ha estado alguna vez?

—Tal vez una vez cuando era más pequeña... —Se frota la nuca—. No hemos tenido oportunidad desde... bueno.

—Lo entiendo. —Le tiendo la mano inconscientemente y mis dedos tropiezan con el borde de su delantal en la cintura antes de recordar dónde estamos. Retiro la mano y me aclaro la garganta—. Siempre puedes venir con nosotros. ¿Hacer tiempo de ocio?

Aiden se ríe, volviendo la vista a la actividad que hay detrás de él.

—Creo que me meterían en el horno si lo intentara.

—Solo una idea.

Hay un atisbo de sonrisa en su boca cuando se gira de nuevo hacia mí, y sus ojos son más cálidos, haciéndome revolotear el estómago.

—Créeme, ahí es donde preferiría estar.

—Bueno, al menos enviaré muchas fotos.

—Perfecto. Envíame un recordatorio en un rato, y cuando tenga un descanso, pediré las entradas.

—Oh, no, puedo...

—Las compraré yo —dice tajantemente, sin dejar lugar a discusión.

Mis labios se curvan.

—Bueno, sí, señor.

—Probablemente deberíamos añadir eso a la lista de frases que no puedes decirme en público.

Levanto una ceja y bajo la voz.

—Te estás convirtiendo en un pervertido habitual, ¿verdad?

—Creo que es tu culpa. —Se ríe entre dientes.

El revoloteo de mi estómago es peor ahora, porque no solo pienso en esta última semana juntos, sino en todas las veces que ha sido incluso más sucio que esto en la oscuridad de mi habitación, donde no podía verle la cara. Tengo que reprimir un escalofrío, tratando de alejar esos pensamientos y concentrándome en Sophie.

—Voy a darle la noticia —digo.

Aiden vuelve a reírse.

—Asegúrate de que no sepa que es una cita para jugar. Podría darte una patada en la espinilla.

—Nunca lo haría —protesto—. Me quiere.

—No digas que no te lo advertí.

Pongo los ojos en blanco mientras paso por delante de la cocina en dirección al despacho del otro lado y golpeo el marco de la puerta al asomar la cabeza.

—Hola, Soph. ¿Tienes planes para mañana?

—Es domingo —dice frunciendo el ceño—. Y tengo diez años.

—¿Qué te parece si tenemos una pequeña aventura?

Se esfuerza por no parecer demasiado excitada, su *Switch* baja a su regazo mientras da su mejor impresión de despreocupación.

—¿Qué clase de aventura?



—Todavía no puedo creer que vieras ese último vídeo en el trabajo. —Me rio.

Se está convirtiendo en una extraña costumbre nuestra: chatear un rato después de hablar por Skype. Sigue viendo cómo me vengo y, sinceramente, disfruto un poco más cuando es él, ¿no es una tontería?

—Ha merecido la pena —murmura—. Aunque mis compañeros de trabajo no estén de acuerdo. Probablemente piensen que ahora tengo problemas estomacales.

No puedo evitar reírme de nuevo. Me ajusto la máscara en el rostro, mis dedos se detienen allí mientras mis dientes se preocupan por mi labio inferior.

—Intento imaginármelo —respondo en voz baja—. Es tan raro que no sepa cómo eres.

—Lo es. —Le oigo aclararse la garganta—. Pero tampoco sé exactamente cómo eres tú.

—Un poco raro. —Me rio nerviosa, con el corazón acelerado.

—Sí. —Se ríe suavemente—. Raro.

No me pide que me quite la máscara, lo cual es bueno.

Porque ahora mismo no puedo decir que no lo haría por él.

Capítulo 15

Cassie

—Esta es una aventura realmente penosa —comenta Sophie desde el asiento del copiloto de mi auto.

Suelto un suspiro.

—Dame un minuto.

Intento arrancar el motor de nuevo, y oigo ese fatal zumbido cuando el motor de mi auto viejo hace todo lo posible por girar durante unos segundos antes de petardear y ceder de nuevo.

—Vamos —gimo—. No me hagas esto.

—¿Necesita gasolina?

—Tiene gasolina de sobra.

—¿Y aceite?

—¿Qué eres, mecánico?

Sophie se encoge de hombros.

—Solo intento ayudar.

—Lo sé, lo sé. No sé qué le pasa. Probablemente solo me odia.

—¿Cómo vamos a llegar al zoo?

Dejo caer la cabeza sobre el volante, suspirando mientras pienso.

—Podríamos llamar a un *Uber*.

—Es hora pico —dice despreocupada—. Tardarán una eternidad.

Levanto la cabeza y enarco una ceja en su dirección.

—¿Cómo sabes lo de las horas pico?

—Mamá no tenía auto. Siempre íbamos en *Uber* si estaba lejos.

—De acuerdo. ¿Y el autobús?

Sophie hace una mueca.

—¿El autobús?

—¿Nunca has tomado el autobús?

—Hace calor.

—Bueno, no veo muchas más opciones. Mi amiga Camila vive al otro lado del zoo. Para cuando pueda llegar aquí, perderíamos la mitad del tiempo del zoológico.

—Podríamos llamar a papá.

¿Y dejar que Aiden se entere de lo malo que es mi auto? No, gracias. Conociéndole, probablemente intentaría dejar su auto aquí a partir de ahora y tomar el autobús él mismo. Sería propio de él hacer algo así.

—No queremos molestarlo.

—Pero yo quiero *ir* —se queja Sophie.

—Ya lo sé, pero si no podemos ir en *Uber*, y no quieres tomar el autobús, no veo cómo vamos a poder...

Hago una pausa y se me ocurre una idea. Puede que sea una mala idea, ya que acabo de empezar a ganar puntos con la persona que tengo en mente, pero pienso que esta podría ser una oportunidad de ganar más, si juego bien mis cartas.

—Oye, Soph —le digo, girándome para mostrarle una sonrisa—. ¿A qué hora abre la tienda de tu tía?

—Gracias por venir a buscarnos —repito mientras subimos al auto de Iris—. Nos estás salvando de verdad.

—Está bien —dice Iris—. No quiero a Sophie en el autobús.

¿Qué tiene esta gente contra el autobús?

Decido que no es el momento de intentar obtener la respuesta a esa pregunta.

—¿Y estás segura de que no vendrás con nosotros?

—Lo haría —dice Iris, y creo que lo dice en serio, basándome en su tono—. Pero no tengo a nadie que me cubra hasta esta tarde. Ahora mismo solo tengo otros dos empleados.

—Vaya, eso suena duro. ¿Hay mucho trabajo?

Iris asiente.

—Estamos entrando en la temporada de bodas de otoño, así que hemos tenido muchos pedidos. Hago lo que puedo para mantener el ritmo con el personal que tengo. De momento no puedo permitirme contratar a nadie más.

—Lo siento —digo tímidamente, sin saber qué más decir.

—No pasa nada. —Iris se encoge de hombros—. Es parte de ello. —Me mira de reojo mientras sale a la autopista—. ¿Fue idea tuya?

—Oh... sí. Tengo una amiga de la escuela que tiene una sobrina de la edad de Sophie. Pensé... —Me detengo y miro a Sophie, que me escucha con curiosidad —. Mi amiga me preguntó si conocía a alguien de la misma edad que su sobrina que quisiera pasar un día en el zoo con ella.

Iris me mira con complicidad y luego me sorprende *sonriendo*, como si supiera exactamente lo que no estoy diciendo.

—Suena divertido.

—¿Has ido alguna vez?

—Oh, sí —dice Iris—. Rebecca y yo llevamos a Sophie cuando tenía, ¿qué... seis años?

Sophie se encoge de hombros.

—Puede ser. Era pequeña. Recuerdo haber acariciado una jirafa.

—Hicimos el safari —aclara Iris—. Rebecca estaba obsesionada con las jirafas.

Hay una nostalgia en su tono, su expresión lejana, y veo el momento en que lo capta, enmascarando rápidamente sus rasgos a los de su habitual mirada indiferente.

—Suena muy bien —apunto.

Iris asiente.

—Lo fue. Creo que tengo una foto de las tres en algún sitio con una jirafa.

—Me encantaría verla alguna vez.

Iris vuelve a mirarme.

—Intentaré encontrarla la próxima vez.

La próxima vez.

Iris y Sophie empiezan a charlar sobre algún libro que ha dejado Iris, y yo vuelvo el rostro hacia la ventana para ocultar mi sonrisa. No había planeado ver a Iris hoy; ni siquiera se me había ocurrido invitarla al zoo, cosa por la que ahora me siento mal, pero en cierto modo me alegro de que mi auto estuviera muerto esta mañana. Parece que cada vez que veo a Iris, la entiendo un poco mejor. Poco a poco, sé que estoy rompiendo lentamente su armadura.

Se ha convertido en mi misión personal en este punto.



El resto del viaje transcurre sin contratiempos, e Iris incluso promete enviarme la foto por mensaje de texto cuando la encuentre antes de dejarnos. Me lo tomo como otra victoria. La entrada del zoo está llena de gente incluso en domingo, y tardamos unos diez minutos en encontrar a Camila y Lucía fuera del zoo, aunque no dejemos de enviarnos mensajes de texto.

—Por fin —dice Camila cuando nos encuentra—. Creía que las habíamos perdido.

Miro a mi alrededor.

—Hoy está muy ocupado.

—Sí, Lucía actuaba como si se fuera a morir si teníamos que esperar más.

La niña, que tiene el mismo cabello oscuro y los mismos ojos castaños que su tía, le hace una mueca a Camila.

—Yo no he dicho eso.

—Ajá —se burla Camila—. Ah, sí. Eres Sophie, ¿verdad? —Camila se inclina para ofrecer su mano a Sophie, que la toma para estrecharla suavemente—. Esta es mi sobrina, Lucía. Te prometo que no es tan mala como parece.

Lucía pone los ojos en blanco.

—No soy mala.

—Hola —dice Sophie, con cara de timidez.

Por suerte, Lucía no parece tener ni un ápice de timidez y señala la bolsa con cordón que Sophie lleva colgada a la espalda.

—¿Es una mochila de *Encanto*?

—Sí. —Sophie asiente—. La compré en *Disneyland.*

—¡Qué suerte! Mi madre y yo iremos el año que viene. ¿Has visto a Mirabel?

A Sophie se le iluminan los ojos.

—¡Ajá! Y a Bruno.

—¡Dios mío! ¿Han...?

Los dos se acurrucan más mientras siguen hablando, y las seguimos hacia la taquilla mientras Camila me dedica una sonrisa irónica.

—No creo que tengamos que preocuparnos por esas dos.

—Alabanza a la familia Madrigal. —Me rio.

—Difícilmente. Si tengo que oír esa maldita canción una vez más, voy a...

—Entonces, ¿no se habla de Bruno?

Camila entrecierra los ojos mientras nos ponemos en la cola para enseñar

nuestras entradas, negando con la cabeza.

—Ahora es el almuerzo y un helado.



Lucia y Sophie son prácticamente mejores amigas para cuando llegamos al Bosque Perdido, siendo nuestro plan de ataque intentar hacer un gran círculo para poder verlo todo antes de volver a la salida.

Sophie aprieta la nariz contra el cristal para ver mejor a los hipopótamos. Lucía se entretiene leyendo el panel informativo.

—Dice que los hipopótamos matan hasta quinientas personas al año. —Lee Lucía, no como si estuviera escandalizada, sino como si le pareciera fascinante.

Sophie le devuelve la mirada con incredulidad.

—¿Hipopótamos?

—¿Qué? —resopla Lucía—. ¿Se sientan sobre ellos?

—No —suspira Camila—. ¡Mira esos colmillos! Te harían una brocheta.

—Qué asco —dice Sophie. Baja la mirada—. ¿Estamos cerca de los canguros? Quiero ver a los canguros.

Camila mira el mapa.

—Están en el camino de vuelta, en el Outback. Nos falta un poco para llegar.

—Sabían —interrumpo— ¿que a los canguros machos se les llama boomers?

—¿Qué? —Sophie arruga la nariz—. No puede ser.

—No, no —suspira Camila, sacudiendo la cabeza—. Seguro que es verdad. Probablemente lo leyó en una tapa de té de melocotón.

—Ah, y koalas. —Chasqueo los dedos—. Duermen como veintidós horas al día.

Camila pone los ojos en blanco.

—¿Puedes empezar a beber agua *Dasani* como una persona normal?

—No. —Me rio—. Soy adicta. —Me doy cuenta de que Lucía y Sophie están acurrucadas cerca del cristal ahora, y saco mi teléfono—. Eh, chicas. Giren hacia aquí. Déjenme hacer una foto.

Lucía rodea con el brazo a Sophie, que parece ligeramente sorprendida por un momento antes de devolver el gesto y sonreír a lo grande, y mi pecho se aprieta con una sensación de felicidad mientras saco unas cuantas fotos. Inmediatamente me ocupo de enviarle una a Aiden, porque sé que le va a encantar ver lo bien que se llevan Sophie y Lucía.

Con la foto añado:

CASSIE: Son prácticamente mejores amigas y no hemos llegado ni a la mitad del zoo.

—¿Se la vas a mandar a papá?

Me doy cuenta de que Sophie me mira y asiento.

—Quería muchas fotos.

—Dile que tiene que venir la próxima vez —dice Sophie—. Quiero contarle cómo los hipopótamos matan a la gente.

Hago una mueca.

—Quizá deberíamos omitir esa parte del viaje.

Siento el zumbido de mi teléfono, miro para ver cuál es la respuesta de Aiden.

AIDEN: Es increíble. Parece que todo el mundo se lo está pasando genial.

Y solo un segundo después:

AIDEN: Ojalá pudiera estar allí con ustedes.

Se me revuelve el estómago y se me dibuja una sonrisa involuntaria en el rostro. No sé cómo un mensaje puede hacerme tan feliz. Entonces recuerdo de quién es. Respondo sin pensármelo.

CASSIE: Ha sido una mierda llegar hasta aquí, pero ha merecido la pena. Sophie se lo está pasando en grande.

Su respuesta es instantánea.

AIDEN: ¿Qué quieres decir? ¿Ha pasado algo?

Oh. Mierda. Aún no le he dicho a Aiden lo de mi auto.

CASSIE: Oh. Bueno... mi auto no funcionaba bien esta mañana.

Decidí que decirle que Iris nos había traído aquí era una conversación que sería mejor tener en persona.

CASSIE: Podemos volver en Uber... o en autobús.

AIDEN: No. Iré a buscarlas. Dime a qué hora.

CASSIE: No hace falta. Sé lo ocupados que están.

AIDEN: He dicho que iré. Solo dime a qué hora.

CASSIE: Está bien, de acuerdo. Mandón.

AIDEN: Hasta luego.

Es una tontería seguir sonriendo por esto, pero no puedo evitarlo. Me pregunto si debería decirle que me gusta que sea mandón.

Camila me mira extrañada cuando levanto la vista, y rápidamente enmascaro mi sonrisa en una expresión más despreocupada.

—¿Están listas para seguir adelante? Creo que estamos cerca de algunas cafeterías. Podemos comer algo.

—Me *muero de hambre* —se queja Lucía.

—Sí, sí. —Me rio entre dientes—. Vamos a darles de comer, gremlins.

Ignoro la forma en que Camila sigue mirándome.

Camila, por suerte, espera hasta después de comer para comentar algo, cuando las niñas están distraídas con los pandas.

—Entonces... ¿cómo es el papá de Sophie?

—¿Hm? —Intento poner cara de nada—. Oh, ¿Aiden? Es... genial. Muy simpático.

También tiene una boca sucia y una polla que desafía a la ciencia, pero probablemente no sea bueno mencionarlo ahora.

—Ajá.

—¿Qué?

—Dijiste que está soltero, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y eso qué importa?

—Oh, no sé… —Su sonrisa es pícara—. La mayoría de la gente no se ríe de los mensajes de su jefe. Me ha picado la curiosidad.

—No me he reído —protesto.

—Claro que no.

Se adelanta a mí para seguir a las chicas al Panda Trek, y me pongo nerviosa mientras la sigo. ¿De verdad es tan obvio? Tengo que controlar mejor las cosas. Me acerco a Camila, sin mirarla.

—No es lo que piensas —le digo.

Es decir, lo es, pero dudo que sea algo que deba compartir abiertamente con la gente.

Camila me lanza una mirada inocente.

—No estaba pensando nada.

—Oh, sí, lo estabas —resoplo.

—¿Está bueno?

—Shh. —Levanto la vista unos metros hacia donde Lucía y Sophie siguen charlando animadamente—. ¿Y eso qué importa?

—Entonces lo está. —Se ríe Camila—. Uf. ¿Y estás viviendo con él? Por favor, dime que estás dándole a eso.

—*Oh, Dios mío* —siseo—. ¿Puedes ser más ruidosa?

—Hace meses que no tengo una cita —dice—. Ya sabes cómo es nuestro horario. Sinceramente, bien por ti por encontrar pollas con nuestra carga de trabajo.

—No es así —vuelvo a decir, pero esta vez suena más débil.

—Oye, aquí no se juzga a nadie —me asegura Camila—. Sophie es una niña increíble. Su padre también tiene que ser increíble.

Me muerdo el interior del labio, giro la cabeza para observar la sonrisa de Sophie, sonrío cuando me atrapa mirando y me hace un pequeño gesto con la mano que yo le devuelvo.

—Es una niña muy increíble —estoy de acuerdo.

—Mucho menos gremlin que Lucía.

Le doy un codazo a Camila.

—Lucía es genial.

—Sí, sí, está bien.

Dudo un momento, luchando con el deseo de decirle algo a alguien y sabiendo que debería mantener la boca cerrada. Dejo pasar varios pasos más en silencio mientras me pesa, y luego suelto un suspiro lento.

—Su padre *es* genial —digo en voz baja.

La sonrisa de Camila es lenta, pero se inclina hacia mí de forma conspirativa, robándome el movimiento mientras me da un codazo en el costado.

—Sí, seguro que lo es.

Al final del día, todo el grupo está agotado. Hemos visto más leones, tigres y osos de lo que un ser humano normal puede imaginar, y a las siete ya estamos listas para irnos a casa.

—¿Seguro que no quieren que las lleve a casa?

Niego con la cabeza a Camila.

—Está tan lejos de tu camino. Aiden dijo que vendría a buscarnos.

—Llega tarde —refunfuña Sophie a mi lado.

—En serio —dice Camila nuevamente—. No es para tanto. Solo mándale un mensaje y dile que...

—Oh, ahí está —digo, viendo su auto acercándose al punto.

—*Por fin* —resopla Sophie.

El auto de Aiden se detiene en la acera y él estaciona antes de salir del lado del conductor y apoyarse en el capó.

—Siento llegar tarde —dice—. El tráfico.

Aún lleva puesta la filipina, así que sé que ha venido directamente del trabajo y que lo más probable es que tenga que volver, y ¿por qué me vuelve a dar calor que lo haya dejado todo por nosotras?

Lucía y Sophie se despiden con un abrazo, y las oigo hablar de intercambiar códigos de amigo en la *Switch*, pero todo queda en un segundo plano cuando Camila se inclina para murmurarme al oído:

—Por Dios, Cassie. Si no estás dándole a eso, deberían arrestarte.

Lanzo una carcajada.

—Eso ni siquiera tiene sentido.

—Es un crimen contra la humanidad. Piensa en el resto de nosotras. Inundadas. Sobrecargadas de trabajo. Sin pollas.

—Bueno, nos vamos ahora.

—Solo digo...

Le echo los brazos al cuello para abrazarla.

—Gracias por lo de hoy. Ha sido genial.

—Al parecer, las niñas son de montar o morir ahora, así que tendremos que hacerlo de nuevo.

—De acuerdo.

Camila vuelve a bajar la voz.

—Y *sinceramente* espero que hayas encerrado a ese papá di...

—¡Está bien, chicas! —Me alejo de Camila—. Es hora de que Sophie y yo nos vayamos. Pero volveremos a vernos pronto, ¿de acuerdo?

Las dos asienten y se vuelven a despedir con un abrazo, Sophie le devuelve el saludo a Lucía mientras la ayudo a subir al auto.

—Siento mucho haber llegado tarde —vuelve a decir Aiden mientras todos nos abrochamos el cinturón—. Debería haber salido un poco antes.

—No pasa nada —le aseguro—. No estuvimos esperando mucho.

—Tendré que volver un rato después de dejarlas.

—Me lo imaginaba —digo.

Aiden mira por el retrovisor mientras se aleja del bordillo.

—¿Se han divertido hoy?

—Me lo he pasado muy bien —dice Sophie—. ¿Sabías que los hipopótamos matan a la gente?

Gimo, y Aiden me da una mirada extraña de reojo.

—No preguntes —le digo—. No preguntes.

Ayudo a Sophie a salir del auto cuando nos detenemos frente a la casa, asegurándome de que tiene su bolsa de recuerdos antes de que empiece a subir por el pasillo. Se vuelve para mirarme a medio camino.

—¿Vienes?

—Un segundo —le digo—. Tengo que decirle algo a tu padre.

—De acuerdo, pero prometiste hacer el rompecabezas de canguro conmigo.

—Sí, sí, vamos a hacer el rompecabezas.

Espero a que desaparezca por la puerta delantera para arrastrarme hasta el asiento del acompañante, empujar la consola central y llevar las manos al rostro de Aiden para darle un beso. Hay un momento de sorpresa por su parte que se disuelve rápidamente, y entonces siento sus dedos en mi cabello y su lengua en mi labio inferior antes de sumergirse dentro para tocar la mía.

Lo beso con fuerza, mucho más de lo que parece apropiado para el interior de un auto en plena calle, pero decido que no me importa. He tenido un día fenomenal con una chica fenomenal, y ahora me trae a casa un hombre fenomenal que me permite atacarle con besos de la nada.

Las cosas podrían ser mucho peores.

Parece un poco aturdido cuando me separo.

—¿Por qué fue eso?

—Porque eres genial.

Parpadea.

—¿Lo soy?

—Mucho.

—¿Intentas seducirme para que deje el trabajo? Porque está funcionando.

Mis labios se curvan contra los suyos y le doy otro suave beso.

—Más tarde —prometo. Salgo del auto arrastrándome hacia atrás y noto que frunce el ceño cuando mis pies tocan la acera y mi mano la puerta—. ¿Qué?

—Realmente podrías ser malvada —refunfuña.

Le sonrío socarronamente.

—Menos mal que sabe dónde vivo, señor Reid.

Creo que aún puedo oírle refunfuñar incluso después de cerrar la puerta.



Capítulo 16

Aiden

Volver al trabajo es mucho más difícil con la sensación de los labios de Cassie aún contra los míos, pero me las apaño. El restaurante sigue tan lleno como lo dejé cuando me cuelo por la entrada de servicio, y Marco parece estar al límite de sus fuerzas, corriendo a mi encuentro con mirada agotada.

—No nos quedan chalotas.

Retrocedo.

—¿Cómo demonios nos hemos quedado sin chalotas?

—¿Error de inventario? No tengo ni puta idea. Pero acabamos de usar las últimas en un *poulet au vinaigre*, y tengo dos pedidos más esperando.

—¿Por qué parece que esta noche voy a estar gritándole a Alex? —suspiro.

—Está enfermo —dice Marco—. Así que a menos que quieras gritarle por teléfono...

Demonios.

Quizá *debería* haberme escapado el resto de la noche. Ahora mismo podría estar armando un rompecabezas en casa con las chicas.

Las chicas.

Me toma desprevenido la forma en que mi cerebro las agrupó así al instante. No sé cuándo empecé a pensar en ellas como un paquete, esperándome en casa, *pero lo hago*, me doy cuenta. Y cada vez me molesta más tener que pasar tanto tiempo aquí lejos de ellas.

—Um, hola —dice Marco, agitando la mano delante de mi rostro—. ¿Por qué sonríes así? Me das escalofríos.

—Nada —digo, recomponiéndome—. ¿Tenemos cebollas amarillas?

—Probablemente. —Se vuelve para gritar a uno de los cocineros que vaya a

comprobarlo antes de volverse hacia mí—. ¿Crees que podemos usarlas como reemplazo?

—Es probable que ni siquiera se den cuenta. Solo hay que añadir un poco más de ajo. Es lo mejor que podemos hacer.

—Mierda. Ni siquiera había pensado en eso —dice Marco—. Eso es genial. Dios. Me alegro de que hayas vuelto. Estaba a punto de tener un ataque.

Le doy una palmada en el hombro y me rio.

—Todo va a ir bien.

—Todo va a ir bien —dice Marco estupefacto—. ¿Quién eres y qué has hecho con Aiden Reid?

Todavía hay un fantasma de sonrisa en mi boca cuando tomo un delantal limpio y me lo ato a la cintura mientras me preparo para el resto de una noche ajetreada. Extrañamente, parece menos desalentador que cuando entré.

Y sé que es cien por cien gracias a *las chicas* que me esperan en casa.



No cerramos las puertas del restaurante hasta pasadas las diez, y Marco me asegura que él y los demás pueden encargarse del cierre, ya que hoy he tenido que venir antes. Normalmente me opondría, pero con la posibilidad de encontrar a Cassie despierta en casa... no hace falta mucho para convencerme.

Creo que es porque Sophie y ella han tenido tanto peso en mi mente esta noche, su día juntas, el hecho de que no pudiera estar allí, quizá por eso decido llamar al dueño, Joseph, de camino a casa. No tarda mucho en contestar el teléfono y su voz suena por los altavoces del auto al cabo de unos veinte segundos. Normalmente me preocuparía llamar a alguien a estas horas, pero Joseph es un conocido noctámbulo.

—¿Aiden? ¿Va todo bien?

—Ah, sí. Todo va bien.

—¿Una noche fácil, espero?

—Leve desastre de chalota, pero nada que no pudiéramos manejar.

—¿Cebollas amarillas?

Me rio.

—Sí, cebollas amarillas.

—Siempre funciona.

—En realidad... llamaba por otra cosa.

—¿Ah, sí? —Le oigo moverse, sin duda acomodándose en su sillón de cuero favorito, en el que le gusta fumar—. ¿Va todo bien?

—Sí, todo va genial, es solo que...

—Bueno, escúpelo, chico. —Se ríe—. Nunca he sabido que se te trabe la lengua.

—Estaba considerando la posibilidad de pasarle algunas de mis tareas a Marco. Aligerar un poco mi carga de trabajo.

—No estarás pensando en dejarlo, ¿verdad?

—No —recalco—. Por supuesto que no. Me encanta estar allí y me encanta trabajar para ti. Es solo que... desde que Sophie vino a vivir conmigo a tiempo completo, he empezado a darme cuenta de lo mucho que me he perdido de su vida. Es más obvio cuando la veo todos los días, cuando me recuerda todos los días lo mucho que no estoy viendo. ¿Tiene sentido?

—Claro que lo tiene —dice Joseph, y suspiro aliviado—. Sabes que colaboraré contigo como pueda.

—Por supuesto que lo entendería si quisieras que dejara de ser el chef ejecutivo, o si necesitaras recortarme el sueldo para compensar las responsabilidades faltantes...

—Tonterías —se burla Joseph—. Nadie quiere eso. Podemos encontrar la manera de que tengas más tiempo en casa sin quitarte el puesto. —Luego se ríe —. Marco se cagaría en los pantalones si se lo propusiéramos, de todos modos. Todo el mundo allí sabe que la cocina no puede funcionar sin ti.

—Solo quiero ser justo contigo.

—Hijo, has sido justo conmigo durante años. Has trabajado hasta el cansancio. Siempre esperé que encontraras una razón para empezar a tomarte algo de tiempo para ti. No hay mejor razón que la familia.

Asiento con fuerza, con la voz gruesa.

—Te lo agradezco mucho.

—Ahora solo necesitas conseguirte una chica, y realmente podré dejar de preocuparme por ti.

Estoy muy agradecido de que Joseph no pueda ver mi rostro en este momento.

—Sobre eso...

—¿Oh?

—Me preguntaba si podría llevar un acompañante a tu fiesta de cumpleaños dentro de unas semanas.

—Bueno, ahora sí que lo he visto todo. ¿Vendrás a la fiesta? ¿*Y* vas a traer una acompañante?

—Bueno... Aún no lo he mencionado... pero espero que quiera ir conmigo.

—Créeme cuando te digo que estoy deseando conocer a la mujer que ha hecho que des un paso atrás y empieces a disfrutar de tu propia vida fuera del trabajo. Debe de ser algo especial.

Mi boca se tuerce involuntariamente.

—Lo es.

—Bueno, vete a casa, que yo voy a seguir con el resto de este buen brandy que me acabo de servir.

Suelto una carcajada.

—Parece una buena noche.

—Mañana hablaremos más de tu acompañante. Date prisa y pregúntale.

—Sí, sí, lo haré.

—Buenas noches, Aiden.

—Buenas noches, jefe.

Me siento más ligero después de colgar; no tenía ni idea de cómo podría ir esa conversación, pero creo que es seguro decir que no podría haber imaginado que fuera mejor que eso. Y creo que ha llegado el momento. De empezar a dar un paso atrás y estar más presente en casa. Cuando Sophie llegó... todo en mi vida era un desastre. No sabía cómo ser su padre y llevar la cocina al mismo tiempo. Y tal vez siga siendo un poco cierto, pero... Sé que, si Cassie no hubiera aparecido, seguiría con la cabeza en la arena, demasiado ignorante para ver cuánto estaba haciendo sufrir a Sophie. Sin ella... puede que nunca hubiera aprendido a hablar correctamente con mi hija.

Darme cuenta de esto solo me hace querer llegar a casa con ella más rápido.

Hay muy pocas cosas que puedan arruinar el buen humor que tengo ahora, pero cuando suena otra llamada en mi *Bluetooth* y el nombre de Iris aparece en la pantalla de mi consola, me doy cuenta de que es lo único que está peligrosamente cerca de hacerlo. Nunca sé cómo va a ir la conversación con ella, y por eso siempre me pone tan nervioso.

—¿Hola?

Iris suena cansada.

—Hola. Siento llamar tan tarde. Me imaginé que estarías terminando.

—En realidad me fui temprano. Decidí volver a casa.

—Eso no es propio de ti —señala.

—Sí, bueno, ha sido un día muy largo.

—¿Te dijo Cassie que las llevé al zoológico hoy?

Esto me desconcierta.

—¿Lo hiciste?

—Su auto no funcionaba y me llamó. Incluso me invitó a ir con ellas.

—¿Por qué no lo hiciste?

—No pude conseguir a nadie que me cubriera en la tienda. —Se queda callada un momento—. Es tenaz, para ser niñera.

No puedo evitar reírme por lo bajo.

—Es verdad.

—Escucha, no es algo que quisiera discutir cerca de Sophie, pero sentía la necesidad de decir... que sé que Cassie es muy guapa y simpática. Demonios, está empezando a gustarme a mí.

Siento que me estremezco, sin saber a dónde quiere llegar.

—¿Y?

—Solo digo que... No sé cómo un hombre soltero puede vivir con ella sin que pase nada.

—Iris, no sé lo que estás insinuando, pero no creo que esto sea nada de tu...

—No te *estoy atacando*, Aiden —suspira—. Sinceramente.

—¿Entonces qué intentas decir?

—Solo quiero asegurarme de que, independientemente de la relación que pueda formarse entre Cassie y tú, y no quiero saber lo que es, no quiero que Sophie se quede en el camino. Asegúrate de que ella sea tu prioridad número uno, ¿de acuerdo?

No puedo evitar irritarme un poco.

—Lo sé sin que me lo digas.

—No te enfades. Solo me preocupo por mi sobrina, ¿de acuerdo? Solo quiero asegurarme de que la cuidan de la mejor manera humanamente posible.

—De nuevo, no necesito que me lo digas.

Iris vuelve a suspirar.

—De acuerdo. Siento haber llamado. Es que me ha estado agobiando. Sé por haberlas visto que Sophie *quiere* a Cassie, está claro para cualquiera que esté cerca de ellas más de un minuto, y solo espero que consideres las consecuencias de que Sophie pierda de repente la presencia de Cassie en su vida si ustedes

empiezan algo y va mal.

Esto me hace reflexionar. Admito que es algo que no he tenido tiempo de considerar. Sobre todo, porque no quiero imaginarme la posibilidad de un futuro en el que las cosas entre Cassie y yo se tuerzan.

—Agradezco tu preocupación —digo con firmeza, tratando de mantenerme civilizado—, pero puedo prometerte que Sophie ha sido y será siempre mi prioridad número uno.

—De acuerdo —dice Iris—. Eso es todo lo que quería decir.

—Está bien, entonces, si has terminado...

—Por si sirve de algo —interrumpe, y siento que me tenso a la espera—. Realmente creo que quiere mucho a Sophie. Creo que es buena para ella.

Me quedo callado unos segundos, pensándolo.

—Yo también —respondo finalmente.

Iris cuelga para dejarme en el silencio del auto, abandonado con todas las cosas que ha dicho y las nuevas posibilidades que no había considerado. No he pensado en absoluto en lo que podría significar para Sophie que Cassie y yo nos separáramos de repente, sabiendo en el fondo que eso devastaría a Sophie, tanto como me estoy dando cuenta de que me devastaría a mí.

Agarro el volante con más fuerza.

Razón de más para asegurarme de que eso no ocurra.

La casa está en silencio cuando entro; la habitación de Cassie está a oscuras y ya ha pasado la hora de acostarse de Sophie, así que supongo que soy el único que está levantado. Todavía estoy un poco alterado por la llamada de Iris, y puede que sea por eso que ignoro la habitación de Cassie y subo las escaleras cansado en busca de la nevera. Quizá una cerveza me ayude a calmar mis pensamientos.

Por eso me sorprendo al entrar en el rellano y encontrarme con la suave luz que brilla sobre el horno y a Cassie inclinada sobre el fregadero con una cuchara en la mano mientras come directamente de un cartón de helado. La he atrapado a medio mordisco, con la cuchara en la punta de la lengua mientras se relame hasta el último bocado, y es como una respuesta pavloviana, la forma en que mi polla se estremece al verla.

Sonríe con la cuchara.

—Tenemos que dejar de vernos así.

—Se está convirtiendo en un hábito —murmuro, distraído por su boca.

—¿Qué tal el resto de la noche?

—Larga. —Me muevo hacia la encimera, acortando la distancia entre nosotros —. Agotadora.

—Pobrecito —bromea.

Si ustedes empiezan algo y va mal.

Odio seguir pensando en ello. Esto entre Cassie y yo apenas ha tenido espacio para respirar, y ya me estoy preocupando por cómo podría terminar. ¿Quién hace eso?

—¿Va todo bien? —Cassie deja la cuchara en el fregadero y guarda el cartón en el congelador mientras yo rodeo la encimera para acercarme a ella—. Pareces tenso.

La atraigo hacia mí, respirando el aroma de su champú y dejando que calme mis pensamientos errantes.

—Una noche muy larga.

—¿Ah, sí? —Se aparta y me sonríe tímidamente mientras sus dedos recorren mi esternón—. ¿Puedo ayudarte en algo?

Le acaricio el rostro, rozando sus mejillas con los pulgares. ¿Cómo es posible que la conozca desde hace tan poco tiempo? ¿Por qué siento que sería algo insuperable si de repente se marchara?

Intento alejar esta ridícula corriente de pensamientos.

—¿Qué tienes en mente?

—Bueno, resulta que sé que tienes un método preferido para que te consuelen.

Sonrío contra su boca cuando se pone de puntillas para quedar a mi altura, y la idea de hacerla gritar con mi lengua alivia inmediatamente parte de la tensión de mis hombros.

—Estaré encantado de complacerte si quieres subirte a la encimera —murmuro contra su boca.

—Oh, no —dice dulcemente, besándome de nuevo con suavidad—. Estaba pensando que podría devolverte el favor.

—¿Qué...?

Respiro mientras ella se arrodilla lentamente, tirando de mis caderas hasta que me aprieta contra la encimera, y yo me sujeto con las manos a la espalda.

—Cassie, no...

Ya me está desabrochando el cinturón.

—¿No cree que esto le hará sentirse mejor, Sr. Reid?

—Carajo —siseo, tensándome cuando su mano se desliza entre la tela para palparme a través de los calzoncillos—. Mierda, Cassie. —Vuelvo la cabeza hacia el salón vacío detrás de la isla de la cocina en la que estoy apoyado, observando el oscuro rellano de la escalera—. Sophie…

—Completamente dormida —me asegura Cassie—. Estaremos tranquilos. —Me mira con un parpadeo de duda en los ojos—. ¿A menos que no quieras...?

Mi sentido común lucha con la sensación dominante de las manos de Cassie sobre mí, dándome cuenta de que, desde el fondo de la escalera, lo único que alguien podría ver si se acercara sería mi espalda, dado que Cassie está arrodillada en el lado opuesto de la isla que oculta mis piernas. Es una mala idea, probablemente, pero, de nuevo, ahora mismo me sigue resultando increíblemente difícil pensar con el cerebro.

—Silencio —murmuro, concentrándome en la sonrisa triunfante de Cassie—. Rápido. —Trago saliva—. ¿Estás segura?

—Muy —prácticamente ronronea Cassie, haciendo que mi polla se retuerza bajo su palma—. Estate quieto.

Sigue tocándome suavemente, trazando mi silueta con el índice y el pulgar antes de engancharse a la cintura. Agarra el elástico y lo baja hasta que mi polla se libera, ya dura por su leve contacto. Inmediatamente me rodea con el puño y me da una fuerte caricia de la base a la punta que me hace silbar entre dientes, sus finos dedos me agarran la polla y me calientan la sangre. La forma en que me acaricia lentamente es suficiente para desquiciarme.

—Tienes que callarte, Aiden —me dice con la misma sonrisa tímida. Se burla de la punta con la lengua, lo suficiente para hacerme jadear—. ¿Puedes callarte para mí?

—Cuidado —le susurro como advertencia.

Desliza el puño por debajo de la cabeza de mi polla y la rodea con la lengua mientras me estremezco, con una voz tan suave como la mía.

—¿De qué debo tener cuidado?

—Deberías tener cuidado de que no me folle esa boca tan bonita.

—Puedes —bromea, rodeándome con los labios para chuparme antes de soltarme con un *pop* húmedo—. Si quieres.

Dios mío. ¿Qué tiene Cassie que me hace perder el control? Quiero ser suave con ella, quiero ser todo lo dulce que se merece, pero cada vez que me toca, me invade un estado de crudeza que no me permite concentrarme en otra cosa que no sea follármela tan fuerte y profundamente como pueda.

—Entonces abre más —le insisto entre dientes apretados—. Dame tu lengua.

Ella mantiene los ojos levantados para seguir mirándome cuando extiende la lengua y la aplasta justo debajo de la ancha cabeza, cerrando los labios alrededor de la punta para girar en torno a ella. Se me abre la boca mientras mis pestañas se agitan con el calor de su boca, y levanto la mano casi instintivamente para deslizar los dedos por su cabello, apartándolo de su rostro justo cuando ella deja que la cabeza de mi polla se abombe contra su mejilla.

Podría correrme solo con la visión, si realmente quisiera.

Se levanta un poco sobre las rodillas y me agarra la cadera con una mano, dejando que la otra apriete la base de mi polla mientras empieza a deslizar los labios lentamente por la dura polla. Sus ojos se cierran mientras me absorbe tan profundamente como es capaz: los labios se juntan con su puño mientras traga alrededor de la gorda cabeza que se acomoda en la suave calidez de su garganta.

—*Mierda,* Cassie —gruño en voz baja—. Justo así. Mierda, *mierda.*

Mi cabeza cae hacia atrás y mis caderas se sacuden, intentando mantenerme quieto mientras ella vuelve a subir para acariciar la parte inferior de mi pene. Se me revuelve el estómago cuando su lengua roza el labio acampanado justo debajo de la cabeza antes de darle un ligero giro a la punta, y casi me ahogo cuando empieza a pasar la lengua por la pequeña hendidura.

Después deja que toda la cabeza se deslice entre sus labios, la mantiene en la boca y me acaricia con fuerza arriba y abajo antes de soltarme del todo. Me ofrece un poco de su saliva para que gotee sobre la cabeza de mi polla, y enseguida desliza su puño por toda la longitud con movimientos constantes antes de volver a meterme en su boca, empezando a mover la cabeza al ritmo de su puño.

—Vas a hacer que me corra en tu jodida garganta —digo sin aliento, intentando mantener el control—. ¿Eso es lo que quieres?

Zumba alrededor de mi polla mientras mueve la cabeza con una sacudida que solo me empuja más adentro, con las fosas nasales dilatándose mientras inspira profundamente por la nariz.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que temo que se me astillen.

—¿Quieres mi semen en esa boquita caliente que tienes?

Gime suavemente mientras empuja hacia abajo para encontrarse con el puño que trabaja la base, y puedo ver la forma en que su otra mano desaparece entre sus piernas, la forma en que su muñeca se mueve de una manera que no puede significar otra cosa que se está tocando a sí misma.

—¿Vas a venirte con mi polla en la boca, Cassie? —Mis palabras salen ásperas y chirriantes mientras intento mantener la voz baja, haciendo todo lo posible por ser tan silencioso como le pedí que fuera aquella primera vez—. Tu boca es un jodido sueño —jadeo, y mis dedos se enroscan en su cabello hasta que casi lo

aprieto—. Sabía que lo sería. *Mierda.*

Le aprieto el cabello justo por encima de la cabeza, no lo suficiente como para hacerle daño, pero sí lo suficiente como para mantenerla ahí, y su mano se desliza desde mi polla hasta mi cadera, apretándome para darme ánimos mientras me mira con los ojos pesadamente cerrados.

Sacudo la cabeza y le meto la polla en la boca con lentitud y curiosidad, y Cassie cierra los ojos con otro suave zumbido a mi alrededor. Me deslizo sobre su lengua despacio, pero con determinación, introduciéndola en la boca todo lo que puedo hasta que oigo los ruiditos que hace para resistirse. Repito todo el proceso para sentirla, con los dientes rechinando y la polla dolorosamente dura por la necesidad de correrme, pero aguanto mientras lo hago una y *otra* vez, cada vez un poco más rápido que la anterior.

—No hay ninguna maldita parte de ti. —Cierro los ojos, le doy un suave tirón en el cabello y le echo la cabeza hacia atrás mientras empiezo a entrar y salir de su boca más deprisa—. Que no quiera follar.

Gime cuando la hundo un poco más, con los ojos húmedos y brillantes, pero no se echa atrás. Se pone más recta sobre las rodillas, con las muñecas trabajando furiosamente mientras se acaricia el clítoris y se abre un poco más cuando mi polla le roza el fondo de la garganta.

—*Mierda* —ronco—. Me voy a correr. ¿Estás cerca?

Me responde cerrando los labios, obligándome a sentir cada centímetro húmedo de su boca mientras la penetro una y otra, y otra vez. En su garganta se oye un suave maullido, agudo y entrecortado, que crece y crece y se transforma en un gemido silencioso cuando su cuerpo empieza a temblar, un gemido que resuena en cada centímetro de mi polla y me lleva al límite.

Me quedo sin aliento mientras gruño y mantengo la polla en su boca presionando fuertemente su nuca mientras me derramo en su garganta. La siento tragar a mi alrededor, absorber todo lo que le doy y las estrellas se me iluminan de puro placer.

Después, mi respiración entrecortada es el único sonido que queda en la silenciosa cocina: mis dedos se sueltan uno a uno de su cabello mientras me alejo para dejar que mi polla, cada vez más blanda, caiga de su boca. La ayudo a levantarse con las piernas temblorosas y la atraigo contra mi pecho, sin

importarme lo más mínimo que mi semen esté probablemente aún en su lengua, mientras mi mano rodea con fuerza su nuca y la atraigo hacia mí para besarla.

Sus manos se aplastan contra mi pecho mientras la aprisiono y la beso profundamente mientras mi corazón empieza a cesar lentamente su errático latido.

Se rasca las uñas juguetonamente contra mi camisa.

—¿Te sientes mejor?

—No creo que tengan una palabra para describir cómo me siento —digo con una carcajada. Dejo que mis labios vuelvan a rozar los suyos brevemente antes de murmurar—: ¿Cómo eres tan perfecta?

No contesta, pero esa tímida sonrisa en su boca lo dice todo, al menos para mí. ¿Cómo voy a entender todo lo que me hace sentir cuando me mira así?

—Sabes... sí pones el despertador lo suficientemente temprano, probablemente podrías dormir en mi cama.

—Así es. —Mis ojos se clavan en su boca—. No puedo prometerte que te deje dormir.

Su sonrisa se tensa un poco y me da un tirón de la mano para sacarme de la cocina y llevarme a las escaleras. Salgo fácilmente, porque cómo no voy a hacerlo, pensando en el lío en el que me he metido. Porque aún no tengo ni idea de cómo dar sentido a las cosas que siento, a las cosas que quiero... ni tengo forma de combatir la extraña preocupación que me provocan, la ansiedad que me produce meterme más y más en esto que hemos empezado hasta llegar a un punto en el que puede que no sobreviva al final. Pero en este punto... No sé si puedo hacer algo al respecto, no hay forma de *apagar* nada.

En el fondo sé... que ya es demasiado tarde para eso.

CHAT CON @ALACARTE

También es un poco raro llamarte simplemente “A”.

Lo sé. No soy muy creativo.

Yo también me pregunto cuál es tu verdadero nombre.

A veces me gustaría que lo supieras.

Quiero escucharte gritarlo cuando te vengas.

Capítulo 17

Cassie

—¿Por qué no trajiste a mi chica contigo?

Le enarco una ceja a Wanda.

—¿Así que Sophie es tu chica ahora? ¿Me han sustituido por una mujer más joven?

—El corazón quiere lo que el corazón quiere —dice Wanda encogiéndose de hombros.

—Cierto. —Me rio—. Sophie no sale de la escuela hasta dentro de un par de horas.

—Bueno, buu. —Wanda sale arrastrando los pies de la cocina para acomodarse en su silla—. Parece que se divirtió mucho en su cumpleaños. Es de lo único que habló el día que trajiste la tarta.

—Se lo pasó en grande. Se habría puesto ese vestido de princesa para ir a la escuela si la hubiéramos dejado.

—Olvidé darle el regalo que le compré el otro día —dice Wanda—. Asegúrate de llevárselo, ¿sí?

—Quédatelo —le digo—. La traeré otra vez mañana después de clase. Aiden tiene inventario de todos modos, así que probablemente llegará tarde.

—¿Cómo van las cosas en ese frente?

Mantengo una expresión neutra, pareciendo interesada en un trozo de pelusa de mi camisa.

—Oh, ya sabes. Están bien.

—Solo bien, ¿eh?

—Sí. —Consigo apartar el trozo de pelusa, haciéndolo rodar entre mis dedos para parecer ocupada—. Creo que todo va a salir bien. Aiden todavía no sabe

quién soy, así que mientras siga siendo cuidadosa, creo que todo saldrá...

—¿Qué te he dicho de mentirme?

La miro con sorpresa.

—¿Qué?

—Te he dicho que solo los mentirosos usan «bien».

—Eso es una estupidez, y lo sabes.

—No creas que eres tan espabilada que no puedo darte una paliza.

Pongo los ojos en blanco.

—En serio, todo está bien.

—Cassie.

Me muerdo el labio inferior, desviando la mirada hacia la vieja alfombra de pelusa bajo mis pies. Creo que tengo miedo de que si lo digo en voz alta lo arruine todo de alguna manera. Solo ha pasado una semana desde que volvimos de nuestro viaje y cada vez que Aiden me toca (que parece ser en cualquier momento robado en el que encuentra la oportunidad de hacerlo), pienso que este será el momento en que se entere. He tenido cuidado de ocultarle la cicatriz, y si le parece raro que siga evitando quitarme la camiseta o que siempre esté tirando de él hacia una postura que oculte mi espalda, aún no ha dicho nada.

—No se ha dado cuenta —vuelvo a decir—. De quién soy.

—Pero hay algo diferente —acusa Wanda—. Pareces más nerviosa que un pavo premiado en noviembre.

—¿Sabías que solo los pavos macho devoran?

—Pequeña, si no me dices qué ha pasado en este mismo instante...

—Yo… —Hago un sonido de frustración, cayendo de espaldas contra los cojines de su sofá y agarrando una de las almohadas para apretarla contra mi cara y gemir su nombre—. *Wanda.*

—Oh, vaya. ¿Qué has hecho?

Mantengo la almohada contra mi cara, murmurando en la tela.

—Me *acosté* con él.

—¿Qué? No te oigo.

—Me acosté con él —digo más alto, asomándome por encima de la almohada.

Wanda me devuelve el parpadeo con una expresión ilegible, estupefacta durante unos segundos antes de soltar un suspiro por los labios con un movimiento de cabeza.

—Bueno, mierda.

—Lo sé.

—¿Estuvo bien?

—*¿Ese* es tu seguimiento?

Ella levanta las manos inocentemente.

—¿Qué? Si vas a ir al infierno de todos modos, también podrías disfrutarlo.

—¿No se supone que tienes que decirme lo mala idea que es esto?

—Oh, es una idea terrible, pero también ha sido, ¿qué? ¿Como dieciocho meses desde que conseguiste algo?

—Te lo dije en confianza —refunfuño.

—Si alguien se merece un buen viaje a Sexo Salvaje, eres tú.

—Por favor, no vuelvas a decir Sexo Salvaje.

—Aún no has respondido a la pregunta. Soy vieja, Cassie. Necesito algo de emoción en mi vida.

—Tienes más juego que nadie que conozca.

—Intentaba no herir tus sentimientos.

Me paso un brazo por el rostro.

—Fue genial, ¿de acuerdo? Es genial. No hemos parado desde que volvimos de Anaheim.

—Oh, chico.

—Lo sé. ¿Soy una persona horrible?

—¿Por qué parte: por acostarte con tu jefe o por no decirle que solía ver cómo te follabas a tu salchicha delante de la cámara?

—Oh, *Dios* mío.

—¿Qué? ¿Cómo lo llaman los niños?

—Me quiero morir.

—No, no quieres. —Se ríe Wanda—. Sabes que estoy bromeando.

—Pero tienes razón. Soy terrible, ¿verdad? Debería decirle la verdad.

—Quiero decir, sí. Probablemente deberías. Cuanto más esperes, peor será, ¿sabes?

—Ya lo sé. Lo sé, pero...

—Pero ¿qué?

—Tengo miedo, ¿de acuerdo? Me *gusta*. Ya no es solo una voz en mi computadora, es *Aiden*. Y es perfecto, y tengo miedo de cagarla y que desaparezca de nuevo.

Eso es quedarse corta. Estoy *aterrorizada*. Todo lo de la última semana ha parecido sacado de un sueño y, en el fondo, algo me dice que, si Aiden descubre lo que le oculto, todo se acabará. Ya ocurrió una vez, así que es lógico que vuelva a ocurrir.

—En primer lugar —empieza Wanda—. Nadie es perfecto. Así que deja eso. Segundo, no me importa si Aiden tiene dos pollas y una lengua de dieciocho centímetros; sería un maldito tonto si te dejara de lado.

—Otra vez —señalo—. Ya me pasó una vez.

—Él no sabía quién eras —insiste Wanda—. Y no lo conocías. La verdad es que no. No puedes planear todo tu futuro solo por un mal día del pasado.

—Supongo.

—Pero eso no significa que tengas que guardar secretos.

Frunzo el ceño.

—Sabía que ibas a decir eso.

—Porque sabes que tengo razón, Cassandra.

—Ouch. Nombre completo. Sacando la artillería pesada, eh.

—Siempre piensas lo peor de la gente —suspira Wanda—. No puedes dar por hecho que algo saldrá mal antes de darle una oportunidad.

—Bueno, en mi experiencia, así es exactamente como ha sido.

—Y una mierda. Solo cuando se trata de esa basura de padres tuyos. Y ya ni siquiera hablas con ellos. No puedes dejar que el mal sabor que te dejaron en la boca te arruine toda la cena.

—Bueno, esa es una analogía divertida.

—Solo asumo que Aiden es sabroso.

—Qué asco.

Wanda se ríe, encogiéndose de hombros.

—¿Pero me equivoco?

—Eres demasiado mayor para estar tan cachonda.

—No seas prejuiciosa.

—Sí, sí.

—Entonces, ¿se lo vas a decir alguna vez? Sabes que tengo razón. Cuanto más esperes, más feo podría ponerse.

—Ya lo sé. Lo sé. Voy a decírselo. Se lo voy a decir. Solo que… Aún no estoy preparada.

—Puede que nunca lo estés —me dice—. Eso no significa que no debas hacerlo.

Gruño.

—¿Por qué siempre tienes que tener tanta razón?

—Es porque soy...

—Vieja —termino—. Sí, lo sé.

—Solo dale una oportunidad. La gente puede sorprenderte, si se lo permites.

—Tal vez —suspiro—. No lo sé.

—Pues yo sí —dice enérgicamente, refunfuñando mientras se levanta de la mecedora—. ¿Sabes por qué?

—Sí, sí —resoplo, haciéndole un gesto para que se vaya.

—¿Quieres tomar algo?

—Son las dos de la tarde.

—¿Crees que el tiempo importa cuando pasas de los setenta?

—Tengo que recoger a Sophie dentro de un rato.

—Más para mí entonces —dice.

La veo arrastrar los pies hasta la cocina, tirando del albornoz y ajustándoselo a la cintura. Me quedo mirando el techo de palomitas de su apartamento mientras empieza a rebuscar en la nevera. Sé que tiene toda la razón, que seguir ocultándole cosas a Aiden solo hará que sea mucho más difícil cuando inevitablemente se entere de la verdad; después de todo, no es como si pudiera mantener la cicatriz de mi espalda en secreto para siempre. Y dado su tamaño y su significado, y que él es una de las cuatro personas que saben que existe, no creo que pueda explicárselo fácilmente.

No puedes planear todo tu futuro solo por un mal día del pasado.

Odio que siempre tenga razón.



No se lo digo esa noche, ni varias noches después, y una semana más tarde sigo dudando entre decírselo o no. Podría argumentar que apenas hay tiempo para una discusión así, ya que todo nuestro tiempo a solas está lleno de besos secretos y caricias que me hacen perder la cabeza, pero soy muy consciente de que es una excusa poco convincente en el mejor de los casos. ¿Cómo demonios empiezo

una conversación así?

Ah, por cierto, en realidad solías ver cómo me tocaba. Pensé que te gustaba, pero luego me dejaste. ¿No es gracioso cómo nos encontramos de nuevo?

Incluso en mi cabeza suena ridículo.

Esta mañana estoy mirando la cafetera con el ceño fruncido, viendo gotear el café en la cafetera mientras mis pensamientos están muy lejos, y probablemente por eso no lo oigo bajar las escaleras. No me doy cuenta de que está ahí hasta que siento los brazos de Aiden deslizándose alrededor de mi cintura para atraerme contra un cuerpo sólido, y no puedo evitar la sonrisa tonta que se forma cuando siento sus labios en mi garganta.

—Buenos días.

—¿Sophie…?

—Todavía dormida —me dice—. Acabo de comprobarlo.

—Alguien se está poniendo atrevido —bromeo.

—Mmm. Adicto, tal vez.

—A eso le llamo yo seguridad laboral.

Se separa de mí riendo.

—Histérica.

—¿Qué quieres para desayunar?

—Sea lo que sea, será mejor que empecemos ahora antes de que Sophie se despierte, o volveremos a comer panqueques.

—Creo que te molesta que no le gusten *tus* panqueques.

—He cocinado para senadores, y no puedo satisfacer a una niña de diez años. ¿Cómo te sentirías tú?

—Tal vez deberías probar otra cosa. Ni siquiera *tú* puedes estropear unos huevos con tocino.

Atrapo a Aiden poniendo los ojos en blanco a mi lado, y le guiño un ojo antes de volver a centrar mi atención en la cafetera, que ahora pita.

—Anda. Prepararé el café. Tú puedes ser el héroe del desayuno.

—Seguramente también lo odiará —refunfuña.

—No te preocupes. Te enseñaré a hacerlos bien —le digo con seriedad. Hago mi mejor imitación de *Norman Osborn*—. Sabes, yo también soy algo así como un chef.

—¿Debería excitarme una referencia a *Spider-Man?*

—Probablemente no —digo inexpresiva—. Probablemente te pasa algo muy grave.

Grito cuando de repente me da una nalgada y le sonrío mientras empieza a rebuscar en los armarios en busca de una sartén. Son momentos como este los que hacen que me cueste tanto pensar en contarle la verdad, esta rutina tan fácil entre nosotros hace que me resulte aún más difícil intentar encontrar algún resquicio para revelar nuestra historia. Las cosas han sido tan perfectas, ¿y no merezco un poco de perfección en mi vida? Hace siglos que no tengo ninguna. Tiene que haber una proporción universalmente aceptada entre perfecto y mierda para todos.

Oigo a Sophie cuando baja las escaleras y me giro para verla estirando los brazos por encima de la cabeza al llegar al último escalón, con el mismo aspecto que su padre cuando se despierta. Siento que no debería sentirme tan feliz por haberme dado cuenta.

Estás mal, Cassie Evans.

Sophie entra a trompicones en la cocina para unirse a nosotros como un zombi recién convertido y murmura:

—¿Qué hay para desayunar?

—Tu padre está cocinando —le digo.

Hace una mueca.

—Panqueques no, ¿verdad?

—Oye —replica Aiden, sonando ofendido—. ¿Y si hubiera estado practicando?

—Tiene que haber *mucha* práctica —resopla Sophie.

Aiden me mira incrédulo con una espátula en una mano y una sartén en la otra.

—¿Ves con lo que tengo que lidiar?

—Pobrecito —le arrullo, sirviéndole una taza de café—. Tan maltratado.

Sacude la cabeza y vuelve a centrar su atención en los fogones.

—Todo el mundo está en mi contra.

Sophie me sonríe desde la barra, donde ha encontrado asiento, y le devuelvo la sonrisa mientras tomo mi propia taza. Observo en silencio cómo Sophie y Aiden siguen charlando mientras él se entretiene con el desayuno, y de nuevo me invade ese sentimiento de culpa que se instala en el pecho como un peso pegajoso. Es algo que nunca he experimentado, esta cálida sensación de *tiempo en familia*. Cuando era niña, solía prepararme el desayuno sola, y la mayoría de las veces lo hacía en una casa vacía. ¿Es por eso que estoy tan indecisa de arruinar las cosas aquí?

Pensar en ello hace que me duela la cabeza.

—¿Cassie?

Me giro demasiado rápido, dándome cuenta de que Aiden me está hablando.

—¿Hmm?

—¿Cómo te gustan los huevos?

—Oh. Como los tengan ustedes está bien. No soy exigente.

—Pues frito —decide.

Sophie sopla una frambuesa.

—¡Me gustan revueltos!

—Revueltos será —corrige Aiden.

Sophie se apoya en los codos sobre la encimera.

—¿Podemos volver al parque después de desayunar?

—Hoy tienes escuela —le recuerda Aiden.

—Hoy no tiene —le digo—. Reuniones de padres y profesores.

Aiden frunce el ceño.

—No lo sabía. ¿Se supone que tengo que ir?

—No —dice Sophie con suficiencia—. Supero las expectativas.

Su sonrisa me hace reír.

—Tiene una nota en la mochila que dice que no necesita un llamado de atención. Está sacando sobresalientes. —Lanzo una mirada de disculpa en dirección a Aiden—. Lo siento, quería decírtelo.

—No, no, está bien. Gracias por estar al tanto.

—Entonces, ¿podemos irnos? —Sophie parece expectante—. ¿Al parque? ¿Por favor?

—No lo sé —dice Aiden chasqueando la lengua—. No sé si podré con el paseo mientras siga tan destrozado por mis terribles panqueques.

—Eres bueno en otras cosas —intenta Sophie—. Como… ¡siempre sabes dónde están las pilas!

—Vaya —dice Aiden secamente—. De repente mi vida vuelve a tener sentido.

Intento esconder mi sonrisa detrás de la taza de café cuando me mira, y siento que se me revuelve el estómago cuando me dedica una sonrisa perezosa en la que solo se le ven un poco los dientes. Incluso después de todo lo que hemos hecho, me sigue sorprendiendo lo guapo que es; basta con mirarle la boca para ponerme nerviosa. No por ninguna razón en particular, por supuesto. No estoy pensando en absoluto en la forma en que su boca estuvo entre mis piernas anoche, eso seguro.

—¿Sabes? —le digo a Sophie, intentando alejar esos pensamientos antes de empezar a sonrojarme—. El otro día encontré un frisbee en una de las cajas que he estado posponiendo para desempaquetar. Seguro que podríamos patearle el culo a tu padre.

—Sí, vamos a patearle el culo.

Aiden frunce el ceño.

—*Sophie*.

—Uy. —Le lanzo una mirada de disculpa—. Lo siento.

No parece enfadado, de hecho, creo que está intentando no sonreír.

—Además, las dos deberían saber que estuve en un equipo de Ultimate Frisbee en la universidad.

—Vaya —digo divertida—. No sé si eso es impresionante o triste.

Aiden levanta una ceja, pero no dice nada.

—Adelante, ve a ducharte —le dice a Sophie—. Habré terminado de desayunar para cuando termines. —Se gira para apuntarnos con la espátula—. Y luego voy a patearles el culo a las *dos* al frisbee.

Sophie suelta una risita mientras salta del taburete y sube las escaleras para dejarnos solos. Aiden vuelve a voltear el tocino en la sartén antes de dejar reposar la espátula en el borde de la sartén, echando una mirada furtiva hacia las escaleras antes de apiñarme contra la encimera.

—¿Qué era eso de patearme el culo?

Le miro a través de las pestañas, sonriendo pícaramente.

—¿Está preocupado, Sr. Reid?

—En absoluto —dice con confianza—. Con todo el respeto hacia ti y hacia mi dulce hijita, a la que quiero muchísimo, voy a destrozarlas a las dos.

Eso probablemente no debería excitarme tanto.

—¿Quizás soy una campeona secreta de Frisbee? Quizás jugué en los nacionales en la secundaria.

—No creo que eso exista.

—Ves, el hecho de que no sepas nada de los nacionales no infunde confianza sobre tu habilidad.

Aiden sonríe, inclinándose para dejar que su nariz recorra mi mandíbula, distrayéndome.

—¿Estarías dispuesta a hacer una apuesta?

—Mm. —Cierro los ojos cuando siento sus labios en mi garganta—. ¿Una apuesta?

—Solo para hacerlo interesante.

—¿Y qué pasa cuando gane?

—*Si* ganas —corrige.

—Sigue diciéndote eso.

—Si ganas —dice, sus labios se inclinan contra mi piel—, voy a follarte en este mostrador mañana después de llevar a Sophie a la escuela.

—¿Ah, sí? —Mi risa es temblorosa ahora, su mano se enrosca en mi cadera y me dificulta mantener mi taza firme—. ¿Es un premio para mí o para ti? ¿Qué pasa si ganas tú?

Se aparta, sonríe perezosamente mientras me mira antes de acortar la distancia entre su boca y la mía.

—Si gano —murmura contra mis labios—, voy a follarte en este mostrador mañana después de llevar a Sophie a la escuela.

—Vaya. Esos son premios importantes. Parece que gano de cualquier manera.

—Te lo prometo, yo soy el ganador aquí.

Sus labios rozan los míos y mis pestañas se cierran mientras él ejerce más presión y mi cabeza se vuelve borrosa como siempre que me besa. Siento el calor de su lengua cuando roza el borde de mi boca, que se abre para dejarle entrar mientras me besa de forma lenta y vertiginosa.

—Se te quema el tocino —murmuro distraída.

Aiden resopla y se separa de mí.

—Carajo.

—¿Seguro que eres chef?

Aiden se burla mientras intenta salvar el tocino.

—Todo el mundo es un crítico.

Sigo sonriendo mientras tomo otro sorbo de mi taza, mis pensamientos menos centrados en mi culpa después de su toque, pero no se han ido del todo. *Esto es lo que no quiero demonios,* pienso. Esta mañana fácil podría convertirse en una norma si lo permito. No quiero perder la caricia de Aiden, ni la sonrisa de Sophie, ni sus simpáticas discusiones sobre las tortitas. No quiero perder nada de eso.

Tal vez no importaría, espera mi cerebro. Que nos conociéramos. Ahora las cosas son diferentes, ¿no?

Bebo otro sorbo lentamente, tratando de apartar esta línea de pensamiento.

Se lo diré, me aseguro.

Aunque, en este momento, intento convencerme a mí misma más que a nadie.



Debería habérselo pedido hace mucho tiempo. Verla inclinada sobre su cama mientras se folla con el vibrador que le compré... puedo verlo todo así.

Imagino lo suave que se sentiría si deslizara mis dedos dentro de ella, lo húmeda que estaría si le diera mi polla. Es en lo único que pienso ya, ¿y viéndola así… con el culo al aire y su bonito coño totalmente expuesto para mí?

Puede que me esté volviendo loco.

Capítulo 18

Cassie

Se lo voy a decir hoy, lo he decidido.

Sé que no tiene buena pinta que haya esperado un día más, pero es que ayer lo pasamos tan bien en el parque (perdí al frisbee, pero con la apuesta que hicimos, ¿en serio?), y luego Aiden trabajó hasta tarde, y no es algo de lo que me atreviera a hablar por mensaje de texto. Incluso frente a frente, hay muchas posibilidades de que se enfade irreversiblemente y me diga que me vaya de su casa, que es algo para lo que he estado intentando prepararme, pero en el fondo sé que no es algo para lo que pueda estar preparada.

Me he paseado por el salón mientras Aiden llevaba a Sophie a la escuela, pensando en todas las posibilidades. En algunas versiones, Aiden se muestra confundido, pero comprensivo. En otras, está tan enfadado que ni siquiera puede mirarme. Y en las posibilidades más delirantes, incluso se *alegra* de haberme encontrado de nuevo.

Pero eso parece poco probable.

Sin embargo, tengo que decírselo. Hoy mismo. Antes de que pueda volver aquí y distraerme con su beso y su tacto y todo lo que eso conlleva. Sé que, si dejo que me toque, perderé mi determinación, aunque algo en el fondo de mi cerebro me ruegue que lo mantenga en silencio un poco más, porque ¿y si hoy es la última vez que lo hace? Es algo que no quiero ni plantearme, pero sé que tengo que hacerlo.

Y puedo vivir con eso, si sucede. O al menos, eso es lo que me digo a mí misma. Lo hice una vez, ¿verdad? Claro, fue una mierda, pero lo superé. Mayormente.

Sabes que ahora es diferente, susurra mi cerebro.

Y ese es el quid de la cuestión. Aiden ya no es esa persona sin rostro que me excitaba y me susurraba en la oscuridad. Ahora, es esa persona que parece mucho más de lo que merezco, con su sonrisa bonita, sus ojos bonitos y su risa adictiva. Ahora, Aiden es bromas de papá, besos en la frente (Sophie) y besos

secretos (yo) y palabras dulces y sucias susurradas en la oscuridad que se murmuran directamente en mi oído en lugar de a través de los altavoces de mi computadora. Ahora es real, y eso significa que será mil veces más difícil superarlo.

He estado repasando mi discurso mentalmente, tratando de concretar exactamente lo que voy a decir para tener una oportunidad de convencer a Aiden de que no tenía ni idea de nuestra historia antes de venir aquí, y que solo se lo he ocultado desde que lo supe por miedo a cómo podría reaccionar. Seguro que no puede culparme por eso, ¿verdad? Es razonable que reaccionara como lo hice. Parece que lo es en mi propia cabeza, al menos.

Mierda.

Esto va a ser un desastre.

Mi teléfono vibra en la encimera, a un metro de donde estoy, y estoy tan nerviosa que me hace dar un respingo antes de tomarlo. Hay un mensaje de Aiden esperándome en la pantalla de bloqueo y lo abro para mirarlo mientras se me revuelve el estómago.

AIDEN: Ya vuelvo.

A pesar de lo nerviosa que estoy, aún hay un poco de agitación debajo de toda la ansiedad, porque a pesar de mi determinación de sabotear sus planes, sigo pensando en el curso de acción alternativo en el que simplemente mantengo la boca cerrada y dejo que Aiden cumpla su promesa de follarme sobre la encimera.

Tienes que decírselo.

Realmente odio hacer lo correcto.

Después de una ronda abriendo un camino tamaño Cassie en la alfombra del salón, me acerco al fregadero de la cocina para dejar correr un poco de agua fría y aplicármela en la piel enrojecida de las mejillas y el cuello, intentando calmar los nervios, aunque el corazón me empiece a latir con fuerza en el pecho por la ansiedad creciente. Había pensado en llamar a Wanda para armarme de valor, pero temo que, si hablo con alguien más antes de seguir adelante con esto, podría derrumbarme por el estrés de todo esto. Agarro la toalla que cuelga de la puerta del horno para secarme el rostro, cierro los ojos y respiro hondo para intentar

calmar mi acelerado corazón.

No tengo ni idea de qué parte de este leve ataque de pánico que estoy sufriendo hace que no me dé cuenta de que la puerta se abre en el piso de abajo en algún momento, pero eso significa que me *sobresalto* cuando siento que los brazos de Aiden se deslizan a mi alrededor, acercándome hasta que mi culo queda a ras de sus caderas y besándome el cuello.

—*Jesús* —jadeo—. Me has dado un susto de muerte.

Se ríe contra mi garganta.

—No intentaba sorprenderte.

Sus manos ya se deslizan por mi cintura, mis pestañas se agitan cuando mueve las caderas, revelando que ya está empalmado.

—Vaya, alguien está impaciente.

—Llevo pensando en follarte en este mostrador desde la otra noche —murmura, sin dejar de besarme el cuello.

Cierro los ojos.

—Supongo que eso fue lo que inspiró las apuestas que pusiste para el partido de frisbee en el que hiciste trampas.

—Agarrar el frisbee no es hacer trampas.

—Lo es cuando eres gigante.

—Lo siento. —Siento su mano deslizándose bajo mi camiseta hasta tocarme el estómago, acariciando la cintura de mis bragas—. ¿Puedo compensártelo?

Mi boca se inclina lentamente, perdiéndose en su tacto.

—Mmm. Tal vez.

Espera. No. Esto es lo que queríamos evitar.

Me doy la vuelta de repente, tratando de poner un poco de espacio entre nosotros para poder concentrarme, pero me encuentro enjaulada por sus brazos ahora que los apoya contra el mostrador detrás de mí.

—Aiden, en realidad, yo...

—¿Alguien está tratando de retirarse de nuestra apuesta?

Cristo, todavía piensa que estoy jugando. El Aiden juguetón podría ser mi kryptonita.

—No. —Aprieto sus caderas con las palmas, voy a empujarle suavemente, pero me distrae el roce de su polla contra mi pulgar a través de sus pantalones de chándal. Sé fuerte—. No es eso...

Baja la cabeza y sus labios rozan los míos.

—Porque he ganado limpiamente, Cassie —dice con sensualidad.

—Lo sé —consigo decir.

Solo tiene que inclinarse un poco para que su forma, dura y deseosa, se cuele entre mis muslos, y un escalofrío me recorre.

—Y voy a follarte sobre ese mostrador.

No soy fuerte. No soy nada fuerte.

Lo noto, siento cómo me olvido de lo que me había propuesto hacer y pierdo la concentración cuando su boca se desliza contra la mía. Cierro los ojos mientras su lengua se desliza en mi interior, provocándome con su suavidad, que contrasta con la dureza de mis piernas. Me dejo llevar tan fácilmente que apenas noto que sus manos me tocan el culo y me levantan contra él de un solo golpe antes de girar para dejarme sobre la isla de la cocina.

Y no deja de besarme ni un segundo.

A la mierda, pienso distante. Se lo diré después.

Intento no pensar en el hecho de que esa decisión podría hacer que esta fuera la última vez que me toca así.

Me vuelve a pillar por sorpresa cuando me hace girar, maniobrando con mi cuerpo hasta que estoy tumbada boca abajo sobre la encimera, con los dedos de los pies presionando la baldosa. Me agarra por la cintura para mantenerme firme, inclina su cuerpo sobre el mío y su aliento me roza la nuca.

—Aguanta —me dice bruscamente, con un gruñido de satisfacción que se le escapa cuando me agarro a los bordes de la encimera.

Sus manos se deslizan por mis caderas y me bajan lentamente los pantaloncitos por los muslos... cuando me deja en ropa interior de algodón rosa pálido cubierta de gatos de dibujos animados, se ríe suavemente.

—Más estampados. —Ríe en voz baja.

Me agarra a través de la tela y me aprieta el culo con fuerza mientras me retuerzo. Sus dedos se deslizan entre mis piernas y sé que debe de notar enseguida lo mojada que estoy. El algodón está prácticamente empapado a pesar de que apenas me ha tocado, y me frota los dedos lentamente mientras me sale un suave gemido.

Me tiemblan las piernas cuando por fin me baja también las bragas por los muslos, dejándome desnuda, esperando y tan abierta para él. Me mete un dedo, y luego otro, sujetándome por la cadera para mantenerme firme, dándome lo justo para excitarme, pero no lo suficiente para satisfacerme del todo.

—Aiden —gimo—. ¿Puedes...?

—En un minuto —murmura roncamente—. Quiero mirarte.

Estoy completamente expuesta así, quizás más de lo que nunca he estado con Aiden dado que es pleno día en medio de la cocina en el jodido mostrador donde desayunamos. Pero sigo sin poder sentir vergüenza por mi comprometedora posición. No con el lento deslizamiento de sus dedos dentro y fuera de mí, con cuidado, como si estuviera memorizando cómo me siento en ese momento.

—Eres tan bonita aquí —susurra con reverencia, metiendo los dedos hasta hacerme jadear—. Tan suave.

Giro el rostro contra el granito para mirarlo, y su expresión es embriagadora, con los ojos clavados entre mis piernas mientras sigue provocándome. Lo capto cuando por fin retira la mano, se lleva los dedos a la boca, sus ojos se encuentran con los míos para sostenerme la mirada mientras lame cualquier resto de mí.

No creo que nadie juzgue la forma en que he empezado a retorcerme necesitada, no con la forma en que Aiden me mira.

Sigo observando cómo se saca, me agarra de las caderas para mantenerme quieta y desliza la cabeza de su polla entre mis pliegues. Vuelvo a darme cuenta de lo expuesta que estoy así cuando empieza a empujar dentro de mí, con un calor que

me inunda el estómago porque sé que él puede verlo todo así. Y está observando... *atentamente.*

Puedo sentir cada centímetro presionando lentamente, y a través de los párpados encapuchados sigo observando cómo las pestañas de Aiden se agitan, sus dientes presionando contra su labio inferior mientras me llena y me llena hasta que mi culo se retuerce contra su pelvis, los dedos de mis pies bordeando el suelo mientras él me mantiene suspendida.

Estoy *tan llena* de él. Hace que me cueste pensar.

Lo saca con cuidado, estirándolo, asegurándose de que siento cada centímetro mientras lo hace. Es un poco más rápido cuando vuelve a empujar, Aiden sisea entre dientes cuando toca fondo para repetir el proceso de nuevo, cada embestida más fuerte que la anterior. La forma en que me tiene doblada por la cintura hace que sienta cada embestida más fuerte que de costumbre, que cada una golpee un poco más profundo. Es tan frustrante como delicioso.

—No puedo... —Me quedo sin aliento, con los ojos cerrados y la boca floja mientras me concentro en la sensación—. No puedo tocarme así.

—¿Me lo estás pidiendo?

—Aiden —jadeo.

Me penetra un poco más fuerte.

—Quiero que me lo pidas —gruñe—. Pídeme que haga que te vengas, Cassie.

—Aiden, te juro que si no lo haces —grito cuando me folla con más rudeza y mi cuerpo se sacude contra la encimera—, tócame, mierda.

—Lo haré. —Se le escapa una carcajada, me levanta un poco la camiseta y desliza las manos por la suave extensión de la parte baja de mi espalda antes de inclinarse para besarme la columna—. Solo quiero oír cómo me lo pides.

Sus dedos acarician la parte superior de mi muslo, trazan una línea en el interior y se demoran mientras los vuelve a subir a centímetros de donde lo necesito. Pero mi atención se centra de repente en la mano que me acaricia la espalda. Mi corazón empieza a latir con fuerza por razones que no tienen nada que ver con su polla dentro de mí, sabiendo que, si me sube un poco más la camiseta, lo verá todo.

Su otra mano sigue acariciándome entre los muslos mientras continúa acariciándome a un ritmo constante.

—Pídemelo, Cassie.

—Tócame —gimo, con el pulso latiéndome en los oídos de placer y miedo a la vez—. Por favor.

Tararea contra mi piel, accede al instante y hunde los dedos entre mis piernas hasta encontrar el pequeño capullo de mi clítoris. Gimo cuando me lo frota, y mi cuerpo prácticamente suspira de alivio cuando la palma de la mano de mi espalda vuelve a deslizarse hasta la zona más segura, cerca de la base de mi columna vertebral.

Gracias, mierda.

Por fin la aparta del todo para rodear una de mis caderas, agarrándome mientras me penetra con firmeza. Ahora empuja con fuerza, su cuerpo se curva hasta que su aliento resopla contra mi columna y su piel golpea la mía. Por el tartamudeo de sus caderas, sé que está a punto, lo oigo en los suaves gemidos que se le escapan.

—Sienta tan bien cuando te vienes —resopla—. Tan bien. —Se desliza hasta el fondo, haciendo rodar sus dedos contra mi clítoris hinchado—. Es mejor que cualquier cosa que haya sentido nunca.

Sus palabras me inundan, haciéndome arder más y más, y puedo sentir esa dulce presión creciendo entre mis piernas, anticipando el momento en que estalle en un placer total.

—Justo ahí —suspiro—. No pares.

Sus dedos resbalan contra mi clítoris con lo empapada que estoy, pero sigue frotándome en ese mismo punto que me hace gemir pidiendo más.

—Nunca.

Aprieto y aflojo los dedos en los bordes de la encimera, y mi espalda intenta arquearse, aunque no tenga espacio contra la dura superficie, y los sonidos que salen de mi boca son jadeantes, profundos, necesitados... y entonces lo siento.

Empieza con un temblor interior, un espasmo de mis paredes internas que se

hace más intenso por su polla, que sigue metiéndose dentro de mí. Suelta un sonido fuerte y gutural cuando empuja hasta el fondo por última vez, y no se retira, no se mueve, solo se enfunda y deja que mi cuerpo tembloroso lo lleve al límite.

Su polla se sacude con fuerza, llenándome, llenándome de su semen, de su calor, de él, y pesa demasiado para cubrirme como lo hace, pero no me importa. Se siente tan bien apretado contra mí, su gran cuerpo moldeado contra el mío mientras su boca se pasea. La nuca, la garganta, la mandíbula... cualquier parte de piel desnuda que pueda alcanzar.

—Menos mal que eres tan mala jugando al frisbee —resopla contra mi cabello.

Resoplo.

—Con apuestas como las tuyas, daba igual.

—Es verdad. —Capto su suave risita, y él se estremece contra mí mientras su frente se apoya en mi columna—. No quiero salir de ti.

—Señor, así es como la gente contrae infecciones urinarias.

Se ríe a carcajadas.

—Sexi.

—Una salud vaginal adecuada es muy sexi —recalco—. Además, si no lo haces, estaré goteando por todo el...

Los dos nos quedamos paralizados cuando suena el timbre, por un momento pensamos que nos lo habíamos imaginado. Pero entonces vuelve a sonar y es como si se hubiera activado un interruptor. Aiden se sale de mí con un siseo y una mueca de dolor mientras los dos hacemos una carrera cómicamente loca para que parezca que no acabamos de follar en la encimera de la cocina.

Aiden me mira agotado mientras se sube los pantalones de chándal.

—¿Estás esperando a alguien?

—No —me burlo, colocándome las bragas—. ¿Y tú?

—No tengo ni idea de quién puede ser.

—A lo mejor es el cartero.

—Bueno, déjame... —Se saca la camiseta de la cintura del chándal, donde está metida por dentro—. Entonces yo...

—Mierda. —Hago una mueca—. Estoy goteando.

Aiden hace una pausa en lo que está haciendo.

—No debería excitarme eso, ¿verdad?

—No, justo ahora mismo no debería —resoplo, haciéndole un gesto para que se vaya—. Ve a abrir la puerta mientras voy al baño.

—Dame un segundo e iré a ayudarte a limpiar —dice con una sonrisa socarrona.

—*Ve*. —Me rio.

Se da la vuelta para bajar las escaleras cuando vuelve a sonar el timbre y yo me dirijo en dirección contraria para meterme en el aseo que hay junto a la cocina. Cierro la puerta tras de mí y exhalo un fuerte suspiro, seguido de una carcajada mientras la adrenalina se apodera de mí. Sé que hay un piso entero y una puerta principal entre donde estábamos y quienquiera que esté esperando en el porche, pero la forma en que se me subió el corazón a la garganta cuando sonó el timbre me hizo sentir como si realmente me hubieran atrapado, y todo mi cuerpo sigue vibrando de energía por la sorpresa.

Me aseo rápidamente antes de que Aiden pueda entrar detrás de mí y cumplir su promesa de «ayudar» ya he estado bastante expuesta por hoy, gracias, y sigo riéndome por lo bajo mientras me lavo y me seco las manos antes de salir de nuevo al pasillo. Recorro un metro y medio antes de oír su voz; la risa se me apaga en la lengua y la misma emoción vuelve a apoderarse de mí, pero de forma más oscura, intentando disiparla mientras me recuerdo a mí misma que es imposible que tenga idea de lo que acabamos de hacer.

Veo el rostro que coincide con la voz cuando vuelvo a entrar en la cocina: Iris está sentada a un lado del sofá del salón contiguo, mientras Aiden se sienta tenso en la silla de enfrente. Levanta la vista cuando me ve y sonríe de forma leve, pero perceptible, y eso es buena señal, ¿no?

—Hola —saludo, manteniendo mi tono informal—. ¿Cuándo has llegado?

—Hace un momento —responde.

—Ah, perdona. —Intento sonreír—. Estaba en la lavandería. Ni siquiera oí sonar el timbre.

No se me escapa cómo los ojos de Iris se mueven entre Aiden y yo, pero hago lo que puedo para ignorarlo.

Es imposible que lo sepa.

Sus ojos se dirigen a Aiden.

—Me sorprendió que estuvieran los dos aquí. ¿No entrenas por las mañanas?

—Oh. —Aiden se encoge de hombros con indiferencia—. No todos los días.

Dios. No se nos da bien ser sutiles.

Camino por las baldosas de la cocina hasta la nevera y la abro para agarrar una botella de agua.

—¿Quieres algo, Iris?

—No, gracias —me dice—. En realidad... he venido a verte.

Me detengo junto al frigorífico.

—¿A mí?

—Sí. —Casi parece avergonzada—. Acabo de acordarme de que hablamos el otro día en el auto... ¿de esas fotos?

—¡Oh! —Cierro la puerta de la nevera apresuradamente—. Sí. ¿Las tuyas con Sophie y su madre?

—Claro... —Mete la mano en el bolso y rebusca un momento antes de sacar un sobre grueso con fotos—. Me adelanté y pedí algunas copias de un montón de fotos al azar en mi teléfono. —Lo sostiene torpemente durante un momento mientras me dirijo a la sala de estar antes de girarse ligeramente para ofrecérselo a Aiden—. Y tú también, supongo. No sé. Puede que no quisieras tantas.

—No, esto ha sido muy bonito —digo efusivamente, acercándome para arrebatarle el sobre a Aiden, que aún parece un poco aturdido. Abro la solapa y me encuentro con una Sophie mucho más pequeña y dentuda, con las mejillas redondas mientras una hermosa mujer la abraza por detrás—. Dios mío. Mira a la pequeña Sophie. Era una muñequita. —Hago una pausa, notando que Iris me

mira—. Rebecca era preciosa.

—Lo era —asiente Iris.

—Mierda, lo siento. —Le devuelvo el sobre a Aiden, acordándome de mí misma.

Lo agarra con cautela, todavía un poco desorientado.

—Esto ha sido... muy amable por tu parte, Iris.

—Puedo ser amable —dice escuetamente. Aprieta los labios antes de añadir—: A veces.

Aiden se ríe y niega con la cabeza.

—Sí, supongo que sí.

—En serio, gracias por traerlas —digo.

Iris se encoge de hombros.

—Tenía tiempo y estaba por el barrio. No es para tanto.

—Claro —digo con una sonrisa—. Bueno, estoy segura de que a Sophie le va a encantar revisar esto.

Los ojos de Iris se suavizan, sus labios se vuelven ligeramente hacia arriba.

—Eso espero.

—Sabes, podrías...

Me interrumpe el sonido del teléfono, y Aiden tarda varios segundos en reconocer que es el suyo.

—Oh. Lo siento. —Se levanta de la silla y se dirige a la cocina para tomarlo de la encimera, donde debe de haberlo tirado antes. Frunce el ceño ante la pantalla antes de lanzarnos una mirada de disculpa—. Es trabajo. Lo tomaré en la otra habitación.

Le devuelvo el saludo con la cabeza antes de que desaparezca por el pasillo, presumiblemente hacia la lavandería, casi olvidando mi hilo de pensamiento antes de que mis ojos se posen en el sobre de fotos que Aiden dejó en su silla. Cruzo el salón para acomodarme en él, tomo el sobre y vuelvo a mirar dentro

para hojear las fotos.

—En fin —vuelvo a intentarlo—. Iba a decir que podrías volver después de la escuela. Cuando Sophie esté en casa. —Levanto la vista para ver su expresión—. Si quieres.

Me pregunto si alguna vez Iris no se sorprenderá de que intente incluirla.

—¿En serio?

—Aiden estará en el trabajo, así que solemos cenar algo sencillo, pero eres bienvenida a unirte a nosotras. ¿Podríamos repasar las fotos? Estoy segura de que a Sophie le encantaría tenerte allí para hablarle de las que era demasiado joven para recordar.

—Eso sería... —se interrumpe, sus ojos buscan mi cara aturdidos antes de tragar saliva—. De hecho, sería estupendo.

—Bien. —Le sonrío—. Sophie y yo solemos volver sobre las cuatro... y la cena suele ser entre las cinco y las seis... así que cuando quieras te pasas.

—Me parece estupendo —vuelve a decir, todavía con cara de estar procesándolo.

Asiento.

—Genial.

Nos quedamos un momento sentadas en silencio, yo con el sobre en la mano e Iris mirándome como si tratara de entender algo, pero al cabo de un minuto, quizá un largo minuto, sacude la cabeza como si la despejara y se levanta.

—Será mejor que me ponga a trabajar —se apresura a decir. Su voz es más gruesa que hace un momento—. Probablemente pueda estar aquí sobre las seis, si te parece bien.

—Perfecto —le digo—. A Sophie le hará mucha ilusión.

Iris me mira después de recoger su bolso, con una pequeña y cautelosa sonrisa en la boca.

—A mí también.

—Perfecto. —Me doy cuenta de que estoy sonriendo como una idiota y me

levanto de la silla—. Deja que te acompañe.

—No, está bien. —Iris me hace señas para que me vaya—. Sé dónde está la puerta. —Cambia el peso de un pie a otro—. Pero... nos vemos luego.

Siento que mis pequeñas victorias se amontonan unas sobre otras para formar una grande, pero me digo que es demasiado pronto para emocionarme. Iris es como una cierva. Hay que tener cuidado con ella.

Se despide de mí apresuradamente antes de bajar corriendo las escaleras, y no vuelvo a acomodarme en el sillón para empezar a hojear las fotos hasta que oigo cerrarse la puerta tras ella. Ni siquiera me doy cuenta de que sigo sonriendo.

—¿Se ha ido Iris?

Me giro para ver a Aiden entrando de nuevo en la habitación, y asiento con la cabeza.

—Hace un momento. —Levanto la barbilla con suficiencia—. *Pero* va a volver para la cena para pasar el rato.

—¿En serio? —se burla Aiden mientras sacude la cabeza—. ¿Cómo demonios te has hecho mejor amiga de Iris en un mes cuando hemos estado peleándonos durante un año?

—Me han dicho que soy encantadora.

Mueve los labios.

—¿Lo eres?

—¿Cómo si no iba a atrapar a un cocinero profesional?

Esboza una sonrisa de oreja a oreja y pone los ojos en blanco.

—Espero que esto no sea una estafa. Podría despertarme sin un riñón y descubrir que Cassie ni siquiera es tu verdadero nombre.

Es una broma, y lo sé, pero al parecer eso es todo lo que hace falta para que todo se venga abajo. Con toda la emoción, había dejado de lado todas mis preocupaciones de esta mañana, me había dejado envolver por el tacto de Aiden *una vez* más sin confesarme.

Y ahora volvemos a estar solos y se me acaban las excusas.

Si se da cuenta de mi cambio de humor, no lo dice inmediatamente, saca el teléfono del bolsillo y mira la hora mientras mi sonrisa se tambalea.

—Por cierto, Aiden, quería...

—Mierda —murmura—. Será mejor que me dé prisa.

Parpadeo.

—¿Qué?

—Era del trabajo —suspira—. Ocurrió algún tipo de desastre relacionado con el horno durante la preparación. Tengo que ir a ver cuáles son los daños.

—Oh... buu.

Intenta sonar más decepcionada. No hagas tan obvio que estás aliviada.

—Lo sé. —Se inclina y me aparta el cabello del rostro antes de apoyarme los labios en la frente—. Empiezo a arrepentirme de mi carrera.

—Pero te encanta ser cocinero —le digo con seriedad.

Lo único que consigo es que sonría más.

—Uno de estos días, voy a hacer que te arrepientas de todas las burlas.

—Habla menos. —Me rio.

Sigo con esa preocupación en el estómago que me produce saber que debería estar desahogándome ahora mismo, pero mitigo mi culpa con el razonamiento de que no sería buena idea abordar esta conversación cuando él ya tiene un pie fuera. Algo así llevará más tiempo, me digo. Es mejor esperar.

Aunque no estoy segura de sí es por su bien o por el mío.

—Oh. ¿Qué ibas a decir?

—Nada —digo después de un tiempo, tratando de no sonar como si no me estuviera hundiendo de nuevo en una piscina infinita de ansiedad—. Solo me preguntaba cuándo llegarías a casa esta noche.

—Espero que no muy tarde. —Se agacha y sus labios se acercan a los míos justo antes de besarme—. Saber que me esperas despierta hará que la noche sea más llevadera.

No lo haría, creo. No si supieras la bomba que te voy a soltar.

—Estaré aquí —murmuro.

Otro rápido picotazo en mi boca, como si no pudiera evitarlo.

—Voy a cambiarme.

—De acuerdo.

No exhalo hasta que oigo sus pasos desvanecerse escaleras arriba, dejándome con un crisol de emociones que son a partes iguales nuestro presente y nuestro pasado y todo lo que hay en medio. Ahora me doy cuenta de que cuanto más tiempo espere para contárselo todo a Aiden, más tiempo pasaré luchando con la ansiedad que eso conlleva, sabiendo que tengo horas por delante sintiéndome así antes de saber si Aiden me escuchará o me echará de casa cuando se entere de lo que tengo que decirle. Y ahora he añadido una visita prolongada con la tía que apenas empieza a calentarme, dándome cuenta de que *tendré* que embotellar todo esto hasta que se vaya.

Me hundo en la silla con un suspiro.

Aún no son las diez de la mañana y ya me apetece beber algo.

CHAT CON @ALACARTE

Bueno, si quieres oír algo REALMENTE loco... a veces me pongo celoso de que los demás te miren.

¿Crees que eso es más raro que el hecho de que me excite cada vez que estamos solos?

Puede que sea parcial, pero no me parece nada raro.

¿Sabías que eres la única persona a la que le he enseñado mi cicatriz? ¿Eso te hace sentir mejor?

Es un comienzo. Ser el único que te vea desnuda sería otro.

Capítulo 19

Cassie

Fingir que estaba bien con Sophie e Iris esta noche había sido una verdadera lucha. Afortunadamente, Sophie había tenido hoy una experiencia de vinculación con una chica que estaba interesada en el viaje de cumpleaños de Sophie a Disney, así que repasar cada faceta de esa conversación había sido el principal foco de atención de Sophie durante la mayor parte de la tarde. Estaba realmente contenta de que pudiera hacer una amiga, y si no hubiera estado tan nerviosa por lo que tenía que hacer cuando su padre llegara a casa, incluso podría haberle sugerido salir con ella para celebrarlo. Luego estaban las fotos, y como Iris era quien contaba todos los recuerdos que acompañaban a cada foto, pude quedarme sentada cerca y escuchar a Iris recordarlo todo.

Había sido una buena noche, al margen de mi agitación interior. Me veía a mí misma haciendo algo más, invitando a Iris.

Bueno, si es que puedo después de esto. Podría ser mi última noche aquí, por lo que sé.

No pienses así. Todavía hay una posibilidad de que esto funcione.

Desde que Sophie se fue a la cama he estado haciendo tareas para mantenerme ocupada, y después de entrar en el portal me he dado cuenta de que me he retrasado mucho más de lo que pretendía esta última semana. Y como si no tuviera suficiente estrés hoy, me he saltado un plazo por completo, lo que significa que ahora tengo mi primera calificación reprobatoria. Sé que una tarea suspendida no va a hacer que me echen del programa ni nada parecido, pero seguro que no ayuda a mi estado de ánimo actual.

Conseguí esa copa; tuve que esperar a que Sophie se desmayara del todo para conseguirla, pero la copa de vino de la botella que no puedo pronunciar, que sabe cómo si valiera más de lo que me pagan en una semana, me ayuda a calmarme. Lo robé de la nevera de vinos de Aiden, así que, si esta noche va mal, podría ser otro clavo en mi ataúd. Aunque eso no me impide beberlo.

Llevo una hora vigilando la puerta principal desde el sofá de la escalera, donde

estoy tumbada con la computada. Cada auto que pasa por delante me hace sobresaltarme mientras me pregunto cuándo llegará Aiden.

Llevo la misma camiseta rosa que nos ha metido en problemas unas cuantas veces; probablemente sea hacer trampa intentar despertar recuerdos de, bueno, excitación en un momento como este, pero me imagino que trabajar cualquier ángulo que pueda a mi favor no puede hacer daño. Como si Aiden se distrajera tanto con mis tetas que olvidara que llevo semanas mintiéndole.

Mentir no, me corrige el cerebro. Es solo una omisión.

Porque esa es una gran diferencia.

Bebo otro sorbo lento de vino, dejando que se deslice por mi boca durante un segundo antes de tragarlo. Es seco y un poco amargo, pero su sabor me ayuda a mantenerme despierta. La pantalla de la computadora empieza a oscurecerse, los ojos me arden de cansancio y me los froto con los dedos mientras reprimo un bostezo. Con tanta ansiedad, debería estar despierta, pero parece tener el efecto contrario. Hoy he estado tan preocupada que mi cuerpo parece estar revolviéndose. Supongo que todas las noches que he pasado últimamente con Aiden tampoco han contribuido precisamente a mejorar la situación, pero no me atrevo a quejarme.

Cierro la computadora y lo dejo a mi lado antes de dejar la copa en la mesita auxiliar. Después estiro los brazos por encima de la cabeza y me cruje el cuello al girarlo. Mi teléfono marca más de las once y sé que Aiden podría entrar por la puerta en cualquier momento.

Dios, quizá *debería* haber llamado a Wanda.

Probablemente habría sabido qué decir. Eso, o simplemente me habría dicho que me quitara la camiseta para distraerme. Podría haber ido de cualquier manera. Probablemente estaría orgullosa de mí por llevar el sujetador más fino que tengo esta noche. Yo por otro lado... sí. Sigue pareciéndome hacer trampa.

Suspiro y vuelvo a tomar la copa de vino, acercándomela a la boca mientras miro fijamente la barandilla de la escalera, ensimismada en mis pensamientos y pensando en el peor desenlace posible. Siempre he sido de la opinión de que si *esperas* una decepción nunca puedes decepcionarte, así que quizá por eso estoy imaginándome el peor final.

En el peor de los casos, Aiden me dirá que no se siente cómodo manteniéndome como niñera, y mucho menos como su... lo que sea que soy para él. (Qué patético es que justo ahora me esté dando cuenta de que ni siquiera hemos definido qué diablos somos). En el peor de los casos, Aiden me dirá que mañana tendré que recoger mis cosas, me dará un buen cheque de indemnización (parece ese tipo de persona) y luego me acompañará fuera de su casa y de su vida. Por *segunda* vez.

No seas dramática. Entonces ni siquiera sabía tu nombre.

Sacudo la cabeza y vuelvo a llevarme la copa a los labios, cerrando los ojos mientras la inclino hacia atrás para intentar tragar el último poco de líquido rojo. En realidad, no estoy borracha, ni siquiera *mareada*, así que no sé por qué escojo este momento para ser torpe. Tal vez sean los nervios, o el estrés que me ha destrozado el alma estos dos últimos días... no lo sé. En cualquier caso, la copa no llega a mi boca en ese momento, y el último trago de vino se me escurre por el labio inferior y se derrama por la parte delantera de la camiseta.

—Mierda.

El daño ya está hecho; al parecer, quedaba mucho más vino en la copa de lo que pensaba. (¿Por qué tuve que elegir la más grande del armario?) Mi camiseta está empapada desde las tetas hasta el ombligo, y cuando me levanto rápidamente para evitar manchar el sofá, me doy cuenta de que estoy goteando por toda la baldosa.

—Genial —murmuro, dándome la vuelta para dejar la copa en la mesita auxiliar —. Perfecto.

Me cubro la cabeza con la camiseta antes de darme cuenta, y no es hasta que estoy de rodillas limpiando el poco vino que se derramó al suelo que me doy cuenta de lo gracioso de la situación. ¿No fue, exactamente así, como encontré a Aiden la noche que lo esperé despierta? Entonces lo había llamado estúpido. Qué maldita pareja hacemos.

Remuevo el trapo empapado en la baldosa mientras mis pechos y mi vientre siguen húmedos por las persistentes gotas de vino, maldiciendo mi suerte mientras limpio mi desastre para poder cambiarme antes de que Aiden llegue a casa.

Pero mi suerte en los encuentros con Aiden ha sido una mierda en el pasado, y

esta no es una excepción. Oír las llaves en la puerta en ese momento me deja demasiado aturdida para moverme, congelada sobre manos y rodillas con la boca abierta y la camisa manchada de vino en la mano. Pasa como siempre, cuelga las llaves en el gancho y se descalza en la puerta, y tarda un segundo en darse cuenta de que estoy allí, mirándolo boquiabierta.

—¿Cassie?

De repente olvido cómo hablar, sin dejar de mirarlo. El aire frío en la espalda me da miedo.

Se acerca un paso.

—¿Qué pasó?

—Derramé mi vino —digo, empujando hacia arriba de modo que estoy descansando sobre mis rodillas para mantener mi espalda oculta de él—. Me empapé la camiseta.

—Vaya. —Se ríe—. ¿Y tu primer instinto fue arrancártela? Creo que has pasado demasiado tiempo conmigo.

Cuanto más se acerca, más pánico siento, y me pongo de pie lo más rápido que puedo mientras él acorta la distancia que nos separa. Sigue sonriéndome mientras me pasa un dedo por la piel húmeda de los pechos, y la voz se me queda atascada en la garganta mientras no pienso en otra cosa que en escapar.

No es así como quería decírselo.

—Debería ir por otra camiseta —intento, apartándome de él.

Los brazos de Aiden me rodean, atrayéndome contra él.

—¿Para que pueda quitártela otra vez?

—Oh, yo...

El corazón me late con tanta fuerza que lo siento en las costillas, tan fuerte que me pregunto si él puede oírlo. Es la primera vez que estoy sin camiseta con él no estando de espaldas o encima de él, en control total. Algo que no siento que tengo ahora. Control. Sus dedos se deslizan por mi columna vertebral para subir más alto, y con cada centímetro me cuesta más respirar.

—Aiden, necesito hablar contigo.

Tararea suavemente, inclinándose para dejar que sus labios bordeen mi mandíbula.

—¿Sobre qué?

—Hay algo… —Hace que sea difícil pensar cuando me besa así el cuello—. Algo que quería decirte.

Tiene las manos muy cerca, y sé que en cualquier momento va a notarlo, y entonces no tendré la oportunidad de facilitarle las cosas como había planeado. Pongo las manos entre nosotros para presionar suavemente su pecho, debatiéndome entre querer acercarlo y saber que debería apartarlo.

—Aiden, yo...

Mierda.

Puedo sentirlo cuando se queda quieto. Al principio, su tacto es curioso: las yemas de sus dedos recorren el borde de mi cicatriz como si aún no supiera lo que es. Siento su mano aplastarse contra toda la forma de la cicatriz, sin duda notando la diferencia de textura entre mi cicatriz y el resto de mi piel.

—Cassie, ¿qué...?

Me aparto de él y me miro los pies, ya que me cuesta mirarlo. Sé que podría ser así, que después de esto podría no volver a sonreírme nunca más, ¿y por qué de repente eso me parece tan devastador? Nos conocemos desde hace poco, cedimos a estos impulsos solo unas *semanas*... ¿por qué siento que esto podría ser el final de algo importante?

—Debería habértelo dicho en cuanto me di cuenta —murmuro en voz baja al suelo—. No lo hice... al principio no sabía cómo, y tenía miedo de perder mi trabajo, y *sé* que debería haber dicho algo después de tener sexo, pero yo... Es horrible, lo sé, pero tenía tanto miedo de que desaparecieras de nuevo, y me sentí tan mal la primera vez, y me doy cuenta de que todo esto suena patético, pero...

—*Oye*.

Por fin lo miro y siento sus manos en mis hombros cuando acerca su rostro al mío.

—Cassie, ¿de qué estás hablando?

En sus ojos hay una confusión genuina que se mezcla con una preocupación real, como si no tuviera ni idea de lo que estoy hablando. ¿Y por qué iba a saberlo? Lo que digo apenas tiene sentido. Siento que se me humedecen los ojos al sentir auténtico miedo por lo que esté a punto de ocurrir, pero respiro hondo, sabiendo que sigue siendo lo correcto.

Me giro despacio, intentando mantener la espalda recta para no dar tanta lástima como siento, y miro fijamente la pared de la habitación junto a las escaleras mientras espero a que diga algo. Pasan segundos, o quizá horas, no estoy segura, pero entonces siento sus manos en mi piel, trazando de nuevo. Tal vez esté tratando de ubicarla. Tal vez ni siquiera lo *recuerde*, y ahora mismo eso casi parece peor. Ser algo tan insignificante que ni siquiera lo *recuerda*.

Su voz es imposiblemente suave cuando finalmente dice algo.

—Estabas haciendo la cena.

Se acuerda. No debería emocionarme que lo recuerde.

—Porque estaba sola en casa —le susurro.

—Y accidentalmente tiraste de la olla de agua hirviendo sobre ti.

Apenas me oigo cuando respondo:

—No pude apartarme a tiempo. La atrapé con la espalda.

—Yo…

Estoy temblando, pero no creo que sea el aire acondicionado.

—Cassie, ¿eres...?

Solo puedo asentir.

Vuelve a quedarse callado, imposiblemente callado. Quiero mirarlo, pero tengo demasiado miedo. Tengo demasiado miedo de saber qué cara pondrá cuando lo haga. ¿Decepción? ¿Ira? No sé qué sería peor.

—¿Desde cuándo lo sabes?

Trago saliva.

—Desde que vi tu cicatriz.

—Entonces, todo el tiempo que hemos estado...

Vuelvo a asentir.

—*Carajo*, Cassie. ¿Cómo pudiste no decírmelo?

Cierro los ojos con fuerza. Definitivamente parece enfadado.

—Tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—Es solo que... desapareciste tan de repente entonces, y pensé... Dios. Supongo que fui ingenua. Creí que te gustaba de verdad y que querías que nos viéramos. Así que cuando simplemente... *desapareciste*, yo... —Exhalo un suspiro tembloroso—. No quería volver a pasar por eso. Especialmente ahora que... te conozco. Ahora sería mucho peor.

—¿Me lo ibas a decir alguna vez?

Mis ojos se abren de golpe, y no puedo evitarlo, girándome hacia él para que pueda ver la sinceridad en mi rostro.

—¡Sí! Iba a decírtelo esta noche. De hecho, iba a decírtelo hoy, pero tú... me distrajiste, y estaba toda esa mierda con Iris, y tenías que ir a trabajar, y pensé que necesitábamos tener una conversación real sobre ello, y...

Me callo y por fin me doy cuenta de su expresión. Está enfadado, sin duda, y confundido, sí, pero me doy cuenta de que no hay ninguna de las emociones que más temía ver.

Decepción.

Aiden no parece disgustado ni desanimado; claro que parece enfadado porque lo dejé estar en mi cama tantas veces sin decirle la verdad, pero de algún modo no me parece tan terrible como creía.

—Lo siento —le digo en voz baja—. Debería habértelo dicho antes.

Sus ojos siguen duros.

—Sí. Deberías haberlo hecho. Aún no puedo creer que no lo hicieras.

—Lo sé. —Vuelvo a mirarme los pies. Sigo medio desnuda y cubierta de vino. Esto no podía ir peor—. Lo sé. Lo siento.

Sigo mirándome los dedos de los pies mientras espero a que diga algo, sintiendo cómo me late el pulso en los oídos mientras espero a ver si Aiden opta por intentar hablar de esto conmigo o si me pide que me vaya. No me avergüenzo de mi pasado y no dejaré que nadie me haga sentir como si tuviera que hacerlo, ni siquiera Aiden, pero maldita sea si no me dolerá que resulte no ser quien creía que era al intentar hacerme sentir así. Por otra parte, le oculté cosas, así que tal vez estaría justificado. No lo sé. Me duele la cabeza y, en este momento, desearía que acabara de una vez.

Sea lo que sea.



CHAT CON @LOVECICI

No tienes ni puta idea de lo que te haría si pudiera tocarte.

Tengo una idea.

¿La tienes? ¿Tienes una idea de cómo usaría ese bonito coñito tuyo?

Maldición, A.

¿Como más?

Capítulo 20

Aiden

Estoy demasiado aturdido para decir algo. De todas las cosas que podría haberme imaginado al volver a casa, esto ni siquiera estaba entre las posibilidades más inmediatas.

Sé que está esperando a que abra la boca y diga algo, mirando al suelo con resignada derrota, como si ya se hubiera hecho a la idea de que voy a alejarla por esto. No puedo fingir que no estoy enojado porque me lo haya ocultado, pero probablemente no por las razones que ella podría pensar. Simplemente odio la idea de que se haga pasar por un infierno de preocupaciones cuando podría haber sido sincera conmigo. Incluso entiendo, creo, todas las razones por las que no lo hizo. Después de preguntarme a dónde fue durante tanto tiempo, incluso ahora, ¿también habría dudado en arriesgarme a que desapareciera de nuevo?

Pensaba que te gustaba de verdad, y que realmente querías conocerme.

Esa es la parte que se me quedó grabada. Todo este tiempo he supuesto que era yo quien había malinterpretado las cosas. ¿Se ha pasado todo este tiempo pensando lo mismo?

No quería volver a pasar por eso. Sobre todo, ahora que… te conozco.

¿Se había sentido tan decepcionada cuando me alejé como yo cuando pensé que ella había hecho lo mismo?

—Cassie, yo... —Ahora estoy un poco más tranquilo, pero no menos estupefacto —. Me gustabas. *Quería* que nos viéramos.

Por fin me mira, y odio que sus ojos estén húmedos por mi culpa.

—¿Qué?

—No quería desaparecer —le explico—. Cuando ocurrió… Acababa de enterarme de que Rebecca había muerto. Ese mes fue una locura. Estaba preocupado por Sophie, haciendo preparativos e intentando reestructurar mi vida. Para cuando pude sacar la cabeza del agua y volver a respirar, habían

pasado semanas sin darme cuenta. Y cuando volví para disculparme...

—Había borrado mi cuenta —susurra.

Asiento solemnemente.

—Pensé que había sido yo quien lo había malinterpretado.

Veo su boca entreabrirse con sorpresa, todas las piezas encajan, y me doy cuenta de que nada de esto se le había ocurrido antes de este momento. Que se ha pasado casi un año pensando que, después de todo lo que habíamos dicho, todo había sido una transacción. Que nunca me importó como le hice creer. Tenía tanto miedo que incluso ahora, incluso después de que no puedo pasar un día sin tocarla o sin estar cerca de ella, la dejaría de lado.

No puedo evitarlo; es la pregunta que me ronda por la cabeza desde que volví a conectarme y encontré su cuenta borrada.

—¿Adónde fuiste?

—Yo…

Veo cómo sus dientes se clavan en su labio mientras sus mejillas se enrojecen. Sus ojos se desvían como si estuviera avergonzada.

—No pude hacerlo más. Después de que desaparecieras. Sé que probablemente sea una tontería, pero… Te extrañaba, y pensé que habías desaparecido de la faz de la tierra, y solo... —Aspira, con los ojos todavía húmedos—. No pude hacerlo más.

Todo parece surrealista. Como si en cualquier momento fuera a despertarme en mi cama y nada de esto hubiera sucedido. ¿Cómo es posible que de todas las personas en esta ciudad que podrían haber respondido a mi anuncio fuera ella? ¿Que la persona que Sophie más necesitaba, fuera también la persona que yo más necesitaba, sin ni siquiera haberme dado cuenta?

—Entiendo si necesitas que me vaya —dice Cassie estoicamente, con el labio tembloroso—. Pero no pretendía ocultártelo así. Simplemente... no sabía cómo decírtelo.

Quizá pedirle que se vaya sea lo más sensato. Tal vez un hombre más racional me regañaría por ni siquiera considerar la idea. Pero a pesar de nuestro extraño

pasado, nuestro extraño presente y todo lo demás, lo que más me preocupa es que Cassie salga por mi puerta y no vuelva jamás. Probablemente no tenga sentido que me sienta así; no sabemos *nada* el uno del otro que justifique que me sienta tan posesivo con ella, como si no pudiera dejarla marchar, pero...

Eso no impide que me sienta así.

—No quiero —le digo finalmente, con la voz gruesa—, que te vayas.

Sus ojos se abren de par en par cuando vuelven a encontrar los míos.

—¿No estás enojado?

—No, lo estoy —afirmo, y cuando empieza a parecer cabizbaja de nuevo, añado —: Pero *no* porque mantuvieras esto en secreto.

—¿Qué?

—Estoy enojado porque lidiaste con esto sola. Me enoja que hayas pasado todo este tiempo preocupándote de que te alejara sin darme la oportunidad de decirte que de ninguna manera te dejaré escapar otra vez.

Se le corta la respiración y parece tan dulce en este momento; el cabello le cae del moño desordenado alrededor del rostro, tiene la boca entreabierta de una forma suave y tranquila que me pide que la bese, y sus ojos... sus ojos contienen tanto alivio que hacen que me duela algo en el pecho.

Tengo cuidado al acercarme a ella, como si fuera un animal asustado que podría huir y, a todos los efectos, aún podría hacerlo. Me doy cuenta de que sigue temblando ligeramente cuando mis manos aprietan su mandíbula, sus pestañas se cierran mientras sus dedos rodean mi muñeca. Tal vez sea imprudente por mi parte alegrarme tanto como al saber que es *ella*, que la persona por la que hoy pierdo todos mis sentidos es la misma que me volvió loco entonces. Tiene los ojos cerrados cuando me inclino hacia ella y noto la ligera humedad de sus pestañas contra mi mejilla cuando mis labios tocan los suyos.

Sabe dulce. Como a vino y a algo que es inherentemente Cassie, y me encuentro acercándola para intentar probar más, algo que se está convirtiendo en un hábito cada vez que la toco. Como si, por mucho que la toque, nunca fuera suficiente.

Siento que sus dedos se cuelan bajo mi camisa y encuentran la piel levantada cerca de mi ombligo mientras se burla de mi cicatriz. Me estremezco al sentir su

tacto junto con el conocimiento de todo lo que conllevan esas marcas en nuestros cuerpos: la conciencia de todo lo que le he dicho y todo lo que he visto de ella cayendo sobre mí como una ola. ¿Cuántas veces deseé poder tocarla así? ¿Cuántas veces deseé saber si sus labios eran tan suaves como parecían?

¿Cómo es posible que, después de tanto tiempo, encontrara la respuesta a todas esas preguntas de una forma tan inesperada?

Debería llevarla a su habitación, lo sé, pero parece que no puedo dejar de tocarla el tiempo suficiente para hacerlo. Es como si le diera un centímetro y se me escapara de las manos. La empujo hacia la alcoba detrás de la escalera, con las manos en su cintura, en sus caderas y en todos los sitios que puedo alcanzar, mientras su lengua toca la mía y me pone un poco frenético.

Inclino la cabeza para apoyarle los labios en el hombro y la insto a que se gire, y solo duda un instante cuando me da la espalda y apoya las manos en la pared. Dejo vagar mi boca, acariciando la piel entre sus omóplatos de una forma que aún no había tenido ocasión de hacer. Siento cómo se estremece cuando mi lengua recorre la forma de su cicatriz, cómo su columna se curva y se dobla ante la insistente presión de mi boca, incluso cuando mis dedos encuentran los broches de su sujetador para abrirlos. Su espalda desnuda facilita la exploración y, si no me sintiera tan inquieto, podría pasarme toda la noche haciéndolo. Me digo que ya tendré tiempo más tarde.

Me ayuda cuando le quito el sujetador y lo dejo caer al suelo. Su respiración es agitada y, por un segundo, me quedo hipnotizado por la subida y bajada de sus pechos, como si me rogaran que los tocara. Le sostengo la mirada cuando me inclino para deslizar los labios sobre la turgencia, cierro los ojos y me concentro en el golpeteo de su pulso contra mi boca.

—Tu corazón late muy deprisa.

Se muerde el labio y me pasa los dedos por el cabello para apartármelo de la frente.

—¿Sabías que, en promedio, el corazón de las mujeres late más rápido que el de los hombres?

—Ah, ¿sí? —Mis labios se curvan contra su pecho y le doy otro beso, esta vez más desordenado para poder saborearla—. Es que *Snapple* nunca ha oído el mío cuando te toco.

Jadea cuando le rodeo el pezón con la boca y me quedo embelesado al ver cómo junta los labios, cómo me mira con los ojos encapuchados. Me pregunto si debería haberme dado cuenta de alguna forma; ¿cuántas veces la vi venirse desde la seguridad de mi monitor? Tengo la sensación de haberla visto de todas las formas posibles, todas aquellas noches, pero hay algo en el tiempo que hemos pasado juntos que me hace sentir diferente de lo que era entonces, y no puedo evitar preguntarme si es porque soy *yo* quien la toca, en lugar de ella misma. Me gustaría engañarme a mí mismo pensando eso.

Su piel también sabe dulce, el persistente sabor del vino que derramó me cubre la lengua mientras la dejo girar alrededor de un pico tenso. Acaricio el otro entre los dedos mientras dejo que una mano se deslice por su vientre, pasando por encima de las bragas para meterla dentro de ellas y ver lo mojada que está.

Mierda, ya está empapada.

—¿Es raro?

La suelto con un *chasquido* húmedo, levantando la cabeza para verla con más claridad.

—¿Qué?

—No sé... con todo lo que ha pasado... —Suelta una risa nerviosa—. Quiero decir, hay... muchas cosas que me pediste que hiciera.

Mis labios se inclinan y aprieto los dedos entre sus piernas, curvándolos para dejarlos deslizarse dentro de ella mientras su boca forma una silenciosa O.

—Recuerdo todo lo que te pedí que hicieras, Cassie.

—Mm. —Sus caderas se inclinan hacia mi mano mientras cierra los ojos—. Me gustó.

—¿Te gustaba que te dijera lo que tenías que hacer?

Ella asiente perezosamente.

—Mmmjum.

—Puedo hacerlo —le digo—. ¿Por qué no empiezas por quitarte esto?

Dejo que mis dedos salgan de ella para agarrar la parte delantera de sus bragas y

darles un tirón. Cuando saco la mano del todo y me pongo a su altura para ver si obedece, siento que me recorre una emoción familiar. Una cosa era mirar desde el otro lado de la pantalla cómo hacía lo que le pedía, pero esto es diferente. No se trata de una mujer sin rostro de la que estoy enamorado de forma imprudente, se trata de *Cassie*: cálida, suave y *real.* Una mujer que invade mis pensamientos cada día que pasa.

La observo mientras se baja los pantalones cortos por los muslos y la ropa interior lo acompañan hasta que se las quita de un puntapié y las deja caer sobre la alfombra. La luz de la puerta de entrada no es suficiente para iluminarla por completo, pero puedo distinguir todas sus suaves curvas, desde la turgencia de sus pechos hasta la ligera inclinación de su vientre y la redondez de sus caderas, que hacen que mis palmas se estremezcan por la necesidad de tocarlas. El color rosado de sus labios hace juego con las puntas apretadas de sus pezones, y sé por experiencia que ambos complementan el bonito rosa que hay entre sus piernas.

Todo en Cassie parece estar diseñado para volverme loco.

—No puedo creer que me haya pasado todo este tiempo preguntándome. —Mis nudillos rozan la parte superior de sus muslos mientras ella se estremece, y yo deslizo los dedos entre ellos, curvando la mano y arrastrándola hacia arriba—. Cómo sería tocarte. —Sus labios se separan en un jadeo silencioso cuando mis dedos se deslizan hacia delante y hacia atrás entre sus pliegues húmedos, y noto cómo mi polla presiona insistentemente contra mi cremallera—. No tenía ni idea de lo mucho *mejor* que sería de verdad.

—Aiden —suspira, sus finos dedos acarician la parte delantera de mis vaqueros —. Quítatelos.

—¿Aquí? —Empujo más profundo, sintiendo su apretón alrededor de mis dedos —. ¿Quieres que te folle aquí?

Su dedo se mete en mi cintura, tirando insistentemente.

—*Aiden*.

Parece como si estuviéramos en otro momento, uno en el que ella espera que le dé una señal, como si lo único que importara fuera lo que estoy a punto de pedirle. Me siento embriagado y un poco loco.

Me aprieta a través de la tela y yo siseo entre dientes.

—*Mierda*.

—Me gusta cuando dices palabrotas —dice con una risa entrecortada.

—¿De verdad?

Asiente.

—De verdad. —Sigo metiendo y sacando mis dedos de ella, apoyando la otra mano en su cabeza mientras veo cómo me toca—. ¿Quieres mi polla, Cassie?

Un escalofrío la recorre y apenas logra asentir temblorosa.

Inclino aún más las caderas hacia su mano.

—Bien.

Se muerde el labio mientras me desabrocha la cremallera y me baja los pantalones con las dos manos antes de acariciarme a través de los calzoncillos. Tengo que cerrar los ojos cuando me saca, sus manos cálidas y suaves mientras arrastra el puño de la base a la punta. Se pone de puntillas y deja que sus labios rocen los míos, acariciándome en un lento vaivén que me vuelve loco.

—Dime qué quieres que haga —murmura en mi boca—. Sabes que haré lo que quieras.

Ahora se desliza hacia el pasado conmigo, susurrando cosas que no había oído desde que las dijo en una habitación oscura con el rostro oculto. Oírlas es casi suficiente para que me corra en su mano, pero no es eso lo que quiero.

—Rodéame el cuello con los brazos —le insisto. Lamento la pérdida de su mano sobre mi polla cuando obedece de inmediato, pero sé que dentro de ella se sentirá mucho mejor—. Agárrate a mí.

Hace lo que le pido y saco la mano de entre sus muslos para agarrarla por las caderas. La levanto contra mí y la aprieto contra la pared mientras me rodea la cintura con las piernas. Estamos lo bastante cerca como para que mi polla se cuele entre sus piernas, cubriéndome de su calor resbaladizo mientras inclino las caderas lo justo para sentirla. La inmovilizo contra la pared y le susurro que se agarre fuerte, estiro la mano para subirme y quitarme la camiseta antes de dejarla caer al suelo. Inmediatamente me agarra por el cuello con los brazos, y apenas tardo nada en inclinarme lo suficiente para deslizarme dentro de ella.

Ella emite un sonido, entre un gemido y un quejido, y me inclino hacia ella para susurrarle al oído:

—*Shh.* —La acomodo para poder penetrarla más profundamente—. Tienes que estar callada, ¿recuerdas? Pórtate bien.

—Sí… *Ah.* —Sus talones se clavan en mi culo, sus dedos empujan mi cabello—. Lo prometo. —Ahora susurra como para probar su punto—. Sigue adelante.

Solo hace falta un ligero movimiento para meterme hasta el fondo, sus caderas a ras de las mías mientras ella se estremece. Me tomo un momento para serenarme y no correrme de inmediato dentro de ella, siempre es un peligro, por muy bien que se sienta, y dejo caer la frente sobre su hombro mientras la sujeto con las manos en las caderas.

—No te creerías lo mucho que he pensado en esto —resoplo—. Tenía tantas ganas de tocarte, Cassie. Entonces... ahora... siempre, carajo.

Me besa en la garganta, su lengua lame allí después.

—Puedes tocarme cuando quieras.

—¿Sí? —Inclino la cabeza hacia atrás para mirarla. Mis manos se deslizan hasta su culo, saliendo de ella un poco para volver a entrar—. ¿Cuándo quiera?

—*Sí* —sisea.

La levanto para apartarla de mí, lo suficiente para que me quede un poco dentro de ella antes de dejarla caer de nuevo.

—¿Así?

—Ah. —Su cabeza cae contra la pared—. Lo que quieras.

—Solo —gruño mientras la subo y la vuelvo a meter en mi polla con más fuerza —, te deseo.

—Así —jadea Cassie—. Mmm.

—¿Puedes venirte así? Dime lo que necesitas.

—Creo que si tú...

Se arquea para inclinarse contra la pared, tanto que tengo que sujetarle las

caderas con más fuerza para mantenerla erguida. Eso significa que cada vez que la penetro, choco contra ese lugar que la hace jadear, su cuerpo se sacude con cada golpe de mis caderas y sus piernas se aprietan aún más alrededor de mi cintura.

—*Justo ahí* —gime, esforzándose por bajar la voz—. *Oh*… No pares.

Como si eso fuera una opción ahora mismo.

Noto cómo me clava las uñas en los hombros, lo bastante como para dejarme una marca, pero el escozor apenas se nota porque ha empezado a ponerse tensa. Oigo el chasquido de los dedos de sus pies y siento el temblor de su cuerpo, prueba de que está al borde del abismo. Me cuesta agachar la cabeza para chupar la suave turgencia de sus pechos, pero necesito mi boca en ella, dondequiera que alcance. Siento que la presión aumenta en lo más profundo mientras empujo dentro de ella una y *otra vez*, con las piernas débiles y el pulso palpitante bajo cada centímetro de mi piel.

—Cassie, estoy... *mierda.*

La estrecho contra mí mientras nos estremecemos, su aliento me calienta la oreja mientras entierro mi rostro en su garganta. Mis dientes se hunden en la piel flexible de la curva de su cuello para ahogar mi gemido, y ella me da besos febriles en la mandíbula mientras intento bajar del subidón. La abrazo con fuerza, incapaz de soltarla. Solo me doy cuenta de que sigo abrazándola con fuerza, enterrado dentro de ella, cuando siento sus dedos empujándome el cabello mientras me acaricia el hombro en círculos relajantes.

Cuando por fin me aparto para mirarla, la sensación que me produce verla libertina, despeinada y satisfecha, sonriéndome como si le hubiera hecho un puto regalo, es indescriptible.

—Por favor, considera dejar propina —susurra.

Resoplo una carcajada, aturdido por la idea de que esto esté ocurriendo, de que ella esté aquí y de que tantas cosas se hayan juntado para que volvamos a estar juntos. Aún tengo la sensación de que podría ser un sueño, y quizá me preocuparía que lo fuera si no estuviera tan cálida y tan real entre mis brazos. Me pregunto cuántos días tenemos que pasar juntos para que sea socialmente aceptable considerar la idea de que estoy muy enamorado de esta mujer. Seguramente más de los que tenemos, pensaría yo.

Y lo que es aún más increíble es que incluso ahora, después de haberla tenido... ya la deseo de nuevo.

—¿Cuánto tiempo necesitas dormir?

Me enarca una ceja.

—¿De verdad? ¿Otra vez?

—Me has pedido propina —le digo con seriedad.

Se queda boquiabierta y me da una palmada en el hombro, pero sus ojos dicen que está más que dispuesta a sacrificar sus ocho horas. Sé que en algún momento tendré que dejarla dormir, soy consciente de ello.

Pero no va a ser pronto.



Capítulo 21

Cassie

Cuando noto la luz del sol en el rostro a primera hora de la mañana, mi primera reacción es de pánico. Me revuelvo en la cama y siento que Aiden se agita a mi lado mientras busco el teléfono en la mesilla de noche.

Son más de las siete. Uf.

Sophie no suele salir de la cama hasta las ocho y media, por lo menos. Sobre todo, los fines de semana. Aun así, hoy tengo exámenes, y como las actividades nocturnas de Aiden y mías me han impedido acordarme de poner el despertador, llevo veinte minutos de retraso. Bostezo mientras vuelvo a dejar el teléfono donde lo encontré, muevo los hombros y me estiro para intentar despertarme. Apuesto a que anoche solo dormimos cuatro o cinco horas, y me duelen músculos que ni siquiera sabía que existían hasta hoy, pero, aun así. Ver a Aiden acostado en mi cama, con el cabello cayéndole sobre los ojos y la boca entreabierta por el sueño... diría que merece la pena.

Anoche me llevé una sorpresa y un alivio inmensos; estaba tan convencida de que Aiden me pediría que me fuera que su comprensión me hizo caer de culo. Y lo que es aún más sorprendente es su *aparente* felicidad por saber quién soy, *quiénes* somos. Es como si me hubiera quitado un gran peso de encima, sabiendo que ya no hay secretos entre nosotros. Ahora siento que tal vez podamos darle a esto una verdadera oportunidad. Si eso es lo que Aiden quiere, claro. Soy muy consciente de que en nuestra frenética excitación que siguió a su descubrimiento anoche, Aiden y yo no tuvimos ocasión de hablar. Eso es algo que creo que tendremos que hacer en algún momento. Me sentiría mucho mejor sabiendo que no soy la única a la que le interesa esto entre nosotros más allá del aspecto físico.

Sé que aún estoy atrasada, y que debería estar metiéndome en la ducha, pero me siento codiciosa con él a mi lado como está. Su cuerpo parece demasiado grande para mi colchón matrimonial, con uno de sus gruesos brazos colgando por encima de su cabeza y el otro descansando sobre su estómago por encima de las sábanas, que se enredan alrededor de sus caderas. Hay cosas que se notan más fácilmente a la luz de la mañana y que no he podido apreciar en nuestros

habituales encuentros tardíos, como el suave rastro de vello que tiene en el pecho, más claro que el de la cabeza. Dejo que mis dedos lo recorran con cuidado mientras se remueve, no lo suficiente como para despertarse, pero sí para que su cuerpo se mueva y la sábana se deslice más por su cintura, dejándolo casi desnudo.

Y, desde luego, no me quejo por ello.

Vuelvo a mirar la hora en el teléfono y sopeso mis opciones antes de decirme a mí misma que el champú en seco existe por algo. Claro, probablemente no lo inventaron con el único propósito de tener aventuras sexuales de madrugada con tu caballero de brillante armadura perdido hace mucho tiempo, pero da igual. Con cuidado, me acerco a él y rozo ligeramente la mitad inferior de su cicatriz, que sobresale por debajo de su brazo. Después me inclino para apretarle los labios y noto cómo su piel se retuerce bajo mi boca, pero sus suaves ronquidos no cesan.

Sonrío mientras le doy otro beso más abajo, justo en la relajada V que tiene cerca de la cadera, pasando la lengua por allí mientras Aiden emite algún suave sonido en sueños.

Su polla se apoya pesadamente en el muslo y le echo un vistazo a s rostro mientras la recorro con un dedo. Ya tiene los muslos separados y una de las rodillas inclinada hacia un lado, así que no me resulta difícil introducirme entre ellos y acercarme a su parte más íntima. Me pesa en la mano cuando deslizo la palma por debajo, e incluso así noto cómo se retuerce.

Me pregunto cuánto podré hacer antes de que se despierte.

Soy cuidadosa con la lengua, recorriéndole toda la longitud con un roce apenas perceptible, y bajo mi otra mano, que está apoyada sobre su muslo, noto cómo se tensa. Doy vueltas con la lengua alrededor de la cabeza antes de intentar meter más, y noto cómo empieza a endurecerse en mi boca. Cierro los ojos y lo meto hasta el fondo, sin poder meterlo entero, pero compensando los centímetros sobrantes con el puño mientras agarro la base.

No me doy cuenta de que está despierto hasta que vuelvo a subir y abro los ojos al sentir el peso de la palma de su mano en mi nuca. Es difícil sonreír con una polla en la boca, así que, seguro que hago el ridículo, pero intento compensarlo metiendo la lengua por debajo de la cabeza para abarcar más.

Su voz es grave por el sueño, sus ojos están vidriosos y entrecerrados mientras me mira.

—Vaya manera de despertarse. —Ahora está completamente duro, por lo que es fácil besarlo a lo largo de su eje mientras gime en voz baja en su pecho—. ¿Qué hora es?

—Temprano —le digo—. Ella estará durmiendo un rato.

Sus pestañas se agitan cuando vuelvo a deslizar mi lengua por toda su longitud.

—Está bien.

—Pero hoy tengo laboratorio —le digo, dándole perezosos golpes con el puño —. Así que tengo que darme prisa.

Un lado de su boca se levanta.

—Si sigues tocándome así, no creo que el tiempo sea un problema.

Me gusta cómo me mira cuando lo meto en mi boca, como si fuera una criatura mítica que no puede creer que esté viendo. Es suficiente para que cualquier chica se sienta segura de sí misma. Muevo la cabeza para tomar todo lo que puedo, y sigo usando el puño para trabajar lo que mi boca no puede alcanzar.

Esta vez es más suave, sin la rudeza frenética de la última vez que lo tuve en la boca, pero disfruto de esta faceta suya tanto como de aquella. Me pregunto si habrá *alguna* faceta de Aiden que no me guste. La presión de su mano sobre mi cabello es leve, casi inexistente, pero eso también me embriaga. Me gusta ser la que manda por una vez.

Vuelve a apoyar la cabeza en la almohada, separa la boca y respira con más fuerza para incitarme. Noto cada sacudida contra mi lengua, cada pequeña presión de sus dedos contra mi cabello... y todo eso me hace querer llevarlo aún más al límite. Me doy cuenta de que no bromeaba cuando dijo que no tardaría mucho; apenas llevo más de un minuto con él en la boca y su respiración se ha reducido a una serie de jadeos y sus caderas se inclinan casi por reflejo cada vez que lo meto hasta el fondo.

—Cassie —dice con voz ronca—. Deberías... Voy a...

Sé exactamente lo que está diciendo, y tal vez sea arrogancia por mi parte, pero

me gusta esto. Me gusta porque parece que no puede evitarlo. Me gusta porque a él le gusta. Podría hacer esto tantas veces como hiciera falta para dejarle alucinado hasta el punto de que *ni siquiera* pudiera mirarse la polla sin imaginarse mi boca sobre él.

Aunque por la forma en que jadea, no creo que haga falta tanto.

Su cuerpo está imposiblemente tenso ahora, y sus dedos se han enredado un poco en mi cabello, pero estoy tan preocupada por la forma en que se hincha contra mi lengua que apenas siento nada. Trabajo el puño a la vez que la boca y oigo su gemido entrecortado antes de sentir el cálido chapoteo contra la parte posterior de mi garganta. Intento concentrarme en los sonidos que emite, en la forma en que su cuerpo se estremece debajo de mí, cerrando los ojos mientras trago todo lo que me da. La forma en que se queda sin un gramo de jugo después es intensamente satisfactoria, y hace que mis ojos llorosos y mi falta de aliento cuando me separo de él merezcan la pena. Parece aturdido mientras mira al techo, y apenas se mueve cuando me arrastro por su cuerpo hasta colocarme sobre su pecho.

—Buenos días —bromeo.

Aiden exhala un suspiro.

—Los despertadores van a parecer increíblemente deslucidos ahora.

—Seguridad laboral. —Me rio, disfrutando de mi pequeña broma. Me inclino hacia él para besarlo, y Aiden no parece disgustado en absoluto de que lo haya tenido en mi boca, tirando de mí para profundizar el beso. Después le doy un beso más suave—. Aunque tengo que salir de aquí. Me has costado la ducha.

—Me gustaría decir que me siento mal, pero...

Sonrío.

—Sí, no me gustaría dejarte como un mentiroso.

—Te devolveré el favor más tarde.

—Por supuesto. Tengo un recuento mental de orgasmos. No te preocupes.

—Vaya, sin presiones ni nada.

Mi sonrisa aumenta un poco más y le doy un último beso.

—Tengo que recoger mi auto del taller después de clase, así que recogeré a Sophie del restaurante más tarde, ¿de acuerdo?

—¿Lo arreglaron?

—Aparentemente la luz de revisar el motor no es algo que simplemente ignoras y esperas que desaparezca.

—Podría llevarte a clase, ¿sabes? —insiste.

Es una conversación que hemos tenido varias veces desde que mi viejo cacharro me dejó tirada, y ahora pongo los ojos en blanco como todas las demás veces.

—Puede que sea la única persona de esta casa que no guarda rencor al transporte público.

Me pellizca el culo y grito.

—Al menos me alegro de que esté arreglado.

—Mi pedazo de chatarra un poco menos roto y yo estaremos perfectamente bien para venir a buscar a Sophie después de clase.

—Seguro que estará esperando ansiosa a que la salves —resopla.

Me aparto de él, sintiendo sus ojos clavados en mí, pero sin odiar la atención, y le devuelvo la mirada antes de dirigirme al baño para arreglarme a toda prisa.

—¿Quizá hoy ella le dé otra oportunidad a tus panqueques?

Me rio mientras cierro la puerta del baño tras de mí, oyéndolo rezongar todo el camino.

El resto del día no va tan bien como la mañana.

El despertar que le había dado a Aiden no me había hecho salir tarde de casa oficialmente, pero como salí más tarde de lo habitual, el atasco en el que se metió el autobús después de un accidente definitivamente me hizo llegar tarde.

Entre la tarea que no había hecho esta semana y el retraso de casi treinta minutos en mi primer laboratorio, mi profesor me regañó para que me concentrara. Esto me ha afectado durante todo el día y me ha hecho dejar caer cosas que no debía y anotar cosas de forma incorrecta, cometiendo todo tipo de errores que normalmente no cometería si no hubiera estado tan nerviosa.

Estoy agotada cuando salgo del campus y el viaje de vuelta a San Diego me parece mucho más largo de lo normal. Recoger el auto ayuda, pero la cuantiosa factura, desde luego, no. Diablos, antes de convertirme en la niñera de Sophie, esta misma factura habría significado comer ramen de microondas durante una semana o dos.

Estoy tratando de salir de mi estado de ánimo sombrío poniendo a todo volumen la discografía de *Taylor Swift* de camino al restaurante, pero incluso mi *Spotify* parece estar hoy en mi contra, poniendo demasiado *evermore* y muy poco *Red*. Es como si el universo *quisiera* que llorara hoy.

Perra caprichosa, te lo digo.

He ido varias veces al restaurante de Aiden a recoger a Sophie desde nuestra primera entrevista, y aunque la camarera ya no me mira tanto por mi spray corporal, parece tener una opinión sobre mis zapatos, si la forma en que mira mis Chucks gastadas cada vez que cruzo la puerta sirve de indicación. Esta noche ni siquiera la saludo con la mano y me dirijo directamente a la cocina. Tengo que pasar por la zona del bar para llegar allí, pero he desarrollado una buena rutina de moverme entre los camareros sin estorbarles mientras atravieso las puertas dobles que llevan a la zona de la cocina.

Soy plenamente consciente de que ahora mismo no estoy de muy buen humor, pero no puedo fingir que ver a Aiden en plan *chef ejecutivo*; dando órdenes a los demás chefs y mirando por encima del hombro con discernimiento mientras lleva esa chaqueta que probablemente no debería atraerme tanto, me ayuda un poco. Al principio no se fija en mí, demasiado ocupado criticando un estofado de alguna carne que está en una sartén fuera de mi vista.

Sophie está sentada en su taburete habitual, en un rincón seguro cerca de los lavabos, me saluda con la mano cuando me ve y apoya su Switch en la encimera antes de bajar de un salto de su asiento.

—¿Podemos irnos a casa? —Dirige una mirada cautelosa a su padre—. Papá

está de mal humor.

Es como si estuviéramos unidos o algo así.

—¿Qué pasó?

Sophie se encoge de hombros.

—No lo sé. Algún cliente estaba enojado por algo.

—Vaya.

Vuelvo a mirar a Aiden, todavía regañando a quien supongo que es uno de sus sous-chefs, preguntándome si sería mejor escabullirme y enviarle un mensaje. No quisiera empeorarle la noche. Antes de que pueda tomar una decisión, Aiden por fin se da cuenta de que estoy al otro lado de la cocina, y su expresión cambia inmediatamente mientras le dirige unas últimas palabras a su sous-chef antes de acercarse.

—Hola —dice, sonriendo con ojos cansados—. ¿Qué tal el día?

Pongo los ojos en blanco.

—Parece que tan bien como el tuyo. ¿Qué pasó?

—Una mierda —refunfuña Aiden—. No miré un filete que salió demasiado hecho, y me lo devolvieron con una bonita nota sobre si merecemos o no nuestras estrellas.

—Ay. —Hago una mueca—. Parece que son muy divertidos en las fiestas.

—¿Qué pasó con tu día?

Sé que si le digo que he llegado tarde hoy se culpará, y como ha sido decisión mía retrasarme y disfrutar de él esta mañana, no quiero empeorarle la noche con quejas innecesarias.

Me encojo de hombros sin compromiso.

—Solo un día aburrido. Nada en particular.

—Lo siento —me ofrece.

Le hago un gesto para que se vaya.

—Eh. Está bien.

—Sophie. —Aiden se dirige a su hija—. ¿Por qué no vas a buscar tus cosas a la oficina?

—¡De acuerdo!

Cuando estamos solos, Aiden me mira de reojo.

—Tengo muchas ganas de besarte ahora mismo.

—¿Cómo de chismosos son tus chefs?

—Oh, el mundo entero lo sabría antes de que llegues a tu auto.

Esto me hace reír.

—Será mejor que no te arriesgues entonces.

Aiden asiente como si estuviera de acuerdo, pero su boca dice otra cosa. Su mandíbula se aprieta mientras duda en continuar, parece como si estuviera luchando con algo.

—Sabes —empieza—. Mi jefe dará una fiesta el próximo fin de semana.

Me sobresalto.

—¿Una fiesta?

—Para su cumpleaños. Lo hace todos los años.

Supongo que me está diciendo que Sophie y yo pronto tendremos una noche a solas.

—Oh. —Muevo la cabeza sin rumbo—. Suena divertido.

—Pensé que tal vez podríamos ir juntos.

Esto me toma desprevenida.

—¿Qué?

Tímida es una mirada extraña para un hombre tan grande, pero no poco atractiva.

—¿Como una cita?

Me quedo boquiabierta.

—Pero... ¿qué le diríamos a Sophie?

—Bueno. —La mano de Aiden se extiende lo suficiente como para que su meñique roce el mío, y apenas puede llamarse roce, pero me hace estremecer igualmente—. Supongo que le diremos la verdad.

Siento que el corazón empieza a latirme más deprisa, un fuerte aleteo se enciende en mi vientre ante la seriedad de la expresión de Aiden.

—¿Y te parece bien?

—Al final se va a enterar —me dice—. No es como si fueras a irte a alguna parte pronto. —Hay un destello de incertidumbre en sus rasgos, como si él mismo no estuviera del todo seguro y buscara consuelo al respecto—. ¿Verdad?

Mi boca se abre y se cierra como si estuviera imitando a un pez de colores; pensaba que pronto tendríamos que hablar de lo que somos y de adónde nos vemos yendo, pero nunca esperé que Aiden se lanzara a ello de cabeza y sin vacilar. Apenas he tenido tiempo de hacerme a la idea, y Aiden está dispuesto a poner todas las cartas sobre la mesa. Me parece un poco temerario, y un mucho entrañable, pero en última instancia, es una respuesta fácil.

—No —le digo—. No lo haré.

Su sonrisa es brillante, tanto que casi me deja sin aliento, y ahora siento una intensa necesidad de *besarlo.*

—¿Entonces? ¿Quieres ir?

—¿Es elegante? Dudo que tenga un vestido que sirva.

—Deja que yo me preocupe de eso —me insta—. Di que irás.

Me muerdo el labio mientras lo pienso, aún preocupada por cómo se tomará Sophie esta noticia, pero demasiado eufórica por la idea de que Aiden *quiera* decírselo como para siquiera contemplar la idea de decir que no. Porque, ¿a quién quiero engañar? De todas formas, no voy a hacerlo. Temeraria o no, sé que estoy tan dispuesta a lanzarme de cabeza como él. ¿Cómo podría no estarlo?

—Sí —le digo—. Quiero ir.

Otra sonrisa de distracción por las molestias.

—Entonces es una cita.

Es una cita.

He tenido muchas primeras citas antes, pero creo que nunca he tenido una con un chico con el que ya me estoy acostando. Y aun así me siento mil veces más emocionada por esta que por cualquier otra. Prácticamente me siento como si me acabaran de invitar al baile de graduación.

Sophie vuelve antes de que tenga tiempo de decir algo más, pero creo que la sonrisa bobalicona que se me dibuja en el rostro y que no consigo borrar probablemente dice más que suficiente. Al menos la de Aiden es ligeramente parecida, así que no me siento completamente ridícula.

—¿Podemos ver *Encanto* después de cenar?

Normalmente me quejaría, es una buena película, pero ya la hemos visto una docena de veces, pero extrañamente ni siquiera me siento molesta. Le doy una palmada en la cabeza con la misma sonrisa.

—Claro, podemos verla.

—Sí. —Se gira para abrazar a Aiden—. Adiós, papá. Te quiero.

—Adiós —responde él, apretándola en un abrazo—. Yo también te quiero.

Sophie pasa a mi lado corriendo y le echo una última mirada a Aiden antes de seguirla.

—¿Nos vemos luego?

—Sí. —La mirada que me dirige es intensa, el verde y el marrón de sus ojos parecen más cálidos de lo habitual—. Lo harás.

Tardo al menos una hora en dejar de sonreír.

Mi corazón late muy rápido. Esto podría ser un terrible error. Podría ser alguien totalmente diferente de lo que parece.

Pero eso no parece disuadirme lo más mínimo.

Y sigue esperando mi respuesta.

—Yo también quiero verte —musito—. Verte de verdad.

Oigo su exhalación, apresurada, como si hubiera estado conteniendo la respiración.

Tiendo la mano hacia la máscara, pero él me detiene, emitiendo un sonido de protesta.

—Pero dijiste...

—Quiero poder tocarte cuando te vea por primera vez —dice. Siento calor en el vientre—. Porque cuando te vea... tengo la sensación de que no podré parar.

Capítulo 22

Cassie

No se lo contamos a Sophie hasta el día de la fiesta. Probablemente no sea lo más inteligente que hayamos hecho alguno de los dos, dar largas al asunto, pero creo que Aiden ha estado muy nervioso por su reacción como yo. Está sentada en el sillón frente al sofá, sus dedos entrelazados debajo de su barbilla como un jefe de la mafia mientras nos mira pensativamente.

—Entonces... ¿son como novio y novia?

Aiden y yo compartimos una mirada y niego con la cabeza. Esa es de él.

—Sí —responde, aclarándose la garganta—. Estamos saliendo.

Sophie mira de mí a su papá y luego a mí otra vez.

—¿Por qué lo mantuvieron en secreto?

—No estábamos tratando de mantenerlo en secreto —insto—. Nosotros solo…

—No queríamos confundirte —finaliza Aiden.

Su carita sigue tan inexpresiva como un lienzo en blanco. La forma en que nos mira es casi suficiente para hacerme retorcer; se siente como si le estuviera contando a mi padre acerca de mi primer novio, lo cual es hilarante ya que sé que a él no le hubiera importado una mierda. Claramente, contarle a Sophie es una experiencia mucho más estresante.

—Sé lo que son las citas —dice Sophie—. Es como besarse y esas cosas.

Me doy cuenta de que Aiden parece que preferiría estar en cualquier otro lugar.

—Y salir juntos —dice, ignorando ese comentario—. Como esta noche. Quiero llevar a Cassie a una fiesta.

—En una cita —aclara Sophie.

—Sí —dice—. En una cita.

Sus ojos se estrechan, como si estuviera pensando. Parece el maldito padrino. Como un señor del crimen de un metro treinta y cinco. O tal vez estoy proyectando.

—Pero Cassie sigue siendo mi niñera. ¿Correcto?

—Por supuesto que lo soy —le aseguro—. Nada de eso cambiará.

Su nariz se arruga.

—¿Tienen que besarse?

—Podemos tratar de mantener los besos al mínimo —ofrece Aiden, aunque estoy bastante segura de que tiene la intención de seguir haciéndolo tanto como sea posible fuera de la línea de visión de Sophie—. Si eso te hace sentir más cómoda.

—Es *asqueroso* —dice, haciendo un sonido de *puaj*.

Esto me hace reír.

—No pensarás eso un día.

—Sí, lo haré —argumenta.

Aiden resopla.

—Para siempre, espero. —Mira a su hija cuidadosamente entonces—. Estás... ¿bien? ¿Con esto? Es muy importante para mí que estés de acuerdo con todo esto, Soph.

—Oh. Está bien. —Se encoge de hombros—. Pero si se separan, quiero mantener a Cassie como mi niñera.

—Me alegra saber dónde estoy en la pirámide de tus prioridades —murmura Aiden.

Palmeo su hombro, sonriendo.

—No lo olvides.

—¿Puedo ir a jugar con mi *Switch* ahora? Casi le gano al jefe la última vez.

—Sí, puedes irte —le dice Aiden—. Si estás segura de que estás bien.

Se mueve para irse, pero se vuelve con una expresión desconcertada.

—Espera. ¿Adónde iré esta noche?

—Oh —interrumpo—. Bueno. Si te parece bien, Wanda preguntó si querías salir con ella esta noche.

Sus ojos se iluminan.

—¿Puedo quedarme a dormir?

—Sophie —interviene Aiden—. Estoy seguro de que Wanda no tenía la intención de que...

—Le preguntaré —interrumpo, sabiendo que a Wanda no le importará. Me dirijo a Aiden—: Probablemente le encantaría, sinceramente. Siempre y cuando estés de acuerdo con eso.

Frunce el ceño.

—Si estás segura de que no la molestará.

—Wanda será la primera en avisarme si es así. —Me rio.

Mando a Sophie arriba, esperando hasta que se haya ido para apoyar mi cabeza en el hombro de Aiden, sonriéndole.

—Eso fue relativamente indoloro.

—¿Soy el único que se sintió cómo si estuviera en una entrevista?

—Oh, no, definitivamente tenía una vibra de *Don Corleone.*

Aun mira con el ceño fruncido las escaleras por donde desapareció.

—Es bueno que se lo hayamos dicho, ¿verdad? Odio mentirle, de todos modos.

—Creo que estará bien —le aseguro—. Sophie es una niña inteligente. Se habría dado cuenta eventualmente.

—Probablemente tengas razón.

Alcanzo a pasar un dedo por su mandíbula.

—Especialmente porque no veo que todo el asunto de «besos al mínimo»

funcione muy bien.

Se burla.

—¿Estás insinuando que no puedo mantener mis manos quietas?

No respondo, en lugar de eso bajo la mirada y toco el dorso de su mano que descansa sobre mi rodilla donde sus dedos inconscientemente han estado trazando un círculo durante los últimos diez minutos.

Aiden pone los ojos en blanco.

—Bien, lo entiendo.

—Entonces, espero que te hayas asegurado de que mi ramillete combine con mi vestido. Espero fanfarrias esta noche.

—Fanfarrias —repite, sacudiendo la cabeza mientras se ríe—. Bueno, no te compré un ramillete, pero te compré un vestido.

Me alejo para levantar una ceja hacia él.

—¿Cómo supiste mi talla?

—Yo... Podría haber buscado en tu armario —dice tímidamente.

Me tapo la boca con la mano en un falso jadeo dramático.

—Oh, Dios mío, lo siguiente que escucharé es que estarás rebuscando en mi cajón de ropa interior.

—Prefiero tu ropa interior en el suelo más que en tu cajón.

Contengo una sonrisa, girando mi rostro hacia mi regazo para que no pueda ver mi sonrojo. Trazo un círculo en el dorso de su mano que aún descansa sobre mi rodilla.

—Entonces... Tengo curiosidad por este vestido. ¿Qué tipo de vestido me compraría Aiden Reid?

—Algo con un escote cuestionable.

Niego con la cabeza amonestadoramente.

—Pervertido.

—Tal vez. —Se ríe.

Se inclina entonces como si fuera a besarme, pero me estiro entre nosotros para cubrir su boca con mi mano.

—Oye, ahora. Besos al mínimo.

Grito cuando me lame la palma de la mano, retirándola mientras su mano sale disparada para agarrar mi muñeca y así poder acercarme más. Me mantiene agarrada mientras cubre mi boca con la suya, mis protestas burlonas no se comparan con la suavidad de sus labios. Tararea satisfecho mientras se demora por un momento, solo alejándose cuando me he derretido por completo en él.

—Eso tendrá que ser hasta más tarde —murmura.

Solo me doy cuenta en este momento exacto que *más tarde* significa una casa entera para nosotros después de nuestra primera cita oficial, por primera vez desde que estoy aquí, y viendo la forma en que Aiden me mira, tengo que asumir que está pensando en ese hecho también. Toma todo lo que tengo para mantener mi voz firme incluso cuando hablo de nuevo.

—Entonces —digo de una manera totalmente normal que no traiciona el hecho de que estoy pensando en sexo desinhibido en el futuro—. Veamos este vestido.



—Tranquilo. —Me rio mientras nos detenemos frente a la puerta de Wanda.

Aiden se ajusta la corbata (probablemente podría escribir un ensayo completo sobre por qué Aiden debería usar corbata todos los días, porque mierda), haciendo esa misma mueca nerviosa que me hace querer reír cada vez que lo miro.

—¿Por qué se siente como si estuviera conociendo a tus padres?

—Bueno, Wanda está más cerca de eso que mis padres reales. No está demasiado lejos tu nerviosísimo.

—Bien. Mierda. Lo lamento.

—Mala palabra, papá —reprende Sophie a nuestro lado.

—Lo sé —se disculpa—. Lo siento.

Sophie se inclina para mirar a su padre desde mi lado.

—¿Papá, le tienes miedo a Wanda?

—No le tengo miedo a Wanda —argumenta.

Empujo a Sophie con el codo.

—Le tiene mucho miedo a Wanda.

—*No* tengo miedo de…

Aiden se queda en silencio cuando la puerta finalmente se abre, Wanda abre la puerta con sus zapatos de casa, su bata y su pijama de franela rosa. Básicamente, el polo opuesto de intimidante. Eso no evita que Aiden se quede rígido como una estatua a mi lado. Ella le sonríe brillantemente a Sophie, quien inmediatamente la abraza rápidamente, y Wanda se inclina hacia ella mientras acaricia la cabeza de la niña. Ver la forma en que Wanda se ilumina con Sophie me hace sentir confusa por dentro.

Wanda le da a Sophie una mirada seria.

—¿Estás lista para que te apalee en *gin rummy* esta noche?

—¡No! Voy a ganar esta vez. He estado practicando.

Wanda no parece convencida y me lanza una mirada.

—Tiene un largo camino por recorrer antes de que empiece a arrastrarla al casino conmigo.

Aiden todavía está completamente mudo a mi lado durante todo esto, y Wanda no lo reconoce al principio. No hasta que dirige a Sophie a la casa para que busque su mazo de cartas. Sophie nos da un adiós apresurado, pero puedo decir que ahora tiene prioridades más altas que nosotros.

El rostro de Wanda pierde su amable calidez cuando finalmente se vuelve hacia Aiden, sus manos se mueven hacia sus caderas mientras lo mira de arriba abajo.

—¿Eres Aiden?

Asiente rígidamente.

—Sí, señora.

—Nada de esas cosas de señora. Wanda está bien.

—Bien, Wanda. Lo siento.

Wanda frunce los labios mientras da golpecitos con el pie.

—Tienes una niña increíble ahí adentro —le dice.

—Gracias —responde Aiden—. Ella habla muy bien de ti. Agradecemos que la cuides esta noche.

—Bueno, ya que me arrebataste a esta. —Señala con el pulgar en mi dirección —. Me viene bien la compañía.

Aiden parece que quiere derretirse en el suelo, y tengo que obligarme a no reírme.

—Lo siento por eso —ofrece—. Yo, ah, no quise arrebatársela.

Wanda mira en mi dirección entonces, silbando.

—Mírate —me alaba—. Ese vestido hace que tu trasero se vea increíble.

Bajo la barbilla, batiendo mis pestañas hacia ella mientras me giro para mostrarle mi perfil lateral.

—¿Verdad? Aiden lo eligió.

—¿Oh? —Mira a Aiden, luciendo divertida—. ¿Lo hizo?

Deslizo mis manos sobre el material negro sedoso que me abraza como un guante, acariciando la redondez de mis caderas mientras asiento.

—Lo hizo bien.

—Estoy segura de que no estaba pensando en tu trasero cuando lo compró —bromea.

Me vuelvo de nuevo para mirar el trasero en cuestión.

—Estoy bastante segura de que esto no sucedió por accidente.

Cuando miro furtivamente en dirección a Aiden, noto que las puntas de sus orejas están rojas, y decido dejar de bromear. Puede que nunca me saque de nuevo si piensa que esto es lo que tiene que esperar. Trato de decirle a Wanda con mis ojos que pare, pero no funciona en lo más mínimo.

—Entonces, Aiden. —Se inclina para bajar la voz—. No estarás todavía mirando esas cámaras de tetas, ¿verdad?

—*Wanda* —le advierto—. Ay Dios mío.

Aiden parece estar a unos tres segundos de sufrir un cortocircuito, y puedo sentir mi cuello ardiendo de mortificación. Absolutamente nunca me va a invitar a salir de nuevo. Wanda finalmente sonríe cuando empiezo a rogar en silencio por la muerte, soltando una carcajada mientras le da una palmadita en el pecho a Aiden.

—Te estoy tomando el pelo, muchacho. —Se ríe—. Sé bueno con mi chica, ¿de acuerdo?

Aiden asiente mecánicamente.

—Sí. Por supuesto.

—¿Te dijo que tengo una cadera falsa? Si le rompes el corazón, yo...

—Está bien —interrumpo—. Será mejor que nos vayamos. Tienes nuestros números, así que, si necesitas algo...

Wanda todavía se está riendo, y le doy una mirada que dice que la mataré más tarde.

—Ustedes, niños, vayan a divertirse —dice, ahuyentándonos—. Manejaré al pequeño terror.

—En serio —insta Aiden—. Llámenos si necesita cualquier cosa.

—No te preocupes —dice Wanda con una sonrisa—. Tengo esto, papá.

Nos saluda con la mano mientras cierra la puerta, gritando algo sobre barajar las cartas antes de que la puerta se cierre detrás de ella. Aiden no se mueve inmediatamente para irse, aun luciendo aturdido cuando sus ojos encuentran los míos.

—No puedo decir si me odia o no.

—Oh. —Me rio—. Te ama.

Asiente.

—Bueno, está bien entonces.

—Vamos —le digo, alcanzando la seda roja de su corbata y dejándola deslizar entre mis dedos—. Vamos a sacarle partido a este vestido.



El lugar de trabajo de Aiden se ve diferente cuando no está lleno de clientes parlanchines y mesas abarrotadas. El propietario ha cerrado la mayor parte del restaurante, excepto el comedor principal, donde ha dispuesto grupos de mesas para el personal. Noto a la anfitriona que siempre me está mirando (Aiden me ha informado que su nombre es Laura y que es solo su cara de siempre) en una mesa cercana con uno de los camareros, y asiente cuando nuestros ojos se encuentran. Tal vez incluso me da una sonrisa, no puedo decir.

Tal vez en realidad es solo su cara.

La iluminación es el brillo apagado habitual que se siente romántico, y cuando Aiden me guía por el espacio y me ayuda a sentarme en una de las elegantes sillas en las que no me he sentado desde nuestra extraña primera reunión, me doy cuenta de que se trata de una *cita*. Hace que mi corazón lata más rápido mientras me acomodo en mi silla, Aiden toma la que está frente a mí y me da una cálida sonrisa cuando me atrapa mirando.

—¿Qué?

—Es gracioso —le digo.

—¿Qué lo es?

—La última vez que estuvimos aquí así, casi te escupo.

—Fue muy lindo —me dice.

—¿De verdad?

—¿Qué tan espeluznante me hace parecer si te digo que me hizo pensar en tu boca por el resto de la noche?

—Increíblemente espeluznante —digo inexpresiva—. Directo a la cárcel.

Su sonrisa se ensancha.

—Me aseguraré de no contarte ninguno de los otros pensamientos espeluznantes que he tenido sobre ti desde que te mudaste.

—Oh, de ninguna manera —protesto—. Quiero saber todo. Ya sé que eres un pervertido, de todos modos.

—Pero ¿qué tan espeluznante suena si digo que solo quiero ser un pervertido contigo?

Dejo escapar un suspiro, alcanzando el pequeño bolso que he traído como si fuera a buscar mi teléfono.

—Vaya. Sí. Voy a llamar a la policía. —Aiden se ríe y dejo de actuar mientras le devuelvo la sonrisa—. Está bien. Pasé la mayor parte de esa primera noche pensando en tus manos, así que estamos a mano.

—¿Mis manos? —Se mira los dedos con el ceño fruncido—. ¿Qué hay con ellas?

—Son muy grandes.

—¿Y?

—Y ya sabes lo que dicen de los tipos con manos grandes.

Levanta una ceja.

—Vaya. Ahora, ¿quién es la pervertida?

—Supongo que estamos hechos el uno para el otro —digo con un chasquido de mi lengua.

Su expresión se suaviza.

—Sí.

Veo que alguien se acerca a nuestra mesa entonces, un hombre de mediana edad que no puede tener más de cincuenta años, a juzgar por su ralo cabello gris. Saluda con la mano cuando atrapa la mirada de Aiden mientras se acerca. Está vestido con un traje negro y una corbata a juego, se ve más elegante que los demás asistentes a la fiesta, y tengo que asumir que este es el jefe de Aiden.

—¡Aiden! Estoy tan contento de que vinieras. Estaba seguro de que me ibas a dar la vieja frase de «las fiestas no son lo mío» de nuevo este año.

—Ah, bueno. —Noto que Aiden se sonroja—. Pensé que sería bueno salir por una vez.

El hombre me sonríe entonces, sus dientes apenas visibles debajo de su grueso bigote canoso.

—Y tu encantadora cita no tendrá nada que ver con eso, estoy seguro. —Extiende su mano—. Joseph Cohen, querida. Soy el dueño de este viejo lugar.

—Es hermoso —le digo—. Soy Cassie.

—Cassie —repite—. ¿Cómo un tipo tan feo consiguió a alguien atractiva como tú?

Puedo decir que está bromeando, notando la forma en que Aiden pone los ojos en blanco desde detrás de Joseph, y me encojo de hombros mientras levanto las manos con fingida incredulidad.

—Me cortejó. Estoy hablando del nivel de cortejo de poemas fuera de mi ventana.

—No tengo ninguna duda. —Se ríe Joseph. Señala con el dedo a Aiden—. Me gusta esta. —Luego a los dos—: Diviértanse esta noche, ¿sí? Tomen un poco de vino. Bailen un poco. Es mi cumpleaños, así que insisto.

—Odiaría ofenderte al no aceptar vino gratis —digo con seriedad.

Joseph suelta otra carcajada.

—Exactamente. —Palmea el borde de nuestra mesa—. Tengo que hacer las rondas. A todos les encanta una visita de su jefe en su noche libre, ¿verdad?

Espero hasta que está fuera del alcance del oído antes de inclinarme sobre la mesa.

—Bueno. ¿Es eso una actuación, o tu jefe es genial?

—No. —Se ríe Aiden—. Él es así. Se arriesgó por mí cuando me dio este trabajo. Fui sous-chef en un restaurante de tres estrellas durante un par de años después de que salí de la escuela, y no me gustaba ninguno de los otros lugares a los que estaba aplicando. Joe entró un día por capricho y le gustó tanto la comida que pidió conocer a quien la había preparado. Insistió en que viniera para una entrevista, y bueno, el resto es historia.

—Suena genial —le digo—. Definitivamente es mejor que te guste tu jefe que trabajar para un imbécil.

La boca de Aiden se tuerce.

—¿Y lo sabes por experiencia personal?

—Oh, absolutamente. Mi jefe es un verdadero tipo duro. Muy exigente.

Aiden entrelaza sus dedos mientras se inclina más cerca.

—Estaría feliz de ser más exigente, si quieres.

El calor se acumula en mi vientre, y tengo que recordarme a mí misma que todavía tenemos bebidas, cena y baile antes de que pueda quitarme este vestido. No es que Aiden parezca tener ninguna intención de facilitar la espera. Trato de no parecer afectada a pesar de que ahora estoy presionando mis muslos juntos, asintiendo hacia la barra libre.

—Creo que será mejor que me invites una bebida primero.



El resto de la noche parece pasar como un borrón; la cena es un plato de carne increíble que no puedo pronunciar, pero se derrite en mi boca, y después del plato principal, sacan un sorbete de mora que me dan ganas de vivir dentro de su congelador. Si no estuviéramos en un restaurante de cinco estrellas, probablemente habría limpiado el tazón a lameduras. Joseph viene y se sienta con nosotros por un rato entre platos, contando historias sobre Aiden y el

restaurante y todo tipo de anécdotas divertidas en el medio. En algún momento, una mujer comienza a cantar suavemente desde los altavoces superiores, una canción en francés que no puedo entender, y observo cómo la gente comienza a moverse de sus mesas para encontrar el piso abierto en el centro de la habitación.

Ahora, soy una mujer de veinticinco años que ha salido, cenado y bailado en más de una ocasión antes de esta, pero cuando Aiden se levanta de su silla para ofrecerme su mano y en voz baja me invita a bailar, me siento francamente mareada. Casi como si fuera la primera vez.

Me guía hacia la pista y me acerca a él, sus amplias palmas se posan en mis caderas como un peso cálido y agradable a través de la seda de mi vestido. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y le sonrío tímidamente cuando comienza a moverme al ritmo de la música; no hay nada intrínsecamente complicado en la forma en que lo hace, solo un movimiento lento de nuestros pies de un lado a otro, pero me siento agitada de todos modos.

—En cuanto a las primeras citas —le digo—, esta ha puesto el listón bastante alto.

Siento su pulgar deslizarse contra mi cadera.

—Es bueno saberlo. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve una primera cita.

—Yo también —admito. Y luego un poco más tranquila—: Más de un año.

Su sonrisa es débil y apenas existe, pero puedo distinguirla.

—Yo también.

—A veces nada de esto parece real —admito—. Sigo esperando despertarme en el sofá de Wanda.

—¿Cómo crees que me siento yo? Tengo que convencerme todos los días de que alguien como tú quiera estar conmigo.

—Um. Accione los frenos allí, Sr. Reid. No pretendamos que no eres una estación de tentación de metro ochenta y ojos sexuales.

—¿Ojos sexuales?

—Oh, vamos. Son tan bonitos que ni siquiera es justo.

Siento su mano deslizarse minuciosamente por mi costado para presionar mi cintura solo para volver a bajar como si solo sintiera mi forma. Hace que mi estómago se revuelva.

—Creo que los tuyos son más bonitos.

—Tú, mi amigo, estás loco.

Su risa es tan baja que casi podría perderla por encima de la música, pero luego se inclina para que pueda sentir el calor de su aliento en mi oído, haciéndome temblar.

—Me haces sentir loco, Cassie.

Cierro los ojos cuando siento la suave presión de sus labios en mi mandíbula, mis rodillas dan un ridículo bamboleo que pensé que era solo una cosa en las películas.

Hemos estado en esta fiesta por más de una hora, más cerca de las dos, en realidad, y de repente todo lo que estoy pensando es en salir de este elegante lugar y volver a la casa de Aiden para hacer cosas mucho menos elegantes. Las cosas que quiero hacer incluso podrían llamarse francamente groseras, para algunos.

Tengo que presionar los dedos de mis pies para acercarme a su oído, bajando mi voz a un susurro.

—¿Cuánto tiempo más tienes que quedarte?

Lo siento tensarse cuando mi uña juguetea con el cuello de su camisa en la parte de atrás de su cuello.

—Todo el tiempo que quieras —murmura, acercándome más a él.

—Creo que estoy lista para irme, Sr. Reid.

Hace un sonido bajo en su garganta que pone mis rodillas en peligro de nuevo, apretando mi cadera por si acaso.

—Entonces vamos a llevarte a casa.

Casa.

Extrañamente, la palabra me hace temblar.

Estoy increíblemente agradecida de que no tengamos que esperar por la cuenta.



No tengo idea de cómo entramos a la casa, y mucho menos de cómo subimos dos tramos de escaleras hasta el dormitorio de Aiden. No tengo tiempo para dejar que se asiente que esta es la primera vez que estoy en la habitación de Aiden, ya que nunca hemos sido lo suficientemente valientes como para acercarnos sigilosamente con Sophie normalmente al final del pasillo. En algún lugar en el fondo de mi mente soy consciente del esquema de color general de la habitación de Aiden; es el mismo negro y gris en todas las demás facetas de la casa, pero es un pensamiento *muy* distante. No tengo exactamente tiempo para burlarme de él ahora mismo. No con la forma en que sostiene mi rostro, lamiendo la lengua contra la mía mientras busco a tientas los botones de su camisa.

Ya ha arrancado el pasador que sostiene mi cabello, sus dedos se enredan en la espesa masa mientras su palma se desliza por mi muslo para levantar mi vestido. Gime cuando abro su camisa, mis manos recorren su pecho y hombros para tirar de su cabeza, tratando de profundizar el beso de alguna manera. Todo acerca de esta noche se siente de alguna manera *más* que cualquier otro momento en el que hayamos estado juntos; una combinación embriagadora de la cita y sincerarnos con Sophie hace que todo esto se sienta más real de alguna manera.

No vuelvo a bajar de mi euforia relacionada con los besos hasta que lo siento desabrochar la cremallera en la parte trasera de mi vestido; ya me las arreglé para trabajar su camisa y desabrochar la bragueta de sus pantalones cuando recuperé mis sentidos.

—Espera, espera.

Los ojos de Aiden son salvajes cuando se aleja de mí.

—¿Esperar?

—El vestido —resoplo—. Tengo que colgarlo.

—A la mierda con el vestido —gruñe, tratando de besarme de nuevo.

—¡Es el vestido más bonito que tengo ahora! Se arrugará por completo en el suelo.

—Te compraré otro vestido —argumenta.

Esto me hace reír, la necesidad en su voz hace todo tipo de cosas por mi ego.

—Suba a la cama, señor Reid. Vuelvo enseguida.

—Oh, no. No vas a bajar las escaleras y hacer todo el camino —resopla. Asiente hacia una puerta cercana—. Cuélgalo en mi armario.

Dejo un rápido beso en su boca, su expresión frustrada como la de un niño pequeño que tiene una rabieta, la parte delantera de sus pantalones dice lo contrario. Me acerco al armario a toda prisa, abro las puertas y enciendo la luz en busca de una percha.

—Jesús —murmuro.

El armario de Aiden es tan grande como mi baño de abajo. Veo perchas vacías cerca de la parte de atrás más allá de un mar de camisas negras, sudaderas grises y jeans oscuros, me acerco más para agarrar una mientras empiezo a quitarme el vestido. Estoy desabrochándome el sostén por si acaso para ahorrarle problemas a Aiden cuando veo algo interesante, me detengo por un buen segundo cuando una idea aparece en mi cabeza. Me muerdo el labio mientras lo considero.

¿Sería tonto o sexi? Me pregunto.

—Si no sales de ahí —grita Aiden con impaciencia—. Voy a ir a follarte en el armario.

Ah, qué diablos.

Agarro la prenda que me llamó la atención de una percha antes de que pueda cambiar de opinión, pasando mis brazos por las mangas. Su filipina es demasiado grande para mí, el dobladillo llega a la mitad del muslo y las mangas casi cubren ambas manos, pero cuando miro el espejo hasta el suelo en la pared trasera de su armario, tengo que admitir que el efecto general... tela con aberturas que insinúa mis senos y deja el encaje negro de mi ropa interior (compré sin estampado para esta noche, muchas gracias) a la vista, no está nada

mal.

Intento mi mejor imitación de *Jessica Rabbit* cuando salgo del armario, iluminada por la luz del interior mientras deslizo un brazo por el costado de la puerta para apoyarme contra ella. Aiden se sienta en la cama cuando me ve; se ha quitado todo menos la ropa interior, y sus ojos se abren mientras recorren toda mi longitud.

—En la edición de hoy de En Quién Luce Mejor... —digo con una risa nerviosa.

Aiden no se está riendo. De hecho, parece francamente tenso.

—Sin competencia —dice firmemente. Y luego con un movimiento de su dedo, dice—: Ven aquí.

Me las arreglo para cruzar la habitación sin tropezar o hacer cualquier otra cosa que pueda romper la vibra sexi que busco, trepando por la cama para encontrarme con él en la cabecera donde está descansando contra (por supuesto) almohadas negras. Me pone sobre su regazo para que mi núcleo descanse directamente contra la longitud de él que se tensa contra su ropa interior; el calor que hace que todo entre mis piernas hormiguee. Los ojos de Aiden siguen el movimiento de su mano cuando deja que su palma descanse plana sobre mi vientre, observando cómo la desliza más alto entre mis senos para abrir la parte delantera de su bata y dejar mi pecho al descubierto.

—¿Cómo eres tan perfecta?

Arqueo mi cuerpo para que mis pezones rocen su pecho, ambos nos estremecemos cuando giro mi rostro para presionar una línea de suaves besos en su mandíbula.

—¿Cómo es que no me tocas todavía?

—Estoy tratando de decidir cómo quiero tocarte primero. —Su mano se desliza sobre mi cadera para sumergirse dentro de mi ropa interior y poder tocar mi trasero—. ¿Con mis manos? —Agacha la cabeza para que su lengua pueda rodear mi pezón, arrancándome un silencioso jadeo—. ¿Mi boca? —Su mano en mi trasero me acerca más a él, lo suficientemente cerca como para que pueda girar sus caderas y dejar que su pene roce entre mis piernas—. ¿Algo más?

Las palabras son difíciles en este momento, pero me las arreglo para decir

entrecortadamente:

—¿Hay una opción de los tres?

—Siempre hay una opción de los tres. —Se ríe secamente.

Sus dedos encuentran un pezón para jugar con él, rodándolo lánguidamente mientras su boca se encuentra con la mía. Su beso es tranquilo, incluso perezoso, un marcado contraste con la urgencia necesitada de antes. Casi como si se estuviera tomando su tiempo. Dibujarlo, tal vez. Estoy dividida entre instarlo a que se dé prisa y saborear la sensación.

Mordisquea suavemente mi labio inferior, besando la comisura de mi boca después.

—Te observé durante mucho tiempo. —Otro beso lento y prolongado—. Estaba obsesionado, Cassie.

—Dejé de hacer espectáculos privados al final —confieso—. Eso era solo tuyo.

Su pene se contrae entre mis piernas. A él le gusta eso.

—Eras tan impresionante. Haciendo todo lo que te dije que hicieras.

—Me gustaba —susurro.

Se aparta para mirarme con ojos oscuros.

—¿Te gustaría ahora mismo?

—¿Qué?

—Siempre imaginé cómo te verías, cómo te verías *en realidad*, cuando te venías. Haciendo lo que te decía. ¿Me puedes mostrar?

Mi estómago se agita por los nervios y la emoción, y me muerdo el labio mientras lo considero. El entusiasmo en su expresión hace que la idea sea mucho más atractiva, y solo me toma un segundo tomar una decisión, inclinándome para besarlo profundamente.

—¿Y qué tipo de espectáculo te gustaría esta noche, A?

Su respiración es irregular cuando resopla contra mi boca.

—He pensado en esto durante unos días, en realidad.

—Mmm. Dime.

Su mano busca a tientas en la mesita de noche junto a la cama, abre el cajón y hurga dentro hasta que saca una bolsa larga de seda.

—Te traje un regalo.

—¿Un regalo?

Me entrega la bolsa, mirando ansiosamente mientras aflojo el cordón para alcanzar el interior. Mis dedos encuentran silicona suave y aterciopelada que es demasiado familiar, y el calor gotea hacia mi vientre y más profundo mientras saco un vibrador de color rosa brillante que parece... muy realista.

—No deberías haberlo hecho —murmuro.

Me deslizo hacia atrás hasta que estoy a horcajadas sobre sus piernas, poniendo suficiente espacio entre nosotros para que pueda ver todo. Ha pasado mucho tiempo desde que hice esto, pero con Aiden mirando, se siente más fácil volver a hacerlo.

Presiono la punta del vibrador entre mis senos, dejando que se deslice por mi vientre.

—Me alegro de que hayas vuelto —digo dulcemente—. Te extrañé.

El efecto que tiene sobre Aiden es inmediato. Su respiración se vuelve más difícil, y sus fosas nasales se dilatan mientras todo su cuerpo se tensa.

—Haces que sea difícil mantenerse alejado.

—¿Oh? —Paseo la punta del vibrador alrededor de mi ombligo, asegurándome de mantener el contacto visual—. ¿Eso es todo lo que hago difícil?

—Me gusta tu atuendo —dice con voz áspera.

Sonrío hacia un hombro de su chaqueta, extendiendo mi mano libre para empujarlo ligeramente fuera de lugar.

—¿Esto? Es de mi novio.

—Lo es.

—Se enfadaría si supiera que lo llevo puesto para ti.

Me doy cuenta de los puños de Aiden apretando sus costados cuando empiezo a provocar la vibración más cerca de la cintura de mi ropa interior, y me pregunto cuánto tiempo podrá mantenerse al día con el juego.

—Será mejor que no se lo digamos entonces.

—No me has dicho lo que quieres, A. —Sonrío—. Sabes que haré lo que quieras.

—¿De verdad? —Su pecho sube y baja bruscamente—. ¿Qué pasa si quiero que te burles de ese lindo coñito con ese juguete allí?

—¿Oh, esto? —Lo deslizo más arriba, haciendo un camino perezoso hacia arriba y sobre mi esternón hasta que puedo llevarlo a mi boca para lamer la punta—. No sé. ¿Crees que pueda soportarlo?

—Será mejor que así sea —rechina—. Tendrás que ponerte agradable y suave si vas a tenerme más tarde.

Mi respiración se engancha.

—¿Voy a hacer eso? ¿Me vas a dar tu polla más tarde, A?

—¿Te gustaría eso, Cici? ¿Te gustaría que te abriera con mi polla?

—Mmm. —No me detengo mientras arrastro el juguete hacia abajo esta vez, dejando que se deslice más allá de mi ropa interior para llevar la cabeza más gruesa a través de mis pliegues, mojándolo—. Eso suena mucho mejor que este juguete tonto.

—Más tarde —promete, y no puedo describir lo eufórica que me hace saber que esta vez, *habrá* un más tarde—. Quítate esas bragas para que pueda ver lo mojada que estás.

Se necesitan maniobras para quitarme la ropa interior en esta posición, pero me las arreglo para bajarlas por mis piernas lo suficiente como para dejarlas caer al otro lado de la cama antes de volver a sentarme a horcajadas. Sé que ahora puede ver todo, especialmente con la luz del armario que aún brilla dentro de la habitación, y se hace más evidente por la forma en que sus ojos se fijan en el juguete que todavía estoy moviendo a través del húmedo desastre entre mis piernas.

Ladeo la cabeza.

—¿Algo así?

—Solo así —dice bruscamente—. Un poco más lento, tal vez.

Hago movimientos lentos y exagerados, manteniendo las piernas tan abiertas como puedo para que no se pierda nada. El movimiento de mi mano está causando que su chaqueta se deslice de un hombro, prácticamente cayéndose ahora.

—Toca tus pezones por mí —murmura Aiden—. Provócalos.

Cierro los ojos mientras hago lo que me pide, sintiéndome extrañamente poderosa por la cruda necesidad en su voz. Como si estuviera tomando cada pizca de moderación que posee para no extender la mano y tocarme. ¿Cómo no lo había reconocido antes?

—¿Puedes ponerlo adentro? Déjame ver cómo te follas a ti misma.

Tomo aire mientras empujo la cabeza del juguete contra mi entrada; se desliza fácilmente con lo mojada que estoy, sin mencionar lo mucho más pequeña que es ante Aiden. Ni siquiera sé cómo podría volver a esto después de él. Empiezo a empujarlo dentro y fuera lentamente, sonidos húmedos y resbaladizos resuenan en el aire mientras sigo usando mi otra mano para pellizcar mi pezón.

—Apuesto a que tu polla sería mucho mejor que este juguete —reflexiono tímidamente—. ¿Me pregunto si podría tomarlos a los dos?

—Podrías tomar todo —dice con voz áspera—. Te mantendría en mi polla durante *días* si pudiera, Cici.

—Eso suena bien —respondo alegremente. Empujo el juguete más profundo—. Pero por ahora... Puedo fingir que este juguete eres tú, si quieres.

—Entonces vas a necesitar follarte más fuerte que eso, Cici. Porque eso es lo que estaría haciendo. Te estaría follando hasta que gritaras por ello.

Cada vez es más difícil mantener el juego, especialmente porque sé que será mucho *mejor* cuando *realmente* me toque.

—¿Puedo activar la vibración, A? Necesito un poco más. —Hago un puchero.

—No lo sé —dice con cuidado—. ¿Crees que has sido lo suficientemente buena para eso?

—He sido muy buena —respiro—. ¿Por favor, un poco más?

—Enciéndela —gruñe—. Consigue que ese bonito coño esté preparado y listo para mí.

Enciendo la vibración y la subo unos cuantos ajustes hasta que hay una vibración constante y zumbante en lo más profundo de mí que me hace jadear.

—*Ah*.

—¿Se siente bien, Cici?

Asiento, mis ojos se cierran mientras me enfoco en la forma en que el juguete entra y sale de mí.

—Mmmjum.

—¿Crees que se siente mejor que yo?

Niego con la cabeza.

—Tú te sentirías mucho mejor.

—Porque lo prefieres, ¿no? Estar llena de mí.

—Sí —suspiro.

—Dime cuánto quieres mi polla, Cici.

—Yo qui… *ah.* —Golpeo ese lugar interior que me hace estremecer, y mi muñeca empieza a dolerme un poco mientras trato de mantener mi ritmo—. Ojalá fueras tú. Desearía estar llena de ti en lugar de este juguete. *Lo necesito*, A.

—¿Sí? ¿Puedes rogarme por ello? Ruega por mi polla, Cassie.

Mis ojos se abren, notando lo completamente *destrozado* que se ve Aiden. Su pecho está enrojecido, y hay ligeras venas abultadas en sus brazos por la forma en que aprieta los puños con tanta fuerza. Su boca está floja y sus ojos están pesados, y decido perdonar su error, tratando de concentrarme de nuevo en la obra.

—Por favor, A —susurro, empujando el juguete dentro un poco más fuerte—.

Por favor, dame tu polla.

—No te creo. ¿Estás segura de que la quieres?

Mi boca se abre cuando golpeo ese lugar de nuevo, temblando por todas partes cuando un orgasmo comienza a construirse.

—Pienso en ello todo el tiempo. Lo bien que me llenarías. —Mi cabeza cae hacia atrás mientras mis muslos tiemblan, tan cerca que casi puedo saborearlo—. Apuesto a que… —Mi aliento se detiene, mis manos tiemblan—. Apuesto a que podrías…

Me tenso cuando el orgasmo me golpea, no tanto como el que sé que Aiden puede darme, pero lo suficiente como para dejar una fina capa de sudor en todo mi cuerpo, para dejarme hecha un desastre. Cuando finalmente puedo abrir los ojos de nuevo, puedo ver que Aiden me está mirando como si fuera una especie de cosa mítica, su expresión llena de asombro y admiración y un poco de algo más que hace que me duela el pecho.

—*Mierda*, Cassie. ¿Cómo eres tan…?

—¿Cassie? —Le sonrío incluso mientras estoy luchando por recuperar el aliento —. ¿Quién es esa? Sabes que mi nombre es Cici.

—Cici —dice con fuerza.

—¿Desearías poder tocarme, A? —Deslizo el juguete desde adentro, apagando la vibración, pero acercando la cabeza a mi vientre para untar algunos de mis fluidos allí—. Ojalá pudieras tocarme.

Su mandíbula se tensa.

—No sé si puedo hacer esto.

—¿Oh? ¿Qué pasa? ¿Pensé que te gustaba mirarme?

Me sorprende alejándose de las almohadas, arrastrándose para encontrarse conmigo hasta que puede empujarme a mi espalda. Coloca sus manos a cada lado de mi cabeza mientras estoy tirada debajo de él.

—¿Aiden?

—Cambié de opinión —me dice con seriedad, sus ojos en los míos—. Quiero a

Cassie. —Sujeta la manga de su bata para deslizarla más abajo—. Solo a Cassie. —Mi corazón comienza a latir con una fuerte cadencia en mi pecho mientras me insta a quitarme la bata, tirándola al suelo—. Y no quiero mirar más.

Apenas puedo respirar cuando se agacha contra mí, dándome un beso que hace que los dedos de mis pies se doblen. Su lengua se desliza dentro de mi boca para lamer la mía, y cierro los ojos mientras siento un hormigueo en la piel y mi estómago se agita. Siento que su mano se mueve hacia mi cadera para apretar allí, deambulando detrás de mis costillas y debajo de mis senos y de nuevo hacia abajo sobre mi vientre hasta que puede sumergirse entre mis piernas.

—Estás muy mojada —se maravilla.

Dejé que mis dedos rozaran sus caderas, acercándolo más.

—Gracias a ti.

—*Mierda.*

Esa urgencia regresa cuando me besa, pero el resto de su cuerpo va lento. Sostiene mi cadera para mantenerme inmovilizada debajo de él, meciéndose contra mí para que pueda sentir el calor de su polla contra mi centro. La fina tela de sus calzoncillos se siente demasiado, y empiezo a tirar de ellos con impaciencia, necesitando sentir todo de él. Se las arregla para quitarse la ropa interior con menos dificultad que yo, y en cuestión de segundos está completamente desnudo contra mí.

Suspiro en su boca cuando puedo sentirlo contra mi centro, continuando con ese celo lento que tiene la cabeza de su polla chocando contra la parte más sensible de mí con cada golpe.

—Aiden —susurro entre besos—. Aiden, ¿puedes...?

Y como si pudiera leer mi mente, siento el empujón de él contra mi entrada, haciendo muescas contra mí antes de empujar lentamente hacia adentro. Nunca deja de besarme mientras se entrega centímetro a centímetro, llenándome de una manera perezosa y tortuosa de modo que se siente como una eternidad hasta que estoy llena. Es tan diferente del juguete, mucho *mejor*, y de nuevo me pregunto cómo podría estar completamente satisfecha con otra cosa que no sea esto ahora que lo he tenido. Espero nunca tener que averiguarlo.

Su cuerpo contra el mío es un peso cálido y satisfactorio, y sus labios, que han comenzado a vagar de nuevo, provocan pequeñas chispas contra mi piel dondequiera que tocan. No se mueve dentro de mí mientras su boca presiona mi mejilla, mi mandíbula, hasta mi cuello, y después de un momento de este tormento, empiezo a retorcerme de impaciencia.

—Quédate quieta —dice, no como una demanda sino como una súplica—. Déjame sentirte.

Me quedo quieta mientras deja escapar un suspiro entrecortado contra mi garganta, besándome suavemente mientras su mano se desliza por mi muslo. Su mano se curva alrededor de la parte posterior de mi rodilla para impulsarla hacia arriba, empujando, para abrirme más mientras levanta la cabeza para mirarme. Su garganta se mueve con un trago mientras me mira con ojos entornados, sosteniendo mi rodilla contra mi pecho y sonriendo soñadoramente antes de besarme de nuevo.

Y luego comienza a moverse.

Echa hacia atrás sus caderas para empujar hacia adentro al mismo ritmo lento, sus labios y lengua me mantienen demasiado distraída como para quejarme del ritmo lento. No es que no lo quiera. Cada deslizamiento adentro trae una deliciosa fricción, cada centímetro de él toca cada parte de mí. Todavía estoy sensible por el orgasmo que acabo de darme, y significa que cada sentido se intensifica, cada toque se siente como mucho *más.*

Siento su brazo serpenteando debajo de mi espalda, atrayéndome hacia él y sujetando mi rodilla contra su pecho. Cae sobre su codo a mi otro lado, su boca nunca deja la mía. Estamos tan cerca que puedo sentir la base de su polla rozándose contra mí con cada embestida, una presión hormigueante se acumula entre mis piernas mientras mueve sus caderas contra las mías una y otra vez.

Mi muslo comienza a arder por la forma en que lo empuja hacia mi estómago, pero el ángulo significa que golpea increíblemente profundo con cada embestida, el placer anula cualquier incomodidad. Sus besos son tartamudos, como si tuviera problemas para mantener la concentración, su cabeza finalmente enterrada en mi garganta, gimiendo. Me agarro a sus hombros mientras acelera el ritmo, su aliento caliente roza mi cuello.

—*Aiden* —jadeo, sintiendo que el hormigueo del calor en el interior se hincha

hasta el punto de estallar—. Oh. *Oh*. Voy…

—¿Vas a venirte?

Intento asentir.

—No te detengas.

—Nunca. —Sus embestidas ahora son erráticas—. Mierda. No quiero parar *nunca*.

—Solo…solo mantén… *justo ahí*. Voy…

Es como una lluvia de fuegos artificiales estallando detrás de mis ojos y por toda mi piel, luces y colores destellando en mi visión mientras todo mi cuerpo se tensa con mi orgasmo. Aiden todavía se está moviendo, sus gruñidos se hacen más fuertes y ásperos contra mi oreja, y deslizo mis dedos sobre sus hombros, dejando besos aturdidos dondequiera que puedo alcanzar.

También se pone rígido cuando cae por el borde, su enorme cuerpo se sacude contra el mío y su polla se contrae profundamente, muy adentro antes de que se afloje contra mí. Es pesado y demasiado grande para esto, pero me gusta su peso. Sigo presionando besos contra su mandíbula mientras él trata de recuperar el aliento, temblando con cada pasada de mis dedos contra su piel.

Me mantiene cerca hasta que su aliento es menos superficial, inhalando profundamente solo para exhalarlo antes de salir de mí con una mueca. No va muy lejos, rodando ligeramente hacia un lado para que pueda mantenerme cerca de él sin aplastarme con su peso, y mirando mientras levanto mis manos para dejarlas descansar debajo de mi cabeza. Se ve agotado así; su cabeza descansa sobre un bíceps, y el otro está colgado perezosamente sobre mi cadera, pero sus ojos son expresivos y brillantes mientras estudian mi rostro.

Llevo las puntas de mis dedos a su boca, trazando su forma ligeramente.

—¿Sabías que las partes más sensibles de tu cuerpo son las yemas de los dedos y los labios?

—¿Sí? —Besa la punta de mis dedos—. Parece bastante sugerente.

Su mano sube por mi costado hasta que puede envolver sus dedos alrededor de mi mano, girándola para presionar un beso contra mi palma. Hay un fantasma de

una sonrisa en su boca cuando me mira, como si estuviera guardando un secreto que no puede compartir, y se siente contagioso por la forma en que me hace sonreír tímidamente.

—¿Alguna vez te preguntaste qué hubiera pasado si nos hubiéramos encontrado en ese entonces?

Su boca todavía está rozando mi palma.

—¿Si nos hubiéramos encontrado?

—Mmmjum. Cómo… ¿qué crees que habría pasado?

Su risa no es más que una rápida ráfaga de aire a través de sus fosas nasales, y vuelve a girar mi mano para rozar sus labios contra mis nudillos.

—Creo que estaríamos justo aquí.

Las mariposas pululan en mi estómago y suben a mi pecho, y por un momento siento que podría alejarme flotando si la mano de Aiden no me estuviera atando a su cama. Es un sentimiento completamente nuevo, pero no uno que me disguste.

—Esto todavía se siente como un sueño —susurro—. Sigo pensando que me despertaré.

Aiden sonríe, y ni siquiera tengo tiempo para que me suelte por completo antes de que ruede, colocándose medio encima de mí otra vez.

—Está bien —dice, sus ojos se posan en mi boca por un momento antes de bajar para besarme. Es lento y dulce, y todo lo que es, puedo sentir mis pestañas revoloteando aturdidas cuando se aleja—. No planeo dejarte dormir esta noche, de todos modos.

—Pervertido —bromeo.

Puedo sentirlo cada vez más rígido contra mi muslo cuando me besa de nuevo.

—No te preocupes —murmura contra mi boca—. Te vas a despertar aquí mismo en mi cama.

El peso de ese sentimiento se siente más pesado que su cuerpo, y dejo que me envuelva como una manta mientras me derrito en él, dejándolo marearme con

sus besos, su toque y todo lo demás.





Capítulo 23

Cassie

Sueño con mis padres esa noche, lo cual está completamente fuera de lugar, considerando que no he hablado con ellos desde que me fui de casa a los dieciocho años. Sueño con el día que me fui, con la expresión decepcionada de mi padre y el despotricar furioso de mi madre, una pelea que apenas puedo recordar. El rostro de mamá es una estática borrosa que coincide con la de papá, e incluso si entrecierro los ojos, no puedo distinguirlos. ¿He olvidado cómo son?

Hay un dolor que viene con el sueño, uno que no me he permitido sentir durante mucho tiempo: una ansiedad aplastante por estar sola. Una preocupación sofocante que proviene de ser una gran decepción para las dos personas cuyo amor debería haber sido fácil.

Siento que mis pies se hunden en la hierba fuera de mi casa cuando la voz de mi mamá comienza a desvanecerse, y el pánico me araña el pecho mientras lucho por salir. Lanzo mis brazos mientras abro mi boca para gritar, pero no salen palabras, y me doy cuenta de que el suelo literalmente me va a tragar sin que pueda hacer algo al respecto.

Pero luego escucho mi nombre, como un suave suspiro en el viento, y manos fuertes agarran las mías para levantarme. Hay un destello de cálido marrón y verde mirándome, una sonrisa cegadora que viene con eso. Susurra mi nombre una y otra vez, y el pánico en mi pecho se convierte en un calor floreciente que me hace sentir un hormigueo por todas partes.

Cassie.

Cassie.

Cassie.

—Cassie.

Me despierto con sábanas suaves debajo de mí y labios más suaves en mi hombro, gimiendo mientras estiro mis brazos para empujarlos debajo de las almohadas mientras vuelvo en mí. La mano de Aiden se frota suavemente contra

mi columna mientras sus labios continúan dejando besos en mi espalda.

Qué sueño más raro, pienso.

No es que tenga tiempo para pensar en ello, ronroneando como un gato doméstico contento cuando siento su boca en mi cicatriz, trazando un lado.

—Buenos días —murmura contra mi piel.

Bostezo, girando el rostro para poder mirarlo por encima del hombro.

—¿Qué hora es?

—Temprano, creo —responde—. Mi teléfono todavía está en mis pantalones.

El mío está abajo. Moverme suena como lo último que quiero hacer en este momento.

—¿Cómo estás alegre tan temprano?

Sonríe antes de inclinarse para besarme el hombro de nuevo.

—Tuve una noche estupenda.

—¿Pero no estás exhausto?

—Estoy acostumbrado a dormir poco —dice—. Simplemente me estás dando un mejor incentivo.

Se necesita un esfuerzo increíble para rodar a mi lado, mis ojos aún están pesados por el sueño mientras apoyo mi mejilla contra mi puño. Sé que así mis pechos están casi completamente a la vista, y no voy a pretender que no es muy satisfactorio ver a Aiden mirándolos con avidez.

—Ni siquiera pienses en eso —le advierto—. Estoy fuera de servicio. Mi pobre vagina está en huelga. De hecho, creo que tengo una parálisis temporal ahí abajo.

—Lo dudo mucho. —Se ríe—. No recuerdo haber escuchado ninguna de estas quejas anoche.

—No seré responsable de las cosas que hice o dije a mitad del orgasmo.

Se ríe de nuevo, cerrando la distancia entre nosotros para besarme en su lugar.

—¿Esto está permitido?

—Mientras te comportes —murmuro, inclinándome hacia él.

Aiden suspira contra mi boca antes de que su frente descanse contra la mía.

—Tenemos que levantarnos. Estoy seguro de que Wanda ya está lista para echar a Sophie.

—Lo dudo —le digo—. Cuando la llamé de camino a casa anoche, dijo que Sophie todavía la estaba presionando con las cartas. Wanda probablemente ni siquiera la dejará irse hasta que vuelva a tener una racha ganadora.

—Tal vez Wanda haga panqueques para el desayuno para que Sophie pueda agregar una persona más a la lista de personas que prefiere antes que a mí.

—Vaya, alguien está amargado.

Aiden se burla.

—No estoy amargado.

—Seguro que no. —Caigo sobre mi espalda, estirando mis brazos sobre mi cabeza otra vez—. Tal vez tengas que llevarme abajo.

—Solo si puedo hacerlo mientras estás desnuda.

—*Bien.* Me estoy levantando. Necesito un poco de agua, de todos modos.

Balanceo mis piernas por el costado de la cama, sintiendo un ardor en mis muslos y un dolor en mi espalda, pero todo eso me trae recuerdos de cómo me dolía tanto al principio, lo que hace que no me importe tanto. Aiden se está estirando en la cama detrás de mí cuando recojo la camiseta blanca desechada que había estado usando debajo de su camisa abotonada la noche anterior y me la coloco por la cabeza. Me empequeñece, pero me imagino que servirá para un viaje abajo por un poco de agua.

Puedo escucharlo rodar fuera de la cama cuando salgo de la habitación, girando mi cuello de un lado a otro para aflojarlo mientras me dirijo hacia las escaleras. La casa está mucho más tranquila sin el sonido de Sophie dando vueltas; por lo general, puedo escuchar los sonidos de su *Switch* o tal vez incluso *Encanto* sonando por enésima vez, y me doy cuenta de que, por increíble que haya sido mi noche con Aiden, extraño al pequeño gremlin.

Saco una botella de agua de la nevera mientras miro la hora en el horno. Son

solo las ocho de la mañana, que normalmente es alrededor de la hora en que Sophie se despierta, así que cuando nos vestimos y nos ponemos en camino, me imagino que Sophie estará rebotando en las paredes de la cocina de Wanda. Me rio de la idea; ya puedo escuchar a Wanda fingiendo estar molesta por la energía de Sophie.

Acabo de llenar mi vaso y me lo llevo a la boca para tomar un trago cuando escucho pasos que bajan las escaleras, pesados y urgentes, casi como si Aiden estuviera corriendo. Y luego lo escucho hablar.

—No, por supuesto —dice en un tono apresurado—. Estaré allí inmediatamente. Y Sophie, ¿ella...? Bien. Sí. Sí, lo sé. ¿Su tía? ¿Está allí? Eso es… —Aiden se detiene al pie de las escaleras, agarrando su teléfono con fuerza en su mano y cerrando los ojos mientras su otra mano hace un puño a su costado—. Bueno. Me alegro de que Sophie no esté sola. Sí. Estaré allí en quince minutos.

Dejo mi vaso en el mostrador cuando cuelga, observándolo mientras mira al suelo por un momento, luciendo perdido. Me muevo rápidamente a su lado para tratar de llamar su atención, llevando mi palma a su mandíbula para obligarlo a mirarme.

—Oye, ¿qué pasa?

Aiden me parpadea como si recién ahora me estuviera viendo; su boca entreabierta y sus ojos buscando mi rostro como si estuviera tratando de encontrar lo que debería decir.

—Cassie, es…

—¿Paso algo? —Puedo sentir la preocupación arrastrándose por mis extremidades como un escalofrío—. ¿Sophie está bien?

—Ella está bien —me asegura Aiden, alcanzando para envolver sus manos alrededor de mis muñecas—. Está bien. Es... —Sus labios se presionan juntos, su expresión de dolor—. Es Wanda.

Cada parte de mí se enfría.

—¿Qué?

—Wanda, ella... —Traga saliva y parece que preferiría decir cualquier otra cosa que lo que está a punto de decirme—. Wanda tuvo un infarto.

No digo una palabra mientras corro a mi habitación para cambiarme.



Tenemos más detalles sobre lo que sucedió en nuestro viaje al hospital; en algún momento temprano esta mañana, Wanda comenzó a tener dolores en el pecho y despertó a Sophie. Sophie llamó al 911 siguiendo las instrucciones de Wanda antes de que inevitablemente se desmayara, lo que dejó a una aterrorizada Sophie sola, tratando de comunicarse con nosotros.

Nuestros teléfonos quedaron olvidados en el suelo en alguna parte.

La culpa que siento es palpable, y solo puedo imaginar que Aiden siente lo mismo, si no peor. Sus nudillos permanecieron completamente blancos contra el volante durante todo el viaje al hospital, y no pronunció una palabra en todo el camino. Sé que nos dijeron que Wanda está estable y que lo peor ya pasó, pero, aun así. Siento esa amenazante sensación de pavor ante la idea de que la primera persona que realmente me amó yazca en el hospital.

Cuando finalmente llegamos, tengo que correr para seguir el ritmo de Aiden mientras corremos por el pasillo del piso en el que se encuentra Wanda, y cuando finalmente doblamos la esquina cerca de la habitación de Wanda para ver a Sophie con aspecto cansado aferrada a su tía Iris. Me siento aliviada y aterrorizada a partes iguales. Sophie no nos nota al principio, sentada junto a Iris en un banco en el pasillo mientras Iris mira hacia adelante con una expresión de enojo. Sé que esto no va a salir bien.

Iris nos nota primero, gira la cabeza al escuchar nuestros pasos y nos mira a los dos mientras aprieta su brazo alrededor de los hombros de Sophie.

—Muy amable de tu parte finalmente unirte a nosotras.

Aiden la ignora y se dirige directamente a Sophie para agacharse frente a ella. Él extiende la mano para ahuecar su rostro, obligando a sus ojos a encontrar los suyos.

—¿Estás bien?

—Sí —murmura Sophie, su pequeño labio temblando—. Wanda está enferma. Intenté ayudarla, pero ella... se durmió y no pude despertarla.

—Shh —la calma Aiden, aflojando el agarre de Iris sobre su hija y jalando a Sophie a sus brazos—. Lo hiciste increíble. No es tu culpa. Siento que no hayamos contestado el teléfono.

Iris se ve lívida, su expresión es más oscura de lo que nunca la había visto mientras nos mira a los dos con lo que solo puede describirse como desprecio.

—¿Cómo pudiste dejarla con una anciana y luego simplemente ignorar tu teléfono toda la noche?

—No lo escuché sonar —responde Aiden con firmeza. Puedo decir que está haciendo todo lo posible para permanecer civilizado, pero también puedo sentir lo estresado que está en este momento—. Fue un error.

—Un error —resopla Iris, moviéndose para ponerse de pie mientras hace un gesto entre nosotros—. ¿Me pregunto por qué es así? Crees que tal vez es porque decidiste irte. —Me lanza una mirada deliberada que es cualquier cosa menos agradable—. ¿Y divertirte por tu cuenta?

Siento que mi estómago se retuerce con más culpa, odiando que sea la razón por la que está siendo regañado en este momento. Iris me mira como si fuera algo que está tratando de quitarse del zapato, y la expresión cansada de Aiden me hace sentir bastante equivalente a eso. Puedo ver cada trozo de terreno que he ganado con Iris volando como polvo en el viento, cada victoria dando vueltas por el desagüe. Está en su rostro que me culpa por esto tanto o más que Aiden.

—Iris, no fue su culpa, fue...

—Simplemente no lo hagas —prácticamente escupe Iris—. Sabes, realmente me engañaste. Pensé que te preocupabas por ella. Pero solo estabas tratando de conseguir algo más. ¿No es así?

Retrocedo como si me hubiera abofeteado y oigo a Aiden respirar hondo. Le sonríe a Sophie, metiendo la mano en su billetera para sacar algunos billetes y entregándoselos.

—¿Por qué no vas a buscar algo de la máquina expendedora? Está justo al final del pasillo. —Señala la máquina grande al final del pasillo en el que estamos—.

Estoy seguro de que tienes hambre.

Sophie asiente solemnemente, toma los billetes y mira con cautela a los tres adultos muy tensos que la rodean antes de marcharse.

Iris me mira de nuevo como si fuera basura, y me sonrojo. Se siente como si me hubiera engañado pensando que estábamos progresando, porque con un error todo se desmorona.

La voz de Aiden es cautelosa cuando habla de nuevo.

—Oye, me alegro de que estuvieras aquí para Sophie, pero...

—Por supuesto que estoy aquí por Sophie —sisea Iris—. Siempre estoy aquí para Sophie. Que es exactamente por lo que debería estar conmigo. —Mete un dedo en el pecho de Aiden—. Dejaste a Sophie con una anciana que apenas conoces para poder huir y follarte a tu niñera. ¿Qué diablos estabas pensando?

Puedo sentir el aire saliendo de mis pulmones como si me hubieran dejado sin aliento. La forma en que lo dice lo hace sonar como algo sucio y barato, como si fuera alguien que Aiden recogió para sexo rápido. Me hace *sentir* sucia, escucharlo así.

Aiden se ve lívido, un tic en su mandíbula como si estuviera tomando toda su moderación para no desgarrar completamente a Iris por el culo.

—No sabes de lo que hablas…

—En realidad, creo que sí. —Se ríe Iris burlonamente—. Me hice de la vista gorda porque pensé que ella se preocupaba por Sophie, pero está claro que se preocupa más por *ti*. Aparentemente, Sophie es solo una ocurrencia tardía para ustedes.

—Iris —dice Aiden con fuerza—. No te atrevas…

—No me digas qué hacer, Aiden Reid —dice furiosa, claramente alterada hasta el punto de no retorno—. Me siento y observo cómo te abres camino a tientas tratando de ser padre, y he hecho todo lo posible para tratar de ayudarte, para encontrar una solución que realmente sea lo mejor para Sophie. Pero has estado tan envuelto en tu propio ego que ni siquiera has tratado de considerar lo que podría ser mejor para ella. Lo cual claramente no es vivir contigo.

—Mi *ego* no tiene nada que ver con eso —responde bruscamente—. Sophie es *mi* hija, no tuya, y no vas a sentarte aquí y decirme que…

—No tengo que sentarme aquí y decirte nada —dice con una risa sin humor—. Puedo decírselo a un juez, en cambio. Creo que uno podría encontrar toda esta situación extremadamente interesante.

Ese pánico está de vuelta, arañando mi pecho desde adentro como si fuera a salir de mí en cualquier momento.

—Espera —interrumpo—. Iris. Lo siento mucho. Esto es mi culpa. Nunca haría nada para lastimar a Sophie. Fui yo quien sugirió…

—No me importa —interrumpe Iris, sus ojos salvajes y húmedos con lágrimas no derramadas—. Lo único que me importa es que mi sobrina me llamó completamente aterrorizada esta mañana desde la parte trasera de una ambulancia porque su padre no contestaba el teléfono. Todo porque estaba follando.

—Eso es *suficiente*. —El rostro de Aiden está rojo, con una dureza en sus ojos que nunca había visto antes—. Lárgate, Iris. Ahora mismo.

—No puedes decirme qué hacer…

—Si no te vas en este mismo segundo —dice sombríamente—, voy a ir directamente a la corte mañana y presentar una orden de restricción. ¿Quieres gastar el dinero que se necesitará para luchar contra eso?

Entrecierra los ojos.

—¿Y crees que eso se mantendrá alejada?

—¿Quieres averiguarlo?

Pasa un segundo entre ellos mientras me quedo al borde de su pelea, en silencio y aturdida.

—Bien —dice Iris finalmente—. Pero esto no ha terminado, Aiden. Sabía desde el principio que lo ibas a arruinar. Solo tenía que esperar mi momento y esperar a que sucediera. —Se detiene a medio paso a mi lado para mirarme directamente, su expresión es una mezcla de decepción, dolor e ira, todo en uno—. Espero que hayas valido la pena.

Aiden se queda mirando un punto en la pared detrás de ella mientras Iris se marcha, y giro la cabeza para atraparla diciéndole adiós a Sophie al final del pasillo. Alcanzo a Aiden, para hacer qué, no sé, consolarlo, tal vez, pero retiro mi mano, luchando con una extraña sensación.

Espero que hayas valido la pena.

De repente, todos los buenos sentimientos que he tenido en las últimas veinticuatro horas se esfuman, dejando nada más que preocupación, culpa y vergüenza a su paso. No había considerado antes de este momento lo que podría significar para Aiden a largo plazo, el hecho de que los dos estemos juntos, ni siquiera había considerado lo que la gente podría decir sobre él, a falta de una mejor expresión, follando su niñera.

Aiden finalmente me mira, una multitud de emociones diferentes se manifiestan en sus rasgos. Miedo, ira, arrepentimiento, todo está ahí. Pero lo que es peor que eso, creo, es ese destello de decepción en sus ojos. No sé para quién es, si para él o para mí o simplemente para esta situación, pero despierta todo tipo de viejas emociones de los días en que estaba muy familiarizada con esta mirada. Es prácticamente la única que me regalaron mis padres.

Yo también había sido una carga para ellos.

—Lo siento —susurro, todavía sintiendo esa asquerosa sensación de culpa.

Aiden niega con la cabeza.

—Esto no es tu culpa, Cassie.

Sí, lo es. ¿Cómo no puede serlo?

Quiero llorar, pero me obligo a contenerme.

—Cometí un error —dice rotundamente, mirando al suelo—. Y me ocuparé de eso.

¿Un error? ¿Se refiere a mí? No me atrevo a preguntar. Trago un nudo creciente en mi garganta, tratando de encontrar las palabras, pero me quedo sin nada.

—Deberías ver a Wanda —me dice, su expresión es de derrota y fatiga—. Llevaré a Sophie a casa.

Te está alejando.

Una parte de mí piensa que no lo haría, pero esa parte está siendo silenciada por una voz muy fuerte y patética en este momento.

—Está bien —digo en voz baja—. Sí. Tienes razón.

—Te veré en casa —dice, tratando de sonreír, pero sin lograrlo.

Asiento mientras me da palmaditas en el hombro, el gesto no tiene nada de la calidez que siento que me habría dado antes de esto. Solo me hace sentir peor. Lo observo irse y unirse a Sophie, que se ha instalado en un banco más abajo en el pasillo, y ella lanza una mirada hacia mí cuando comienza a irse con Aiden, saludando débilmente.

Lo devuelvo con una sonrisa, pero como Aiden, no me mira a los ojos.



Ver a Wanda conectada a máquinas solo empeora mi estado de ánimo sombrío. La enfermera dijo que los medicamentos que le dieron le darían sueño, y ha estado fuera por una buena hora, pero estoy decidida a esperar hasta que se despierte. Mi teléfono ha estado muerto desde que nos fuimos antes, como consecuencia de haberlo dejado desconectado del cargador toda la noche. Otro error que he cometido en las últimas veinticuatro horas.

Apoyo la cabeza contra la pared de la habitación de Wanda, frotándome los brazos para combatir el frío del hospital. No he tenido nada que hacer durante la última hora excepto reproducir la confrontación con Iris una y otra vez, reviviendo sus palabras de enojo, la cara preocupada de Sophie y el cansancio vencido de Aiden una y otra vez.

Cometí un error.

Tal vez no se refería a mí, me sigo diciendo a mí misma. Tal vez se refería a esta situación. Ni siquiera estoy segura de que importe. Independientemente de cómo hayamos terminado aquí esta mañana, en el fondo sé que ahora me he convertido por completo en algo que Iris ha escondido en su arsenal para usar en su lucha inquebrantable para llevarse a Sophie. Ahora soy la *mayor* pieza de munición

que tiene, al parecer. ¿Y cómo diablos vivo con eso?

Espero que hayas valido la pena.

Presiono las palmas de mis manos contra mis ojos, inhalando y exhalando mientras las lágrimas amenazan con acumularse allí. Me siento como si estuviera contra una pared, atrapada entre lo que quiero y lo que es mejor para esta pequeña familia que tanto amo. ¿Seré siempre una piedra de tropiezo para ellos? ¿Solo algo para usar contra Aiden? ¿Qué pasará cuando Iris lo lleve a juicio y él decida que no valgo la pena? No es como si me eligiera a mí sobre Sophie, y no lo querría si lo hiciera. La mitad de la razón por la que lo amo es por lo devoto que es a Sophie.

Saco mis manos de mis ojos, parpadeando hacia el techo aturdida.

Yo... ¿lo amo?

La realización me golpea como una bolsa de ladrillos, pero en lugar de euforia, solo siento más pavor. Si amo a Aiden, y seguimos como hasta ahora, se involucrará tanto en esto conmigo que se aferrará obstinadamente mucho después de que haya demostrado ser mala para Sophie y él. O lo que es peor, me echará a un lado. Ambas opciones hacen que me duela el pecho, y sé que pasar por cualquiera de ellas me haría pedazos.

No puedo escapar de la enfermiza sospecha de que cuanto más me quede, más carga seré para ellos.

—Te ves terrible.

Me enderezo y veo a Wanda mirándome desde su cama.

—Oh, Dios mío, estás despierta —le digo con alivio, empujándome de la silla para ir a su lado—. ¿Cómo te sientes?

—Eh. Al menos no tuvieron que abrirme. Estoy segura de que estarán en mi trasero sobre cambiar mi dieta después de esto.

—Lo que *estarás* haciendo.

—Mi mamá ha estado muerta por años, niña. Deja de hablar como si fueras ella.

A pesar de todo, esto me hace reír.

—Me diste un jodido susto de muerte, Wanda. Necesito que vivas por lo menos otros veinte años.

—Señor, espero que no —se queja—. ¿Cómo te colaste aquí de todos modos?

—Les dije que era tu nieta.

—Escurridiza. Muy escurridiza.

Arrugo la frente.

—En serio, ¿estás bien?

Me da una sonrisa cansada.

—Te dije que me ibas a dar un infarto un día de estos. —Su sonrisa se disipa ante mi expresión arrugada—. Oh, para. —Se esfuerza por sentarse en la cama y le pongo una mano detrás de la espalda para ayudarla a levantarse—. No estoy muerta aún. —Se ve preocupada entonces—. ¿Dónde está Sophie?

—Aiden la llevó a casa. —Solo la mención de ambos hace que mi pecho palpite —. ¿Cuánto recuerdas?

Wanda se encoge de hombros.

—Le dije que llamara al 911 cuando empecé a tener dolores en el pecho. Lo hizo muy bien. Hay partes y fragmentos de la ambulancia, pero nada más después de eso.

—No pudo ponerse en contacto con nosotros —le digo con culpabilidad—. Ambos nos olvidamos de hacer un seguimiento de nuestros teléfonos anoche.

Wanda se ríe.

—Imagino que estabas demasiado ocupada sacudiendo las sábanas.

—¡No es divertido! Ambos nos sentimos terribles. Sophie tuvo que llamar a su tía Iris.

—Maldición. ¿Esa arpía que sigue molestando a tu compañero? Eso suena como un momento divertido.

—Fue horrible, Wanda. La forma en que desgarró a Aiden... —Puedo sentir que mis ojos se humedecen, y tengo que tomarme un momento para evitarlo—.

Amenazó con llevarlo ante un juez.

—Oh, déjala. Solo está amargada.

—Amenazó a Aiden por *mi* culpa, Wanda. Si no hubiera estado conmigo anoche...

—Entonces yo podría estar muerta por lo que sabemos —dice Wanda con firmeza—. Esa chica me salvó la maldita vida. Así es como funciona el destino, niña.

—Lo sé, pero si no hubiera...

—Cállate —dice, chasqueando la lengua—. Deja de intentar atribuirte esto. No es tu culpa que tenga un corazón de mierda.

—No sé qué hacer —admito en voz baja, esas lágrimas que había estado conteniendo se acumulan en las esquinas de mis ojos y amenazan con derramarse—. Si me quedo con ellos, lo usará contra Aiden.

—¿Qué diablos quieres decir con «si me quedo»? No estarás pensando en irte, ¿verdad?

—Yo… —Trago con dificultad, sintiendo un goteo en mi mejilla—. No puedo ser la que arruine las cosas para ellos. Yo no… —Contengo el aliento, tratando de ahogar un sollozo—. No quiero ser la carga de nadie. No otra vez.

Wanda está en silencio, observando cómo agacho la cabeza y me limpio los ojos. Tantas emociones me están golpeando a la vez, y me siento aún peor sentada aquí quejándome de mis problemas cuando Wanda acaba de vivir un maldito ataque al corazón. Espera a que me calme, espera a que deje de lloriquear mientras yo me miro las rodillas.

—¿Terminaste?

Me encojo de hombros sin comprometerme, limpiándome la nariz.

—Supongo.

—¿Cuántas veces te he dicho que no todos son como tus padres? Estoy bastante segura de que esos dos en realidad fueron ensamblados en una especie de fábrica de idiotas. Nunca fue *tu* culpa.

—¿No lo fue? Nunca me quisieron. Todo lo que hice fue causarles problemas. No me han llamado ni *una* vez, Wanda. Ni una vez en siete años. Estaban encantados de verme partir. ¿Cómo puede no ser mi culpa?

—Porque son gente de mierda, egoístas. Tus padres no deberían haber sido padres. Especialmente de alguien tan especial como tú. Eran personas amargadas con vidas amargas que despreciaron un hermoso regalo en lugar de apreciarlo.

—No sé…

—¿Crees que huir va a resolver las cosas? No evitará que esa señora siga acosando a esa familia. Alguien obstinado no se da por vencido en un control de carretera, Cassie. Encuentra otro maldito camino.

—Lo siento —digo lastimosamente—. No puedo creer que esté sentada aquí quejándome después de la noche que tuviste.

—Mi única otra opción sería una telenovela granulada —dice, despidiéndome.

—Aún.

—No te dispares en el pie, cariño. Puedes tener cosas buenas, pero tienes que permitirte tenerlas.

Lo que dice suena razonable, o más bien lo sería, para una persona más razonable. No me siento muy razonable en este momento. Me siento enojada y triste y sobre todo solo... derrotada. Como si estuviera atrapada en una esquina con una sola salida, pero la salida está pavimentada con clavos de ferrocarril oxidados.

Vuelvo a limpiarme los ojos por si acaso cuando escucho que se abre la puerta de su habitación, una enfermera alegre entra para saludarnos a las dos mientras se alegra de que Wanda está despierta. La enfermera menciona algo sobre signos vitales y pruebas, y aunque Wanda no lo dice, puedo escuchar el rechazo en su voz.

—Volveré más tarde —le digo a Wanda—. No seas mala con las enfermeras.

Wanda pone los ojos en blanco.

—Todavía no he mordido a alguna, aún.

Si no me sintiera terrible, me reiría de la mirada que le da la enfermera.

—Recuerda lo que dije —me dice Wanda—. No hagas nada estúpido.

Asiento, pero incluso mientras lo hago, sé que es una mentira. Salgo de la habitación de Wanda con un gran peso sobre mis hombros, rogándole a mis ojos que contengan las lágrimas hasta que pueda encontrar un lugar tranquilo afuera para organizar una fiesta de lástima antes de intentar llamar a un taxi. Porque no puedo ser la que se interponga entre Aiden y Sophie. No permitiré que eso suceda. No importa cuánto… me preocupe por ellos. Por ambos.

Estarán mejor si lo hago ahora, antes de que profundicemos demasiado. Antes de que lleguemos a algún punto del que no podamos dar marcha atrás. Antes de que Aiden se dé cuenta de que nunca valí la pena en primer lugar. No puedo decir si la decisión a la que he llegado es estúpida o no, pero... Sé que va a doler muchísimo.





Nunca había estado tan nervioso en toda mi vida. Llevo semanas esperando este día, desde que decidimos conocernos en persona. Es ridículo que a mi edad me aterre tanto una cita y, sin embargo, me he arreglado el cabello tres veces y me he cambiado de ropa al menos cinco.

Me pican las manos por tocarla y estoy desesperado por oír su voz, por oírla de verdad

Y hoy por fin puedo.

Compruebo mi aspecto una vez más en el espejo del pasillo y me sobresalto cuando me distraigo al oír el timbre del teléfono en la encimera de la cocina. Frunzo el ceño cuando veo quién llama: no hay ningún motivo para que me llame la hermana de Rebecca.

El pavor se instala en mi estómago. ¿Le pasa algo a Sophie?

Contesto la llamada y me lo acerco al oído con la respiración contenida.

—¿Iris?



Capítulo 24

Aiden

Sophie no dice ni una palabra en todo el trayecto de vuelta a casa. Le he dicho tres veces desde que nos fuimos lo mucho que siento no haber respondido a su llamada; ni siquiera puedo describir lo fracasado que me siento como padre sabiendo que pasó horas sola sin que nadie la consolara. Me ha dejado con un nudo en el estómago desde el momento en que la vi sentada en aquel pasillo con un aspecto más desolado que nunca.

También está callada cuando llegamos a casa, sube dos tramos de escaleras hacia su habitación alegando estar cansada, y me debato entre darle espacio o rogarle que hable conmigo. A estas alturas, no tengo ni idea de qué curso de acción mejorará las cosas, si es que lo hace, pero al final decido que ya ha pasado suficiente tiempo sola hoy.

La sigo hasta su dormitorio y la ayudo a quitarse los zapatos mientras se sienta al borde de la cama, mirándome con ojos que no ven. Después de ayudarla a meterse bajo las sábanas, me siento a su lado y me fijo en sus ojeras.

—Sophie, lo siento mucho —vuelvo a decirle, deseando tener alguna forma de arreglar esto—. Debería haber estado allí. Me siento fatal porque hayas tenido que pasar por eso sola.

Sophie se encoge de hombros.

—Está bien.

—No lo está, Soph —recalco, inclinándome para presionar mi mano sobre su cabello—. Se supone que debo protegerte. Es mi trabajo asegurarme de que nunca te sientas así, y no he hecho un buen trabajo. Voy a hacer todo lo que pueda para asegurarme de no volver a meter la pata así.

—No estoy enfadada contigo —me dice en voz baja.

Sacudo la cabeza.

—Yo en tu lugar estaría enfadado conmigo.

—No lo estoy —me asegura—. Te lo prometo.

—Pero no estás bien —insisto—. Habla conmigo. Déjame ayudarte.

Se acurruca contra la almohada, cierra los ojos y los aprieta con fuerza mientras las lágrimas se acumulan allí.

—Wanda estaba herida —dice lastimeramente—. No sabía qué hacer. Pensé que iba a morir.

—Oh, cariño. —Me arrastro con cuidado sobre ella, me acomodo detrás de ella en su cama y la atraigo contra mi pecho para abrazarla fuerte. Se gira para enterrar su rostro allí, y yo apoyo mi mejilla contra su cabello—. Lo has hecho genial, Soph. Hoy ha dado miedo. Mucho más de lo que deberías haber pasado nunca. Pero lo has hecho genial. Muy bien. Salvaste la vida de Wanda. ¿Lo entiendes?

No puedo ver su cara ahora, pero la siento asentir contra mi pecho.

—¿Ella está bien?

—Nos han dicho que se pondrá bien después de descansar —le digo—. Cassie está con ella ahora mismo.

—¿Crees que Cassie está enfadada conmigo?

—¿Qué? —Bajo el rostro para mirarla—. Claro que no. Cassie nunca podría estar enfadada contigo. Te ama.

La voz de Sophie es más suave ahora.

—No quiero que Cassie se enfade y se vaya.

—Sophie. —Siento una opresión en el pecho—. ¿Es eso lo que te tiene tan preocupada? Eso no va a pasar.

—¿Me lo prometes?

—Voy a hacer todo lo posible para asegurarme de que eso nunca ocurra.

—Yo también amo a Cassie —susurra en mi camisa.

Cierro los ojos mientras le froto la espalda, haciendo círculos relajantes para mantenerla tranquila y cómoda. Su respiración tarda un rato en estabilizarse,

pero me doy cuenta de que se queda dormida, de que su cuerpo se afloja en mis brazos cuando la tensión de la mañana se apodera de ella. Sigo abrazándola incluso después de que se duerme, aprovechando este momento de tranquilidad para pensar en nuestro intercambio.

No puedo imaginarme lo que sintió Sophie cuando se quedó a solas con Wanda, incapaz de contactar conmigo o con Cassie y sin saber qué hacer. El pánico que debió de sentir me deja hecho un lío por dentro, atormentado por la culpa y la vergüenza por no haber estado a su lado. Especialmente con lo increíble que fue la noche anterior, lo feliz que fui hasta el momento en que vi todas las llamadas perdidas. Las cosas parecían perfectas hasta ese momento. Ahora me siento horrible.

Hay una culpa adicional encima de todo por haber dejado a Cassie en el hospital, pero no sabía qué más hacer. Estoy seguro de que Cassie entiende lo mucho que Sophie me necesitaba, lo distraído que estaba por todo lo que estaba pasando... pero eso no alivia la culpa.

E Iris. La jodida *Iris*.

Nunca le he gustado, ni cuando Rebecca se quedó embarazada, ni cuando intentamos que las cosas funcionaran, ni cuando decidimos que estábamos mejor separados, sobre todo cuando mi vida se volvió tan agitada después de conseguir mi trabajo actual. Todo empeoró mil veces después de que Rebecca falleciera y Sophie viniera conmigo. Ahora es como si la misión de toda la vida de Iris fuera demostrar que no soy un buen padre. Y aquí estoy, habiéndole entregado en mano el cuchillo que ha estado buscando para clavármelo por la espalda.

Qué puto desastre.

Sigo pensando en el rostro de Cassie en el hospital: su mirada cabizbaja me dice que se estaba culpando a sí misma de que Iris se enojara. Debería haber hecho algo más para tranquilizarla, lo sé, pero con Sophie casi catatónica, solo podía pensar en que volviera a casa, estuviera a salvo y volviera a ser ella misma. Planeo disculparme con Cassie cuando regrese. No tengo ni idea de cuándo será, ya que su teléfono no funciona.

Yo también amo a Cassie.

Es la única parte de todo este lío que me da algo de felicidad. La silenciosa admisión de Sophie. La forma en que Cassie quiere a mi hija, la forma en que

Sophie la quiere, me hace sentir cosas que nunca había sentido antes. Me hace imaginar todo tipo de cosas que no tengo por qué imaginar con Cassie después del poco tiempo que llevamos juntos, incluso con nuestra extraña historia compartida. Sin embargo, las imagino igualmente.

Aprieto más a Sophie, silenciando el zumbido de mi cabeza. Ya habrá tiempo de pensar en todo esto más tarde, preferiblemente un día en el que no nos hayan puesto a prueba a todos. Cierro los ojos y bostezo para tranquilizarme.

Tenemos tiempo de sobra.



No sé cuándo me he quedado dormido, pero Sophie sigue durmiendo profundamente a mi lado en su cama cuando me despierto, así que me alejo suavemente para dejarla seguir descansando. Bostezo mientras me rasco la nuca y tomo el celular de la mesita de noche para ver la hora. Ya ha pasado la hora de comer, pero Cassie sigue sin decir nada. Me pregunto si eso significa que sigue en el hospital.

Frunzo el ceño mientras lo meto en el bolsillo de mis jeans, no me gusta no saber nada de ella. Sé que su teléfono no funcionaba cuando nos fuimos, pero esperaba que al menos llamara desde la habitación para ponerme al día. Imagino que estará ocupada con Wanda, y me digo que llamará cuando tenga un rato libre. Decido distraerme con la comida mientras espero, pensando que puedo dejar dormir a Sophie hasta que haya preparado algo, al menos.

Cuando salgo de su habitación, cierro la puerta sin hacer ruido y avanzo con cuidado por el pasillo para no hacer ruido. Me detengo a tres pasos del rellano cuando me sorprende ver a Cassie en mi sofá, con la cabeza entre las manos.

—¿Cassie?

Me mira inmediatamente, con los ojos enrojecidos y el rostro demacrado, como si hubiera estado llorando. Verla tan alterada me inquieta y me apresuro a bajar los últimos escalones para cruzar la sala.

—Oye —la tranquilizo sentándome a su lado en el sofá—. ¿Cuándo has vuelto? ¿Cómo está Wanda?

Me mira, sus ojos se detienen en las líneas de mi cara mientras le tiemblan los labios. Resopla una vez mientras asiente, todo rígido.

—Está bien —me dice—. La van a tener unos días en observación.

Suspiro aliviado.

—Son buenas noticias, ¿verdad? Sabías que era demasiado fuerte como para dejar que algo así le pasara factura.

—Sí —responde en voz baja—. Nos sobrevivirá a los dos.

Hay algo en su tono plano que me inquieta, y es obvio que algo le sigue pesando.

—¿Te preocupa algo más? ¿Qué te pasa?

—Nosotros... —Traga saliva, aclarándose la garganta como si tuviera problemas —. Tenemos que hablar de lo que pasó en el hospital. Con Iris.

Mierda.

Aprieto los ojos y suelto un suspiro frustrado.

—Mierda, Cassie. Lo siento. Nunca debería haberte hablado así. Debería haber hecho más, pero todo era tan...

—No es culpa tuya —dice con urgencia. Extiende su mano para ponerla sobre la mía, contra mi rodilla—. *Nada* de esto es culpa tuya.

—Sé que no podría haber predicho cómo se desarrollaría esta mañana, pero eso no significa que no me sienta fatal por las cosas que te dijo. Odio que te hayas visto arrastrada a mi mierda. —Intento sonreír entonces, sobre todo porque estoy desesperado por ver alguna expresión en su rostro que no sea la melancólica nada que me está poniendo ahora—. Extraño final para una gran noche.

No sonríe; de hecho, se le humedecen los ojos como si fuera a volver a llorar.

—Cassie. —Me inclino para acariciarle el rostro con la palma de la mano—. Por favor, háblame. Dime por qué lloras.

—Es que... Creo que no me había dado cuenta de lo duro que iba a ser esto.

Arrugo la frente.

—¿Te refieres a Wanda? Se pondrá bien. En unos días volverá a casa y todo irá bien. Ya lo verás.

—Me voy a quedar en su casa —me dice.

Me toma desprevenido, y no es hasta ese preciso momento cuando me fijo en la bolsa de viaje que tiene al otro lado, junto al sofá.

—Está bien... claro. —Asiento, dejando a un lado mis propios sentimientos, queriendo anteponer los suyos a todo lo demás—. Por supuesto. Estoy seguro de que Wanda necesitará ayuda cuando vuelva a casa. Deberías tomarte todo el tiempo que necesites con ella.

Una única lágrima resbala por sus pestañas y se desliza por su mejilla, y entonces me doy cuenta de lo que no había visto hasta ese momento. No me he dado cuenta de que me mira como si no fuera a volver a verme.

Siento algo punzante y agudo en el pecho.

—¿Cuánto tiempo crees que estarás fuera, Cassie?

Su labio inferior tiembla, y ese dolor en mi pecho se intensifica, como si necesitara respirar, pero no fuera capaz de tomar aire.

—Cassie —lo intento, la voz me sale mal—. Por favor, no...

—No puedo hacerlo, Aiden —dice desolada—. No puedo ser algo utilizado para hacerte daño. O a Sophie, para el caso. Simplemente no puedo.

—Cassie, lo que dijo Iris... va a estar bien. Ahora solo está enfadada. Se calmará. No voy a dejar que pase nada.

—Ya ha pasado —se atraganta—. Y va a empeorar. Siempre van a señalar cómo empezó todo esto. Me van a usar como una carta de triunfo. No puedo serlo. Tú no *querrás* que lo sea. Acabaré siendo una carga para los dos.

No puedo entender lo que está diciendo. ¿Cómo puede pensar que su partida podría ser algo bueno? Solo pensar en ella saliendo por mi puerta ahora mismo me hace sentir como si estuviera tragando agua muy por debajo de la superficie, luchando por nadar hacia arriba, pero suspendido muy por debajo. Se siente como *ahogarse*.

—Cassie. Hablemos de esto. Ha sido una mañana estresante y estás disgustada. No tienes que tomar ninguna decisión ahora. Si nosotros...

—No voy a cambiar de opinión, Aiden.

Me faltan meses para cumplir los treinta y dos, y nunca en mi vida adulta me había sentido tan indefenso como ahora. Siento que se me escapa de las manos y me parece injusto, irreal: apenas la he tenido y ahora voy a perderla.

—Realmente te vas. ¿Verdad?

Asiente y siento que algo se rompe en mi interior.

—Tengo algunas de mis cosas en esa bolsa —Señala la bolsa que me gustaría tirar por la ventana—. Y enviaré a alguien por el resto.

Va a desaparecer. De nuevo.

—Sophie —digo aturdido—. Está dormida. Debería ir…

—No. —Sacude la cabeza—. Creo que sería más fácil para ella si no me despido.

Siento algo caliente en el cuello y me levanto del sofá cuando mi tristeza y mi frustración chocan con la ira.

—¿Más fácil para quién, Cassie? ¿Para ti? ¿O para ella?

—Ambas —susurra, con lágrimas frescas en los ojos. Se levanta del sofá y apenas me mira—. Será más fácil para ella si me odia.

—¿De verdad crees eso? Te ama. Es lo más feliz que la he visto desde que murió su madre, y es gracias a ti. Si desapareces, la destrozarás por completo.

No es solo ella, quiero gritar. No solo ella.

—Lo sé —susurra abatida.

—Dijiste que no ibas a ninguna parte —le recuerdo—. ¿Por qué me dejaste contarle lo nuestro si te ibas a ir?

—Lo siento —es todo lo que dice, tomando su bolsa—. Ojalá hubiera otra forma.

—*La hay.* —La agarro por los hombros y la vuelvo hacia mí antes de sujetarle el

rostro con las manos—. Quédate. Resuélvelo conmigo. Acabo de encontrarte. No lo eches todo por la borda antes de que tengamos una oportunidad. *Por favor*, Cassie.

Sus ojos se clavan en mi boca mientras sus labios tiemblan, y siento que mi contención se desmorona. No me detiene cuando me inclino hacia ella y oigo su suave bocanada de aire segundos antes de que mi boca entre en contacto con la suya. El beso está húmedo por sus lágrimas, lo que me hace sentir más desesperado, y trato de acercarme más a ella, de acortar la distancia que nos separa y que parece aumentar por momentos.

Hay un momento en el que se inclina hacia mí, en el que creo que caerá en mis brazos y olvidará toda esta conversación, pero es fugaz, se me escapa de las manos igual que ella. Se aparta, cierra los ojos con fuerza mientras sus dedos rodean mis muñecas para apartarlas suavemente de su rostro. Se aleja de mí, y solo hay un pie de espacio entre nosotros, pero parecen kilómetros.

—Lo siento.

Dos palabras, pero son suficientes para hacerme pedazos. Pero no ignoro la mirada en sus ojos. Puedo ver lo mucho que esto la está matando. Lo mucho que no quiere irse. ¿Cómo puedo dejarla ir, cuando me mira como si así fuera? ¿Como si quisiera que la abrazara?

—No quieres irte —le digo desesperadamente—. Sabes que no. No voy a dejar que te vayas por una razón de mierda. Te necesito.

Respira hondo y sus ojos se abren mientras su determinación parece flaquear. La boca se le cierra para volver a abrirse, como si intentara formar palabras, pero no recordara cómo. Su siguiente respiración es temblorosa, sus labios se juntan y sus ojos se vuelven hacia el suelo, y por un segundo creo que he conseguido convencerla. Que no se irá.

—Aiden, yo... no es solo lo de Iris.

—¿Entonces qué es? Sea lo que sea, podemos solucionarlo juntos. Solo tienes que darme la oportunidad de...

—Todo esto es demasiado para mí —dice rotundamente.

Es como si alguien me hubiera dejado sin aliento. Siento que toda mi seguridad

y confianza se van por el desagüe, sin tener forma de estar preparado para la posibilidad de que no solo se vaya por mí, sino también por ella.

—¿Qué?

—Yo… —Se frota el brazo nerviosamente. ¿Es por la culpa?—. He estado demasiado distraída con todo esto. He estado metiendo la pata en la escuela, y solo... no tengo tiempo para todo lo que viene con esto. Con nosotros. Amo a Sophie, de verdad, pero no estoy preparada para ser la madre de nadie. Es mucho más de lo que me propuse. No es el momento adecuado en mi vida para intentar ser lo que necesitas.

Todas las emociones que se han desatado en mi interior desde el momento en que me di cuenta de su intención se desvanecen y mueren. A su paso queda un vacío frío que me parece más aterrador que la idea de que se haya ido hace unos momentos. Parece el final de algo. O tal vez se siente como algo que nunca fue realmente.

—Oh.

No sé qué más decir. ¿Cómo puedo responder a eso? Me engañé pensando que Cassie sentía por mí lo mismo que yo por ella. Qué ingenuo soy.

Se me escapa una risa seca y hueca.

—Correcto. Yo no... —Ahora tengo la voz grave—. No sabía que te sentías así.

—Lo siento —vuelve a decir.

Lo siento.

Qué frase tan ridícula. Sin sentido. ¿Cómo es posible que en millones de años no hayamos conseguido inventar una mejor retahíla de palabras para ofrecer a alguien cuyo corazón está siendo pisoteado? *Lo siento* es como ofrecer una tirita para una mordedura de tiburón.

Totalmente. Inútil.

—No lo sientas —le digo. Ahora soy yo quien no puede mirarla a los ojos. No sé si estoy avergonzado o simplemente entumecido—. Ha sido un error mío. —Paso junto a ella para sentarme en el sofá y aliviar la presión de mis piernas, ahora inestables—. No debería haber supuesto que sentíamos lo mismo.

La oigo ahogar un sollozo, pero sigo sin atreverme a mirarla. Temo que, si lo hago, lo perderé.

—Aiden, yo...

—Me despediré de Sophie por ti —digo con voz hueca—. Al final, lo entenderá.

En mi línea de visión puedo distinguir sus piernas moviéndose hacia su bolso, y puedo ver sus manos alcanzando la correa. Le tiemblan. Creo que vuelve a llorar. Sigo queriendo abrazarla, pero saber que no quiere que lo haga me mantiene en el sofá, con las manos en los costados y los ojos fijos en el suelo.

—Adiós, Aiden —me dice en voz baja, apenas un susurro—. Lo siento mucho.

No le digo adiós. Creo que físicamente no soy capaz de pronunciar la palabra. Casi como si estuviera encerrada en señal de rebelión. Como si no decirlo hiciera que todo esto desapareciera.

Pero la veo alejarse de mí, y la aplastante certeza de que no volverá es algo pesado y tangible que se asienta sobre mis hombros. No respiro hasta que oigo la puerta cerrarse detrás de ella; creo que durante todo el camino hacia abajo esperaba que cambiara de opinión. No tengo ni idea de lo que voy a decirle a Sophie, igual que no tengo ni idea de cómo voy a levantarme del sofá y pensar en cómo afrontar la pérdida de Cassie solo unos instantes después de haberla encontrado.

No lloro. Creo que me gustaría, pero todo está tan entumecido. En lugar de eso, apoyo la cabeza en las manos, los hombros me tiemblan mientras cierro los ojos e intento olvidar la forma en que Cassie me besó, como si no quisiera irse. Aunque ya sé que va a perseguirme. Tengo la aterradora sensación de que toda ella lo hará.

Una parte de mí piensa que debería haberle dicho que la amo.

Una parte de mí sabe que eso no habría hecho que se quedara.

CHAT CON @ALACARTE

No puedo creer que me dejaras plantada.

¿Pasó algo?

Por favor, dime que ha pasado algo. De lo contrario me voy a sentir realmente estúpida.

¿Hola?

Capítulo 25

Cassie

—Sabes, en algún momento vas a tener que dejar de lamentarte.

Levanto la cabeza del terciopelo envejecido del sofá de Wanda, fulminándola con la mirada desde la sala.

—¿No deberías ser más comprensiva?

—¿Por qué? —se burla mientras remueve su sopa—. No fui yo quien te dijo que fueras y actuaras como una tonta.

Gimo mientras vuelvo a apretar el rostro contra el sofá, el lugar donde he estado durmiendo las últimas dos semanas. Han pasado más de dos meses desde la última vez que me revolqué aquí, y después de todo lo que ha pasado, me parece una horrible ironía que sea aquí donde me encuentre. A veces me sorprendo a mí misma preguntándome si no sería mejor volver atrás y evitar haber aceptado ese trabajo.

Al menos entonces no sería tan miserable.

Mentir a Aiden y hacerle creer que no tenía tiempo en mi vida para Sophie y él pasará a la historia como lo más difícil que he hecho. Sé que en última instancia era necesario, que ambos estarán mejor sin mí en sus vidas, pero eso no hace que duela menos. Creo que nunca podré sacarme de la cabeza su expresión desconsolada. Y lo he intentado.

Ni siquiera puedo permitirme preguntarme cómo habré reaccionado Sophie cuando se enteró de que me había ido... Vivir con eso durante demasiado tiempo me hace sentir como una completa basura en lugar de casi una basura. No hay forma de que una niña de diez años pueda entender una tontería tan complicada como sacrificarse por un bien mayor. Diablos, después de semanas de obsesionarme con la decisión, hasta yo creo que es una mierda. Nada por el bien mayor debería hacerte sentir tan mal.

—¿No has hablado con él desde entonces?

Sacudo la cabeza contra los cojines del sofá.

—Estoy segura de que ambos se alegrarían de no volver a verme.

—Y una mierda. No hay nada que hayas podido decir que no se pueda arreglar con un buen revolcón en el heno.

—Hay tantas cosas mal en lo que acabas de decir.

—Todo lo que digo es brillante.

Pongo los ojos en blanco.

—Ni siquiera estoy segura de dónde encontrarías heno en San Diego.

—Sabes lo que quiero decir.

—Me odia, Wanda —gimoteo, enterrando el rostro—. Y debería. Fui una auténtica idiota.

—Hacías lo que creías que tenías que hacer —me ofrece—. Aunque fuera una estupidez de mierda.

—Vaya. Gracias.

—Intenté convencerte de que no lo hicieras.

—Lo sé. —Cierro los ojos para no llorar por enésima vez desde que salí de casa de Aiden—. Pero es mejor así.

Wanda hace un ruido que sugiere que tiene mucho que decir al respecto, pero afortunadamente no dice nada. No es que no haya dicho mucho desde que regresamos del hospital. He estado intentando volcarme en la escuela y en el inútil empeño de buscar más trabajo; me gustaría decir que he estado siendo útil a Wanda mientras se recupera, pero bastaron unas veinticuatro horas desde que llegó a casa para que decidiera que no tenía ningún deseo de que la «mimaran». Es muy testaruda. Con todo lo enfurruñada que he estado, es más como si ella hubiera estado cuidando de mí.

—¿Por qué no sales de casa?

Sacudo la cabeza.

—No quiero.

—Estás rondando este maldito lugar como un fantasma. Si no sales pronto, vas a empezar a acumular telarañas.

—Estoy bien, Wanda.

—Díselo a tu cabello —resopla—. ¿Cuándo fue la última vez que te lo cepillaste?

—Es genial tenerte a mi lado —le digo—. Me siento muy arropada.

—Si quieres cariño, vete de mi casa y dile a ese hombre tan guapo que lo quieres. Apuesto a que te dará todo el cariño que quieras.

Me levanto del sofá, rodando mi cuerpo hacia un lado y poniéndome de pie.

—Está bien. Voy a salir.

—¿A casa de Aiden?

—A la *tienda*.

—Testaruda —refunfuña.

—Sí, yo también te quiero.

Me pongo mis zapatos junto a la puerta, sin molestarme en cepillarme el cabello como me sugirió. Mientras tomo las llaves, me miro en el pequeño espejo que hay junto a la puerta principal y me doy cuenta de que tengo un aspecto horrible. El cabello castaño me sobresale por todas partes, mi piel, normalmente bonita, está grasosa, lo que empeora con las ojeras por la falta de sueño. Además, tengo un aspecto de miseria general que no consigo borrar de mis facciones. Hago una nota mental para obligarme a darme una larga ducha caliente cuando vuelva de la tienda mientras me recojo el cabello con una goma de mi muñeca.

—Trae pan —me dice Wanda.

—Sí, sí —le digo por encima del hombro mientras cierro la puerta tras de mí.

No he salido más que para ir a mi laboratorio el fin de semana pasado, e incluso entonces, había hecho todo lo posible para evitar conversaciones con personas reales tanto como fuera posible, especialmente con Camila. El viaje a la tienda es corto, solo unas manzanas desde la casa de Wanda, pero es el trayecto no educativo más largo que he hecho en semanas, así que me lo apunto como una victoria.

En realidad, no necesito nada de la tienda. A decir verdad, solo quería demostrarle a Wanda que soy capaz de hacer cosas sin llorar, pero en el último segundo lanzo un dulce (dos, en realidad) a la cinta transportadora junto con un té de durazno que he tomado a toda prisa antes de que la cajera cobrara el pan de Wanda. Quizá los tentempiés me ayuden a recordar cómo son las endorfinas.

Últimamente parezco una *Merlina Addams* menos genial.

Aún hay luz cuando salgo, no es suficiente para que Wanda haya terminado de cenar, y mientras emprendo el camino de vuelta, me planteo buscar un banco en el que ponerme en cuclillas otros veinte minutos más o menos para dar la ilusión de que salgo. Tal vez eso me quite a Wanda de encima. Aunque lo dudo. Abro mi bebida mientras camino y le doy la vuelta a la tapa por costumbre para leer lo que pone en la otra cara.

La querofobia es el miedo a la felicidad.

Me detengo en la calle, frunciendo el ceño con desdén ante el ofensivo circulito. De verdad que no puedo inventarme esta mierda. Si Aiden estuviera aquí, probablemente me acusaría de mentir. Pensar en él solo hace que me duela más el corazón. Vuelvo a tapar la botella con agresividad y la meto en la bolsa de plástico mientras sigo hacia casa de Wanda, con la intención de tirar la bebida en el primer bote de basura disponible.

Hay una cafetería que me gusta en el camino de vuelta al apartamento, el olor familiar de los pasteles recién horneados asalta mis fosas nasales cuando paso y me da el primer golpe real de endorfinas que he tenido desde que salí de casa de Aiden. Me quedo delante de la puerta mientras sopeso mis opciones. Ahora que lo pienso, un pan de queso danés suena mucho mejor que un banco cualquiera.

Tengo que apartar de mi mente el hecho de que parece que he estado viviendo en una cueva durante las últimas semanas para encontrar el valor de entrar, diciéndome a mí misma que estas personas seguramente han visto cosas más

raras que una estudiante de posgrado que parece que va a echarse a llorar en cualquier momento. En cualquier caso, eso es lo normal para nosotros. Al menos dentro no hay mucha gente, y doy las gracias en voz baja por las pequeñas bendiciones.

Saco el celular del bolsillo mientras hago cola para pedir y miro las notificaciones vacías con un sentimiento de melancolía cada vez más familiar. Aiden no se ha puesto en contacto conmigo desde que me fui, ¿y por qué iba a hacerlo? Prácticamente le dije que no lo quería. Algo que está tan lejos de la verdad que bien podría estar en el *National Enquirer*. Junto a lo de una cantante pop que tiene un extraterrestre en su sótano.

Ni siquiera sé cuántas veces me he preguntado si alguna vez dejaré de quererle a estas alturas.

La cola avanza y yo voy arrastrando los pies, echando un vistazo a la cafetería para ver a cuánta gente estoy sometiendo a mi rudo aspecto. La mayoría de las mesas están vacías, salvo unas pocas a lo largo de la pared del fondo; hay un hombre mayor sorbiendo algo de una taza mientras lee un periódico, una pareja joven que charla animadamente al otro lado de la mesa, y en la esquina del fondo, tecleando furiosamente en una computadora y con aspecto poco entusiasmado con su suerte en la vida, hay...

No puedo evitar mirar.

Sé exactamente lo grande que es esta ciudad, y por lo tanto soy bastante consciente de las probabilidades de ver a alguien al azar que no quieres ver. No puedo decir un porcentaje ni nada parecido, ya que no me interesa el estudio de la población ni trabajo para el Censo, pero puedo conjeturar que es un número muy pequeño.

Pero ahí está sentada Iris, escondida en la esquina de un café que he visitado cientos de veces como una habitual.

No se da cuenta de que estoy allí mientras mira la pantalla de su computadora, y me pregunto en qué estará concentrada. A pesar de mis desesperados intentos por separarme mentalmente de Aiden y Sophie, ver a Iris es un duro recordatorio de que no he progresado en absoluto. Verla irrita el hueco que dejaron tras de sí, haciéndolo sentir tan crudo y tan fresco como el día en que lo grabé en mi propio pecho cuando los abandoné.

Ir hacia ella no es una decisión consciente; creo que ni siquiera me doy cuenta de que estoy caminando hacia ella hasta que estoy casi en su mesa, mis pies se mueven solos mientras me llevan uno tras otro hasta donde está sentada. No se da cuenta de mi presencia hasta que me siento frente a ella en el pequeño reservado y dejo caer la bolsa con el pan de Wanda a mi lado mientras Iris abre los ojos con sorpresa, como si intentara procesar el hecho de que estoy aquí.

—Hola —digo.

Todavía parece fuera de sí al verme.

—¿Cassie? ¿Qué haces aquí?

No sé qué responder. Ni yo misma estoy segura.

—Yo… te vi aquí sentada y… —Me fijo por primera vez en sus ojeras, que apenas difieren de las mías. Me doy cuenta de lo mucho que se parece a Sophie, los mismos pómulos, la misma nariz, y me doy cuenta de que apenas sé nada de esta mujer, y ahora ha arrancado toda mi vida. Me doy cuenta en ese mismo momento de lo mucho que necesito saber por qué ha tenido que llegar a esto—. ¿Odias a Aiden? ¿De verdad quieres llevarte a Sophie?

Se echa hacia atrás, parece indignada.

—¿Perdona?

—Necesito saberlo —insisto—. Necesito saber que no tenía otra opción.

—Lo que dices no tiene sentido —resopla, cerrando la computadora de golpe—. Y no te debo ni a ti ni a Aiden una maldita cosa. Así que puedes decirle...

—No puedo decirle nada —le digo en voz baja, sintiendo el familiar escozor en los ojos. En silencio les ruego que se mantengan secos—. Me fui. El día que te vimos en el hospital.

Iris resopla.

—¿Qué? ¿Dejó de ser divertido cuando te diste cuenta de lo inapropiado que era?

—No. —Sacudo la cabeza—. Me fui porque Aiden es un buen padre.

—Porque esa es una razón real.

—Lo es —digo con naturalidad—. Es un gran padre y ama a su hija, y no iba a ser la razón por la que alguien se la quitara.

—Tu marcha no cambia el hecho de que él la dejara con una anciana desconocida y luego estuviera desaparecido cuando ella lo necesitó porque estaba contigo.

—Y no puedo cambiar eso —le digo—. Ya lo sé. Fue un error. No puedo volver atrás. Pero puedo asegurarme de no causarles más dolor. Aunque para ello tenga que hacerles daño.

Iris me mira largamente, con el ceño fruncido y la boca apretada mientras me estudia.

—¿Por qué me dices esto exactamente?

—Porque necesitas oírlo —insisto—. Sé que el horario de Aiden es una locura, pero se ha esforzado mucho por encontrar un equilibrio para Sophie. Adora a esa niña. Todo lo que quiere es lo mejor para ella. No entiendo por qué te esfuerzas tanto en alejarla cuando ella quiere estar con él.

—Ella no sabe lo que quiere —dice Iris un poco más tranquila, desviando la mirada.

—Yo creo que sí lo sabe —argumento—. Lo vi todos los días durante semanas. Lo mucho que quería estar con su padre. Tienes que saber que le dolería que los separaras, así que ¿por qué demonios te esfuerzas tanto?

—Porque *tengo* que hacerlo —resopla, pasándose los dedos por el cabello—. No lo entiendes.

—Pues explícamelo.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Porque me ofrezco a escuchar, y empiezo a pensar que no hay nadie más en tu vida que lo haya hecho.

—No sabes nada de mi vida —se burla—. Es imposible que sepas lo que es perder a tu única familia.

Le sonrío, pero es una sonrisa vacía.

—Te sorprenderías.

—¿Oh? ¿Sabes lo que es levantarte un día y que tu hermana simplemente... se haya ido? Tu otra mitad, la persona más importante de tu vida. —Chasquea los dedos—. Se ha ido. Así, sin más. —Iris mira al techo, con los ojos brillantes—. Era todo lo que tenía. Nuestros padres murieron. ¿Lo sabías? Desde que éramos adolescentes. Básicamente la *crie* y ni siquiera pude despedirme de ella. No puedes *saber* lo que es eso.

—Tienes razón —le digo con sinceridad. Por desgracia, estuve sometida a mis padres durante mucho tiempo antes de poder escaparme—. No sé lo que es eso.

—Y luego mi sobrina, la única parte de Rebecca que me queda, de repente también me la arrancan. *Días* después de enterrar a Rebecca. —Iris se pasa los dedos por el cabello, con la mirada perdida—. Mi hermana desaparece de repente, ¿y luego viene un tipo que solo la veía una o dos veces al mes y se la lleva? ¿Solo porque comparte su ADN? ¿Cómo puede ser eso justo? Vi a Sophie llegar a este mundo. Sostuve la mano de Rebecca mientras pujaba. Corté el cordón de Sophie. *Yo*. No Aiden. *Yo*. Y ahora está...

Tiene los ojos enrojecidos, una humedad que amenaza con derramarse y, por primera vez desde que conozco a Iris, no veo a la mujer reservada que ha sido cada vez que nos hemos visto. Veo a una hermana asustada y afligida, a una tía solitaria, a alguien que no sabe adónde va ni qué hacer a continuación. Por primera vez desde que la conozco, parece... triste. No muy diferente de lo que yo estoy ahora, en realidad.

—No puedo perder también a Sophie —susurra Iris, con un sollozo silencioso en la garganta. Se seca los ojos—. Estoy segura de que estás disfrutando con esto.

Sacudo la cabeza.

—No lo estoy disfrutando. Solo estoy pensando que todos podríamos habernos evitado mucha angustia si Aiden y tú pudieran tener una conversación de verdad.

—¿Crees que no lo he intentado?

—¿Pero lo *has* hecho? —Le dirijo una mirada mordaz—. Escucha, conozco a Aiden. Es un buen hombre. Definitivamente no es irrazonable. No te ocultaría a Sophie por despecho. Mira cómo han sido estos últimos meses. ¿No habíamos estado buscando maneras de que los dos estuvieran en su vida?

Cierra la boca, con una mirada de culpabilidad en los ojos mientras mira fijamente a la mesa.

—Ese no era Aiden. Eras tú.

—Me alegra oír que al menos una parte de ti todavía cree que me preocupaba por Sophie.

—Escucha, estoy segura de que sí, pero tienes que entender...

—Tienes que entender que Aiden va a cometer errores. Con o sin mí en su vida. No creo que la medida de un padre sean los errores que comete. Creo que es lo duro que trabajan para solucionarlos.

Iris me mira con expresión desconcertada, girando ligeramente la cabeza como si intentara entenderme.

—No entiendo por qué tienes tantas ganas de ayudar. Dijiste que te habías ido.

—Sí. —Me rio amargamente—. Y fue lo más difícil que he hecho nunca. Ahora me pregunto si fue siquiera lo correcto.

—Entonces, ¿por qué intentas ayudarme?

—No lo hago —corrijo—. Estoy intentando ayudarlos a *ellos*. Quiero que Aiden y Sophie tengan toda la felicidad que se merecen. Si eso significa explicarte cómo tener una conversación real como un ser humano normal... bueno. Vale la pena la conversación incómoda.

Iris parpadea. Luego la arruga de su ceño se suaviza, sus ojos siguen su ejemplo y me mira como si me viera por primera vez.

—Lo amas. ¿No es cierto?

—Yo… —Trago saliva, solo pensarlo me provoca una nueva oleada de dolor que sospecho que no remitirá en mucho tiempo—. Sí. —Asiento despacio, bajando la mirada a mi regazo—. Sí. A los dos.

Iris no dice nada y, en realidad, creo que a ninguna de las dos nos queda nada que decir. Asiento torpemente a la mesa antes de posar los dedos sobre la mesa para tamborilearlos distraídamente.

—Voy a dejarte sola —le digo—. Solo... piénsalo. No hay razón para que

ninguno de ustedes siga sufriendo así.

Iris asiente aturdida, mirándome como si tuviera una segunda cabeza saliendo de un lado del cuello. Supongo que no puedo culparla, ya que este es el encuentro más extraño que he tenido en mi vida. Ni siquiera sé si servirá de algo, pero al menos puedo decir que lo he intentado.

—Cassie —me llama Iris cuando me levanto del asiento.

Me detengo en el borde.

—¿Sí?

—Lo siento —dice—. Por las cosas que dije. Estaba dolida.

Se me escapa otra risa seca y hueca.

—Sí, bueno. Hay mucho de eso por ahí.

No me despido mientras dejo a Iris sentada a la mesa y no miro atrás. Salgo del café con la bolsa de pan de Wanda aún en la mano y mi danés olvidado. No tengo forma de saber si algo saldrá de lo que he hecho, pero el hueco en mi pecho se siente más pequeño, menos crudo. Quizá nunca se cierre. Tal vez sea lo mejor que pueda esperar: que Aiden y Sophie encuentren la felicidad.

Aunque sea sin mí.



CHAT CON @ALACARTE

alacarte está desconectado.

Último mensaje fue hace 23 días.

Capítulo 26

Cassie

Días después de hablar con Iris, me siento extrañamente menos deprimida. Sigo sintiéndome miserable y muy enojada conmigo misma, pero no siento que el cielo se esté cayendo. La mayor parte del tiempo. Creo que es porque he elegido permitirme soñar despierta con que hablar con Iris conducirá a algo bueno para la pequeña familia que dejé atrás. Que en algún lugar de todo el dolor encontrarán su «felices para siempre». Que no seré una carga para nadie. Nunca más.

Sigo en el sofá de Wanda, pero no estoy en camino de lograr homeostasis completa, por lo menos. Me he duchado (varias veces, gracias), y me he cepillado el cabello. Incluso he guardado mis pantalones de depresión y opté por un atuendo menos triste de leggings y una camiseta grande que está limpia, debo añadir. Eso es un punto a favor.

He pasado la mayor parte del día trabajando en tareas que he caído en el hábito de posponer hasta el último segundo para tener más tiempo para llorar, y en el momento en que me he puesto al día con mis lecciones, la primera vez en semanas que lo he hecho antes de la noche anterior a mis laboratorios, me siento casi como yo misma otra vez. Casi.

Oigo a Wanda caminar por el pasillo desde su dormitorio mientras cierro la computadora, se cierra la bata y me mira por encima de los lentes.

—Mírate —dice, impresionada—. Había una mujer de verdad viviendo bajo toda esa mugre.

Pongo los ojos en blanco.

—De nuevo, me alegro de tenerte de mi lado.

—Estoy bromeando. Me alegro de que te parezcas más a ti misma. Estaba empezando a considerar llamar a un exorcista o algo así.

—Sí, a todos nos divierten mucho tus bromas inquietantes.

—Llamé a ese viejo número de los Cazafantasmas en algún momento —exclama —. Respondió un pobre idiota en Kentucky.

—¿No es hora de que te prepares para el bingo?

—Tengo tiempo. —Se acerca a su silla y se sienta, estudiándome por encima de sus lentes—. Tienes mucho mejor aspecto. ¿Crees que esa mujer haya oído algo de lo que dijiste?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Pero quiero pensar que sí. Me hace sentir mejor pensar eso.

—Probablemente te sentirías aún mejor si fueras a comprobarlo.

—No voy a tener esta discusión de nuevo.

—En realidad no la hemos tenido para empezar. Siempre estás escabulléndote al baño o enterrándote en mi sofá como una auténtica okupa.

—Vaya. Hace un par de meses me rogabas que me quedara aquí.

—Sí, bueno. Eso fue antes de que tuvieras a toda una familia ahí afuera deseando que volvieras.

Siento una opresión en el pecho.

—No lo hacen. Créeme.

—¿Crees que te olvidarían después de unas semanas?

—Le dije que no tenía tiempo para ellos. Le dije que no me había apuntado a nada de eso.

—Sí, bueno. Todos hacemos tonterías alguna vez cuando queremos a la gente.

—Sí. —Me rio—. Las hacemos.

—No quiero que acabes arrepintiéndote de nada.

—Quizá sea como tú. —Me rio—. Novio nuevo cada semana. Me parece un sueño.

—No lo es —dice Wanda rotundamente—. ¿A ti te parece un sueño?

Me retraigo.

—¿Qué?

—¿Crees que me gusta vivir sola en este pequeño apartamento?

—Yo… —Me quedo sin palabras—. No lo entiendo.

—Cassie. —Se ríe Wanda—. Eres demasiado lista para ser tan tonta. Claro que no estoy viviendo el sueño. —Chasquea la lengua—. El sueño es volver a casa con alguien que te quiera todos los días.

—Pero, si eso es lo que sientes, entonces por qué...

—Porque tuve mi oportunidad una vez, y la arruiné. Igual que tú intentas hacer.

No sé qué decir. En todos los años que llevo conociendo a Wanda, nunca me ha dado ningún indicio de que tuviera reparos con su vida. Claro, es un poco raro que pudiera llegar a esta edad sin haber sentado cabeza nunca, pero suponía que esa era la vida que había elegido. Nunca se me había ocurrido que pudiera querer algo diferente.

—¿Por qué es la primera vez que oigo hablar de esto?

Wanda se encoge de hombros.

—Nunca has necesitado oírlo hasta ahora. —Cruza una pierna sobre la otra mientras suspira profundamente, bajando la mirada hacia su pie que golpea el aire mientras reflexiona—. No era mucho mayor que tú cuando conocí a Henry.

—¿Henry?

Wanda sonríe, recordando.

—El típico surfista playero que vivía en La Jolla en los setenta. Rubio, ojos azules... demasiado guapo para su propio bien. Y claro, como yo era tan guapa, obviamente no podía dejar de pensar en mí después de conocernos.

—Naturalmente —digo con una sonrisa.

—Yo pensaba que estaba buenísima en aquella época. Te lo digo, Cassie, si los vídeos de tetas hubieran existido entonces, me habría hecho rica.

—No lo dudo.

—Así que ahí estaba yo, esta morenita pechugona que pensaba que su mierda no apestaba, y llega Henry. Te lo digo, Cassie. Me dejó estupefacta. Aquel primer día me compró un helado en el paseo marítimo y ya ni me acuerdo de lo que hablamos, pero estaba... —Da una palmada en señal de despedida. Ida. Desde el principio.

—¿Qué pasó?

—Ese verano estuvimos juntos todos los días. Nos tumbábamos en la playa, nos besábamos en su auto, hacíamos... otras cosas. —Hago una mueca y Wanda resopla—. Oh, cállate. Tú y yo sabemos que ninguna de los dos somos ajenas a un pene.

Palabras que no me gustaría volver a oír, muchas gracias.

—De todos modos —continúa Wanda—. Claro que quería a Henry, y claro que él estaba obsesionado conmigo...

—Obviamente —me burlo.

—Claro que sí —resopla—. Pero... —Suspira, sacudiendo la cabeza—. Fui una tonta. Veintisiete años y aún no sabía nada de nada. Siempre estaba buscando la próxima fiesta, la próxima gran cosa, y Henry, sorprendentemente, bueno... él quería más.

Noto el leve arrugamiento de su ceño, la tristeza de sus ojos que me dice que no es una herida que haya cicatrizado para ella, sea lo que sea.

—Me pidió que me casara con él —dice con voz lejana—. Al final de aquel verano. Se arrodilló y todo. Tenía... —Wanda sonríe, pero, de nuevo, con tristeza —…Un anillo y todo. Era diminuto y lamentable, pero sé que tuvo que ahorrar todo el verano para comprarlo. —Cierra los ojos y me doy cuenta de que recuerda este momento como si fuera ayer. Como si nunca hubiera dejado de pensar en ello—. Había conseguido un trabajo en una empresa de construcción en San Francisco y quería que me fuera con él. Quería que empezáramos nuestras vidas juntos al otro lado del estado.

Sé lo que pasó, por supuesto que lo sé, ya que Wanda está aquí y Henry no, pero la forma en que se queda callada me dice que le cuesta hablar de ello incluso ahora, después de tanto tiempo, y me encuentro diciendo lo obvio, de todos modos.

—Dijiste que no —digo en voz baja.

Ella asiente.

—Dije que no.

—¿Por qué?

—Por qué. —Ríe secamente, volviendo los ojos hacia el techo y sacudiendo la cabeza—. Pensé que necesitaba la fiesta. Que no estaba preparada para sentar cabeza y hacer de ama de casa. Pensaba que de alguna manera esta vida que me ofrecía Henry me frenaría. —Wanda inspira hondo solo para soplar, con esa misma sonrisa triste en la boca—. Así que se marchó. Hizo las maletas y tomó ese trabajo. Me dejó atrás como yo le obligué a hacer.

—Wanda, yo...

—No lo hagas. —Me hace señas con la mano—. Fue hace casi medio siglo. Fue mi decisión.

—Pero no tenía ni idea.

—Porque entonces no lo necesitabas, pero ahora sí. ¿Sabes por qué?

Sacudo la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque —dice—. Ocho meses después de que Henry se fuera, me sentía desgraciada. Le echaba tanto de menos que apenas podía levantarme de la cama por las mañanas. Tardé ocho meses enteros en darme cuenta de que había cometido el peor error de mi vida, y que no quería seguir persiguiendo las fiestas. Quería a Henry.

—¿Y qué pasó?

—Lo localicé. —Ella asiente—. Sí, lo localicé. Volé hasta San Francisco con un gran plan para recuperarlo. Estaba decidida a hacer lo que fuera necesario. Arrastrarme, rogar... lo que fuera.

—¿Pero?

El dolor en la expresión de Wanda es palpable, y es asombroso que todavía pueda estar tan fresco para ella, incluso después de todo este tiempo.

—Pero él siguió adelante —me dice en voz baja—. Se había casado con una chica muy linda que era recepcionista en el lugar donde trabajaba. Los vi en una de las obras a las que había ido corriendo para encontrarlo. Ella le llevaba la comida con un vestido blanco y parecían... parecían muy *felices*. Ni siquiera me atreví a enfrentarme a él. Me di la vuelta y me fui a casa. —Me mira a los ojos, como si esta fuera la parte más importante que quiere que entienda—. Y nunca sentí nada parecido a lo que sentí por Henry. No por el resto de mi vida.

—Wanda, lo siento mucho. Siempre pensé que amabas tu vida.

Ella exhala un suspiro.

—Me las arreglo. Me divierto, lo hago. Y ahora te tengo a ti, y eso ha sido suficiente para mí. Pero te veo ahí sentada, cometiendo los mismos errores, y no puedo quedarme sentada viendo cómo mi vida se repite contigo. Créeme, Cassie. No querrás ver a Aiden algún día con su rubia bonita en un vestido blanco. El dolor no se olvida así. Nunca olvidas amar a alguien que podría haber sido tuyo si no lo hubieras alejado.

Miro mi regazo, intentando pensar en una respuesta. Me siento fatal por haber pasado tanto tiempo con Wanda sin saber nada de su pasado; ¿por qué no me lo había contado antes? Tal vez si hubiera conocido esta historia, habría sido menos probable que...

No.

No puedo sentarme aquí y tratar de culpar a alguien más por mis decisiones. Fui yo quien le dijo esas cosas a Aiden, y Fui yo quien tomó la decisión por los dos de que estaba mejor sin mí. Podría haber hablado con él, y podríamos haber intentado encontrar una solución juntos, pero le robé esa opción cuando le mentí y le dije que no le quería. No tengo a nadie a quien culpar más que a mí misma por el infierno que he pasado estas últimas semanas. ¿Así será el resto de mi vida? ¿Siempre lamentaré lo que podría haber sido entre nosotros?

Ya sé la respuesta. La sé porque incluso antes de saber el nombre de Aiden, antes de saber cómo era o de dónde venía o sobre sus sonrisas y sus besos y todo lo demás, le echaba de menos. Le eché de menos durante un año en el que no sabía nada. Sé que lo echaré de menos para *siempre* ahora que sé tanto.

—Dios —murmuro, bajando la cabeza—. Lo he jodido.

—Mmm —asiente Wanda—. Pero aún estás a tiempo de arreglarlo. Puedes ir y disculparte. Dile a ese hombre que lo amas y que eres una completa idiota.

—Así de fácil, ¿eh? —Me rio entre dientes, mirándola de reojo.

Wanda mueve la cabeza.

—Muy fácil. —Mira el reloj de pared y comprueba la hora antes de levantarse de la silla—. Ahora, si me disculpas, tengo que prepararme.

—¿Bingo?

—No —me dice—. Tengo una cita.

Me quedo con la boca abierta.

—¿Qué?

—Así es —dice con la cabeza bien alta—. Una cita de buena fe.

—¿Con quién?

—Fred Wythers.

—¿Qué? Pensé que lo habías dejado.

—Sí, bueno. Eso es porque quería verme más. Yo no buscaba nada así entonces.

Todavía me siento atónita por esta nueva revelación.

—¿Y ahora sí?

—Un ataque al corazón realmente pone las cosas en perspectiva, chica. Podría estar muerta mañana. —Se encoge de hombros—. Tal vez decidí que no quería estirar la pata sola.

—Eso es... —Todavía estoy intentando asimilar todo lo que he aprendido en los últimos veinte minutos—. Eso es genial, Wanda.

—Ya veremos —tararea—. Al menos conseguiré una comida gratis.

No puedo evitarlo, sonrío ante esta perspectiva tan clásica de Wanda.

—Correcto.

—Ahora, quiero que te sientes en ese sofá...

—No hay problema —resoplo.

—Y que pienses en lo que te he dicho. Quizá te des cuenta de que, después de todo, no quieres ser como yo. —Entonces me guiña un ojo—. Aunque sea muy genial.

Me rio mientras se dirige al vestíbulo para prepararse para su cita, a la que tardaré en acostumbrarme, y me deja justo donde me encontró, pero con muchas más cosas en las que pensar.



Wanda se había marchado hacía una hora, y aunque era extraño verla con uno de sus trajes de pantalón más bonitos y que la recogieran en la puerta de su casa como si se fuera corriendo al baile de graduación, me gustó lo linda que iba, intentando no parecer emocionada. Fred me había saludado amistosamente antes de que se fueran, saludando con una mano y sosteniendo un ramo en la otra, y no se me había pasado por alto el rubor en las mejillas de Wanda cuando le había entregado las flores. Definitivamente es nuevo, pero le queda bien, creo.

Aunque el «no me esperes despierta» que me había lanzado por encima del hombro me hizo sentir como una perdedora. Setenta y dos, y ella todavía tiene más juego que yo.

No he hecho mucho desde que Wanda se fue, no es que a nadie le sorprenda, pero he estado pensando mucho. Sobre la historia de Wanda, sobre mi propia situación... pero sobre todo en Aiden y Sophie. He pensado en todas las posibilidades que se me ocurren sobre cómo podría disculparme, o si debería hacerlo, y cada espiral me devuelve a la misma culpa y al miedo aplastante de que nada de lo que les diga cambiará las cosas. ¿Cómo podría alguno de ellos perdonarme después de cómo me fui? Como si no importaran.

Sé que en algún momento tendré que levantarme del sofá y prepararme algo de comer si quiero mantener la fachada de que estoy mejorando poco a poco, pero tengo el cerebro hecho papilla de tanto pensar y no voy a fingir que apagar las luces y acostarme a las, miro el reloj y gimo, siete en punto me parece una opción mucho más atractiva.

Sigo dándole vueltas a mis fascinantes opciones cuando llaman a la puerta y frunzo el ceño mientras me pregunto quién estará aquí. Es imposible que Wanda vuelva tan temprano y, por lo que sé, soy su única amiga de verdad, así que ¿quién más podría ser? Con mi suerte, será el viejo del 2B otra vez con mi paquete que «abrió accidentalmente después de que se lo entregaran por error». Claro. Solo estaba decepcionado porque no había nada bueno dentro. Resoplo cuando me veo obligada a abandonar el triste trono de terciopelo en el que he hecho mi hogar, me dirijo a la puerta de Wanda y miro por la mirilla, pero el vestíbulo parece vacío. Frunzo el ceño al mirar de nuevo, confirmando que no hay nadie ahí fuera. ¿Seguimos haciendo lo de timbrar y correr en 2023?

Desbloqueo la cadena antes de tantear la cerradura con fastidio, consiguiendo finalmente deshacerlo todo para poder abrir la puerta de un tirón con la esperanza de poder atrapar al pequeño bastardo que se atreve a darme mierda mientras sigo medio revolcándome. Inmediatamente me doy cuenta de que no me había equivocado, exactamente, ya que no veía a nadie por la mirilla, pero tampoco había acertado.

Porque hay alguien al otro lado de la puerta, alguien que es demasiado baja para verla por la mirilla y que no tiene nada que hacer aquí, y menos sola. Miro boquiabierta el cabello castaño, las pecas y un rostro diminuto que hace que me duela el corazón, aturdida por un momento mientras intento encontrarle sentido a su presencia. Giro la cabeza hacia el pasillo para confirmar que sí, que está sola, aplastando la ligera decepción y centrándome en la niña de la puerta, que me hace sentir eufórica e increíblemente culpable a la vez.

—¿Sophie?

Creo que me siento más tonta que otra cosa.

No soy una chica estúpida. No hago cosas así.

Pero enamorarme a medias de alguien cuyo nombre no conozco y cuyo rostro nunca he visto... bueno. No ayuda en nada a mi caso.

Miro la página de configuración de la misma forma que lo he hecho una docena de veces en las últimas semanas, preguntándome si soy una estúpida. ¿Estaría tan dolida por un relativo desconocido como para plantearme borrar toda mi cuenta de otro modo?

Pero lo extraño.

Y siento que no puedo seguir haciendo esto, no sin pensar en él cada vez que me conecto.

Respiro hondo y pulso el botón de borrar.

¿Seguro que quieres eliminar tu cuenta?

Mentí.

Definitivamente me siento más herida que tonta.

Capítulo 27

Cassie

—¿Qué estás haciendo aquí?

Sophie sigue de pie sobre la alfombra descolorida del pasillo del apartamento. Creo que en realidad estoy demasiado aturdida como para siquiera pensar en invitarla a pasar al principio, atrapada en la puerta mientras se frota el brazo con aire de culpabilidad.

—Sophie —presiono, agarrando suavemente su brazo y tirando de ella dentro del apartamento antes de cerrar la puerta—. ¿Cómo llegaste aquí?

—En *Uber* —me dice con naturalidad.

—En *Uber* —repito tontamente—. ¿Tomaste un *Uber*?

—Sí.

—¿Sola?

Sostiene un teléfono celular que reconozco.

—Usé el teléfono de mi papá.

—Usaste el de tu papá... —Parpadeo, tratando de entender lo que está diciendo —. ¿Dónde está tu papá?

—Trabajando —me dice—. Me escapé de la oficina.

—Sophie, eso fue extremadamente peligroso. ¿Me entiendes? Eres demasiado joven para subirte a un *Uber* y cruzar la ciudad. ¿Cómo conseguiste la dirección?

—Papá la tenía en su teléfono.

Todo lo que dice suena perfectamente razonable y lógico, pero nada tiene sentido. Sé que Sophie es una niña increíblemente inteligente, pero esto parece imposible, incluso para ella.

—¿Qué haces aquí, Sophie?

Mira hacia el suelo.

—Necesitaba verte.

—Necesitabas verme.

—Sí. Papá no me dejaba llamarte.

Mi estómago se retuerce. ¿Quería llamarme? La culpa que siento por no haberme despedido de ella estalla como si fuera nueva.

—Sophie... tu papá probablemente se está volviendo loco.

—No, no lo hace —murmura—. Me va a regalar.

—¿Qué?

Me mira con una expresión de impotencia.

—¡Me va a regalar! ¡A la tía Iris!

—Ven aquí. —Tiro de su mano, llevándola al sofá y palmeo el espacio a mi lado para que pueda sentarse—. ¿De qué estás hablando?

—Lo escuché hablar con ella —me dice Sophie—. Por teléfono. Él estaba hablando de que fuera a su casa. Ya no quiere tenerme porque te eché.

—Ay, Sophie. —Mi corazón se rompe un poco más—. Tú no me echaste.

—Pero siempre huyo de las niñeras. Yo... —Sus ojos están llenos de lágrimas—. No pude ayudar a Wanda. ¿Por eso te fuiste? Papá no me lo diría, pero tiene que ser por eso que te fuiste, ¿verdad?

—Oh, cariño. —La atraigo hacia mí, aplastándola en mis brazos mientras el aroma familiar de su champú de sandía llega a mis fosas nasales. Lo respiro, mis emociones se alojan en mi garganta. Pensé que nunca volvería a olerlo—. Esa no es la razón por la que me fui. No hiciste nada malo. Nada.

Gira su rostro para presionar más contra mi pecho, sus brazos se enrollan alrededor de mi cintura.

—Entonces, ¿por qué te fuiste?

—Es... complicado.

—¿Estabas enojada con mi papá?

—No. No, no lo estaba. No estaba enojada con nadie.

—Papá te extraña —murmura en mi camisa—. Él nunca habla de ti, pero parece muy triste todo el tiempo.

Tengo que cerrar los ojos para no volver a llorar.

—Yo también lo extraño —admito en voz baja—. Los extraño a ambos.

—¡Entonces regresa! ¡Quizás si regresas, papá no me regalará!

—Soph... —La insto a retroceder, mirándola a los ojos—. Tu papá no te va a regalar. No hay manera de que alguna vez haga eso. Él te ama.

—Entonces, ¿por qué le estaba hablando a la tía Iris de que yo fuera a su casa?

Mi conversación con Iris flota en mis pensamientos, y no puedo estar segura de que lo que sea que esté pasando entre Iris y Aiden signifique un progreso, pero tengo que esperar que ese sea el caso. Sé que Aiden nunca renunciaría a Sophie. No bajo ninguna circunstancia.

—Estoy segura de que no es lo que piensas —le digo—. Tal vez están tratando de dejar de pelear tanto. Estoy segura de que ambos quieren hacerte feliz.

—No quiero irme de la casa de papá —dice lastimosamente—. Quiero quedarme con él.

—Por supuesto que sí —la tranquilizo—. Y sé que él quiere que te quedes allí también. Él te ama mucho, Sophie, por lo que estoy segura de que ahora mismo está loco de preocupación.

—Tal vez —murmura.

—Estoy segura de eso —insisto—, es por eso que tenemos que llevarte de vuelta.

—Pero incluso si me quedo con mi papá —continúa Sophie—, no volverás.

Todo en mi pecho se siente como si estuviera siendo apretado con demasiada fuerza, mis ojos pican cuando su mirada penetrante sostiene la mía. Sus ojos verdes son tan similares al verde del ojo derecho de Aiden, y su expresión ahora se siente como mirar una versión más pequeña de él. Me hace extrañarlo aún

más.

—No creo que tu papá quiera que regrese, Sophie. Yo dije... muchas cosas terribles cuando me fui.

—¿Por qué?

—Porque... Pensé que tenía que hacerlo. Pensé que tenía que irme para protegerlos a ustedes.

La nariz de Sophie se arruga.

—Eso es tonto. No puedes protegernos. Eres demasiado pequeña. Mi papá es mucho más grande que tú. Deberías dejar que él nos proteja.

No puedo evitar reír; su lógica de diez años es tan simple y, sin embargo, completamente acertada de una manera indirecta. Alcanzo a pasar mis dedos por su cabello, quitándoselo del rostro antes de tomar su mejilla.

—No sé si es tan simple —le digo—. Estoy segura de que soy la última persona que tu papá quiere ver.

—¿Pero no lo amas?

Esto me toma completamente desprevenida.

—¿Qué?

—Tuvieron citas —insiste—. Y ustedes estaban. —Hace una mueca— besándose y esas cosas. Eso significa que lo amas, ¿verdad?

—Yo... vaya. Realmente sabes cómo poner a alguien en un aprieto.

—¿Qué significa eso?

Me pellizco el puente de la nariz, suspirando.

—No importa. No creo que importe si lo amo.

—Sí, lo hace. Mi mamá siempre decía que todo se arregla con amor.

Mis labios se presionan juntos, algo tirando de mi corazón.

—¿Lo hacía?

—Sí. —Sophie asiente con entusiasmo—. Entonces, si lo amas, ¡podemos arreglarlo! ¡Puedes regresar, y luego él no me enviará lejos, y todo estará bien de nuevo!

—Sophie, no es tan simple.

—Pero si tú…

—Solo confía en mí —resoplo, interrumpiéndola—. Desearía que las cosas fueran diferentes, pero no lo son.

Sophie agacha la cabeza y siento ese agujero en mi pecho, el que había estado tan segura de que estaba empezando a sanar, palpita con un dolor nuevo como si hubiera sido abierto hace unos momentos. Daría cualquier cosa por que las cosas fueran tan simples como ella cree que son; me encantaría recuperarla, disculparme y arrojarme a los brazos de Aiden o incluso a sus pies, pero sé que no es así como funciona el mundo. Ella no vio la mirada en su rostro cuando le dije que eran más que para lo que me inscribí. Tomé cada momento cálido que tuvimos juntos durante mi tiempo allí y se lo arrojé a la cara. No creo que haya nada que pueda decir para regresar de eso.

—Pero tengo que llevarte de vuelta con él —digo con resignación—. Así que voy a necesitar que llames al restaurante y veas si todavía está allí o si se ha ido a casa.

Ni siquiera puedo imaginar el nivel de pánico en el que se encuentra Aiden en este momento; probablemente tenga a toda la policía de San Diego en las calles ahora mismo. Sophie se ve abatida, y sé que nada de esto es lo que quería escuchar, y desearía tener mejores respuestas para ella. Desearía poder hacer que todo esté bien para ella, pero no creo que esté en las cartas. Ni para mí, ni para nosotros.

Ayudo a Sophie a marcar el número del restaurante y le doy el teléfono, porque soy demasiado cobarde para llamarlo yo misma. Contengo la respiración mientras marca, y me doy cuenta de que en muy poco tiempo me veré obligada a ver a Aiden de nuevo. No me puedo imaginar qué tipo de discurso tendrá Aiden para Sophie cuando vuelva con él, y puedo ver que ella está pensando lo mismo, a juzgar por la mirada nerviosa en su rostro, pero creo que tengo más miedo de su reacción. Porque dudo que Aiden siquiera me hable.

Aiden ya se había ido del restaurante; sus compañeros de trabajo dijeron que se fue inmediatamente después de descubrir que Sophie se había escapado y regresó a su casa para tratar de buscarla allí. Tenía razón sobre su nivel de pánico; es evidente por las luces intermitentes con las que nos encontramos afuera de la casa de la ciudad cuando nos detenemos junto a la calle. Sophie me mira con miedo en sus ojos mientras estaciono frente a la puerta, obviamente lamentando su decisión por completo ya que sin duda está ansiosa por cómo la recibirá su padre cuando entre.

—¿Vendrás conmigo?

Frunzo el ceño, mirando de ella en mi asiento de pasajero a la puerta principal que está inundada de luces rojas y azules.

—No sé si es una buena idea…

—Pero él quiere verte —insiste—. Y tal vez si vienes conmigo, no se enfade tanto.

—Oh, creo que todavía va a estar enojado —le advierto—. Hiciste una tontería, Soph.

Baja la cabeza.

—Lo sé.

La idea de volver a ver a Aiden es algo que estoy dividida entre querer terriblemente y querer evitar terriblemente, pero la mirada impotente en el rostro de Sophie tira de mi fibra sensible y sé que, a pesar de mi incomodidad, le debo mucho. Probablemente más.

—Está bien —concedo—. Iré contigo. Solo para llevarte adentro, ¿de acuerdo? Entonces tengo que irme.

Asiente con entusiasmo, luciendo un poco aliviada.

—De acuerdo.

Me siento como si fuera la niña de diez años en un gran problema cuando camino detrás de ella a través de la puerta, mi mano suavemente entre sus omóplatos mientras la insto a subir por el camino. La puerta principal está entreabierta y todas las luces de la casa están encendidas, pero el primer piso está vacío cuando entramos. Puedo escuchar voces arriba, una cacofonía de diferentes personas hablando unas sobre otras, pero por encima de todas, puedo escuchar una que reconozco. Una que hace que mi estómago se agite, incluso ahora.

Sophie alcanza mi mano al pie de las escaleras, dándome otra mirada preocupada mientras envuelvo mi mano alrededor de la suya. No la suelto mientras ascendemos, y al principio, cuando llegamos a la cima, nadie se fija en nosotras. Están demasiado ocupados tomando notas y haciendo llamadas, y allí, en medio de todo esto, está Aiden Reid con aspecto frenético. Todavía está con su uniforme de chef, sus brazos cruzados con fuerza sobre su pecho mientras habla acaloradamente con un oficial, y puedo ver que su cabello está desordenado como si hubiera estado pasando sus dedos por él repetidamente. Luce salvaje y preocupado.

Puedo decir cuando finalmente nos ve; se detiene a la mitad de la oración y vuelve el rostro con los ojos muy abiertos y la boca abierta, como si hubiera olvidado por completo lo que estaba a punto de decir. Observo cómo mira de Sophie a mí y viceversa, tratando de encontrarle sentido a su regreso, especialmente conmigo.

—Sophie —grita, pisoteando la alfombra y cayendo de rodillas para atraerla hacia él—. ¿Dónde estabas? ¿Tienes idea de lo preocupado que estaba por ti? No puedes desaparecer así. —La empuja hacia atrás, mirando por encima de su cuerpo—. ¿Estás herida? ¿Estás bien?

Asiente débilmente.

—Estoy bien.

—¿A dónde fuiste?

—A casa de Wanda —ofrezco en voz baja.

Aiden me mira entonces, e incluso así, agotado, confundido y ligeramente aturdido, me rompe el corazón mirarlo. Puedo sentir cada beso y cada caricia a la vez, todo regresa con una sola mirada. Traga con dificultad mientras se pone de

pie, mirándome como si fuera un fantasma.

—¿Con Wanda?

Asiento.

—Tomó un *Uber*.

—Un *Uber* —repite rotundamente. La mira con el ceño fruncido—. ¿Tomaste un *Uber*?

Saca el teléfono de su bolsillo y se lo devuelve tímidamente.

—Encontré la dirección en tu teléfono.

—Encontraste la... Jesucristo, Sophie. Eso está al otro lado de la ciudad. ¿Tienes alguna idea de lo peligroso que fue eso?

Mira a sus pies, cambiando su peso de uno a otro.

—Lo lamento.

—¿Por qué hiciste esto?

—Porque... Pensé que me ibas a regalar.

Esto lo toma visiblemente por sorpresa.

—¿Qué? ¿Por qué diablos pensarías eso?

—Te escuché hablar con la tía Iris esta mañana —murmura—. Dijiste que me ibas a llevar a su casa.

Aiden suspira, pasándose las manos por el rostro.

—Para visitarla, Soph, no para quedarte. Tu tía y yo... estamos tratando de encontrar un acuerdo en común contigo. Estamos tratando de no pelear tanto. —Se agacha para tomar su barbilla suavemente—. Yo nunca te regalaría. ¿Lo entiendes? Nunca.

—Eso es lo que dijo Cassie —responde Sophie con voz temblorosa—. Pero tenía miedo.

—Lo siento —dice Aiden con cansancio—. Iba a hablar contigo sobre esto mañana. No tenía ni idea de que escuchaste la conversación. Pero tienes que

entender que no hay nada que puedas hacer o decir que me haga dejarte. ¿De acuerdo?

Puedo decir que es difícil para él reconocerme. Puedo verlo en la forma en que mira por encima de la cabeza de Sophie por un momento o dos antes de finalmente volverse en mi dirección con rigidez.

—Gracias —dice—. Por traerla de vuelta.

—Por supuesto —digo torpemente—. Quería asegurarme de que llegara a casa sana y salva.

—Bien. —Su mandíbula trabaja sutilmente—. Por supuesto.

Froto mi brazo, todavía sintiéndome incómoda.

—Bueno. Bien. Supongo que será mejor que los deje entonces.

Empiezo a volver hacia las escaleras, encontrando increíblemente difícil seguir mirándolo. Espero que, con el tiempo, mi cerebro al menos pueda borrar el recuerdo de su rostro, porque si tengo que recordar su rostro perfecto cada dos días, podría volverme loca.

Aiden me sorprende cuando su mano sale disparada para agarrar mi muñeca, tirando de mí hacia atrás.

—¿Eso es realmente todo lo que quieres decir?

—¿Qué? —Miro su mano sosteniéndome antes de mirarlo a los ojos—. ¿Qué quieres decir?

Sus ojos parecen arder cuando sostienen los míos, el marrón cómo una miel oscura y cálida y el verde de una rica y brillante espuma de mar. Desafortunadamente, no creo que mi cerebro pueda olvidarlos si lo intentaran.

—Iris y yo tuvimos una larga conversación esta mañana —dice—. Tenía muchas cosas interesantes que decir.

—Oh. —Mi pulso se acelera—. ¿De verdad?

—Sí. De verdad. Aparentemente, alguien apareció frente a ella en un café y la convenció de que me llamara y arreglara las cosas.

—Oh bien... Pensé que era lo menos que podía hacer.

—Pero lo que no entiendo es... ¿Por qué?

—¿A qué te refieres con por qué?

—Quiero decir, si quisieras dejarnos, si somos más de lo que puedes manejar, ¿por qué te importaría lo que pasa entre Iris y nosotros? ¿Por qué insistirías en que trate de arreglar las cosas conmigo?

—Yo…

—¿Y por qué le dirías todo sobre lo maravilloso que era con Sophie y cuánto merecíamos la felicidad?

—Oh, bueno, yo…

—¿Por qué a alguien que quería dejarnos le importaría algo de eso?

—Aiden, es solo que…

—Porque te ama —suelta Sophie.

Ambos la miramos con sorpresa, su expresión indiferente y, francamente, molesta. Como si hubiera superado esta discusión.

Aiden me mira con una expresión de esperanza, e incluso este pequeño destello de necesidad en sus ojos es suficiente para hacer que mi estómago se agite con anticipación. Ninguno de los dos dice nada, y creo que tal vez está esperando que confirme o niegue esto, pero parece que no puedo encontrar mi voz. Abro la boca para dejarla boquiabierta mientras trato de formar palabras, pero Sophie, una vez más, decide ayudarnos.

—No te preocupes —dice en ese mismo tono aburrido—. Papá también te ama.

Imagino que mi expresión parece tan asombrada como la suya cuando nuestros ojos se encuentran de nuevo, y noto la forma en que sus ojos buscan en los míos cualquier señal de mentira.

—¿Eso es cierto?

—Yo… —Trago saliva, mi boca se siente seca—. Sí.

—¿Me amas?

Intento parecer más segura de lo que me siento.

—Sí.

Me toma por sorpresa cuando me tira contra él, mi sorpresa se disipa en un momento cuando su boca cubre la mía. Hay desesperación en su beso que se funde con el alivio, y mis brazos se enrollan alrededor de su cuello como por instinto, tratando de acercarme a él tanto como sea posible. Mis dedos se empujan a través de su cabello mientras sus manos se curvan contra mi columna para apretarme más, y no es hasta que escuchamos el carraspeo detrás de nosotros que cualquiera de nosotros parece recordar la situación en la que estamos.

Siento mis mejillas calentarse con un sonrojo cuando noto que el oficial de policía se demora torpemente cerca, tratando de mirar a cualquier lado menos a nosotros mientras llama nuestra atención.

—Supongo que podemos dar por cerrado este asunto entonces, ¿no?

—Oh. —Aiden mira aturdido entre su hija y yo antes de que se eche a reír—. Supongo que podemos. Lo siento, oficial.

—Bueno, eh. Nos iremos. —El policía traza un círculo con el dedo, rodeando a sus compañeros antes de mirar a Sophie con intención—. La próxima vez, dile a alguien a dónde vas, pequeña dama.

Sophie palidece.

—Sí, señor.

—Bien. —La boca del oficial se inclina con una sonrisa mientras nos apartamos del camino de las escaleras, y nos da a ambos un asentimiento—. Que tengan una buena noche.

No creo que ninguno de nosotros se mueva hasta que escuchamos que la puerta principal se cierra abajo, Aiden sigue mirándome como si pudiera desaparecer en cualquier momento antes de prestar atención a su hija.

—Tú y yo tenemos mucho de qué hablar, Sophie.

—Sí. —Cuelga la cabeza—. Lo sé.

Entonces me suelta, inclinándose para presionar sus labios contra el cabello de Sophie.

—Pero me alegro de que estés bien.

—Lo siento —dice de nuevo.

—¿Por qué no vas a tu habitación? —le dice—. Estaré allí en un minuto.

Sophie hace una mueca.

—¿Van a besarse de nuevo?

—Sí —dice Aiden—. Lo haremos. —Sonríe cuando ella saca la lengua—. Pero creo que nos debes esta.

—Bien —gime.

Camina hacia las escaleras que conducen a su habitación, y Aiden espera hasta que escucha cerrarse la puerta de su habitación antes de mirarme de nuevo.

—Sabes que no debiste haberme mentido —me regaña—. Han sido unas pocas semanas de mierda.

—Lo sé. —Bajo la mirada—. Yo también.

Se estira para levantar mi barbilla, su nudillo permanece debajo mientras me obliga a mirarlo.

—Te extrañé —admite—. Demasiado, Cassie. —Sonríe mientras niega con la cabeza—. Incluso tus malditos datos sin sentido.

Un lado de mi boca se inclina hacia arriba.

—¿Sabías que no hay dos huellas de labios iguales?

—Eso se siente como uno que me gustaría averiguar.

Me pongo en puntas, cerrando los ojos mientras rozo mi boca contra la suya.

—Yo también te extrañé.

—Si quieres compensarme —dice mientras me acerca—, regresa.

Ni siquiera puedo fingir que mi corazón no da un vuelco cuando mis labios se curvan en una sonrisa.

—¿Me estás ofreciendo otro trabajo?

—No. —Sacude la cabeza, inclinándose de modo que sus labios se ciernen a centímetros de los míos—. Te ofrezco toda mi maldita vida, si la quieres.

Todo dentro de mí se enciende como una luz de bengala, mi piel hormiguea y mi corazón late con fuerza y todos mis sentidos se aceleran en lo que solo puedo describir como pura felicidad. Sé que hay más de qué hablar, más que decir, pero creo que habrá tiempo para eso más adelante. Creo que ahora mismo puedo deleitarme con el hecho de que estamos aquí y que él todavía me ama, incluso después de todo. Ahora mismo, eso es más que suficiente.

Pretendo considerar esto.

—¿Vas a hacer panqueques?

—No haré panqueques.

—Mmm. Bueno, en ese caso...

Sonríe mientras tira de mí para otro beso, y me derrito en él, mi corazón hace una pequeña danza feliz cuando siento que el agujero en mi pecho se cierra en silencio, como si nunca hubiera estado allí. Entonces me doy cuenta de que no era tanto un agujero, sino una pieza que faltaba, y estaba justo aquí, con ellos, esperando que yo la recogiera.

—Oh —murmura, todavía medio besándome—. En caso de que no haya quedado claro... —Sus labios se presionan contra la comisura de mi boca, y puedo sentir su sonrisa allí, como si estuviera impresa en mi piel—. Yo también te amo.

Me estoy hundiendo en su beso de nuevo, calculando mentalmente cuánto tiempo podemos besarnos antes de que Sophie venga a regañarnos, y ante ese pensamiento, siento una leve punzada de pánico. Aparto a Aiden, mirándolo seriamente.

—Nunca, jamás, podremos decirle a Sophie cómo nos conocimos.

Aiden se ríe, ya tirando de mí de nuevo.

—Lo que tú digas, Cici.

Estoy segura de que luego tendremos que resolver todo esto de los besos; sé que Sophie insistirá en mantenerlo al mínimo, como es su costumbre, pero creo que

esta noche tenemos un pase gratis. No todos los días encuentras el amor gracias a una cámara de tetas. Creo que eso justifica algunos besos de celebración. Ya puedo escuchar las bromas que hará Wanda. No hay forma de que deje de hablar de esto.

Extrañamente... Encuentro que absolutamente no me importa.



He refrescado la página mil veces.

Suena exagerado, pero tiene que ser cierto.

Pero mi cerebro parece no poder comprender la idea de que ella simplemente esté... desaparecida. Sin dejar rastro.

Calculo mentalmente el número de días entre este y la última vez que hablé con ella, y me duele el pecho al darme cuenta de cuántos han pasado. Todos se han fusionado en este último mes, y con todo lo que ha sucedido...

Debería haber dicho algo.

Podría haber dicho cualquier cosa, cualquier cosa para hacerle saber que no tenía la intención de dejarla plantada.

Pero no lo hice, y ahora se ha ido.

Ni siquiera sé su verdadero nombre.

Epílogo

Aiden

Un año después…

—Deja de actualizar. —Me rio—. No va a cambiar en cinco segundos.

Cassie me lanza una mirada desde la encimera de la cocina, con un mohín adorable en la boca mientras vuelve a mirar la pantalla de la computadora.

—Dijeron que los resultados se publicarían hoy.

—Sí, pero no tenemos idea de a qué hora. Te volverás loca revisando obsesivamente. —Ella lleva su pulgar a la boca y muerde su uña ansiosamente, y yo palmeo el sofá a mi lado—. Ven aquí y siéntate conmigo.

Ha estado muy preocupada por los resultados de sus exámenes; el último obstáculo que tiene que superar en su larga travesía hacia la maestría. Entiendo completamente su ansiedad, dado que este examen determinará si todo su arduo trabajo ha dado sus frutos y si será una terapeuta ocupacional licenciada, pero odio verla estresada como está. Arrastra los pies mientras viene desde la cocina, y yo agarro su muñeca antes de que pueda pasar junto a mí, tirando de ella hacia mi regazo.

—Todo estará bien —le aseguro, acercando su rostro a mi pecho—. Vas a aprobar.

Ella emite un sonido de frustración.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces lo intentas de nuevo. No será el fin del mundo. Pero... no importa, ya que definitivamente vas a pasar.

—Tengo miedo de no aprobarlo —admite en voz baja—. Ya he recibido tanta ayuda de ti, y si no puedo empezar a contribuir pronto, entonces...

—No tienes que contribuir. —Me rio—. No me importa lo que hagas. Siempre y cuando lo hagas aquí conmigo.

—¿Por qué suena eso pervertido?

—Creo que estás proyectando.

Ella resopla.

—Seguro que lo estoy.

—Deja de preocuparte o llamaré a Wanda.

Ella gime.

—No hagas eso. Vendrá.

—¿Y?

—Traerá a Fred con ella.

Me rio.

—Bueno, ahora están casados.

—Es cierto. Pero son demasiado afectuosos. Han pasado tres meses desde la boda. Tienen que dejar de besarse todo el tiempo en algún momento, ¿verdad?

—Suenas como Sophie —bromeo.

Ella hace una mueca.

—Esto debe ser lo que ella siente cuando nos atrapa besándonos.

—Wanda te diría que dejes de ser tonta.

—Sí, bueno. Wanda no tuvo que pasar por un examen cronometrado cuestionando todo lo que aprendió.

—*Estás bien*, Cassie. —Le doy un beso en el cabello—. Todo va a estar bien.

—Puede que no estés diciendo eso después de que tu novia arruine su futuro.

Levanto su barbilla para que vuelva a mirarme, sonriendo ante su expresión disgustada. Paso mi pulgar por su labio inferior. Es increíble que después de un año de tenerla aquí, todavía pueda quedarme tan impresionado por ella. Sus brillantes ojos azules son como un cielo claro en el que podría perderme, y lo hago, con frecuencia, y por lo que debe ser la milésima vez, simplemente estoy

agradecido de que esté aquí.

Me inclino para besarla, disfrutando de cómo algo de la tensión abandona su cuerpo.

—Haz lo que quieras con tu futuro. Siempre y cuando yo sea parte de él.

—Vaya. —Ella sonríe contra mi boca—. Te has vuelto cursi.

—Te gusta lo cursi.

—Tal vez un poco.

—Deja de preocuparte —la animo.

—Pero, ¿y si...?

La beso de nuevo.

—Para.

—Pero podría...

La beso con más intensidad.

—*Para.*

—*Aiden,* pero qué...

—Oye —llama una voz desde la cocina—. Aprobaste.

Ambos nos sobresaltamos, notando a una muy molesta niña de once años juzgándonos. Ella sacude la cabeza mientras señala la computadora.

—Aprobaste —dice Sophie de nuevo.

—¿Qué? —Cassie mira de Sophie a mí y luego de nuevo a Sophie—. ¿Aprobé?

Sophie vuelve a revisar la pantalla.

—Eso es lo que dice.

—Oh, Dios mío. —El rostro de Cassie se ilumina mientras me abraza por el cuello—. ¡Aprobé!

Me acerca para un beso que me hace cerrar los ojos y desear mucho que

estuviéramos solos, y mantengo mis brazos apretados alrededor de su cuerpo para mantenerla junto a mí.

—*Puaj* —gime Sophie—. Prometieron dejar de besarse tanto.

Sonrío contra la boca de Cassie.

—Estamos celebrando.

—Bueno, haz algo menos asqueroso para celebrar —bufa Sophie.

—En realidad, es una gran idea —digo, inclinándome hacia atrás para darle una sonrisa—. Por eso hice reservas para esta noche.

Sophie se emociona.

—¿Vamos a salir?

—Mmm. —Hago un lento círculo en la espalda de Cassie—. Invité a Iris y a su nueva novia. También a Wanda y a Fred.

Cassie todavía parece sorprendida.

—¿Hiciste reservas?

—Sí.

—Pero, ¿y si no aprobaba?

Le rozo la sien con los dedos y le retiro un mechón suelto de cabello para colocárselo detrás de la oreja. Mi palma se detiene en su mejilla y, en ese cielo azul de sus ojos, puedo ver toda mi vida mirándome.

—Sabía que tendríamos algo que celebrar —le digo en voz baja.

Su sonrisa es lenta, sus labios se inclinan a un lado y luego al otro hasta que está radiante, y cuando se inclina para besarme de nuevo, apenas oigo el gemido a medias de Sophie. Creo que lo más probable es que nos deje nosotros tener este momento. Me llevo la mano al bolsillo, donde está la cajita de terciopelo, y sonrío contra la boca de Cassie, porque tenemos mucho que celebrar.

Y apenas estamos empezando.

Fin

Probablemente sea una idea estúpida.

Cuando Marco me sugirió que lo comprobara, creo que lo dijo en broma. Otra forma de burlarse de mí por no tener citas.

Entonces, ¿por qué estoy aquí sentado, mirando mi computadora con una cuenta recién creada en OnlyFans?

Hago un rápido desplazamiento y, sinceramente, no noto la diferencia entre este y cualquier otro sitio porno. Eso me lleva de nuevo a la pregunta: ¿por qué estoy aquí?

Estoy a punto de desconectarme y olvidar que esto ha ocurrido, porque Marco nunca puede saberlo… pero entonces veo su cuenta como una sugerencia.

No sé qué tiene; lleva el rostro tapado y el cabello de un lavanda brillante que debe de ser una especie de peluca, pero hay algo en su foto que me atrae.

Hago clic en su perfil, recorriendo el contenido gratuito solo por curiosidad.

Cici.

Quizá no cierre la sesión después de todo…

Agradecimientos

Por favor, permítanme sacar esto de mi pecho primero y, ante todo: Maldición, he publicado un libro.

Y por «he publicado un libro», me refiero a un fantástico equipo de personas, (que no merezco y nunca seré capaz de expresar plenamente mi gratitud hacia ellos, hicieron un millón de cosas) que no soy lo suficientemente inteligente como para formular las palabras correctas, todo mientras me acariciaban el cabello y me aseguraba que «lo tienen». Reconozcamos a los verdaderos héroes, ¿eh?

Sin ningún orden en particular:

Cindy Hwang, mi maravillosa editora, quien prácticamente me sacó de la cuneta, me puso un bolígrafo metafórico en la mano y me dijo: *sal y ensúciate.* Conocerla cambió mi vida para mejor, y no sé cómo sigue aguantando mis travesuras y mi aluvión de correos electrónicos constantemente necesitados, pero se lo agradeceré eternamente; Jessica Watterson, un auténtico ángel en forma de agente, que es lo bastante amable como para aguantar más mensajes de texto y correos electrónicos ansiosos de los que una persona jamás debería tener que soportar, todo ello mientras (*como se hace cuando se trata de mí*) me acaricia el cabello y me dice que todo va a ir genial; *The Real Ones™:* un grupo de señoras que también son lo suficientemente amables como para soportar varias largas quejas que en su mayoría consisten en: *Dios mío no puedo hacer esto, es terrible debería esconderme en mi armario* todo mientras *(adivinaron*) me acarician el cabello y me dicen que todo va a ir genial; mi amiga por estar siempre, siempre, *siempre* ahí para gritarme lo genial que soy incluso cuando no me lo creo (casi nunca), y por ser un constante punto brillante en un espacio a veces deprimente; mi *meemaw* (no es mucho mayor que yo, pero su espíritu es el de una *abuela*, y la adoramos por ello) que leyó este libro al menos cuatro docenas de veces por partes mientras (*¿es este chiste viejo ya?*) me acariciaba el cabello y me decía que era un idiota por dudar de mí misma; mi pareja, que es tan buena reconociendo una crisis inminente que ahora puede mirarme y decir: *¿Necesitamos ir a la oficina y hablar?* No me gusta mucho que me acaricie el cabello, pero su voz de la razón me mantuvo cuerda más días de los que me gustaría admitir. Mi apoyo emocional, que ha estado a mi lado en los peores

momentos incluso cuando no estaba segura de merecerlo, siempre sabe exactamente lo que necesito oír y todavía no me ha abandonado por mis terribles juegos de palabras como la santa que es, y son terriblemente malos; mi abuela de verdad (no del tipo de *meemaw*), quien puso un libro de *Johanna Lindsey* en mis manos un verano y fue lo suficientemente genial como para no decirle a mi madre que había *sexo* en él, no estaría aquí sin ella; al resto de mi familia por gritar con orgullo sobre este libro sexi a todo el que quisiera escuchar porque es su hija/hermana/prima/sobrina la que está escribiendo esa obscenidad, muchas gracias; Jessica Mangicaro y Kristin Cipolla por su gusto superior en chistes de padres y *Taylor Swift* (respectivamente) y por hacerme pensar que la gente realmente podría querer leer este libro (y por ser increíbles convenciendo a *otros* de que quieren leer este libro); Angela Kim por soportar un aluvión de correos electrónicos de cierta autora que permanecerá en el anonimato durante la estresante catástrofe que es la corrección de estilo (y por ser siempre increíblemente servicial y, en general, encantadora, a pesar de tu cuestionable gusto en las representaciones de *Batman*); mi terapeuta (sí, le estoy dando las gracias a mi terapeuta) por coserme y recomponerme durante los dos últimos años. Puedo confirmar que estoy aquí gracias a su amabilidad, su sabiduría y su capacidad para aguantar horas de mis divagaciones mientras me acaricia el cabello y me dice... *(Bueno, ya me entienden*); Monica Roe por la increíble portada, así como a todos los de Penguin Creative (un agradecimiento especial a la increíble directora de arte, Rita Frangie, por mostrarme que el azul era la elección obvia para el color de la portada, apoyamos a un genio visionario); Alaina Christensen, Alissa Theodor y Kristin del Rosario por hacer un trabajo tan increíble en el diseño y los gráficos y hacer que esos intercambios de mensajes realmente resalten (hicieron el libro *beso de chef*); a todas las personas de Berkley que han hecho posible este libro; a todas y cada una de las personas que han aparecido en mis mensajes de texto y me han guiado a través de la extraña tierra que son las redes sociales, adoptándome en sus pequeñas comunidades, gritando sobre el concepto de este libro, los extractos, pero sobre todo por aguantar mis divagaciones y mi incapacidad para mantener conversaciones informales; y a ti, querido lector, por elegir este libro, por escudriñar mi balbuceante gratitud (si has llegado hasta aquí), por hacer que esto sea *real.*

Cuando recuerdo a mi yo de quince años, sentada en su habitación con una voluminosa computadora de mesa *Gateway*, aporreando *Microsoft Word* e

intentando escribir una extraña (y realmente horrible) novela romántica porque no tenía suficiente con los libros que había estado robando de la estantería de su abuela... Honestamente, puedo decir que esa chica no tenía ni idea de que algún día tendría *su propio* libro en las estanterías (incluso en las de su abuela, porque, francamente, es la más genial y, en el momento de escribir esto, ha encargado por adelantado un ejemplar). Cada paso de este viaje ha sido surrealista, divertido, aterrador e *increíble*. Pase lo que pase en el futuro, me alegra mirar atrás y ver a esa adolescente desgarbada y con ojos de estrella y saber que lo consiguió, incluso cuando ni siquiera soñaba que podría hacerlo.

Ah, y a esa persona a la que le robo las portadas... gracias por mantenerme con los ojos llenos de ilusión, después de todo este tiempo.

Lana Ferguson

Lana Ferguson es una obsesa sexual cuyos trabajos nunca rehúyen el picante o el descaro. Una portada descolorida de *Fabio* llegó a sus manos a los quince años, y desde entonces nunca ha vuelto a ser la misma. Cuando no está escribiendo, la puedes encontrar cantando melodías al azar, discutiendo sobre qué *Batman* es superior y sometiendo a sus amigos a las ediciones extendidas *de El Señor de los Anillos*. Lana vive principalmente en su cabeza, pero a veces la puedes encontrar persiguiendo a su corgi por los bosques al aire libre de Estados Unidos.